

HOLLY RENEE



Phoebe

HOLLY RENEE

ESTRELLAS Y SOMBRA

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: A Kingdom of Stars and Shadows
Primera edición: agosto de 2026

Copyright © 2022 by Holly Renee
© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2026

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S.L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-77-6
BIC: FRT

Arte adaptado de cubierta: CalderónSTUDIO®
Ilustración de cubierta: Viki Lester, Forensics & Flowers

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

17

18

19

20

Agradecimientos

*Para Jayleigh Faye.
Mi amor por ti es infinito.*

1

Intenté tragar saliva; el humo de las brasas ardientes me envolvía en una tortura lenta y cruel. El ejército real llevaba acampado fuera de la brecha entre nuestro mundo y el suyo desde hacía tres días. Tres días insoportablemente largos. El sombrío tictac del reloj se escuchaba por toda la habitación, y mi corazón se adelantaba a él antes de que pudiera sonar el siguiente segundo.

Me temblaron los dedos cuando me calcé las botas y me até los cordones. La habitación estaba tan oscura como si la noche sin estrellas se hubiera instalado dentro de nuestra casa, pero no me importaba. De hecho, lo agradecía, porque era el único momento en el que podía hacer algo sin que todos observaran cada uno de mis movimientos.

—¿Adónde vas?

Cerré los ojos con fuerza y metí rápidamente la daga de mi padre en el lateral de la bota, antes de que ella pudiera verlo.

—Solo necesito tomar un poco el aire. —Me levanté y me tapé la cabeza con la capucha de mi capa gastada—. Vuelve a dormirte.

Mi madre se cruzó de brazos y esquivó mi mirada
—El sueño me elude. —Sacudió la cabeza—. No deberías salir ahí fuera esta noche.

—Puedo cuidar mí misma.

—Lo sé. —Sus ojos marrones oscuros finalmente se encontraron con los míos—. Pero no tardarán mucho en llegar, y...

—Y yo debería disfrutar de mis últimas horas de libertad como yo quiera.

Tensó la mandíbula al oír mis palabras.

—No te van a llevar como prisionera, Adara. Ser la Astraluz es una bendición de los dioses.

—Por supuesto. —Le hice una reverencia dramática—. Mira la vida que te ha proporcionado.

Ella contuvo el aliento, sorprendida, pero ese no era un argumento nuevo. Mi destino nunca había sido mío y mi madre había aceptado muchos lujos a cambio de su hija. Lujos contra los que mi padre había luchado, por los que había perdido la vida.

Me dirigí hacia la puerta y vacilé cuando la voz temblorosa de mi madre me llamó de nuevo.

—No huyas. Te encontrarán, y las dos pagaremos el precio de tu traición.

Ignoré sus palabras y me recordé a mí misma quién era ella. El pánico me invadió y sentí una punzada de dolor en el corazón. Mi destino estaba en manos de los soldados que me esperaban ante la brecha, pero no iba a llorar por nadie a quien fuera a dejar atrás.

El aire fresco de la noche me acarició la piel como si hubiera estado esperando a que abriera la puerta y saliera. Me eché la capucha sobre el rostro para ocultar mi maldición, salí a la calle empedrada y me dirigí hacia el lugar que debería haber estado evitando.

Las calles estaban desiertas y en silencio. Incluso la pequeña taberna que solía rebosar de cerveza y maridos infieles estaba bien cerrada y ni un destello de la luz de las velas se filtraba por la ventana.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero no iba a permitir que me dominara el miedo como a ellos. La familia Achlys era poderosa, pero no eran dioses. Si lo hubieran sido, no me habrían necesitado. Nunca había visto a ninguno de ellos. Ni al rey ni a la reina ni al príncipe heredero con quien había jurado casarme. Lo único lo que sabía era que eran fae de alto rango y que la sangre que corría por mis venas era, de alguna manera, la clave para desbloquear su poder latente, un poder letal que anhelaban poseer. Que yo supiera, ninguno de los miembros de la realeza había cruzado jamás la brecha. Tenían hombres para eso, y esos guardias de bajo rango eran los únicos con los que me había topado. Si tenían magia, yo nunca la había visto.

Mi madre decía que no la usaban en nuestro mundo porque no tenían por qué, pero una parte de mí se preguntaba si aún conservaban algún poder. Si no podían hacer magia, no había motivos reales para temerlos. Podría huir, y mi madre iba a ser la única que se enfrentara a las consecuencias.

Sin poderes, dudaba de que ninguno de ellos fuera capaz de encontrarme. Solo las lunas gemelas conocían mis secretos porque me observaban cuando me deslizaba entre las sombras. Todos creían saber quién era yo, y eso significaba que todos creían que yo era la clave de la bendición que confiaban en que la realeza les otorgara una vez que fuera sacrificada.

Mis dedos rozaron los ladrillos al pasar por el último edificio y pisar la hierba húmeda. Conocía el camino que llevaba al bosque mejor que mi propia casa, y me dejé llevar por mis pies, mirando a mi alrededor en busca de señales de que alguien estuviera espiándome.

El límite de nuestro pueblo estaba a solo unos minutos a pie del perímetro de la hendidura, y a menudo me gustaba ir a ese lugar solo para imaginarme cómo era la vida al otro lado. Aunque no parecía diferente del reino sin estrellas.

Los árboles crecían altos y frondosos en los dos lados, y el único indicio de que la falla existía era el fino velo que apenas se distinguía por la noche. Me recordaba a la niebla que cubría nuestra tierra en las primeras horas de la mañana, pero la grieta no desaparecía nunca. Me agaché y pasé los dedos por la magia, y una oleada de emoción me recorrió. Miré hacia arriba y vi cómo la magia retrocedía ante mi tacto, aunque la falla se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Era difícil de explicar, pero la división entre nuestros mundos me resultaba más familiar que mi propio hogar. Era como un viejo amigo al que ni siquiera conocía. Un desconocido que siempre me saludaba.

Esa noche, sin embargo, me parecía diferente: más oscura, de alguna manera, como si me estuviera advirtiendo que me alejara de ella. Retiré la mano y escudriñé el resplandor.

Había al menos cincuenta soldados acampados en el bosque a unos veinte metros de la falla, y estudié al que montaba guardia en un extremo del campamento.

Su mirada oteaba la línea de árboles, en busca de una amenaza, pero no se había fijado en mí. Habría podido atravesar el claro con facilidad y degollarlo si me atreviera. Si solo fuera un hombre habría sido fácil, pero no sabía qué poderes se escondían tras su expresión despistada.

Deslicé los dedos hacia mi daga, mirando más allá de él para vigilar el campamento. Había varias tiendas que mostraban con orgullo el sello real, y unos cuantos soldados sentados junto a una gran hoguera, riendo y charlando. Tensé la mandíbula al verlos ahí, tan a gusto.

Los habían enviado para llevarse a una chica humana contra su voluntad, pero ese destino no parecía suponer una carga para ninguno de ellos.

El corazón se me aceleró en el pecho mientras los observaba: no eran más que necios de un reino corrupto.

Ninguno de ellos percibía ninguna amenaza. Ni uno solo se preocupaba por lo que los Sinluz pudieran hacerles.

Pero yo no era una Sinluz. Las lunas gemelas brillaban intensamente sobre mí; recorrí con los dedos el rugoso mango metálico de mi daga, un sendero que había memorizado hacía años, pero se tensaron cuando se me puso la carne de gallina. Me volví para mirar a mi espalda y una mano enguantada me tapó la boca.

El pánico se apoderó de mí cuando vi los ojos oscuros que tenía detrás. La mano se apretó con más fuerza contra mi boca, como si temiera que gritara, pero no pensaba hacerlo. Nadie iba a ayudarme y no quería llamar la atención de los soldados fae. Ya me estaban persiguiendo, y lo último que deseaba era que supieran que los estaba acechando.

—¿Qué coño estás haciendo? —me gruñó con una voz grave y sensual que no reconocí; apartó la mano de mi boca y me arrancó la daga de la mano.

—Devuélvemela. —Extendí los dedos hacia la hoja, pero él se apartó rápidamente de mi alcance. Abrió la mano y mi daga quedó

envuelta en el humo negro que emanaba de sus dedos. Flotaba en el aire sostenida por su magia. Me quedé sin aliento y mis marcas vibraron contra mi piel. Era como si el desconocido que tenía delante las hubiera despertado de un sueño profundo en el que no me había dado cuenta de que estaban.

—Eso no va a pasar. —Se bajó la capucha y me sonrojé al levantar la vista hacia él. Tenía la mandíbula marcada y los pómulos altos. Su cabello era negro como el cielo nocturno y lo llevaba corto. Y, por los dioses, era hermoso. Un fae de alto rango, estaba absolutamente segura. Sus orejas terminaban en esa punta tan sutil que siempre delataba a los fae, pero era su belleza antinatural la que revelaba lo que era con tanta facilidad. Eso, y su audacia dominante—. ¿Qué haces al borde de la falla con tan solo una daga para protegerte?

—Puedo valerme por mí misma. —Me había cansado de repetir esa frase, pero la pronuncié de todos modos a pesar de que no le debía ninguna explicación a esta hada.

—¿De verdad? —Extendió la mano y tiró de mí; me estremecí y apenas noté su mano cuando me echó hacia atrás la capucha con un gesto brusco. Echó la cabeza hacia atrás u recorrió rápidamente mi rostro con la vista. No me cupo duda de lo que estaba viendo—. ¿Eres la Astraluz? ¿La bendecida por las estrellas? —Su mano se ciñó alrededor de mi brazo hasta casi hacerme daño, y el pulso se me aceleró bajo su tacto.

—La maldita por las estrellas —lo corregí, levantando la barbilla—. ¿Eres un soldado fae?

No se parecía en nada a los otros soldados que había visto por el campamento. Vestía completamente de negro y no llevaba ninguna insignia de la guardia real.

Dudó un segundo antes de que una pequeña sonrisa apareciera en sus labios carnosos.

—Algo así...

No confiaba en él. Fuera quien fuera ese hombre, sabía que debía mantenerme bien alejada de él.

—Suéltame. —Me solté el brazo de su presa y su sonrisa se amplió hasta dejar al descubierto sus dientes.

—¿Qué hace la Astraluz sola en el bosque en plena noche? ¿No deberías estar descansando para conocer a tu nuevo marido mañana?

«*Mañana*». Al día siguiente iba a conocer al príncipe heredero de Citlali.

—Tengo un nombre. —Me aparté de él y miré hacia el campamento. Los soldados que estaban allí no se habían dado cuenta de que nos encontrábamos en el bosque, a las afueras de su campamento.

—Adara. —Mi nombre sonó como una súplica en sus labios.

Me volví hacia él y le escruté el rostro.

—Creo que estoy en desventaja. Tú me conoces, pero yo no tengo ni la más remota idea de quién eres.

Eso solo lo hizo sonreír aún más.

—No soy nadie importante. —Su respuesta me puso de los nervios. No era más que una distracción.

—Entonces, ¿no me vas a decir cómo te llamas?

Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, recorriéndome el cuerpo con una mirada lenta. No tenía forma de saber la verdad, pero fuera quien fuera, era poderoso. Irradiaba poder sin pronunciar una sola palabra. Podría ser el príncipe heredero el que tuviera delante, y no habría tenido forma de reconocerlo.

—Me llamo Evren.

—Evren —dije su nombre en voz alta y saboreé cómo sonaba en mis labios—. ¿Vas a ser tú quien me acompañe a mi prisión?

Se echó hacia atrás como si lo hubiera abofeteado.

—¿Consideras tu compromiso con el príncipe heredero una prisión?

—No conozco a ese hombre y me han obligado a casarme con él solo porque ansía el poder que cree que posee mi sangre. Si eso no es entrar en una prisión, ¿cómo lo llamarías?

Dio un paso adelante, acercándose tanto a mí que pude oler un ligero aroma a cuero y a algo más que no lograba identificar. Me tensé cuando sus ojos se oscurecieron y apretó la mandíbula.

—Deberías tener cuidado con lo que dices sobre la familia real —espetó, amenazante. Todo en él me parecía una amenaza.

—¿O qué? —lo desafié, mirándolo fijamente a los ojos mientras mi respiración se aceleraba—. ¿Me encarcelarán? ¿Me matarán? Mi sangre no les sirve de nada si se enfría.

—Has vivido de una forma más que placentera a costa del dinero de la realeza, ¿no es así? —Su tono era cortante y su mirada estaba clavada en mí.

Las ganas de abofetearlo eran abrumadoras, pero me negué a dejar que esa hada viera lo mucho que me afectaban sus palabras.

—No sabes nada de la vida que he llevado.

Era un fae, y no podía ni imaginar los horrores que había en nuestro mundo. Los Sinluz vivían en la pobreza y el miedo. Mi familia había sido bendecida por las marcas de luz estelar en mi rostro y mi espalda, pero al mismo tiempo también estábamos malditos. El favor real nos había proporcionado agua y comida para asegurarse de que no muriéramos de hambre y un techo sobre nuestras cabezas para mantenerme a salvo, pero también me había robado a mi padre. Me había robado mi destino.

Mis mejillas y mi nariz estaban cubiertas de lo que habrían parecido pecas si no fuera por su color dorado claro antinatural, que parecía deslizarse por mi piel. Pero era mi espalda lo que siempre sorprendía a la gente. Esas mismas marcas bajaban en cascada por mi columna vertebral en filas y más filas de luz estelar, y se extendían hacia los bordes como si no pudieran controlarse. Algunas líneas se mantenían pegadas a mi columna, mientras que otras tocaban la curva de mis costillas.

Esas marcas no significaban casi nada para mí, pero lo eran todo para los demás.

—Quizá no. —Levantó la mano y, por un segundo, pensé que iba a tocar las marcas de mi mejilla, pero la cerró y la dejó caer a un lado—. Quizá no seas en absoluto como pensaba que serías.

—¿Has pensado en mí? —pregunté, carcomida por la curiosidad.

—Todos hemos pensado en ti, Adara. —Dio un paso atrás para abrir un poco de distancia entre nosotros; volvió a sujetar mi daga y me apuntó con ella—. Tú determinarás el futuro de nuestro mundo.

El corazón se me aceleró ante sus palabras; me temblaron los dedos al recuperar mi arma de manos de aquel desconocido que me

la había arrebatado con tanta facilidad.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si no soy en absoluto como todos pensabais?

Dio otro paso atrás, hacia las sombras de los árboles, pero podía sentir que su mirada seguía recorriéndome el cuerpo.

—Cuento con ello.

2

Solté un gemido cuando el sol se asomó por mi ventana. Era demasiado temprano para que me despertara la falsa promesa de un brillante nuevo día, y más cuando había estado hasta bien entrada la noche vigilando al ejército e imaginándome lo que me iba a depararme el día siguiente.

Había visto a Evren alejarse de mi lado y regresar al campamento. Había pasado sigilosamente entre los soldados apostados ahí y, cuando aparté la vista de él solo por un momento, había desaparecido. Yo había estudiado todo el campamento una y otra vez y no había sido capaz de encontrarlo de nuevo.

Pero no importaba. Evren no era más que un soldado que estaba ahí para hacer su trabajo, y era un trabajo por el que yo lo odiaba. Porque ese día iban a arrancarme de mi hogar y a llevarme a Citlali.

Me tapé con la manta hasta que me cubrió toda la cabeza y cerré los ojos con fuerza para escapar de la realidad del día. Solo necesitaba unos instantes más para soñar; unos instantes más para pensar en cómo habría sido mi vida si no hubiera nacido con unas manchas en la cara y en la espalda.

Bendecida por las estrellas. Menuda broma de mal gusto. Las estrellas no me habían bendecido. Nos habían maldecido a mí y a mi futuro, y yo no estaba preparada para lo que se avecinaba.

La noche anterior había sido mi primera experiencia con la magia de las hadas, pero sabía que eran capaces de mucho más. Me habían contado esas historias durante toda mi infancia, pero todas me parecían un cuento de hadas oscuro. Me habían explicado que bebían la sangre de los astraluces para alimentar sus poderes. Una costumbre que habían adoptado de los vampiros antes de que estos fueran desterrados de sus tierras. Nada de eso me había parecido real, pero pronto iba a descubrir la verdad.

Evren no se parecía al monstruo que había imaginado en mi cabeza. No se parecía en nada a lo que esperaba de un fae de alto rango.

—Adara, es hora de levantarse. —Mi madre irrumpió en mi pequeña habitación y me arrancó la manta de encima. Llevaba puesto su mejor vestido rosa, que le quedaba perfecto. Se había recogido el pelo oscuro de la cara para dejar al descubierto el brillo de sus ojos.

—Madre —gruñí, y me aferré a las mantas, pero ella ya estaba abriendo las cortinas de un tirón.

—Según nos han informado, los guardias reales ya han recogido el campamento y pronto cruzarán la falla. Tienes que levantarte y vestirte. Hoy es el día en que vas a cumplir tu destino.

Mi destino. Mi madre era una necia si pensaba de verdad que lo que iba a traer el día era otra cosa que no fuera mi sentencia de muerte. Iba a entregarme voluntariamente a las hadas, y sonreía tan tranquila, moviéndose por mi habitación sin vacilar.

Por un momento, me pregunté qué habría hecho si hubieran sido los vampiros quienes hubieran venido a reclamarme. Me había contado muchas leyendas sobre la Corte de la Sangre que se encontraba más allá del reino de Citlali. ¿Me habría vendido tan de buena gana también en ese caso?

En el fondo sabía que me habría sacrificado igualmente solo por tener la vida que llevaba en ese momento. La gente de este pueblo adoraba a mi madre. Ella había dado a luz a la Astraluz con la marca más grande en más de un siglo y pensaban que eso la hacía especial, bendecida de alguna manera y supongo que en realidad tenían razón. Darme a luz le había proporcionado a mi madre una vida que nunca habría podido tener por sí misma, y solo le había costado a su hija y a un marido al que supuestamente había amado.

—Ya estoy despierta. —Dejé caer las piernas por el borde de mi pequeña cama y me rasqué los ojos. Todavía llevaba puesta la misma ropa de la noche anterior, y supuse que mi madre iba a quejarse de que había ensuciado la cama con ella, pero no dijo ni una palabra, solo se quedó mirándome y tragó saliva con dificultad.

—Necesitas un baño. Luego te peinaré. No puedes llegar al palacio así.

—No quiero ir al palacio en absoluto. —Le supliqué con la mirada, con el corazón retumbando en mi pecho.

Mi madre negó con la cabeza, pero no me apetecía suplicarle que me eligiera a mí. No había nada que pudiera decir que la hiciera cambiar de opinión sobre la decisión que estaba a punto de tomar. Pero aunque cambiara, las dos sabíamos que la realeza le haría exactamente lo mismo que le habían hecho a mi padre cuando había intentado oponerse a ellos.

Y no valía la pena poner en peligro su vida para salvar la mía. Me aparté de ella y entré en el cuarto de baño. Ya me había preparado la tina y rápidamente me quité la ropa y me sumergí en el agua tibia. La tensión se disipó de mi cuerpo, pero no pudo detener la forma en que el pulso me latía acelerado por el pánico con cada segundo que pasaba.

Me sumergí bajo el agua y ahogué los sonidos del mundo durante unos breves instantes. Intenté alcanzar esa sensación que tenía cuando me situaba al borde de la falla, muy por encima del pueblo, donde nadie podía verme. Allí encontraba una sensación de libertad que nunca había sentido en ningún otro lugar, pero ese consuelo me rehuía en ese momento.

Lo único que en lo que podía pensar era en el rostro de Evren y la forma en que sus ojos oscuros me habían escrutado.

«*Tú determinarás el futuro de nuestro mundo*». Esas palabras eran una condena que no estaba preparada para enfrentar.

Saqué la cabeza del agua y jadeé en busca de aire. No sabía qué pensaba Evren de mí, pero fuera lo que fuese, se equivocaba.

—Toma. —Mi madre me tendió una pastilla de jabón, en absoluto preocupada por invadir mi intimidad.

No se apartó de mi lado en ningún momento hasta que acabé de bañarme y me peiné el pelo mojado y enredado. Se sentó en mi cama mientras discutíamos sobre el vestido que me había preparado, aunque yo había decidido ponerme en su lugar unos pantalones oscuros.

Se enfadó cuando me metí la camisa negra que había pertenecido a mi padre por dentro de los pantalones, pero no me importó. Ella había tomado todas las decisiones por mí, pero yo iba a ponerme lo que me diera la gana.

Se ofreció a trenzarme el pelo y a ponerme unas flores que había recogido en el campo y, aunque quería discutir, la angustia en sus ojos me hizo sentarme frente a ella y morderme la lengua hasta que terminó.

—Estás preciosa. —Colocó la última flor y aparté la vista antes de hacer alguna tontería como suplicarle una vez más que no lo hiciera.

Solo un segundo después, las campanas del pueblo repicaron por toda la localidad y el miedo me invadió sin remedio.

—Ya están aquí —susurró mi madre, aunque no hacía falta. Sabíamos qué día era y sabíamos a qué habían venido.

Me levanté y cogí la daga de mi padre de la cómoda para esconderla en mi bota. Mi madre observó mis movimientos, pero no se atrevió a decir ni una palabra en contra.

Me llevó a través de nuestra casa; traté de fijarme en cada pequeño detalle mientras la seguía. Las paredes estaban desgastadas y manchadas por los años, y había flores frescas en la mesita, que solo era lo bastante grande para las dos. No iba a echar de menos nada en particular de aquel lugar porque nunca me había parecido un auténtico hogar, pero era el único hogar que había tenido.

El lugar donde vivíamos antes de eso, el hogar que habíamos tenido con mi padre, era un recuerdo tan lejano que no podía recordar ni un solo detalle. Ya no era más que una sensación, pero más fuerte que cualquier otra en ese lugar.

Mi madre abrió la puerta principal y yo contuve el aliento al oír susurros y algunos vítores de nuestros vecinos. A todos ellos se les había recompensado tan generosamente como a mi madre por vivir con la Astraluz y protegerla.

Como si alguno de ellos pudiera protegerme... Todos estaban aterrados, y su miedo hacía que hasta el último de ellos agachara la cabeza mientras la guardia real cabalgaba por el camino de tierra que conducía hasta mí.

Yo, en cambio, mantuve la barbilla alta en señal de desafío mientras miraba al frente. No iba a agacharme ante los miembros de una realeza que se creían dioses en nuestro mundo por poseer un poco de magia.

Iban a quitarme todo lo que quisieran, pero en contra de mi voluntad. Yo era Adara Cahira de los Sinluz, y aunque les temía más que a nadie, me negaba a arrodillarme ante ellos. Antes prefería morir.

Los guardias reales se detuvieron delante de nosotras y mi madre cayó de rodillas ante ellos. Me tragué mi repugnancia mientras miraba fijamente al guardia que cabalgaba en cabeza.

Me miró con atención de arriba abajo, hasta que llegó a mis rodillas, y entonces tensó la mandíbula. No me reprendió; desmontó del caballo y se puso ante mí.

—Adara Cahira. —Su voz ronca sonaba como si hubiera pasado demasiados años con una pipa en la boca. Asentí, pero no dije nada. El corazón se me había atorado en la garganta. Busqué a Evren entre los guardias, pero no lo vi por ninguna parte—. Estoy aquí en nombre de la casa de Achlys para reclamarte por tu compromiso con el príncipe heredero de Citlali.

Resoplé y miré a la fila de los demás guardias reales

—¿Estaban demasiado ocupados para venir ellos mismos?

A mi alrededor se oyeron exclamaciones de sorpresa, pero en el rostro severo del guardia apareció una leve sonrisa.

—Así es, Astraluz. —Puse los ojos en blanco al oír ese título; lo odiaba casi tanto como el destino al que me condenaba—. Se espera que lleguemos a Citlali al caer la noche. —Señaló hacia el carruaje que estaba entre el enjambre de guardias, y su madera negra como la noche me hizo estremecer de pavor.

—¿Cuánto dura el viaje? —Intenté que no percibiera mi miedo.

—Un buen rato. —Señaló con la cabeza hacia mi madre, que aún no se había levantado del suelo—. Deberías despedirte de ella. —Bajé la mirada hacia ella; cuando el guardia dio un paso atrás se puso en pie. La emoción me oprimió el pecho: no estaba preparada para lo mucho que me afectaba ese momento. Llevaba enfadada con ella

desde que tenía uso de razón, pero aun así no estaba lista para dejarla.

No quería decirle adiós.

—Sé sensata, Adara. —Extendió las manos hacia mí y me agarró las manos con las suyas, temblorosas—. Haz lo que se espera de ti.

Aborrecí sus palabras. Cada una de ellas me hizo tanto daño como una puñalada en el pecho, pero no me sorprendieron. Eso era lo único que mi madre siempre había querido de mí.

Asentí y la estreché entre mis brazos. No le susurré palabras de amor ni le confesé mi miedo a echarla de menos porque no sabía si ninguna de esas cosas era cierta. Pero ella era todo lo que tenía.

Se aferró a mí y después se apartó y me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja para que todo estuviera en su sitio. Sus ojos de color marrón oscuro, que eran un espejo de mi ojo derecho, escrutaron mi rostro, pero no había más palabras que malgastar entre nosotras.

Una parte de mí se preguntaba si se arrepentía de las decisiones que había tomado mientras me miraba y veía el recuerdo de mi padre en mi ojo azul hielo.

Siempre me había dicho que era mitad él y mitad ella. Mitad mi padre y mitad la mujer que me dejaba marchar con tanta facilidad, pero se equivocaba. No me parecía en nada a ella.

Di un paso atrás y me volví hacia el guardia, que ladeó la cabeza en dirección al carruaje. Di unos pocos pasos e ignoré su mano cuando me tendió la suya..

Me subí al carruaje e inspiré hondo al cerrarse la puerta tras de mí, dejándome llevar por el miedo a mi futuro. El interior era mucho más bonito que cualquier cosa que hubiera visto en toda mi vida. El asiento era de suave cuero negro con cojines de satén rojo apoyados contra el respaldo de madera.

Me dejé caer contra ellos y me volví para mirar por la ventanilla abierta. Uno de los guardias estaba cargando mi pequeño baúl en el carruaje mientras mi madre me contemplaba con nostalgia, conteniendo las lágrimas.

Aquella imagen me partió el corazón hasta que me fijé en sus manos, aferradas a un trozo de pergamino sellado con el escudo real

de color rojo sangre.

Sabía lo que contenía ese pergamino sin necesidad de que ella lo abriera: eso era por lo que me había cambiado. Eso era lo que le habían prometido hacía tantos años, cuando había aceptado de tan buen grado mi compromiso con nuestro enemigo.

Los guardias no se demoraron. Tampoco tenían motivos para hacerlo porque ya habían conseguido lo que habían ido a buscar; pero yo seguía aferrada al asiento mientras los caballos daban un tirón hacia delante y el carruaje comenzaba a moverse.

Con ojos llenos de pánico, eché la vista atrás, hacia mi madre, pero apenas pude encontrarla entre la multitud que se había congregado en la calle. La mayoría me despedía con la mano, con sonrisas en sus rostros cansados, mientras que otros lanzaban flores silvestres blancas en mi dirección.

Era una señal de respeto, algo que normalmente solo hacíamos para honrar a aquellos que habían pasado a manos de los dioses, y el pánico me invadió al verlas caer al suelo.

Tracé el contorno de mi daga mientras pasábamos junto a ellos en un borrón. Solo fueron unos instantes de viaje hasta que llegamos al desfiladero, y observé con ansiedad cómo mi mundo pasaba volando mientras intentaba calmar mi corazón acelerado.

Con cada vuelta de las ruedas de madera de nuestro carruaje mi miedo se disparaba más y más.

Nunca había visto a ningún humano atravesar la falla, aparte de mi padre, y era demasiado joven como para recordarlo de verdad. Se dice que atravesarla altera a los Sinluz y los cambia para siempre con la magia que habita allí, pero había muy pocas historias sobre los Astraluces. Lo único que sabía con certeza era que se decía que, una vez que la atravesabas, nunca regresabas, así que no importaba cómo cambiaran tras atravesar la magia, porque nunca iban a regresar. Como iba a ocurrirme a mí.

Contuve la respiración mientras nos acercábamos al borde de mi mundo y solo abrí los ojos lentamente una vez que supe que debíamos de haberlo atravesado. Los caballos no redujeron la marcha. Continuaron con su ritmo agotador.

Miré por la ventanilla, pero el mundo a mi alrededor no parecía muy diferente del que acababa de abandonar, aunque sí sentía algo distinto. Era difícil de explicar, pero se parecía a lo que había sentido la noche anterior con Evren.

Las marcas que tenía en las mejillas y la columna vertebral parecían estar vivas y sentía un cosquilleo en la piel. Era como si la magia de esa tierra hubiera despertado algo dentro de mi maldición. Pero era más tenue que cuando Evren me había tocado. La magia de ese mundo parecía una versión diluida de la suya.

Me pasé los dedos por la mejilla, intentando seguir esa sensación con las yemas. Era extraña, pero al mismo tiempo formaba parte de mí.

Pasé mucho tiempo recorriendo con los dedos esas marcas con las que había nacido hasta que al fin me volví para mirar por la ventanilla. El paisaje que dejábamos atrás se parecía tanto al de mi hogar que pronto me aburrí de los exuberantes campos y los densos bosques.

Ni siquiera me había dado cuenta de que me había quedado dormida hasta que me despertó la parada del carruaje. Extendí la mano para agarrarme al asiento de enfrente y mi corazón se aceleró al darme cuenta de lo fácilmente que había bajado la guardia con esos hombres fae.

Fuera ya había anochecido y, al salir del carruaje, me di cuenta de que el cielo de las hadas estaba tan desprovisto de estrellas como el mío.

Solo las lunas gemelas brillaban en lo alto y proporcionaban la escasa luz que nos bañaba. Seguíamos cerca del límite del bosque y no vi señales de la ciudad de Citlali.

—¿Dónde estamos? —le pregunté a uno de los guardias que pasaban, abrazándome a mí misma. El anochecer había traído consigo el frío. Otra cosa que no había cambiado al pasar de un mundo a otro.

—Ya estamos cerca de la capital, señora. —Agachó la cabeza como si me estuviera mostrando respeto, como si yo fuera uno de los miembros de la realeza a la que servía—. Intentábamos recorrer toda la distancia sin detenernos, pero los caballos necesitan agua.

Asentí en señal de comprensión antes de apartarme de él y mirar a lo largo de la fila de guardias. En mi opinión, había demasiados guardias para la tarea que nos ocupaba, pero supuse que prescindir de tantos hombres no suponía nada para la realeza.

Me adentré en la línea del bosque oscuro y un escalofrío me recorrió la espalda. La luz de la luna pareció desaparecer con ese simple paso; escudriñé la hilera de árboles negros y mis marcas me quemaron en la piel.

—Eh, espera. —Un brazo fuerte me rodeó la cintura y caí hacia atrás contra su cuerpo duro, un paso fuera del bosque. Evren. Mi maldición supo que era él antes de que pudiera poner siquiera un suspiro entre nosotros—. El Bosque de Ónix no es lugar para una Astraluz. Y menos aún si va sola.

Lo miré por encima del hombro y sentí un cosquilleo en el estómago bajo su abrazo.

—No te había visto.

—Eso es porque estabas mirando fijamente hacia los árboles.

—No. —Negué con la cabeza suavemente—. Antes.

—¿Me estabas buscando? —Una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—No. —Era una mentira y los dos lo sabíamos.

Su mano se ciñó a mi alrededor, casi involuntariamente, y durante un momento, no dijimos nada.

Evren no me había dado ningún motivo para ello, pero algo en lo más profundo de mi ser me decía que debía temer a ese hombre. Estaba tensa de la cabeza a los pies y el corazón me latía con fuerza en el pecho, pero no fui capaz de apartar la mirada de sus ojos oscuros, ni siquiera cuando esa sensación se apoderó de mis entrañas.

—No te acerques al bosque otra vez sin que alguien te acompañe.

—Su voz era una severa advertencia.

—¿Por qué? —Aparté la vista de él para dirigirla al silencioso bosque de nuevo—. ¿Qué hay ahí dentro? ¿Por qué las hojas son negras? ¿Los vampiros están tan cerca de Citlali?

Se me puso la carne de gallina ante esa idea. Por mucho que odiara a las hadas, les tenía mucho más miedo a los vampiros. Todas

las historias que me habían contado sobre ellos hablaban de su crueldad. Mientras que las hadas más poderosas se alimentaban de los Astraluces para obtener sus poderes, los vampiros se alimentaban de cualquiera que les apeteciera. Por comida, por poder, por placer.

—No tienes motivos para temer a los vampiros aquí — dijo Evren en voz baja a mi espalda, captando mi atención—. Hay cosas mucho peores acechando entre esos árboles.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al oír sus palabras.

—Entonces, ¿estoy rodeada de enemigos? —Di un paso para apartarme de él e intenté aclarar mis ideas.

—Estás rodeada de amenazas. —Asintió una vez, como en señal de advertencia, y dio un pequeño paso hacia mí. Me miró a los ojos durante un largo momento antes de bajar el tono de voz—. No deberías confiar en nadie.

—¿Ni siquiera en ti?

—Especialmente en mí. —Sus ojos se oscurecieron y sentí un nudo en el estómago por el anhelo, lo que me hizo sentir como una traidora. Ese hombre no era diferente del resto, y haría bien en recordarlo.

—¡Capitán! —gritó uno de los guardias y Evren tensó la mandíbula—. Estamos listos para seguir adelante.

Miró por encima del hombro hacia el guardia, y vi cómo el joven se estremecía. No estaba segura de si era por respeto o por verdadero miedo, pero me temblaron las manos al ver cómo agachaba la cabeza.

No podía confiar en Evren. Él mismo me lo acababa de advertir.

—La futura reina necesita un momento. —Su voz era puro poder, y me provocó un escalofrío.

Me llevó un momento asimilar sus palabras. Había sabido casi toda mi vida que estaba prometida al futuro rey de Citlali, pero nunca me había imaginado como otra cosa que no fuera su propiedad. Oír a alguien llamarme la futura reina me había trastornado.

—Por supuesto, capitán. —El guardia se alejó rápidamente de donde estábamos, y Evren volvió a centrar su atención en mí.

Su mirada seguía siendo oscura y dominante, pero aun así no me atreví a apartar la vista.

—Llegaremos al palacio de Achlys en breve. Deberías prepararte.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo?— pregunté sin aliento.
—¿Cómo se supone que voy a prepararme para lo que me espera dentro de ese castillo?

No sabía por qué le hacía esas preguntas. Evren era uno de ellos. Era un fae de alto rango y leal a la casa de Achlys. Pero una parte de mí seguía ansiando su respuesta.

—Eres la futura reina de Citlali. Los que residen tras los muros de ese castillo se arrodillarán ante ti en cuanto te vean, al igual que todo Citlali.

—Tú no lo has hecho. —Levanté la barbilla. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios mientras escrutaba mi rostro, y pude ver cómo recorría con la vista la luz de las estrellas que marcaba mi rostro.

—Confía en mí, señora. Me está costando todas mis fuerzas no caer de rodillas ante ti.

Se metió las manos en los bolsillos y, aunque sabía que debería haber retrocedido, sus palabras me hicieron acercarme a él de una forma imposible.

—No me llames así. —Levantó los dedos hasta que quedaron muy cerca de mi mandíbula antes de apartarlos lentamente.

—Deberías volver a tu carruaje. La noche aún es joven y, como la Astraluz, tienes mucho que afrontar ante ti.

3

—Bienvenida a Citlali —dijo uno de los guardias junto a mí antes de adelantarse al carruaje.

Me apresuré a asomarme para poder ver la ciudad de la que había oído hablar desde que era niña. Los adoquines retumbaban bajo las ruedas del carruaje al atravesar las calles. El lugar debería haber estado envuelto en la oscuridad, pero estaba lleno de vida gracias a las brillantes lámparas que colgaban de las casas de piedra y a la luz de las velas que adornaban casi todos los umbrales.

Los habitantes de la capital se asomaban a sus puertas y se apiñaban a lo largo de la calle para ver pasar nuestra comitiva. Algunos saludaban con la mano, mientras que otros intentaban asomarse al interior del carruaje para verme.

Muchos lanzaban flores al camino que seguíamos, pero en lugar de flores blancas de honor como las del reino de Sinluz, el pueblo de Citlali lanzaba amapolas rojas mientras vitoreaba.

Su reacción me sorprendió.

Casi todos los rostros que me miraban eran de hadas, pero me fijé en un hombre que llevaba las marcas de la luz de las estrellas en el hombro izquierdo. La marca era mucho más pequeña que la mía, pero era el único Astraluz aparte de mí que había visto jamás.

Y en ese momento tenía los brazos rodeando a la mujer hada que tenía delante.

No se parecía en nada a mí. Su piel era mucho más oscura que la mía y su marca era tan clara que casi parecía blanca. Mis marcas, sin embargo, me recordaban al suave resplandor del sol al ponerse tras las colinas cercanas a mi aldea.

Sus dos ojos eran de intenso un azul claro, idéntico al de mi padre. Éramos muy diferentes y, sin embargo, iguales. Pero él parecía feliz de estar allí. Como si estuviera enamorado. No le quité

los ojos de encima mientras el carruaje continuaba su camino por la ciudad, y él hizo lo mismo conmigo. Tenía una sonrisa amable en el rostro, pero yo no correspondí al gesto. Ni siquiera conocía a ese hombre, pero, por alguna razón, sentí la abrumadora necesidad de llamarlo traidor.

No significaba nada para mí, era un completo desconocido, pero aun así me sentía traicionada por lo bien que encajaba con nuestros enemigos. No podía detener el profundo dolor en mi pecho, ni siquiera cuando el carruaje dobló la esquina y el hombre desapareció de mi vista.

Había intentado recrear en mi mente cómo era el palacio de Achlys, pero mi imaginación no le había hecho justicia. Incluso de noche, el inmenso edificio era impresionante, aunque también intimidaba.

Las torres oscuras se alzaban sobre la ciudad que estaba a sus pies, pero la mayor parte del castillo quedaba oculta tras una imponente muralla de piedra que se elevaba más allá de lo que nadie habría podido escalar.

El carruaje redujo la velocidad al acercarnos a la puerta de hierro negro, y mi corazón se aceleró cuando el fuerte chirrido del metal sonó a nuestro alrededor. Vi cómo la puerta se abría lentamente para dejarnos pasar, y el impulso de huir me sacudió con todas sus fuerzas.

Sabía que, una vez que atravesara esa muralla, no habría vuelta atrás. Ese era mi destino, el destino decidido por los hombres y las hadas, en lugar de por los dioses. Y solo yo podía cambiarlo.

Habría podido huir, pero sabía que me habrían encontrado, y pensar en lo que podía depararme entonces el destino me hacía estremecer.

Los soldados fae con los que me había topado hasta entonces no habían sido lo que esperaba, pero sabía que no debía provocar a los fae de los cuentos de hadas de mi infancia. Eran malvados, letales, venenosos. No sabía si tenía el valor de enfrentarme a esas pesadillas.

Pero el carruaje volvió a ponerse en marcha antes de que pudiera pensarlo detenidamente.

Estaba al límite de mis fuerzas y no podía creer que solo hubiera pasado medio día desde que me habían sacado de mi casa, porque se me antojaba como si hubiera pasado toda una vida.

La puerta se cerró detrás de nosotros con un fuerte golpe y mis dedos se deslizaron hacia la daga mientras miraba por la ventanilla. Los terrenos del palacio eran grandiosos, hermosos, aunque yo esperaba que tuvieran un aspecto completamente diferente.

Las piedras oscuras se elevaban hacia el cielo, pero las ventanas de cristal se entrelazaban intrincadamente con la estructura de tal manera que resultaba casi deslumbrante a la luz de las lámparas que colgaban en su interior. Las flores acariciaban hasta el último resquicio de tierra que quedaba dentro de los terrenos y salpicaban de blanco a diestra y siniestra.

El carruaje se detuvo ante una gran escalinata que conducía a unas puertas aún más imponentes. Rápidamente volví a buscar la daga en la bota y me aparté el pelo de la cara. Ojalá se me hubiera ocurrido traer mi capa. Anhelaba desesperadamente el consuelo y la intimidad que un simple trozo de tela podía brindarme.

El guardia abrió la puerta del carruaje, el mismo que se me había acercado por primera vez en Sinluz, y una vez más me tendió la mano para ayudarme. Esa vez la acepté, temblorosa; salí del carruaje y apoyé la espalda contra la suave madera oscura.

—Bienvenida al palacio de Achlys. —Agachó la cabeza, pero ignoré el gesto porque estaba demasiado ocupada escudriñando la fila de guardias con uniformes rojos y blancos, buscando el de color negro.

Pero Evren no estaba por ninguna parte.

La puerta del palacio se abrió con un profundo gemido que delataba su antigüedad, y tres mujeres fae salieron al exterior. La más joven, con los rizos rubios recogidos desordenadamente sobre su cabeza, bajó con prisa las escaleras y se arrodilló ante mí. Di un respingo ante su gesto, pero mi cuerpo seguía pegado al carruaje.

Alzó sus ojos marrones y pude ver la confusión en su rostro.

—Bienvenida, Astraluz. Soy Eletta, tu dama de compañía.

No tenía ni idea de lo que eso significaba, pero estaba más que dispuesta a que la chica se levantara.

—Por favor, llámame Adara. —Le tendí la mano, pero se sonrojó y se puso de pie ella sola.

—Debes de estar cansada del viaje. He preparado tus aposentos para que puedas descansar hasta que el rey y la reina estén listos para recibirte. —Señaló las escaleras y yo miré una última vez hacia atrás en busca de Evren.

Seguía sin aparecer, y me regañé a mí misma por preocuparme. Era un hada, un capitán de la guardia real, y ahí no me servía de nada.

—Antes debo coger mi baúl. —Me dirigí hacia la parte trasera del carruaje, pero el guardia me detuvo.

—Te lo llevarán a tus aposentos. —Mis aposentos. Como si esto fuera a convertirse en mi hogar. Sabía que esa era la realidad, pero me parecía lo más parecido a una mentira.

Ese palacio nunca iba a ser mi hogar. No importaba lo que me esperara dentro.

—De acuerdo. —Asentí y subí las escaleras tras Eletta.

Ella observaba cada paso que daba, pero no dijo nada. Atravesamos las grandes puertas y, al instante, me golpeó el calor de una gran chimenea que se encontraba en el fondo de la sala. El fuego rugía en su interior como si intentara calentar todo el palacio, y me estremecí al ver cómo las grandes llamas lamían los lados de la piedra.

—Tu habitación está en el ala norte. —Eletta señaló con la cabeza en esa dirección y yo la seguí.

Todo lo que dejábamos atrás estaba recubierto de oro, mármol o piedra bellamente envejecida. Nunca había visto nada igual en toda mi vida.

—¿Cuántos años tiene el palacio de Achlys? —pregunté, y mi voz retumbó en el vestíbulo vacío.

—Se dice que el palacio fue construido por el primer rey de las hadas, Novak, hace más de tres milenios. —Eletta pasó el dedo distraídamente por la pared al pasar.

No podía ser cierto. Por fin llegamos a mi habitación, y Eletta abrió la puerta antes de hacerse a un lado para dejarme pasar. Lo hice con vacilación. Había otra pequeña chimenea en un extremo y

un fuego mucho más pequeño bailaba en su interior y calentaba el espacio. Frente a ella había una gran cama cubierta de lujosas telas de un suave tono rojizo que se deslizaban hasta el suelo.

Por mucho que lo odiara, mis músculos me suplicaban que me tumbara en ella y comprobara si era tan acogedora como parecía. Había un pequeño escritorio junto a la única ventana de la habitación, y sobre él había un pergamino en blanco y tinta, junto con un espejo dorado que ocupaba todo el ancho de la madera oscura.

—El cuarto de baño está por aquí. —Se detuvo junto a la única otra puerta de la habitación y yo la seguí rápidamente al interior.

No pude evitar que un suspiro se escapara de mis labios al ver la enorme tina de cobre que ocupaba la mayor parte del espacio. Eletta sonrió.

—Te prepararé un baño para que puedas arreglarte y presentarte ante la familia real. Deberían venir a buscarte en breve.

—De acuerdo. —Asentí, aunque no estaba en absoluto preparada para lo que se avecinaba.

Eletta levantó los dedos, los giró ligeramente y el agua comenzó a brotar de la pared de piedra hacia la tina. Di un paso atrás y me aferré a la puerta mientras observaba su magia. La tina echaba vapor por el calor del agua, y no pude articular palabra cuando ella cogió un frasco pequeño y vertió aceite sobre la superficie.

Ella se volvió hacia mí justo cuando empezaba a percibir el aroma a jazmín.

—¿Estás bien? —Miró a su alrededor rápidamente para asegurarse de que no hubiera nadie más allí.

—Has usado magia. —Era una pregunta y una acusación.

—Por supuesto que sí. —Frunció el ceño y tartamudeó al hablar—. Aquí todo el mundo usa magia.

La miré fijamente porque no sabía qué decir. Por supuesto, sabía que los fae superiores poseían poderes, pero Eletta no era una fae superior. Era mi dama de compañía, y no podía entender lo que acababa de ver.

Si Eletta podía hacer eso, ¿de qué era capaz Evren?

—¿Todos los fae tienen magia? —logré articular por fin, aferrándome a la puerta con las dos manos.

—La mayoría sí. —Asintió—. Es muy raro que un hada no posea ningún tipo de magia, aunque se trate de los encantamientos más simples.

Me moría por saber más.

—¿Y los miembros de la realeza poseen mucha más magia que los demás?

Sus ojos se desviaron hacia la puerta y luego volvieron a mí. Pude ver su vacilación reflejada en su expresión, pero aun así habló, aunque su voz era apenas un susurro.

—La familia Achlys ha transmitido una potente línea mágica durante los cientos de años que han estado en el poder, pero a algunos les preocupa que ese poder pueda estar decayendo.

Di un paso adelante para acercarme a ella.

—¿Qué significa eso?

—No me gusta hablar de ello. —Volvió a mirar hacia la puerta.

—Por favor —le supliqué, y sus ojos se alzaron para encontrarse con los míos.

—Se dice que la magia que hay en tu interior determinará el destino de la familia Achlys y de todo Citlali. Serás la clave de su ascenso o el catalizador de su caída.

Mi corazón se aceleró al escuchar sus palabras.

—No tengo esa clase de poder. —Negué con la cabeza—. No tengo ningún poder.

—Todos los Astraluces nacen con la capacidad de despertar la magia latente y letal que se esconde dentro de un hada. Por lo que nos han dicho durante años, tú eres la clave para garantizar nuestra seguridad. —Eletta jugueteó con su vestido.

Seguridad.

—¿Seguridad frente a qué? ¿Y si os equivocáis todos? —Apreté los puños a los costados cuando el peso de su explicación caló en mí.

Sus ojos brillaron con miedo.

—Deberías meterte en el baño, Astraluz.

—¿Y si os equivocáis? —pregunté con más firmeza. Si yo era la que se suponía que iba a desempeñar un papel tan vital en el futuro de ese reino, entonces merecía saber la verdad. Todo lo que me habían contado sobre mi compromiso había sido mínimo e inútil. Nunca me habían dicho nada parecido.

—Si el príncipe Gavril se alimenta de ti y no obtiene el poder que se ha profetizado, me temo que el reino quedará vulnerable ante la reina Veda por primera vez en milenios. —El temblor de su voz avivaba mi inquietud.

Nunca había oído ese nombre en toda mi vida. Nunca había oído hablar de ninguna otra reina aparte de aquella a la que debía servir.

—¿Quién es la reina Veda?

Eletta se volvió y pasó la mano por el borde de la bañera.

—Es la monarca que gobierna la Corte de la Sangre, la de los vampiros, y se dice que es despiadada en su poder y su odio.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Había oído leyenda tras leyenda sobre los vampiros, y ninguna de ellas era buena. Pero nunca había oído hablar de su reina.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Gobernarlo todo. —Eletta cogió una toalla de un pequeño gancho dorado en la pared, que parecía más suave que cualquier tejido que hubiera tocado jamás, y la dejó junto a la bañera—. La reina Veda ha querido derrocar al gobierno de Citlali desde que tengo memoria, pero esta es la primera vez que sus amenazas tienen posibilidades de hacerse realidad.

Señaló la tina, y yo me quité lentamente las botas y las dejé justo al lado, donde pudiera alcanzarlas.

Los ojos de Eletta se abrieron como platos al verme sacar la daga de dentro de la bota, pero no dijo ni una palabra. Empecé a desvestirme con la cabeza dando vueltas.

—¿Y todos pensáis que voy a ser yo quien la detenga?

Me metí en el agua y ni siquiera su calor pudo calmar el frío que me helaba la piel. No sabía qué les habían contado a estas hadas sobre mí, pero yo no era lo que ellas pensaban. No poseía el poder para detener a una reina vampiro. No poseía el poder para detener nada.

—Rezamos a los dioses para que lo seas. —Mojó un paño en el agua y lo enjabonó; yo me tapé los pechos con los brazos—. Si la profecía es errónea, rezo para que los dioses nos protejan.

Por primera vez en mucho tiempo, yo también recé para que así fuera.

4

Me miré en el espejo y apenas me reconocí. Mi cabello oscuro estaba recogido y trenzado en la coronilla en un elaborado diseño que ya empezaba a darme dolor de cabeza, y Eletta me había pintado una gruesa línea oscura a lo largo de los ojos que me hacía parecer diferente.

Pero nada de eso era lo importante. Lo importante era el vestido blanco que llevaba puesto, que brillaba como si las estrellas se deslizaran en cascada sobre la tela. No sabía dónde mirar cuando Eletta me lo había puesto, pero mi asombro se desvaneció rápidamente al darme cuenta de que la espalda del vestido llegaba justo por debajo de la cintura.

Las marcas de mi espalda quedaban al descubierto, y aunque intenté oponerme, ella me había advertido que la reina había exigido que llevara una prenda que mostrara lo que buscaban.

A ellos no les importaba la mujer que estaba a punto de presentarse ante ellos. Solo les importaba una cosa, y esa cosa estaba a la vista de todos, aunque yo tiritara por el frío de la noche.

Anhelaba meterme en la cama, pero no tenía elección. Estaba con Eletta a las puertas del gran salón, y ella seguía retocándome el vestido mientras yo intentaba respirar. Me negué a permitir que la realeza viera lo asustada que estaba.

Mi miedo era su poder, e iban a usarlo contra mí si les daba la oportunidad. Eran las personas que habían asesinado a mi padre cuando él había intentado impedir que se llevaran a su única hija, y no me atrevía a dejar que vieran ese temor en mis ojos.

—¿Estás lista? —preguntó Eletta en voz baja frente a mí, y le eché un rápido vistazo. Era un hada como el resto de ellos, pero algo me decía que esa chica no se parecía en nada a ellos. Me había tratado con amabilidad y respeto desde que había llegado.

—No estoy segura de que alguna vez vaya a estar preparada. —
Fui sincera con ella y vi cómo su pequeña sonrisa se desvanecía de su precioso rostro.

Pero no tuvo tiempo de responder. Las puertas del gran salón se abrieron, con un guardia real a cada lado, y ella se puso rápidamente detrás de mí. Apenas podía ver el interior del salón, pero me parecía que cientos de rostros me miraban fijamente.

Los escruté uno por uno, aborreciendo que fuera para encontrar al guardia que solo hacía un día que conocía; un guardia que era completamente irrelevante. Enderecé la espalda al ver las filas y filas de personas que se encontraban en el espacio. Todos me miraban con asombro y anhelo, pero ninguno de ellos buscó mi mirada: solo les interesaba mi espalda; querían ver mi maldición, que para ellos era justo lo contrario. Me veían como una salvadora.

Me olvidé de todos ellos y me concentré en las tres hadas que estaban sentadas en un estrado bajo. La reina fue la primera en llamar mi atención, y no era de extrañar. Llevaba un largo vestido rojo que destacaba entre los de los demás, y la corona que ornaba su cabeza hacía juego con él. En ella había tantas puntas de oro rematadas con grandes rubíes que deberían haberle impedido mirar a la gente desde arriba, pero lo conseguía de todos modos.

Me dedicó una mirada severa y calculadora, y tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no encogerme. Era hermosa, de eso no cabía duda, y me estudiaba con los ojos entrecerrados.

Ella era el poder. Era mucho más que un rostro que admirar. A pesar de que dos hombres estaban sentados a su lado, la reina de Citlali era quien gobernaba, y la temía mucho más de lo que jamás habría imaginado.

Desvié la mirada de ella hacia el rey, que estaba a su lado. Llevaba una corona similar, mucho más pequeña, y tenía un aspecto majestuoso con su sobreveste azul oscuro adornado únicamente con el escudo real en oro y rojo.

Me recorrió con la vista como si intentara calcular mi utilidad. Odiaba su expresión al hacerlo, como si yo fuera ganado de primera calidad para subastarlo al mejor postor.

Dejé de atenderlo a él bruscamente y me detuve en seco cuando me encontré con la otra persona que se encontraba en el estrado. Era mucho más joven que el rey y la reina, y la corona que descansaba sobre su cabeza era menos grandiosa.

Pero no necesitaba la corona en la cabeza para llamar mi atención. Era increíblemente guapo, de una forma que solo lo había visto en otra persona, y había una suave sonrisa en sus labios mientras me miraba.

Me detuve frente a los tres y me negué a agachar la cabeza. Esa era la familia real, la familia que quería quitármelo todo, la familia con cuyo miembro más joven me iba a casar, y me negué a arrodillarme aunque me temblaran las piernas.

Un silencio se apoderó de la multitud cuando la reina se puso de pie.

—¿Así que tú eres la Astraluz prometida? —Su voz era inflexible, y todas las cabezas se volvieron hacia ella. No sabía cómo responderle, así que no dije ni una palabra. Me quede quieta bajo su escrutinio—. ¿Eres la chica con el poder de las estrellas? —Tensó la mandíbula, y supe que no estaba acostumbrada a insistir.

—No tengo ningún poder.

—Ah, pero sí lo tienes. —Bajó de su estrado y uno de los guardias se apresuró a tenderle la mano—. Puedo sentirlo desde aquí. —La reina soltó la mano del guardia, se acercó a mí, y yo me quede sin aliento. Se detuvo frente a mí, al alcance de la mano, y no pude evitar fijarme en lo mucho que diferíamos. Su piel era pálida y no mostraba ningún signo de una vida dura, y su cabello era tan claro que casi parecía blanco. Se echó hacia delante, deslizó un dedo por debajo de mi barbilla y me estremecí cuando me hizo levantar la cabeza y echarlo hacia atrás para examinarme—. Tu rostro es extraordinario. —Sus dedos se tensaron contra mi barbilla—. Pero me gustaría contemplar tu espalda.

No quería darme la vuelta. Ya estaba demasiado expuesta y podía sentir las miradas de quienes estaban detrás de mí. Pero no me dejaba más opción.

Los ojos de la reina se oscurecieron y el suelo bajo mis pies comenzó a moverse.

Extendí la mano para agarrarme a algo y evitar caerme, pero ella era la única a mi alcance. Me negué a utilizar su ayuda.

No la había visto levantar la mano ni pronunciar ningún hechizo, pero el suelo de mármol sobre el que me encontraba se dio la vuelta, como si su poder no requiriera esfuerzo, y no se detuvo hasta que quedé frente a las puertas por las que había entrado; entonces oí su jadeo junto con el de los demás.

Un dedo frío recorrió toda la longitud de mi columna vertebral y me estremecí bajo su tacto.

—¿Eres pura? —Su pregunta me hizo prestarle atención de nuevo, pero no tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Perdón?

—Tu sangre. La sangre de las estrellas. ¿Es pura, o ya se han alimentado de ti antes?

Un nudo se formó en mi estómago ante su insolencia.

—Madre. —Oí la voz del príncipe heredero gruñir desde el escenario, y apreté los puños.

—Soy tan pura como exigiste. —Intenté que mi voz no temblara—. Nadie se ha alimentado nunca de mí.

Nadie lo había hecho en el sentido en que ella lo preguntaba y tampoco en el sentido en que yo había deseado. Nadie en mi pueblo se atrevía a tocarme. Yo era la Astraluz y pertenecía a la realeza. Los chicos de mi pueblo se habían tomado eso tan literalmente como era posible. Cualquiera que me hubiera mancillado habría sido maldecido. Cualquiera que me hubiera hecho daño, habría estado condenado.

—Bien —dijo la reina a mis espaldas—. Mi hijo será el único que saboree tus poderes y se una a ellos. Serás suya y solo suya.

Aborrecí esas palabras. Despreciaba la facilidad con la que se refería a mí como un objeto.

—Ven, Gavril. Mírala.

Me puse tensa mientras esperaba, de espaldas al estrado. Podía oír movimiento, pero no veía nada más que los rostros de quienes seguían observando el espectáculo que tenían ante ellos.

Supe en el momento en que el príncipe heredero se situaba a mi espalda. Pude sentirlo a lo largo de mis marcas como una vibración

de poder cobrando vida. Me recordó a Evren, y rápidamente lo busqué entre los rostros que había a mi alrededor.

—Es exquisita. —El príncipe heredero habló antes de rodearme lentamente. Se detuvo cuando quedó de frente a mí y agachó la cabeza en una reverencia casi imperceptible—. Es un placer conocerte por fin, Astraluz.

—Adara —no pude evitar decirlo—. Me llamo Adara Cahira.

—Adara —ronroneó mi nombre, y un escalofrío recorrió mi marca—. Es un placer conocerte, Adara.

No supe qué responderle porque no compartía ese sentimiento. Era guapo y se había mostrado respetuoso hasta el momento, pero aun así me habían enviado ahí para que me reclamara como suya.

—¿Y cómo debo llamarte?— pregunté, y oí murmullos a mi alrededor. Pero el príncipe heredero sonrió.

—Me llaman de muchas maneras, pero como mi futura esposa, me gustaría que me llamaras Gavril. —Me observó mientras asimilaba sus palabras, y esa pequeña sonrisa no se borró de sus labios—. ¿Me honrarías con un baile? —Me tendió la mano, y yo vacilé antes de tomarla. La música comenzó a sonar en el momento en que me pegó a él, y mi mano se posó sobre su pecho mientras él me levantaba lentamente la otra. No se me escapó la forma en que su mano se posó en la parte baja de mi espalda ni cómo se le tensaron los dedos al entrar en contacto con mi marca. El cosquilleo de poder que había notado antes no hizo más que intensificarse bajo su tacto—. Siento lo de mi madre — murmuró mientras dábamos vueltas al ritmo de la música—. Sé que puede ser un poco autoritaria. —Levanté la vista hacia él. »Autoritaria« no me parecía la palabra adecuada para describir a la reina. Mi instinto me decía que era despiadada, astuta e inflexible. No tenía aliados en ese palacio. Desconfiaba de todos los que estaban allí, pero ella era mi verdadera adversaria. Era a quien tenía que vigilar en todo momento, pero, aun sabiéndolo, no podía apartar la mirada del príncipe—. Pero tiene buenas intenciones.

—¿Tiene buenas intenciones para quién? —Apreté la mano sobre su hombro—. No creo que la reina tenga ningún interés en mí más allá de lo que puedo ofrecerte a ti.

Gavril tuvo el descaro de parecer avergonzado por mis palabras, pero no sabía cómo podía pensar que yo iba a creer otra cosa.

—Vas a ser mi esposa, Adara. Eres más que la sangre que corre por tus venas.

Sus palabras fueron como un susurro sobre mi piel. Un susurro que me cautivó.

—¿Y cómo vas a alimentarte de mí? —Sabía que aquel salón no era el lugar adecuado para esa clase de pregunta, pero tenía que saberlo. Las tradiciones que me habían contado afirmaban que los fae se alimentaban de los Astraluces, tal y como se nos advierte de los vampiros, pero en Gavril no veía ningún indicio de dientes afilados con los que perforar mi piel. No veía ningún indicio del monstruo que, mucho me temía, se escondía en su interior.

—Aún no tienes por qué preocuparte por eso. —Carraspeó y sus dedos recorrieron suavemente mi piel—. No me alimentaré de ti hasta que nos casemos. Hasta que seas mía.

Eso me tranquilizó y me llenó de inquietud al mismo tiempo.

—¿Y cuándo nos casaremos?

—Dentro de un mes. —Me pegó a él distraídamente—. Te convertirás en princesa de Citlali antes de que las lunas gemelas se encuentren en el cielo sin estrellas. —Una princesa. La idea me parecía absurda. No era más apta para ser princesa de lo que lo era para ser reina—. Sé que esto no es lo que querías, pero aprenderás a amar este lugar, Adara. —Sonaba sincero, pero no confiaba en él. ¿Cómo iba a aprender a amar algo que había matado a mi padre?

—¿Y es lo que tú querías? —No me respondió de inmediato. Su mirada recorrió mi rostro mientras reflexionaba sobre mi pregunta.

—Lo que quiero es cumplir con mis deberes como príncipe heredero de Citlali. No puedo esperar que lo entiendas.

Sus palabras me hicieron tanto daño como un latigazo.

—Creo que lo entiendo mejor que la mayoría, teniendo en cuenta que mi deber era renunciar a toda mi vida. —Se sobresaltó y respingó como si mis palabras hubieran dado en el blanco—. ¿Así que es tu deber lo que te lleva a desear alimentarte de mí? ¿Nada de eso tiene que ver con tu propia sed de poder?

Se echó hacia mí y me tensé en sus brazos cuando su boca se acercó a mi oído.

—Mi sed, como tú dices, se saciará muy pronto, y ya veremos qué es lo que anhele después de haberte probado por primera vez.

Se apartó y sus ojos azul oscuro se clavaron en mí.

—¿Te has alimentado de otro? —La pregunta era demasiado íntima, pero a ellos no les había importado al hacérmela a mí.

—Sí. —Asintió—. Pero ninguno ha despertado mi verdadero poder. Ninguno como tú. —Su mano recorrió mi espalda, y el contacto me pareció indecente con toda esa multitud mirando. Pero sería una tonta si negara la emoción que me recorrió al sentir su tacto.

No se parecía a nada que hubiera sentido antes. Era una persuasión y una advertencia al mismo tiempo.

La canción llegó a su fin y Gavril vaciló al retirar por fin la mano de mi espalda. Hizo una pequeña reverencia y me soltó. Había varias personas más bailando a nuestro alrededor, pero no les presté atención: alcé la vista hacia el estrado y vi que los ojos de la reina estaban clavados en mí.

—Gracias por el baile, Adara. —Gavril se enderezó y levantó la mano como si quisiera tocarme la cara. Di un paso atrás antes de permitirle que lo hiciera.

Gavril me miró fijamente, pero yo solo necesitaba alejarme. Necesitaba escapar de su tacto y de sus miradas.

Me volví hacia las puertas y nadie me detuvo cuando me dirigí rápidamente hacia ellas. Podía sentir el corazón latiéndome con fuerza en el pecho; la respiración se me aceleraba mientras intentaba calmar mi mente. Era demasiado. Todo era demasiado.

Me levanté la falda larga al llegar a las puertas y, al volver la vista atrás, comprobé que la reina seguía estudiando cada uno de mis movimientos con expresión fría y calculadora.

Giré por el pasillo, desesperada por llegar a mi habitación, cuando mi pecho chocó contra otro y el aliento se me escapó de los labios de golpe.

Los dedos de Evren se clavaron en la piel de mis brazos para sujetarme, y el cosquilleo de antes se intensificó.

—¿Qué ha pasado? —Su mirada oscura se clavó en la mía antes de que la desviara a algún punto por encima de mi cabeza—. ¿Estás bien? —Seguía vestido completamente de negro, aunque con un uniforme con el que aún no lo había visto, y las telas que cubrían su piel eran mucho más finas que antes. Me recordaban a las del príncipe, si no fuera por la ausencia del escudo real en su pecho—. Adara. —Sus manos me sacudieron ligeramente para llamar mi atención. Volví a mirarlo a la cara, intentando serenarme—. ¿Estás bien? —Debería haber sido una pregunta sencilla, pero no me sentía bien en absoluto. En realidad, no.

—No quiero regresar a ese salón. —Las voces de los numerosos súbditos y los ecos de la juerga se escapaban por la puerta como si esta no pudiera contenerlos.

—No tenemos por qué. —Sus dedos se tensaron sobre mis brazos y volvió a mirar por encima de mi cabeza antes de asentir una vez. Supuse que a uno de los otros guardias—. Me gustaría enseñarte algo.

Evren me tomó de la mano lentamente y me llevó en dirección opuesta al gran salón. Con cada paso que dábamos, mi respiración se calmaba. No pensé en adónde me llevaba Evren, solo dejé que lo hiciera, y cuando el aire fresco de la noche me acarició la piel desnuda, me estremecí.

Los jardines. Evren me alejó del palacio y me llevó a los exuberantes jardines, cubiertos de flores de cientos de variedades diferentes. Estaba segura de que durante el día eran impresionantes, pero por la noche brillaban bajo las numerosas lámparas que colgaban de postes de hierro.

—Suelo salir a estos jardines cuando necesito un momento de consuelo —murmuró Evren, volviéndose hacia mí—. Es un agradable descanso de lo que ocurre dentro de esos muros.

—No estaba preparada —sacudí suavemente la cabeza—. La reina. —No podía quitarme de la cabeza la forma en que me había hablado, la forma en que me había mirado.

—La reina es... —reflexionó antes de volver a mirarme—. Difícil.

—¿Y aun así la sirves? —Tragó saliva con dificultad y negó con la cabeza suavemente mientras reflexionaba sobre mi pregunta. Le

pesaba mucho, pero lo que yo no sabía era por qué.

—Estás preciosa. —Me recorrió el cuerpo con los ojos de arriba abajo, y me pareció una lenta caricia—. ¿Te lo ha dicho alguien esta noche? —Negué con la cabeza suavemente. Las cosas que había dicho el príncipe heredero no tenían que ver conmigo en realidad—. Es una puta pena. —Se acercó a mí y su olor me abrumó—. No debería ser yo quien te lo dijera.

—¿Y por qué no? —Levanté la cabeza para mirarlo.

—Los dos sabemos por qué no. Mi...—Evren echó un vistazo por encima de mi hombro antes de volver a mi rostro. Era una idea absurda, pero habría jurado que su mirada se ensombrecía al hacerlo—. El príncipe heredero es un necio si no se da cuenta de lo hermosa que eres; sin embargo, eres suya.

—No soy de nadie. —Mi voz sonó más firme de lo que pretendía, y la leve sonrisa en los labios de Evren me frustró aún más.

—Pero lo eres. —Deslizó la mano por la parte posterior de mi antebrazo y sentí un nudo en el estómago al ver su piel contra la mía—. Y pronto serás suya en matrimonio y en carne y hueso.

—Dentro de un mes —repetí las palabras que me habían parecido mi perdición—. Me convertiré en la princesa de Citlali y se beberá mi sangre dentro de un mes.

—Me han dicho que la experiencia es bastante placentera.

—¿Qué? —Aparté el brazo y él bajó aún más la voz.

—Que se alimenten de ti. —Sus ojos oscuros recorrieron mi cuerpo de nuevo—. Me han dicho que algunas personas apenas pueden controlarse ante el frenesí que provoca en su interior. —Se recorrió el labio inferior con el pulgar y, por un momento, no pude evitar preguntarme cómo sería que fuera Evren quien se alimentara de mí. ¿Seguiría teniendo tanto miedo?

—¿Y tú lo has hecho? ¿Te has alimentado de una Astraluz? Levantó los dedos y me tocó la barbilla con suavidad para obligarme a mirarlo.

—No, pero puedo imaginarme cómo sería. —Cada palabra era como una caricia sobre mi piel hambrienta—. Solo puedo soñar con lo que se sentiría al saborearte.

Evren apenas me tocaba. Solo su dedo permanecía en mi barbilla, pero me estaba desnudando con sus palabras. No conocía a ese hombre, y sabía que no debería desear hacerlo. Pero mi cuerpo ansiaba la forma en que me hablaba, con su voz susurrante y sus labios a solo un aliento de distancia de los míos.

Me sentía viva, mi marca se agitaba bajo mi piel, y no pude evitar echarme hacia él.

—Adara.

—¿Sí? —Parpadeé, ansiando alzar una mano y apartarle el mechón de cabello oscuro que acariciaba su hermoso rostro.

—Debería acompañarte a tu habitación.

—Por supuesto. —Asentí, pero ninguno de los dos se movió. Estaba demasiado hipnotizada por la forma en que me miraba. A mí en lugar de a la marca de mi piel. No era más que un capitán de la guardia real, pero me intrigaba más que ninguna de las personas que había visto en aquel salón dorado.

Evren me miraba fijamente a la boca, y yo apenas podía respirar. Clavé los dedos en las palmas de las manos para evitar alargar la mano hacia él y exigirle que acortara la distancia entre nosotros. Mi cuerpo suplicaba que lo hiciera, pero no me atrevería a permitir que mis palabras hicieran lo mismo.

Entonces carraspeó y dio un paso atrás. Ese pequeño paso me desequilibró, y evité mirarlo a los ojos mientras me enderezaba.

—Por favor, déjame asegurarme de que regresas sana y salva a tus aposentos. —Su voz tenía un tono que le había faltado solo unos instantes antes, pero yo me limité a asentir antes de volverme en dirección al palacio. Apenas me fijé en las flores mientras andaba delante de él; deseaba desesperadamente el consuelo de mi habitación. No esperé a que él abriera la pesada puerta, una mezcla de cristal y hierro. Me adentré de nuevo en el pasillo, abrumada una vez más por el calor del palacio, antes de que él pudiera alcanzarla. —. Adara, por favor, espera —me llamó a mi espalda, pero no me detuve. Estaba siendo una tonta, y solo llevaba un día fuera de casa. Necesitaba dormir y aclararme las ideas.

Necesitaba...

—Ahí estás. —Me detuve en seco al oír la voz de Gavril y vi cómo salía de una pequeña estancia con un vaso de algo color ámbar en la mano.

Evren casi chocó contra mi espalda cuando me detuve bruscamente, y la mirada de Gavril se desvió rápidamente de mí para encontrarse con la de su capitán.

—Veo que por fin has conocido a mi hermano. —Las palabras de Gavril me sonaron mal, y mi cuerpo se tensó al darme cuenta de quién era el hombre al que casi acababa de suplicar que me besara—. El que había decidido que esta noche no era lo bastante importante como para honrarnos con su presencia.

—Alguien tiene que vigilar las fronteras. —Su voz sonaba mucho más tranquila de lo que yo me sentía—. No todos podemos limitarnos a organizar bailes y enviar a otra persona a buscar a su prometida.

Gavril entrecerró los ojos al mirar a su hermano, y rápidamente di un paso para alejarme del hombre que tenía a mi espalda. Me volví para mirarlo, y fue como si lo viera por primera vez.

Evren era un fae de alto rango, era de la realeza y era un mentiroso. Apartó la vista de su hermano para clavarla en mí, y habría jurado que vi un destello de remordimiento en sus ojos oscuros antes de que desapareciera.

—¿Y cómo están las fronteras?

—Tranquilas. No sé de dónde vienen los rumores sobre las amenazas, pero no hemos visto ningún indicio de lo que se avecina.

¿Qué significaba eso? ¿Evren estaba vigilando la frontera entre Citlali y las tierras humanas?

—Pero quizá este no sea el mejor lugar para hablar de ello. —Evren señaló con la cabeza en mi dirección, y odié lo fácilmente que me había descartado.

—Tienes razón, hermano. —Gavril se adelantó y le dio una palmada en el hombro a Evren.

Busqué similitudes entre ellos que pudiera haber pasado por alto pero parecían muy diferentes el uno del otro. Opuestos. Y yo me había dejado engañar fácilmente.

—Solo estaba acompañando a la señorita Cahira a su habitación. —Evren agachó la cabeza ante su hermano—. Me aseguraré de que llegue sana y salva.

No quería ir a ningún sitio con él, pero no dije nada. Me limité a mirar al frente mientras los dos hablaban de mí como si ni siquiera estuviera allí.

—Yo me encargaré de eso a partir de ahora. —Gavril me tendió el brazo, y mi mano tembló mientras vacilaba. Pero finalmente deslicé mi mano sobre su brazo y evité a Evren por completo—. Al fin y al cabo, es mi prometida.

—Por supuesto. —Evren hizo una reverencia más profunda esa vez, y me pregunté distraídamente cómo se vería un hombre tan poderoso de rodillas. Había dicho que el reino de Citlali iba a arrodillarse ante mí, pero eso no me interesaba.

De repente, sentí tanta ira hacia ese hombre que no pude dedicar ni una pizca de preocupación a nadie más.

Gavril dio un paso adelante y eché un vistazo por encima del hombro justo cuando Evren se enderezaba. Sin embargo, no me prestaba atención: estaba concentrado en el lugar donde su hermano me estaba tocando.

Apretó los puños y mi propia mano se tensó contra su hermano. La mirada de Evren se alzó para encontrarse con la mía, pero rápidamente aparté la vista y seguí al príncipe heredero.

Permaneció en silencio durante un largo rato mientras mi corazón latía a toda velocidad. Solo deseaba llegar a mi habitación para poder dejar atrás todo el día. Tenía un mes por delante para averiguar qué iba hacer exactamente con el papel que el destino me había asignado.

—Siento que hayas tenido que escuchar toda esa charla sobre fronteras y amenazas. —Gavril me dedicó una sonrisa forzada—. Me temo que mi hermano es a partes iguales un bruto y un miembro de la realeza, y a veces olvida cuál es su lugar en esta familia.

—No pasa nada, alteza —tartamudeé esa última palabra porque no estaba segura de cómo debía dirigirme a él.

—Por favor, llámame Gavril. Sobre todo cuando no hay nadie delante.

¿Significaba eso que las expectativas eran diferente cuando había alguien más?

Llegamos a mi puerta y retiré la mano de su brazo.

—Buenas noches, Gavril.

—Buenas noches. —Volvió a sonreír, esa vez con mucha menos tensión—. Te veré mañana. —Asentí porque era él quien me había convocado. No tenía otra opción. Abrí la puerta, pero dudé antes de atravesarla cuando me llamó por mi nombre—. Esta noche estás absolutamente preciosa.

5

Me desperté con un grito ahogado antes de caer en la cuenta de dónde estaba. Eletta ya estaba en mi habitación, ocupada con lo que parecía mi desayuno, que estaba dejando sobre el pequeño escritorio.

—¿Estás bien?

—Sí, lo siento. —Me incorporé en la cama y me aparté el pelo rebelde de la cara—. Por un momento me había olvidado dónde estaba.

Pude ver la lástima en sus ojos, y la aparté rápidamente antes de permitir que me ahogara. Su lástima no nos serviría de nada a ninguna de las dos.

—Es un gran hombre, ¿sabes? —Levantó la tapa de la bandeja. El olor a bollería caliente y fruta me invadió al instante e hizo que me gruñera el estómago.

Sus palabras me enfurecieron porque la noche anterior había perdido innumerables horas de sueño pensando en que él no era tal cosa.

—No creo que lo sea. —Bajé las piernas de la cama, me puse de pie, cogí una manta y me envolví con ella.

—Pero apenas lo conoces. —Ella negó suavemente con la cabeza—. Llevo varios años en el palacio y siempre he sabido que es noble, incluso cuando las situaciones le obligan a ser despiadado.

No pude evitar que se me escapara un resoplido. Alzó la vista para encontrar mis ojos y me sentí mal.

—No pretendo insultarte, Eletta, ya que solo conozco al príncipe desde ayer, en Sinluz, pero parece carecer de esas virtudes de las que hablas.

Frunció el ceño mientras me dirigía hacia el escritorio.

—¿El príncipe heredero fue a Sinluz?

Mierda. Se refería a ese príncipe.

—Ah. No. —Negué rápidamente con la cabeza—. Pensé que te referías a su hermano.

—¿Has conocido al príncipe Evren? —En su voz había un toque de alarma.

—Sí. Fue el primer hada que conocí. En la falla. Se aferró a su falda y se echó a temblar—. Por favor, Eletta. Dime lo que piensas. Si queremos que esto —hice un gesto con la mano de un lado a otro para señalarnos a las dos— funcione, necesito que confiemos la una en la otra.

—Por supuesto, Astraluz. —Sus ojos se deslizaron hacia la puerta—. Es solo que no deseo hablar mal de la familia Achlys.

Me acerqué a ella y bajé la voz.

—Aquí solo estamos nosotras. —Ella asintió, aunque no me debía ni una pizca de su confianza.

—Deberías mantenerte alejada del príncipe Evren. —Un escalofrío me recorrió la espalda ante su advertencia—. Es todo lo que su hermano no es. Brutal y despiadado. No me había enterado de que ya había regresado de la frontera de Sidra.

—¿La frontera de Sidra? ¿Los Achlys envían a su príncipe a patrullar la frontera de los vampiros?

—No deberíamos hablar de esto. —Sacó la silla del escritorio y me hizo un gesto para que me acercara—. Deberías comer. No sé qué te deparará el día.

Me senté a pesar de que mi mente no dejaba de darle vueltas a la información que acababa de darme. La forma en que había descrito a Evren era todo lo contrario de lo que él me había mostrado. Al menos hasta que me había dado cuenta de quién era en realidad.

—¿Voy a ver a la familia real hoy? —Le di un mordisco a un pedazo de melón y gemí cuando el sabor llegó a mi lengua. Hacía años que no probaba una fruta tan dulce.

—Aún no te han llamado, pero supongo que sí. —Su voz temblaba y se movía inquieta detrás de mí.

—Hasta entonces, ¿podrías enseñarme el palacio? — Odiaba sentirme tan desamparada allí, y no conocer los terrenos del palacio no hacía más que intensificar esa sensación.

—Por supuesto, Astraluz. —Sonrió, y me comí rápidamente el desayuno antes de que pudiera cambiar de opinión.

Me ayudó a ponerme un vestido largo de seda que era tan bonito como poco práctico, pero se había negado a hacerme caso cuando le había sugerido que podía llevar algo mío. Al menos me había permitido dejarme el pelo suelto cuando vio lo incómoda que me sentía con tan solo un trocito de espalda al descubierto.

Me sacó de la habitación y yo la seguí mientras me explicaba la función de cada sala por la que pasábamos.

—Esta es la Sala de los Reyes. —No paraba de hablar de historia, algo que apenas me importaba. En cambio, yo estaba memorizando mentalmente cada giro y cada estancia.

Los retratos colgaban a lo largo de la pared, todos ellos de hombres que parecían ansiar el poder más que el que los precedía. Hasta que llegamos al actual rey de Citlali. Debería haber sido el rostro de su esposa el que me mirara desde esa pared.

—Aquí es donde colgará el retrato del príncipe Gavril una vez que sea coronado rey. —Ella me miró, pero yo seguía con la vista fija en la pared vacía. Me abrumaba la idea de que el retrato del futuro rey de Citlali colgaría allí. Mi futuro marido—. Será un rey apuesto. ¿No crees?

—Sí. Por supuesto. —No había forma de negarlo. Gavril Achlys era más que guapo. Todo en él transmitía majestuosidad e imponentia. No se parecía en nada a lo que yo había imaginado.

—La biblioteca está por aquí. —Giramos por el pasillo y atravesamos una puerta en arco que daba a un espacio con poca luz.

Filas y filas de libros se extendían desde el suelo hasta el techo, y la sala parecía agrandarse aún más a medida que los libros se sucedían.

—Esto es precioso. —Pasé la mano por algunos lomos mientras exploraba el lugar. Había leído bastantes libros, pero nunca había visto nada como eso. Había más libros allí de los que habría podido leer en toda una vida.

—Lo es. Esta biblioteca contiene todas nuestras historias, incluida la tuya— dijo Eletta con aire ausente.

—¿Hay historias de los Astraluces?

Ella asintió, jugueteando con su vestido.

—He visto al príncipe Evren leyéndolas.

Esa noticia me sorprendió. ¿Qué le importaba a él la historia de mi pueblo?

—¿Puedes dejarme aquí, Eletta? —Miré a mi alrededor e intenté esbozar una sonrisa convincente—. Me gustaría leer un rato. Puedes venir a buscarme si me llaman.

—Por supuesto. —Ella agachó la cabeza antes de marcharse rápidamente y dejarme a solas con mis pensamientos.

La única historia que me habían contado sobre los Astraluces era la que conocían en mi pueblo. Leyendas transmitidas de generación en generación, y la mayor parte de la información era incompleta.

Ojeé los títulos de las estanterías. Había libros sobre reyes y leyendas de hadas. Cuentos de guerras y alianzas pasadas.

Pero me detuve al leer las palabras doradas en un libro encuadernado en cuero negro. *El auge y la caída de Sidra*. Saqué el libro de la estantería y lo abrí rápidamente.

Ahí era donde había estado destinado Evren. Un príncipe de Citlali ocupando la frontera de su enemigo.

Y por lo que me habían contado, era un enemigo formidable, sin duda.

Me dejé caer en una silla cerca de la pequeña chimenea y hojeé las páginas descoloridas. Había dibujos que representaban a los vampiros de Sidra. Pero a mí me parecían muy similares a las hadas; la única diferencia que noté era la falta de orejas puntiagudas.

Pero entonces llegué a la página que describía cómo se alimentaba un vampiro. Mis ojos recorrieron las palabras rápidamente mientras asimilaba toda la información que podía. Las leyendas que me habían contado y las de ese texto diferían mucho.

Yo había pensado que un vampiro debía alimentarse a diario, pero según el libro que tenía delante, podían pasar años sin saborear la sangre. Pero la falta de sangre también significaba falta de poder. Con cada día que se abstenían, su poder se debilitaba un poco más.

Pero fue el dibujo de la página siguiente el que me dejó sin aliento. Representaba a un vampiro con los colmillos al descubierto,

listo para hincarlos en el cuello de la mujer que tenía delante. Ella no parecía asustada en el dibujo. Parecía eufórica. Parecía...

—No me había dado cuenta de que tenías tanto interés en los vampiros de Sidra.

Cerré el libro de golpe al oír su voz y me llevé la mano temblorosa al pecho.

—Me has dado un susto de muerte.

Evren estaba apoyado contra el marco de la puerta, con el hombro pegado a la madera y las piernas cruzadas por los tobillos. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí.

—No era mi intención. —Se pasó la mano distraídamente por el antebrazo desnudo, donde llevaba la camisa remangada—. Estabas absorta en ese texto.

Estreché el libro contra mi pecho como si eso fuera a evitar que él supiera exactamente lo que estaba leyendo.

—¿No se me permite leerlo?

—Por supuesto que sí. Es solo que me parece curioso tu interés por ellos.

—Por lo que he oído, mi curiosidad es una mera necesidad. Tú mismo vigilas la frontera. ¿No es así?

—Así es. —Me observaba con tanta intensidad que odiaba cómo me hacía sentir. Me moví en mi asiento y apreté los muslos para detener el ligero dolor que había comenzado allí al verlo. Él captó de inmediato el gesto.

—Me mentiste. —Esperaba que se pusiera a la defensiva, pero no lo hizo.

—¿Cuándo?

Me levanté, enfadada.

—Cuando me dijiste que eras uno de los guardias reales.

Volví a la estantería y guardé el libro con cuidado en su sitio.

—Soy guardia real. —Sus palabras me hicieron cerrar los ojos con fuerza antes de volverme hacia él.

—Eres un príncipe.

—¿Y qué? —Ladeó la cabeza y se apartó de la pared—. Si lo hubieras sabido, ¿te habrías arrodillado ante mí para demostrarme tu lealtad?

Mi pecho se agitó cuando acortó la distancia entre nosotros.

—No. —Negué con la cabeza e intenté recordarme quién era él—. Nunca me arrodillaré ante ti.

—Ah, princesa. —Se adentró en mi espacio, más cerca de lo que era apropiado. Extendió la mano, deslizando un mechón de mi cabello entre sus dedos antes de retorcerlo lentamente—. Daría casi cualquier cosa por verte de rodillas.

—Eso nunca sucederá. —Mi voz sonaba entrecortada, y Evren lo sabía. Sus labios esbozaron una sonrisa maliciosa mientras me miraba fijamente a la boca.

—No me atrevería a insinuar que la futura reina de Citlali haría una cosa así. —Se echó de nuevo hacia delante y sus manos se posaron en las estanterías a los lados de mi cabeza. Se acercó hasta que no tuve más remedio que mirarlo—. Pero, por los dioses, puedo imaginarlo. La forma en que me contemplarías, la forma en que te haría suplicar. —El aliento se me escapó de golpe mientras se me encogía el estómago ante sus palabras depravadas—. La prometida de mi hermano de rodillas ante mí, lista para jurar su lealtad con su boca perfecta.

Me aparté bruscamente de él y mi espalda chocó contra la estantería. Eso solo le hizo sonreír aún más.

—Yo...

—¿Qué harías, princesa? —Su mirada se oscureció cuando rozó con la nariz el lóbulo de mi oreja. Me estremecí contra él y mi marca cobró vida de una forma que me consumió—. ¿Le suplicarías al hermano del futuro rey que te diera exactamente lo que ansías? ¿Las cosas que él no se atrevería a darte?

—Evren. —Pronuncié su nombre a modo de advertencia, pero sonó como una súplica.

Inhaló mi aroma lentamente antes de apartarse por fin.

—Príncipe Evren. Hasta que seas reina, deberías dirigirte a mí así.

—Eres un imbécil. —Mi voz temblaba de ira y deseo.

—Eso me han dicho. —Se pasó la mano por la mandíbula, y no fui tan tonta como para no darme cuenta del ansia en sus ojos. Y ese único destello de su deseo me hizo sentir como si me muriera de

hambre—. Mi hermano te ha pedido que te encuentres con él para almorzar en los jardines.

Tragué saliva con dificultad al oír mencionar al príncipe heredero.

—¿Y me lo dices ahora?

—Mis disculpas, Astraluz. —Hizo una profunda reverencia—. Se me había olvidado.

6

No podía hacerlo. De eso estaba absolutamente segura. Y era lo único en lo que podía pensar mientras seguía a Evren por el pasillo y salía a los jardines donde había estado con él la noche anterior.

Evren abrió la puerta y luego me hizo un gesto para que pasara. Lo hice con la cabeza bien alta y sin pronunciar palabra. No tenía ni idea de cuáles eran sus motivos, pero Evren era mucho peor de lo que había pensado inicialmente. Gavril estaba sentado a una mesa puesta para dos y estaba revisando unos pergaminos que tenía extendidos delante de él.

—Adara. —Evren pronunció mi nombre tan suavemente que temí haberlo imaginado, pero me volví a toda prisa hacia él para asegurarme. Había algo en sus ojos, algo qué no me iba a contar; sabía que era inútil esperar que me dijera la verdad—. Ya estás aquí. —Gavril se levantó de la silla y un sirviente se apresuró a apartarla de su camino—. Me preocupaba que te hubieras perdido en este laberinto de castillo.

—No —sonreí con dulzura—. Solo he perdido la noción del tiempo explorando. Mis disculpas.

—No hace falta que te disculpes. —Gavril extendió la mano hacia mí y le dejé que tomara entre las suyas—. Gracias, hermano. —Evren ya estaba entrando en el palacio, de espaldas a nosotros, y no respondió al príncipe heredero antes de desaparecer de nuestra vista. Gavril me apartó la silla; me senté y examiné el banquete que tenía ante mí. Había una gran variedad de comida y vino sobre esa mesa que no había estado allí la noche anterior, y pensé distraídamente en toda la gente a la que podría alimentar con ese banquete. La gente se moría de hambre, y ahí estábamos, desperdiciando alimentos—. ¿Tienes hambre? —Gavril volvió a

sentarse frente a mí, y su sirviente se apresuró a servirme una copa de vino.

—Sí. Gracias. —Extendí la mano hacia un trozo de pan crujiente, pero me limité a sostenerlo en las, con un millón de pensamientos agolpándose en mi mente.

—¿Va todo bien?

—¿En qué me convertiré? —La pregunta se me escapó antes de que pudiera detenerme.

—¿Perdón? —Gavril se rio con suavidad, pero yo hablaba en serio.

—Después de casarme contigo, ¿en qué me convertiré?

—En una persona feliz, espero. —Se sirvió una pequeña cantidad de comida en el plato—. ¿No es eso lo único que cualquiera podría esperar de un matrimonio?

—En un matrimonio normal, sí, pero esto no es normal. Me trajeron aquí para ser un recipiente que contenga la sangre que buscas. Nada más. —Las manos de Gavril se inmovilizaron y la sonrisa se borró de su rostro.

—No necesito casarme contigo para tomar tu sangre, Astraluz. Solo tengo que coger mi daga, hacerte un pequeño corte en la piel y posar mi boca sobre él. Tu sangre fluirá maravillosamente, seas o no la futura reina de Citlali.

Me invadió el miedo, pero también una ira pura e implacable.

—Entonces, ¿por qué seguir adelante con este compromiso?

—Porque, Adara —dijo; levantó el cuchillo y untó lentamente mantequilla en una rebanada de pan antes de rociarla con miel—, nadie más se alimentará de lo que es mío, y solo hay dos formas de asegurarme de ello. Puedo casarme contigo, y así todos temerán tocarte, o puedo encerrarte en el calabozo y visitarte cuando necesite saborear tu poder. ¿Qué prefieres?

Se recostó en la silla y me miró fijamente mientras levantaba el pan y le daba un mordisco. Se lamió la miel pegajosa de sus labios carnosos sin apartar la vista de mí ni un segundo, y yo sentí el irrefrenable impulso de huir.

Todo mi ser me gritaba para que me levantara de esa mesa en el acto y huyera. Pero sabía que él no iba a tardar en alcanzarme.

No había ningún lugar en su mundo ni en el mío donde pudiera esconderme de ellos. Y menos cuando Gavril ya me miraba de la misma forma que su madre lo había hecho la noche anterior.

—Obviamente, preferiría no estar encerrada en un calabozo. —Mi voz temblaba, y lo odiaba.

—Es una elección inteligente. —Sonrió; cogió una uva de una bandeja y se la llevó a la boca—. Nuestro matrimonio fortalecerá este reino y a su rey. Juntos, seremos imparables.

Esa idea casi me asustó más que su amenaza con el calabozo.

—¿Y los vampiros?

—¿Qué pasa con los vampiros? —Entrecerró los ojos y supe que tenía que andar con cuidado.

—He oído rumores sobre sus amenazas. —Tragué saliva con dificultad e intenté no dejar que viera el miedo en mis ojos—. ¿De verdad crees que mi sangre es lo bastante fuerte como para hacerles frente?

Se rio entre dientes; fue un sonido cínico y amargo.

—Creo que mi sangre es lo bastante fuerte. Lo que corre por tus venas no significa nada sin mí. —Me mordí la lengua. No. No iba a sobrevivir si huía de él, pero sabía que tampoco podría soportar una vida a su lado. Debía tomar una decisión, y no podía hacerlo a la ligera, pero no me sentía capaz de quedarme ahí sentada, mirándolo a ese hombre, a mi futuro marido, a mi futuro rey, y aceptar su palabra como si fuera uno de los dioses. Era un hada, pero eso no lo hacía inmortal—. No te preocupes por la Corte de la Sangre. — Se echó hacia delante y apoyó los codos en la mesa sin apartar la vista de mí—. Tu único objetivo debe ser servirme a mí y a mi reino. Eres mi Astraluz, y el miedo a criaturas que no se atreven a cruzar nuestra frontera no es asunto tuyo. Ahora come.

Me llevé a la boca el pan que aún tenía en la mano y le di un pequeño mordisco lentamente, como la prometida obediente que era, y mientras lo miraba fijamente, todo se aclaró.

Tenía que escapar de Citlali y huir tan lejos como pudiera, o iba a tener que matar al príncipe heredero. Iba a arrebatarse el hijo a la misma gente que me había robado a mi padre.

Ninguna de esas opciones podía acabar bien, pero eran mejores que el destino que se presentaba ante mí.

7

Después de cenar, Gavril me había dejado en el jardín y yo había regresado corriendo a mi habitación, donde me había encerrado hasta ese momento.

Los pensamientos sobre el destino me habían atormentado toda la noche; había dado vueltas y más vueltas en la cama y había contemplado el cielo sin estrellas desde de mi ventana durante más horas de las que había podido dormir. Había sido una tortura saber que la idea de que lo que tenía ante mí pudiera cambiar con una sola decisión. Una decisión que no era fácil, pero que, de todos modos, iba a cambiar el destino.

—Esta noche solo estaréis tú y la familia real —dijo Eletta mientras me recogía el pelo en una gruesa trenza que pasó sobre mi hombro—. Puede que el rey cuente con la presencia de sus consejeros, pero, por lo demás, se trata de una cena familiar.

Resoplé ante su insinuación de que yo formaba parte de la familia. Aunque me casara con el príncipe heredero y siguiera adelante con el destino que me habían asignado, estas personas nunca iban a ser mi familia.

Iba a convertirme en una de ellos solo de nombre. Iba a ser la cuñada de Evren y su reina por deber. Iba a ser la esposa de su hermano, y todo ello suponía una tortura.

Llevaba otro vestido blanco, mucho más sencillo que el anterior, pero mi espalda seguía totalmente al descubierto. Era como si la reina me vistiera para poder ver mi marca y nada más.

La tela era hermosa y recatada, pero la sentía obscena contra mi piel. La reina había querido saber si era pura, pero también deseaba exhibirme.

Eletta permaneció a mi lado durante todo el recorrido por el palacio. Iba a cenar con la familia Achlys en su salón privado, y la

sala a la que nos dirigíamos no había formado parte de la visita del día anterior.

Había unos guardias ante las puertas, y me pregunté distraídamamente si alguno de ellos iba alguna vez a algún sitio sin uno de sus escoltas reales. Uno de ellos me hizo un gesto para que avanzara, y levanté la barbilla al atravesar la puerta y entrar en la sala.

Una gran mesa de madera ocupaba el centro de la estancia bajo una enorme lámpara de araña, y el rey y la reina estaban sentados en extremos opuestos. Dos hombres a los que no reconocí estaban a un lado, mientras que los dos hombres en los que intentaba no pensar se sentaron al otro.

—Ah, Astraluz. —El rey levantó su copa de vino en mi dirección antes de hacerme señas para que me acercara—. Por favor, únete a nosotros.

Evren se levantó antes de que ningún sirviente pudiera dirigirse hacia mí, y traté de no mirarlo mientras me deslizaba a su lado y me sentaba en la silla que acababa de apartar. Gavril estaba sentado a mi derecha, junto a la reina, y tan pronto como me acomodé en mi asiento, Evren tomó asiento a mi izquierda.

No sabía qué hacer ni qué decir, así que me limité a quedarme allí sentada y a mirar hacia delante, hacia el grandioso tapiz que cubría la pared. En él figuraba el emblema dorado del escudo real, y el rojo intenso de la tela me inquietaba de alguna manera.

Me recordaba lo que ese reino esperaba de mí.

—Astraluz, estos son mis consejeros, Draven y Erebus. Los dos querían conocerte mejor, ya que la otra noche no tuvieron ocasión.

—Tanto mi título en labios del rey como sus palabras me hicieron sentir la necesidad de retroceder, pero me limité a asentir una vez en su dirección antes de volver la mirada de nuevo hacia el tapiz.

—Adara. —Mi nombre se deslizó de los labios de la reina como una maldición—. ¿Qué te parece el palacio hasta ahora? ¿Está a la altura de tus expectativas?

Pude sentir que me observaba, evaluándose.

—Nunca había visto otro palacio, así que, en comparación con la casa en la que crecí, este es bastante grandioso.

—Estoy segura de que lo es, pero espero que lo que le proporcionamos a tu familia antes de que te convocáramos te mantuviera cómoda. —Bebió de su copa de vino lentamente, pero su mirada nunca se apartó de la mía.

—¿Te refieres a lo que nos proporcionasteis a mi madre y a mí? —Apreté los puños sobre mi regazo. —Mi familia quedó destruida en el momento en que matasteis a mi padre por intentar luchar contra este compromiso matrimonial.

Una mano me rozó la rodilla y me estremecí. Los dedos de Evren me agarraron la pierna y apretaron con fuerza. Una advertencia.

Sabía por qué lo hacía. Los ojos de la reina se habían oscurecido de rencor y las palabras que pronunció parecían estar impregnadas de veneno, ansiosas por destruirme.

—Tu padre selló su destino, querida. No fue la Corona. Si hubiera sido leal, habría seguido junto a su familia. Si hubiera sido leal, no habría muerto como un traidor. —Abrí la boca para hablar, pero la mano de Evren se tensó de nuevo y me detuvo—. La sangre que corre por tus venas fortalece nuestro reino y las tierras humanas. Sin tu lealtad, la Corte de la Sangre se instalaría en Sinluz a su antojo. —Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos para ver cómo me afectaban sus palabras—. ¿Quién estaría allí para proteger a tu madre cuando los vampiros decidieran darse un festín con su carne? —No le respondí porque apenas podía respirar, y mucho menos hablar—. Nadie, querida. Tú y tu madre habéis estado protegidas porque nosotros os ofrecimos esa protección. Tu padre no supo verlo, y no habría sido capaz de proporcionarte la vida que nosotros te hemos dado tan generosamente. Deberías recordarlo.

Me temblaban las manos sobre el regazo y sentía cómo las lágrimas me quemaban los ojos mientras ella hablaba de mi padre. Pero no iba a permitirme derramarlas delante de ella.

Apenas lo conocía, era demasiado joven para recordar siquiera su rostro, pero él había luchado por mí cuando nadie más lo había hecho. Con ese único gesto me había demostrado más amor del que nadie me había ofrecido jamás.

—Toma un poco de vino. —Gavril levantó la jarra y vertió el líquido rojo en la copa que tenía delante. Lo miré por primera vez

desde que me había sentado a la mesa, y odié que las palabras de su madre no le hubieran importado lo más mínimo—. Por favor. — Ese susurro me hizo buscar su rostro, y que se suavizó ante mis ojos.

La mano de Evren se apartó de mi pierna en ese momento, y aunque sentía una necesidad desesperada de volverme hacia él, no lo hice. Rodeé la copa con la mano y me la llevé lentamente a los labios. Acogí con agrado el líquido amargo y bebí más de lo que debería mientras el rey comenzaba a hablar con sus consejeros.

No escuchaba ni una palabra de lo que decía. Estaba demasiado ocupada tratando de calmar la rabia que me consumía.

Los sirvientes dejaron la comida sobre la mesa; el rey se reía de algo que le habían dicho, y Gavril me sirvió algo en el plato que tenía delante.

La reina le respondió al rey, y mi mirada se dirigió hacia ella al oír su voz, pero Gavril me tapaba la vista. Se echó hacia delante, me tocó la trenza con la punta de los dedos y me susurró «Come» lo bastante bajo como para que solo yo lo oyera.

La ternura de su voz me pilló desprevenida y me enfureció aún más. El día anterior, durante el almuerzo, se había comportado igual que su madre, pero esa noche... Su expresión me daba la sensación de que sentía lástima por mí, que le molestaban las cosas que ella había dicho.

No necesitaba su compasión. Me hacía sentir débil, y me negaba a mostrarles ninguna fragilidad.

Levanté el tenedor y probé la comida, tal y como él me había indicado. Las patatas calientes sabían a gloria, así que rápidamente me lancé a por la carne que Gavril acababa de servirme.

—Hijo, ¿cuándo regresas a la frontera? —Preguntó el rey, atrayendo mi atención hacia él.

—Dentro de una semana —dijo Evren con tanta calma que no pude evitar mirarlo—. Aunque estaré aquí con tiempo de sobra para asistir a la ceremonia.

—Bien. —El rey le dio una palmada en la espalda a su hijo y tomó un gran trago de vino—. Tenemos que asegurarnos de que la frontera esté protegida para garantizar nuestro futuro.

Evren asintió en señal de comprensión antes de mirarme. Su gesto era frío y duro, pero, de alguna manera, aun así me hacía sentir como si me ardiera por dentro.

—Nada detendrá la unión de Gavril y la Astraluz.

Pronunció esas palabras como una promesa, pero sonaban amargas en su boca. No tenía ni idea de qué quería Evren de mí, pero ese deseo parecía estar en conflicto con la forma en que me había hablado antes.

—Tienes razón en eso, Evren. —La reina apenas lo miró—. Y tenemos mucho que planificar antes de que se celebre la boda y Gavril sea bendecido con los poderes que ha estado atesorando todo este tiempo.

Una parte de mí se preguntaba si eso era cierto. ¿Mi sangre iba a despertar sin más un poder dentro de Gavril, o él iba a quitarme algo que yo no deseaba darle?

—El pueblo de Citlali se aglomerará para ver al príncipe heredero casarse con la Astraluz, y se postrarán ante su poder.

Escuché sus palabras y supe que deberían haber sido en lo que me centrara. Pero lo único en lo que podía pensar era en que Evren se iba a marchar.

Este hombre era el hijo de mis enemigos y el hermano de mi prometido, pero sabía que no quería estar en este palacio sin él. Era un pensamiento tan insensato como temerario.

—Puede que seas la Astraluz, Adara, pero hay muchas cosas que debes aprender antes de poder convertirte en la princesa de Citlali. Cosas que, sin duda, tu educación de Sinluz no te ha ofrecido.

Dejé el tenedor sobre el plato con el estómago revuelto. Esa mujer me odiaba. Había querido que fuera a ese lugar con todas sus fuerzas, pero me odiaba de todos modos. Y su veneno era letal.

—¿Me disculpáis? —Aparté la mirada de ella y la dirigí directamente al rey. Si la reina no iba a mostrarme ni una pizca de respeto, yo tampoco iba a hacerlo.

El rey vaciló y se volvió hacia la reina antes de regresar a mí.

—Por supuesto. —Asintió una vez, y me levanté rápidamente antes de que nadie pudiera alcanzar mi asiento para ayudarme a levantarme. No necesitaba su ayuda. No la quería.

No les dirigí ninguna frase cortés, me aparté de la mesa y salí por las puertas, que seguían fuertemente custodiadas.

Quería escapar de su juicio y su superioridad. Me sentía como si me estuviera ahogando en ellos. Avancé por el pasillo, un pie tras otro, mientras intentaba calmar mi corazón acelerado.

Estaba a punto de doblar la esquina hacia mi habitación cuando sentí la mano de alguien sobre la mía y me detuve bruscamente.

—¿Qué estás haciendo? —Miré por encima del hombro e intenté soltarme de la mano de Evren, pero él no me lo permitió—. ¿Estás bien? —Me espetó, casi gruñendo, y ese tono me enfureció.

—¿Si estoy bien? —me reí—. ¿Por qué demonios iba a importarte que estuviera bien?

Se acercó a mí y yo retrocedí.

—No lo sabía.

—¿No sabías qué? —Me aparté de él de nuevo, y esa vez dejó que mi mano se le escapara. Pero eso no lo detuvo. Se acercó hasta que no tuve más remedio que apoyar la espalda contra la pared—. Lo de tu padre. No tenía ni idea. —Tragué saliva con dificultad. No quería hablar de mi padre con él y menos cuando habían sido sus padres quienes me lo habían arrebatado tan despiadadamente.

—No importa. —Negué con la cabeza y aparté la vista de él.

—Sí que importa. —Levantó la mano como si fuera a obligarme a mirarlo, pero las marcas en sus dedos captaron mi atención.

—¿Qué ha pasado? —Le cogí la mano y se la di la vuelta entre las mías. Las yemas de sus dedos eran completamente negras, y el color parecía extenderse por su piel. No tenía ni idea de cómo no me había dado cuenta antes. Puse la yema de mi dedo contra la suya, oscura, y una oleada de poder me atravesó.

—Nada. —Se apartó de mí y se metió las manos en los bolsillos, como si pudiera hacerme olvidar lo que acababa de ver.

—Algo ha pasado. —Lo señalé—. ¿Te has hecho daño?

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Te preocupas por mí, princesa?

—Por supuesto que no. —Sentí un peso en el pecho al mentir.

—No mientes muy bien. —Su voz era grave y, mientras hablaba, bajó la mirada hacia mi boca. La combinación era letal.

—No estoy mintiendo.

—Sabes que cada día me enfrento a cosas mucho peores que las que se esconden tras los muros de este castillo. Puedo valerme por mí mismo.

—¿De verdad? —Parpadeé—. Tu madre me parece bastante horrible.

—La reina no es mi madre —espetó.

Mi espalda se pegó aún más contra la pared, y busqué la verdad en su rostro.

—¿Qué?

Sacó la mano del bolsillo y apenas pude vislumbrar la mancha de su piel. Me tocó la punta de la trenza, exactamente donde lo había hecho Gavril, y la enrolló alrededor de su dedo moreno.

—Soy el hijo bastardo del rey Riven. Nací un mes después de su boda con la reina y me llevaron al castillo poco después. —Sus músculos se tensaron mientras hablaba y me sentí mareada.

—¿Dónde está tu madre? —Sacudió la cabeza, pero yo sentía una necesidad desesperada de saber si lo que decía era cierto—. ¿Está viva?

—Por lo que sé, sí. —Su rostro se ensombreció y bajó la vista hacia mi trenza, con la que seguía jugando—. Tengo prohibido verla.

—¿Por qué? —Se mordió el labio inferior y tensó la mandíbula. Debería haber respetado su intimidad, pero Evren era todo un misterio para mí y, por desgracia, era uno que estaba desesperada por desentrañar—. ¿Por qué, Evren? ¿Por culpa de la reina? —Prácticamente le estaba suplicando que me respondiera.

—Porque mi madre reside en la Corte de la Sangre. —Mi mente se puso a dar vueltas sobre lo que acababa de decir. Nunca había oído hablar de un hada que viviera en la Corte de la Sangre.

—¿Cómo es posible? ¿Está a salvo?

Su mano se aferró con más fuerza a mi cabello.

—Lo está.

—¿Cómo? No lo entiendo. —Negué con la cabeza mientras intentaba darle sentido a lo que estaba diciendo.

—Mi madre no es hada, Adara. Es de Sidra.

—¿Qué? —Me aparté bruscamente y mi trenza se soltó de sus dedos; un escalofrío de miedo me recorrió la espalda—. Eso es imposible.

Me observó durante un largo rato antes de responder.

—Es raro, pero no imposible.

En toda la historia y las leyendas que había oído, nadie había hablado jamás de algo así. Los fae y los vampiros eran enemigos y lo habían sido durante siglos.

—Entonces, tú eres... —Dejé la frase en el aire, pero él se negó a terminarla. Ni siquiera se movió—. Eres de la Corte de la Sangre.

—Nací de la sangre y la magia —me corrigió con tono decidido—. No pertenezco ni a la Corte de la Sangre ni a la Corte de las Hadas. Pero elijo servir a mi padre.

—Pero sigues siendo... —Mi voz temblaba.

—Sí, Adara —me interrumpió—. Soy medio vampiro. — Aunque podía ver la seriedad en sus ojos, no quería creerlo.

Era un príncipe. Un miembro de la familia real, y no quería que lo que decía fuera cierto.

—¿Eres mayor que Gavril?

—Sí. —Asintió y me di cuenta de que se había acercado aún más a mí.

—¿Pero no eres el príncipe heredero?

Me estudió esbozando una sonrisa burlona.

—¿Lo habrías preferido? —Volvió a acortar la distancia entre nosotros y esa vez no retrocedí. El miedo me recorría el cuerpo, mezclado con un deseo que no entendía—. ¿Has soñado con cómo sería si estuvieras prometida conmigo en lugar de con él?

—¿Por qué iba a hacer algo así? —susurré, pero, por los dioses, tenía razón.

—Porque, princesa... —Miré cómo se pasaba los dedos oscuros por la mandíbula—. Creo que los dos sabemos que yo podría hacerte cosas que a mi hermano ni se le ocurrirían.

Se me hizo un nudo en el estómago al oír sus palabras, y me recordé a mí misma que debía temerle. Era todo aquello de lo que me habían advertido, el reflejo de mis pesadillas, pero no pude

evitar desear que acortara la distancia entre nosotros y me besara en los labios.

—No soy tu prometido porque no se atreverían a colocar esa preciosa corona sobre la cabeza del hijo bastardo y mestizo del rey.

Deslizó la mano por mi costado e inspiró bruscamente cuando sus dedos tocaron la piel desnuda de mi espalda.

—¿Qué te ha pasado en las manos? ¿Te lo ha hecho la reina?

—¿Acabo de decirte que soy un mestizo y te preocupa el color de mis dedos? —Esos dedos en cuestión se clavaron en mi cuerpo y sentí la vibración de un poder apenas controlado. No le respondí porque no sabía qué quería que dijera. Le tenía más miedo que nunca, pero ni siquiera ese miedo podía detener mi ansia por comprenderlo—. Es una consecuencia de mi magia. —Levantó la mano que no me sujetaba y la sostuvo entre nosotros—. Toda magia deja una marca, ya sea en el alma o en la piel, y la magia oscura deja una cicatriz notablemente más sombría. Aunque se desvanece.

—¿Has estado usando magia negra? —No entendía en realidad lo que eso significaba, pero sabía que no era nada bueno. La magia en sí misma ya me parecía algo inconcebible, pero ¿magia negra? No podía imaginar las cosas que Evren podría haber hecho para dejar una marca así en su piel.

—Uno de los muchos precios que hay que pagar por ser capitán en el ejército de mi padre. —Apretó la mano hasta formar un puño antes de dejarla caer a un lado.

—¿Y tiene alguna ventaja?

Sus dedos se tensaron contra mí y casi perdí el hilo de mis pensamientos.

—Hijo bastardo o no, soy el hijo del rey. —Una sonrisa se dibujó en sus labios y su voz sonó tan ronca al pronunciar las siguientes palabras—. Fui el primero en encontrarte justo a las afueras de la falla, ¿no es así?

—¿Y eso es una ventaja?

—Fue un honor. —Se acercó a mí y su rodilla se deslizó entre las mías—. Tal vez no sea el Achlys que puede reclamarte, pero fui el primero en contemplarte. El primero en soñar con tu rostro marcado por las estrellas e imaginar cómo sería tenerlo debajo de mí.

—No puedes decirme cosas así. —Aparté la mirada de él con el estómago encogido, pero él levantó la mano y rápidamente volvió a acercar mi rostro al suyo.

—¿Por qué no? ¿Porque estás prometida a mi hermano o porque tus muslos se han apretado alrededor de los míos mientras tú misma lo imaginabas? —Abrí la boca para discutir, pero él no había terminado—. No importa que estés destinada a ser suya. Cada parte de ti suplica ser mía. —Bajó la mano y yo le permití con facilidad que pegara mis caderas a las suyas. Me perdí en la forma en que me miraba, me perdí en la forma en que su cuerpo se acoplaba al mío—. Dime que no es cierto —susurró contra mi cuello.

—No lo es. —Negué con la cabeza. Era mentira, y ambos lo sabíamos. Allí estaba él, frente a mí, la encarnación de mi enemigo, y tenía razón. Estaba dispuesta a suplicarle cosas que no entendía del todo.

De repente, ya no me importaba lo que fuera ni lo fácil que le habría resultado hacerme daño. Estaba dispuesta a suplicarle de todos modos.

—Lo dicho: no mientes muy bien, princesa. —Deslizó la nariz por mi cuello y me estremecí cuando inspiró profundamente—. Y hueles de maravilla.

Me volví hacia él, con mis labios muy cerca de los suyos, y abrí la boca para decir cualquier cosa que le obligara a hacer algo que detuviera el profundo dolor que comenzaba en la parte baja de mi estómago.

—Evren. —Su nombre fue una súplica, y él deslizó suavemente sus labios contra la piel sensible de mi cuello con un suspiro.

Me sorprendió sentir cómo le seguían los dientes. No con tanta fuerza como para perforarme la piel, pero con la presión suficiente para provocarme una mezcla de placer y dolor que me hizo jadear. Cerré los ojos con fuerza y pegué más las caderas contra las suyas. Su mano se tensó y su aliento fue una caricia.

—¡Oh, Dios mío! —Oí el suave jadeo de Eletta justo cuando Evren se apartaba bruscamente de mí.

—Eletta. —El pánico se apoderó de mí mientras gritaba su nombre, y ella se detuvo en seco.

—Lo siento, Astraluz. —Sacudió la cabeza suavemente, y yo me alejé de Evren tan rápido como pude—. No era mi intención...

—No tienes nada de qué disculparte. —Me aparté el pelo de la cara y me dirigí hacia ella. La mano de Evren rozó la mía al pasar, y no pude seguir caminando. En lugar de eso, me detuve y miré al príncipe que no me pertenecía.

Su rostro era duro e indescifrable, todo lo contrario de lo que había sido solo unos instantes antes, pero eso no disminuía lo mucho que lo deseaba.

No dijo nada. Sus ojos se deslizaron más allá de mí, hacia donde estaba Eletta, de espaldas a nosotros, y cuando se volvió de nuevo hacia mí, su mirada se clavó en mí como una advertencia. ¿Sobre Eletta?

A mí me parecía que podía confiar en ella más que en nadie en el palacio. Hasta ese momento había sido la más abierta de todos, pero algo en mi interior me decía que confiara en Evren.

Le solté la mano y fui hasta mi dama de compañía. Ella me miró con una expresión de vergüenza que empañaba su hermoso rostro cuando llegué a su lado, pero no dijo ni una palabra sobre lo que acababa de ver.

—¿Le apetece volver a su habitación, mi señora? Puedo prepararle un baño.

—Gracias, Eletta. —Miré por encima del hombro, pero Evren ya se había ido—. Pero creo que esta noche me gustaría pasar un rato en la biblioteca.

—Por supuesto. —Agachó la cabeza con un gesto delicado antes de abrirme paso.

8

Eletta me siguió rápidamente mientras me dirigía hacia el salón privado de los Achlyses a la mañana siguiente. El sol estaba alto en el cielo y brillaba a través de los cristales del palacio en un millón de espectros deslumbrantes.

—Esto no es una buena idea, mi señora —susurró Eletta cuando pasé junto a un guardia y entré en la sala.

Gavril estaba sentado a la mesa con media docena de pergaminos extendidos ante él. Varios guardias y otros hombres que parecían de la nobleza estaban alrededor de la mesa mientras él trabajaba.

Levantó la vista justo cuando me dirigía hacia él, y una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

—Adara. —Se levantó de la silla—. ¿Cómo estás esta mañana?

—Estoy bien. —Asentí y me estiré la larga falda de mi vestido azul claro—. Esperaba poder hablar contigo un momento.

—Por supuesto. —Se apartó de la mesa hasta quedar delante de mí, pero no despidió a ninguno de sus hombres. Todos permanecían allí, al alcance del oído de nuestra conversación, y odiaba la sensación de que todos nos estuvieran mirando y escuchando.

—Hace un día precioso y me encantaría salir del palacio. —Me sentía como una niña que tenía que pedirle permiso, pero Eletta me aseguró que era imposible que los guardias me dejaran salir por la puerta sin su aprobación o la de la reina.

—¿Te gustaría ir a los jardines? —Miró hacia la mesa—. Me queda un poco de trabajo, luego podría acompañarte.

—No. —Negué rápidamente con la cabeza y me estremecí al ver el atisbo de pena que cruzó su rostro—. En realidad, esperaba ir a la ciudad. Iría con Eletta. Me gustaría ver el reino al que voy a servir.

Él miró a uno de sus hombres, y vi cómo el que estaba más cerca de nosotros negaba suavemente con la cabeza. Gavril ni siquiera era

quien tomaba las decisiones. Tenía una sala llena de hombres que estaban más que dispuestos a mantenerme encerrada por él, y yo me sentía atrapada.

Después de separarme de Evren la noche anterior había ido a la biblioteca y me había pasado varias horas leyendo sobre los vampiros de Sidra. Tenía toda la intención de investigar mi propia historia, pero no me atreví a pasar por alto el libro que me había interesado hacía solo un par de días. Y que me interesaba más después de descubrir la verdad sobre Evren.

Una verdad que ni siquiera los libros de historia contaban. No vi ninguna referencia a ningún mestizo. Ninguna leyenda sobre el hijo bastardo del rey Riven. Todo lo que tenía eran las palabras de Evren y las advertencias de Eletta cuando le había contado que había descubierto la verdad sobre él.

Me había dicho que incluso el pueblo fae de Citlali temía a su príncipe por lo que era. Le temían y desconfiaban de él, a pesar de su noble linaje.

Debería haber compartido esa desconfianza, pero lo único en lo que podía pensar mientras pasaba las páginas y me revolcaba en la cama era en la forma en que me había hablado y me había tocado en aquel salón. La desconfianza no equivalía a aversión, y aunque sabía que era malo para mí, el encanto del príncipe oscuro me resultaba demasiado difícil de resistir.

Y ese deseo me hacía sentir más atrapada que cualquier otra cosa.

—Por favor, alteza. —La mirada de Gavril se clavó de nuevo en la mía—. Solo me gustaría dar un paseo y ver la ciudad. No pasará nada si salgo del palacio unas horas. Tu gente nunca le haría daño a algo que te pertenece.

—Tienes razón. —Asintió porque mis palabras habían tocado exactamente la fibra de su ego a la que apuntaban—. Pero enviaré a un par de mis guardias contigo.

—No es necesario.

—Sí lo es. —Miró más allá de los hombres que rodeaban su mesa, hacia uno de los guardias que se encontraba junto a la pared—.

Jorah, ve a buscar a mi hermano. Vosotros dos escoltaréis a Adara hasta la ciudad.

—Estoy segura de que tienen cosas mucho más importantes que hacer —protesté rápidamente. Necesitaba alejarme de Evren, no que me metieran en la ciudad sola con el príncipe que rondaba cada uno de mis pensamientos.

—Tonterías. Confío en mi hermano por encima de todos los demás para que te acompañe. Él velará por tu seguridad.

Jorah se acercó a nosotros e hizo una profunda reverencia antes de dirigirse a mí.

—El capitán y yo prepararemos un carruaje, Astraluz. — Su piel era de un marrón intenso que le quedaba absolutamente precioso con el uniforme, pero fueron sus profundos ojos marrones los que me dejaron sin aliento.

—Por favor, no lo hagáis. —Negué con la cabeza—. Prefiero ir andando. —Jorah miró a su príncipe heredero, quien asintió rápidamente—. Por supuesto. Nos encontraremos contigo en la gran entrada cuando estés lista.

—Gracias. —Di media vuelta para regresar a mi habitación.

—Adara. —Me detuve cuando Gavril me llamó por mi nombre.

—¿Sí?

—Espero que disfrutes de tu estancia en la ciudad. La próxima vez intentaré acompañarte. —Sonrió, y aunque el gesto no llegó a sus ojos, una parte de mí se preguntaba si Gavril era sincero.

Era él quien me dejaba salir cuando todos los demás estaban encantados de mantenerme encerrada.

—Me encantaría —acepté, y él regresó a la mesa donde lo esperaban sus hombres.

Eletta me acompañó a mi habitación y me ayudó ponerme una capa de seda, que servía de poco contra el frío del aire, y un par de guantes negros. Se negó a permitir que me vistiera con mis pantalones y mi camisa, y decidí que poder salir del palacio ya era una batalla ganada ese día, aunque Evren fuera a ser mi escolta por la ciudad.

Nos dirigimos a la gran entrada del palacio, e intenté evitar mirar a Evren tanto como pude cuando él y Jorah aparecieron ante mi

vista junto a la puerta. Evren vestía su habitual atuendo negro, y me di cuenta de que llevaba muy pocas armas al cuerpo, a diferencia de la mayoría de los guardias.

—¿Estáis todos listos? —preguntó Evren, y por fin levanté la vista hacia él.

—Sí. —Extendí la mano hacia la puerta, pero él me la apartó rápidamente y la abrió. Habría sido casi un gesto caballeroso si no supiera ya que él no era así.

El sol me daba de lleno y, durante un largo rato, solo cerré los ojos y dejé que mi rostro se deleitara con el calor que le proporcionaba. Sentí un cosquilleo en la piel al contacto con él, e inspiré hondo.

—Por aquí, mi señora. —Jorah me indicó que avanzara y yo lo seguí, obediente.

Evren y Eletta iban detrás de mí, pero no les presté atención a ninguno de los dos mientras atravesaba la puerta con Jorah y salía a la concurrida calle de Citlali. Me tapé la cabeza con la capucha de la capa antes de que nadie pudiera verme el rostro; Jorah me observó en silencio.

—Debes permanecer junto a mí —gruñó la áspera voz de Evren a mi lado—. Si te alejas, regresaremos de inmediato.

—Hoy estás de mal humor. —Me ajusté el guante, y Jorah se echó a reír.

—No bromeo, princesa. —Evren se acercó a mí—. Quédate a mi lado o te llevaré de nuevo al castillo.

—Te he oído a la primera, príncipe. —Pronuncié su título, y sus labios esbozaron una sonrisa burlona.

—¿Y adónde te gustaría ir?

—Aún no lo sé. —Me encogí de hombros y él sonrió aún más—. Seguro que alguno de vosotros conoce algún lugar de esta ciudad que merezca la pena mostrarme.

—Por aquí. —Hizo una reverencia burlona y me indicó que fuera delante de él. Lo hice, y eché a andar por la calle empedrada, con él a mi espalda.

Había una multitud de vendedores en la calle que ofrecían de todo, desde especias hasta lana y pasteles. El aroma era fabuloso y me hizo rugir el estómago de hambre.

—¿Cuál quieres? —Evren sacó una moneda del bolsillo y señaló con la cabeza hacia el carrito de pasteles.

—Oh. —Negué con la cabeza—. No hace falta. —Di un paso atrás para apartarme del carrito, pero Evren me agarró rápidamente del brazo.

—Puedo comprarte un pastelito, Adara. —Le entregó la moneda a la mujer mayor que llevaba el carrito, y ella nos miró a los dos—. Ahora dile cuál quieres antes de que yo decida por ti.

Lo miré con los ojos entrecerrados, pero él no cedió.

—El de limón, por favor.

Ella asintió y se limpió las manos en el delantal cubierto de harina. Envolvió mi bollo en un paño pequeño antes de dármelo.

El aroma a limón y azúcar me invadió en cuanto lo tuve en la mano, y no perdí tiempo en darle un mordisco. Un pequeño gemido se escapó de mis labios cuando el sabor llegó a mi lengua. En el palacio había probado un montón de comida, pero nada como eso.

—¿Tan bueno está?

Levanté la vista hacia Evren; me observaba con demasiada intensidad mientras me lamía el glaseado de limón de los labios.

—Lo está. ¿Te gustaría probarlo?

—Me encantaría. —¿Cómo conseguía que una frase tan sencilla resultara tan erótica?

Le tendí el pastelito, pero en lugar de quitármelo, me agarró la muñeca y se llevó el dulce a la boca. No me quitó los ojos de encima mientras le daba un mordisco, y yo no pude obligarme a apartar la mirada. Sabía que otros podían vernos, estaba absolutamente segura de que Eletta probablemente nos estaba observando después de cómo nos había pillado la noche anterior, pero nada más importaba cuando él me miraba así. Todo lo que había más allá de él parecía desvanecerse, y él era lo único que podía ver. Daba igual que fuera inapropiado que el príncipe con el que no estaba prometida comiera de mi mano. Podía pensarlo más tarde, cuando me esquivara el sueño. Pero en ese momento solo podía concentrarme en el rastro de azúcar en sus labios y en lo desesperadamente que deseaba echarme hacia delante y ver si sabía diferente en su piel—. Voy a enseñarte mi lugar favorito de la ciudad. —Se limpió la boca

con el pulgar, y yo volví a coger el pastel y me lo llevé a los labios—. Creo que te gustará.

—Evren —dijo Jorah, pronunciando su nombre en tono de advertencia, lo que hizo que Evren sonriera sin pudor.

—Tranquilo, Jorah —se rio Evren—. Creo que descubrirás que tu futura reina es mucho más atrevida de lo que imaginas.

—Y el futuro rey nos cortará la cabeza si alguno de los dos dejamos que le pase algo.

—No le va a pasar nada. —Evren extendió la mano hacia mí—. ¿Confías en mí, princesa?

La respuesta era no. Irrevocable y absolutamente no, pero aun así deslicé mi mano en la suya. Él sonrió y atravesó la multitud de gente que apenas se fijaba en mí. En cambio, todos lo miraban a él.

Me fijé en cómo lo observaban. Si le temían, como decía Eletta, yo no lo notaba. En sus expresiones solo veía respeto. Muchos lo saludaron con un gesto, pero ninguno le hizo una reverencia.

—¿Saben que eres un príncipe? —susurré mientras pasábamos, y Evren me apretó más la mano.

—¿Quién?

—Tu gente. —Señalé a las personas que nos rodeaban y me re Coloqué la capa de seda.

—Por supuesto que lo saben. —Se rio entre dientes y se volvió de repente al pasar junto a una vieja taberna. Me llevó hasta la puerta, de donde salía música a todo volumen, y miré rápidamente hacia atrás para ver que Jorah y Eletta nos seguían con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿por qué no se agachan ante ti? —Recorrí con la mirada la oscura taberna al entrar, antes de que uno de los hombres se levantara y le diera una palmada en la espalda a Evren.

Evren no me respondió al principio. Encontró una pequeña mesa redonda y me apartó un asiento antes de hacer lo mismo para Eletta, que se sentó a mi lado. Luego saludó al camarero con la mano antes de acomodarse junto a mí.

—Como bien has dicho, princesa, esta es mi gente. No los trato como si fueran inferiores a mí, así que no se sienten así. Yo no soy mi hermano.

—Entonces, ¿tu hermano sí los trata como si fueran inferiores a él?

Me miró fijamente durante un largo rato antes de responder. Se acercó a mí para que solo yo pudiera oírlo.

—Gavril es mi hermano y, como tal, no hablaré mal de él. Pero abre los ojos, princesa. La verdad está justo delante de ti.

—Deja de llamarme princesa.

—¿Por qué? —Deslizó lentamente los dedos por mi capa—. Lo serás muy pronto. Deberías acostumbrarte. Ahora quítate esa ridícula capa.

Bajé lentamente la capucha justo cuando el camarero dejó cuatro jarras grandes de cerveza en nuestra mesa, salpicando un poco por los lados.

—Evren. Jorah —saludó—. Cuánto tiempo...

—Sí. —Evren se rio y puso unas cervezas delante de mí y de Eletta. Casi me reí con él al ver la expresión de su cara—. El deber llama y, por lo general, necesito unos días para recuperarme cuando salgo por estas puertas.

—Ah. No es para tanto. —El hombre se rio entre dientes antes de mirarme—. ¿Quién es esta?

—Jean, ella es Adara Cahira, la prometida de mi hermano. Adara, él es Jean.

—Encantado de conocerte. —Le tendí la mano al hombre y él sonrió antes de estrecharla; la suya era mucho más grande.

—Igualmente, chica. Aunque me sorprende un poco que estés en mi taberna. ¿Estás intentando que la reina te corte la cabeza, Evren?

—Eso le he dicho yo. —Jorah suspiró y le dio un largo trago a su cerveza.

—No le va a pasar nada. —Evren se rio entre dientes antes de acercarse a mi asiento al suyo—. Tiene los mejores guardias que ofrece este reino.

—Cuando no están llenos de cerveza —Jean se rio y volvió la vista hacia su barra—. Tengo que ir a atender a otra persona, alteza. No rompas nada.

Evren lo despidió con una risa y justo en ese momento Eletta me cogió la mano bajo la mesa.

—Creo que deberíamos regresar al palacio —susurró, recorriendo la sala con la vista como si quisiera vigilar a todo el mundo.

—Prueba un trago. —Levanté mi jarra de cerveza y me la llevé a los labios. Estaba fría y era amarga, pero prefería su sabor al del vino que servían en el palacio—. No tardaremos.

Eché un vistazo a la taberna mientras daba otro largo sorbo al líquido frío: todos parecían estar absortos en sus propios mundos. Nadie nos prestaba la más mínima atención, y cuando la mirada de alguien se cruzaba con la mía, simplemente asentían en mi dirección antes de volver a sus conversaciones.

—¿Cuántos otros Astraluces hay en Citlali? —Miré a Evren, y él ya me estaba observando.

—Al menos una docena, diría yo. —Aún no había tocado su bebida—. La mayoría vive dentro de la ciudad. Algunos están casados, otros no.

—¿Dónde están los Astraluces de los que se ha alimentado Gavril? —Los ojos de Evren se oscurecieron ante mi pregunta, y su voz sonó mucho más baja cuando me respondió.

—Gavril se ha alimentado de todos ellos. Junto con el rey y la reina.

—¿Qué? —Negué con la cabeza mientras intentaba asimilar lo que acababa de decir. Siempre me habían dicho que, como Astraluz, iba a pertenecerle al futuro rey y solo a él. Nunca se me había pasado por la cabeza que otro pudiera alimentarse de mí. Ni siquiera había considerado que las vidas de otros Astraluces fueran a ser diferentes.

—Anhelan el poder, Adara, y los Astraluces son la forma de obtenerlo.

—¿Y tú qué? —Lo miré con los ojos entrecerrados—. Dices que nunca te has alimentado de un Astraluz, así que cuéntame qué es lo que ansías.

Su mirada se clavó en mis ojos y, por fin, descendió hasta posarse en mis labios.

—Creo que los dos sabemos qué es lo que ansío.

Le eché una ojeada a Eletta, pero estaba demasiado ocupada observando a quienes la rodeaban, atenta.

—Ilumíname, príncipe. —Levanté mi vaso y le di otro trago—. No podría estar más insegura sobre nada.

—Deberías tomarte la cerveza con más calma. —Miró el vaso que tenía en la mano, pero yo no quería cambiar de tema.

La cerveza me estaba dando valor, aunque sabía que probablemente tenía razón.

—Responde a mi pregunta.

—No creo que quieras saber mi respuesta.

—¿Y por qué? —Me di cuenta de lo fácil que era estar allí sentada hablando con Evren, discutiendo con él. Era mucho más fácil de lo que debería haber sido.

—Porque, si te digo la verdad, sabrás que lo que imaginas entre nosotros no está solo en tu cabeza, y te sentirás culpable por traicionar al hombre con el que estás prometida.

—No estoy traicionando a nadie. —Me estudió un instante antes de coger por fin su propia cerveza y llevársela a los labios.

—Todavía no...

Se levantó de repente, haciendo chirriar la silla contra el suelo. Jorah me estaba observando. Tenía los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. No sabía muy bien si no le gustaba lo que veía entre su capitán y yo, o si simplemente no le caía bien. Pero, en cualquier caso, no lo aprobaba.

Levanté mi jarra y me bebí lo que quedaba de cerveza antes de mirar hacia atrás por encima del hombro. Evren estaba en la barra con otros hombres, y todos se reían como si no tuvieran ninguna preocupación en el mundo.

Me volví, ignoré la desaprobación de Jorah y le di un codazo a Eletta.

—¿Has estado aquí antes?

—No —respondió rápidamente—. Y este lugar no es adecuado para ti, Astraluz.

—Eletta, por favor, llámame Adara —refunfuñé, y sus mejillas se sonrojaron—. No veo nada malo en este lugar. Es divertido. Tómate la cerveza.

—Ni hablar. —Le tembló la voz y se llevó la mano al pecho.

—Está bien. —Levanté su jarra—. ¿Te importa si me la tomo yo?

—No, pero deberías tener cuidado. La cerveza de las hadas no es para los débiles de corazón. —Arrugó la nariz y miró a su alrededor con un aire de inquietud.

—Entonces, es una suerte que no sea de corazón débil. —Sonreí y le di otro sorbo. Sentía la cabeza ligera, pero también el pecho. Era una sensación que anhelaba en ese momento, un placer que no había conocido en mucho tiempo—. ¿Qué me cuentas de ti, Eletta? ¿Estás prometida con alguien? ¿Hay alguien aquí que te llame la atención?

Si antes pensaba que se estaba sonrojando, me equivocaba. Eletta me miró como si estuviera loca.

—Por supuesto que no. Me casaré cuando la reina lo considere oportuno.

—Qué pena —murmuré; dejé la copa sobre la mesa y la cogí de la mano—. Deberíamos bailar.

—Es una mala idea —protestó, pero se levantó de todos modos y me acompañó.

—Todo te parece una mala idea, Eletta. Al menos deberíamos disfrutar de unas cuantas malas ideas mientras podamos.

Ella se rio suavemente y ese sonido me pilló desprevenida.

—Un baile. —Levantó un dedo.

—Para empezar. —Le guiñé un ojo antes de cogerle la otra mano y ponerme a girar en círculos.

La música salía de los instrumentos de los músicos y recorría mi cuerpo con cada compás. Eletta se quedó tesa en mis brazos durante un largo momento hasta que se rindió y dio vueltas por el viejo suelo de madera conmigo con un ataque de risa.

La pegué a mí, rodeándole los hombros con los brazos; eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y reí. Por un segundo, imaginé que no había nadie más en aquel lugar salvo nosotras dos. Imaginé cómo habría sido que ella no fuera mi dama de compañía, sino mi amiga.

Me sentí eufórica con esa fantasía. Pero entonces, cuando el ritmo de la música se ralentizó y nuestro baile también lo hizo, solo podía pensar en Evren y en cómo habría sido estar ahí con él y solo con él.

¿Habría bailado conmigo si no fuera la Astraluz? ¿Si no le perteneciera a otro?

Si huyera, lo más probable es que fuera Evren quien me encontrara. Quizá me deseara, pero eso no iba a detenerlo. Sopesé mis alternativas: huir o quitarle la vida a su hermano. Pero si hacía esto último, todo lo que sentía por mí iba a convertirse en odio.

Y eso habría tenido que alegrarme. Odiaba a la gente que me rodeaba, y mejor aún si ellos también me odiaban. Aunque sintiera un enorme dolor en el pecho al pensarlo.

—¿Puedo interrumpir? —Abrí los ojos de par en par, medio esperando que Evren estuviera delante de mí, pero era Jorah quien me tendía la mano.

Aparté la mano del cuello de Eletta, me separé de ella y me acerqué a Jorah. Bailaba lento y con soltura, al compás, y cuando miré por encima de su hombro hacia donde sabía que estaba Evren, sus ojos estaban clavados en su guardaespaldas y en mí.

—No deberías mirarlo a él —murmuró Jorah, y aparté la vista de Evren para volverla hacia él.

—No lo estaba haciendo. —Negué con la cabeza suavemente.

—Claro que sí. Y es un juego peligroso el que estás jugando, Astraluz.

Intenté separarme de él, pero me sujetó con fuerza, así que no tuve más remedio que seguir bailando.

—No estoy jugando a ningún juego.

—Entonces, eres tonta —gruñó, y sus manos se tensaron contra mí—. La reina observa cada uno de tus movimientos, te des cuenta o no, y no le hará ninguna gracia saber que la salvadora de nuestro reino prefiere la compañía de un mestizo a la de su hijo.

Me detuve en seco y me zafé de su abrazo. Su rostro mostró sorpresa, pero había bebido demasiada cerveza como para que me importara.

—No lo llares así.

—¿Por qué no? Eso es lo que es. —Me temblaba la mano con el impulso de abofetearlo, pero sabía que agredir a uno de los guardias del rey no me haría ningún favor. Jorah se acercó a mí como si pudiera leer mis pensamientos—. Evren es mi mejor amigo, Adara.

Sé quién es y él sabe quién soy yo, y también sé que lo que estáis haciendo vosotros dos va a estropearlo todo...

Sacudió la cabeza para interrumpir lo que estaba diciendo, pero yo estaba desesperada por que terminara la frase.

—¿Estropear qué? Por favor, contéstame.

—Los planes que el reino tiene para ti. No puedes salvar al pueblo cuando estás demasiado centrada en solo uno de sus dirigentes.

—¿Y si no me interesa salvar a esta gente? —Jorah me agarró del brazo para acercarme a él; cuando volvió a hablar, lo hizo junto a mi oído—. Entonces, deberías aprender a fingir. Demuestra tu amor por esta gente y por tu futuro rey antes de que la reina te robe hasta la última gota de tu preciosa sangre. A ti y a Evren.

Un escalofrío me recorrió la espalda al asimilar sus palabras. Al levantar la vista hacia Jorah lo creí sin dudarlo. Fuera lo que fuese lo que sabía, me lo estaba contando para protegerme. O quizá para proteger a su amigo.

En cualquier caso, la verdad de sus palabras me daba vueltas en la cabeza, una verdad que yo ya sabía desde el principio. Tenía que hacer exactamente lo que la reina deseaba, o ella iba a hacerme suplicar por mi vida.

—¿Estáis todos listos para irnos? —Evren se situó junto a Jorah, y yo parpadeé, invadida por el pánico. Ahí estaba yo, bailando en una taberna y soñando con este hombre al que no podía tener, cuando debería haber estado en el palacio, pensando en mi próxima jugada.

Era tonta.

—Tengo que ir al palacio.

—De acuerdo. —Evren se rio, pero yo ya estaba dando media vuelta y corriendo hacia la puerta.

Mi hombro chocó con el de otra persona e intenté disculparme, pero alguien me pisó la capa y me la arrancó de los hombros. Unos cuantos jadeos llenaron el espacio a mi alrededor, pero no me quedé a escucharlos. Corrí a toda velocidad y salí a la calle empedrada, donde me detuve, jadeante, para recuperar el aliento.

El alcohol corría por mis venas; di vueltas sobre mí misma buscando la dirección por la que habíamos llegado ahí. El palacio.

Divisé el imponente edificio delante de mí y eché a correr en esa dirección antes de que ninguno de mis escoltas pudiera alcanzarme.

El sol se estaba poniendo detrás del palacio y el resplandor de sus rayos se reflejaba en la superficie oscura, y corrí en esa dirección.

—¡Adara! —oí gritar a Evren a mis espaldas, pero no me detuve. El miedo me había poseído al darme cuenta de lo estúpida que había sido.

Tropecé con la larga falda de mi vestido y a punto estuve de caerme, pero me apoyé en la vieja pared de ladrillo de una casa. La gente me miraba, pero me daba igual. Jorah dijo que la reina me estaba observando, la reina a la que temía por encima de todas las cosas, y sabía que era ella quien tenía el poder de convertir mi vida en todo lo que siempre había temido.

Quería que su hijo se hiciera poderoso a mi costa e iba a hacer lo que fuera necesario para asegurarse de que eso sucediera. Incluso si eso significaba encerrarme. Lejos de Evren, lejos de todos.

—¡Adara, espera! —Evren me agarró del antebrazo y me impidió seguir adelante—. ¿Qué demonios te pasa?

—Tengo que volver al palacio. —Intenté zafarme de él, pero no aflojó su presa sobre mi brazo.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien ha dicho algo?

—Probablemente la reina nos esté observando —susurré, expresando mi temor, y vi cómo su rostro se transformaba en ira.

—Jorah te ha advertido sobre la reina. —Lo dijo con sencillez, como si fuera algo en lo que todos habían estado pensando, pero que a nadie se le había ocurrido compartir conmigo—. Adara. —Sacudió la cabeza y echó a andar, con mi brazo aún en su mano, hacia el castillo.

—Por favor, no me llames así.

—¿Por tu nombre? —Se rio como si fuera una broma—. ¿Cómo quieres que te llame si no puedo usar «princesa» o tu nombre de pila?

—Astraluz —le respondí rápidamente. Tensó la mandíbula y su mano se aferró con más fuerza a mi brazo. No se detuvo cuando se abrió la puerta. Me hizo entrar y subió los escalones del palacio. No vi a nadie mientras recorriamos el lugar, con Evren llevándome a

rastras hacia mi habitación. Llegamos ante mi puerta y él la abrió de un tirón; me hizo entrar y me siguió.

—No puedes estar aquí. —Me aparté de su contacto y puse toda la distancia posible entre él y yo.

—Soy un príncipe de Citlali, Astraluz —escupió mi título—. Haré lo que me plazca.

Me crucé de brazos y miré hacia la ventana. El sol poniente no dejaba paso más que a la oscuridad y caía sobre el cielo como una maldición.

—Por favor, vete.

—No te voy a dejar sola cuando estás tan asustada por lo que sea que te haya dicho Jorah. Es mi mejor amigo en este mundo, pero también es un idiota. No ha debido aterrorizarte así.

—No. —Negué con la cabeza—. Tenía razón. Me he pasado toda la vida preparándome para mi compromiso con el príncipe heredero, y sería una estúpida si permitiera que la reina piense que soy fiel a otra cosa que no sea eso.

Una sonrisa sombría se dibujó en sus labios mientras negaba con la cabeza.

—¿Eres fiel a mi hermano?

—Lo soy. —Levanté la barbilla, temblorosa.

—¿Lo quieres a él? —Se acercó, traspasándome con sus ojos oscuros.

—Él es mi destino —lo corregí y di un paso atrás.

—Un destino que te hace desear estar en cualquier otro lugar—. Dime, Astraluz, ¿es el deseo que sientes por mí lo que te corta la respiración cuando estoy cerca o es tu aburrimiento? Si lo único que necesitas es a un hombre para aliviar tu tentación, entonces, por favor, concédeme ese placer.

—No puedes decirme cosas así. —Su sonrisa se hizo más amplia y supe que no iba a marcharse a menos que yo lo obligara.

—Tu hermano puede satisfacer mi tentación perfectamente. —Su sonrisa se desvaneció y se acercó aún más a mí.

—Creo que los dos sabemos que eso es mentira. A menos que cierres los ojos e imagines que sus dedos son los míos, creo que lo único que mi hermano te dejará es deseo insatisfecho.

—La reina me está observando —susurré, y Evren levantó sus dedos manchados y los rozó entre sí, y mi habitación quedó envuelta en sombras. Todas las lámparas y el resplandor del fuego habían desaparecido por completo, y me agarré al poste de mi cama intentando ver lo que tenía delante—. ¿Qué has hecho? —pregunté con voz temblorosa por el miedo y la expectación.

—La reina solo puede ver lo que yo le permito que vea, princesa. Puede que sea el príncipe bastardo, pero sigo teniendo poder.

Podía oírlo hablar, pero no podía verlo. Levanté la mano frente a mí y no pude distinguir ni siquiera la forma de mis dedos.

—Lo que ocurre en mi oscuridad solo sale a la luz si yo lo decido. Sus dedos me rozaron el codo y di un respingo al sentir su tacto.

—Evren —susurré su nombre; extendí la mano hacia él, pero no pude encontrarlo.

—Estoy aquí mismo. —Me habló en voz baja a mi lado. Su aliento me rozaba el cuello.

—No puedo verte.

—No necesitas verme para sentirme. —Posó los labios sobre mi hombro desnudo; me dio un vuelco el corazón, pero seguí intentando distinguir algo a mi alrededor. Sus dedos me rozaron el cuello con suavidad y descendieron por mi espalda. Todo mi ser se despertó con su tacto. La marca a lo largo de mi columna vertebral parecía estar en llamas—. Joder. —Esa simple palabra hizo que sintiera un cosquilleo en el vientre y que me pregunté si esa caricia le había resultado tan intensa como a mí—. Eres tan guapa...

—Ni siquiera puedes verme. —Eché el brazo hacia atrás y mi mano se topó con su muslo duro.

—Dioses, pero sí que puedo. —Pegó su torso a mi espalda, hasta que no quedó ni un resquicio de espacio entre nosotros, y cerré los ojos al sentir su aliento entrecortado al salir de sus labios—. Dime lo que quieres, princesa.

—Yo... yo no... —Negué con la cabeza porque no lograba entender qué era lo que quería. No había forma de que pudiera expresar algo que no comprendía.

Su mano se deslizó por mi cuerpo y llegó hasta la parte baja de mi abdomen. El movimiento hizo que me pegara con más fuerza

contra él, y pude sentir cuánto me deseaba. No necesitaba palabras para hacérmelo ver.

—Podría demostrarte lo que quieres en realidad. —Sus dedos bajaron un poco y, aun a través de las capas de mi vestido, me sentí completamente expuesta ante él—. Puedo oler lo mucho que me necesitas. Apuesto a que estás empapada entre esos muslos perfectos. —Tragué saliva con dificultad, intentando recuperar el aliento. Nadie me había hablado así antes. Debería haberme avergonzado por sus palabras, pero solo consiguieron que lo deseara aún más. Porque tenía razón. Su mano bajó por mi pecho y por mi muslo hasta que agarró mi vestido. Sus dedos tocaron la piel desnuda de mi pierna y un gemido que no pude controlar se escapó de mis labios—. Por los dioses, eres perfecta. —Su otra mano se deslizó alrededor de mi pecho hasta llegar a mi cuello, y me obligó a volver la cabeza poniendo su pulgar en mi barbilla. Su aliento rozó mis labios y sentí un deseo desesperado de que acortara la distancia entre nosotros—. Di que sí —masculló, y apretó con más fuerza mi cuello y mi muslo—. Si me deseas, di que sí, princesa.

Esa era mi oportunidad. Me estaba dando ese momento para apartarme. Si no quería que las cosas fueran más allá, solo tenía que detenerlo. Pero sabía que no era capaz de hacerlo y menos cuando estaba tan cerca y su aroma me envolvía.

Me acerqué a sus labios y él gimió al sentir ese primer contacto con los suyos. Yo estaba indecisa e insegura, pero en cuanto Evren probó mi sabor por primera vez, no me dejó dudar más. Su mano se aferró a mi cuello y separó los labios como si suplicara que le permitiera entrar en mi boca.

No tenía fuerzas para detenerlo aunque quisiera. Me abrí para él, y me besó como si nada en el mundo le apeteciera más. Me besó como si cada pizca del poder que, según la profecía, fluía por mi cuerpo lo alimentara con cada caricia de su lengua.

Y a mí también me lo parecía. Mis marcas vibraban bajo mi piel, anhelando su tacto con tanta ansia como lo anhelaba ese punto entre mis muslos, y ese dolor era insoportable.

—Por favor, Evren —le supliqué contra sus labios, pero no tenía ni idea de qué le estaba pidiendo. Solo necesitaba que hiciera algo,

cualquier cosa, que satisficiera la necesidad que me estaba devorando.

Sus dedos se crisparon contra mi muslo y los elevó cada vez más; mi aliento se enredó con el de él.

—Dime que eres mía, princesa. Aunque no sea verdad, quiero oírtelo.

Sentí un cosquilleo en el estómago y supe que aquello era peligroso. El deseo que sentía por Evren no iba a desaparecer sin más después de que él me tocara. Temía que eso solo empeorara las cosas. Pero aun así hice lo que me pedía.

—Soy tuya.

Sus dedos se deslizaron sobre mi ropa interior, un roce casi imperceptible, pero fue suficiente para que me fallaran las piernas. La recorrió con los dedos, de arriba abajo, rozando apenas la tela, y yo eché la mano hacia atrás y la hundí en su cabello para mantenerlo pegado a mí.

Su boca se posó sobre mi hombro, justo en la base del cuello, y sus dedos jugaron con la parte superior de mi ropa interior.

—Dioses, me muero por saborearte. —Sus dientes rozaron mi piel justo cuando sus dedos se hundieron bajo la tela.

Sus dientes eran afilados y letales, como correspondía al vampiro que sabía que era, pero estaba demasiado perdida en mi lujuria como para tener espacio para el miedo. Contuve la respiración mientras sus dedos se deslizaban contra mi humedad, y una onda de placer me atravesó cuando los pegó con más fuerza contra mi piel.

—Ah, dioses. —Me aferré a su pelo, y Evren interpretó ese gesto como un estímulo.

Sus dedos se movieron más rápido contra mí mientras su boca seguía lamiendo, chupando y rozando mi piel. Introdujo dos dedos en mi interior y yo gemí mientras su mano seguía acariciando ese lugar que clamaba por su atención.

Me temblaban tanto las piernas que temí desplomarme en el suelo, pero los dedos de Evren en mi cuello no iban a dejarme caer. Sentí una tensión profundar que crecía y crecía en la parte baja de mi abdomen, y sentí que estaba a punto de perderme en él; cerré los muslos alrededor de su mano.

—Suéltame, princesa —gruñó; sus dedos se curvaron dentro de mí y sus dientes me rozaron la columna.

Después de eso no tuve otra opción, ya no me quedaba control alguno en el cuerpo. Me vi empujada al límite, a un placer diferente a todo lo que había conocido hasta entonces; Evren me sujetó contra él mientras yo me desmoronaba.

Me llevó un buen rato recuperar el aliento y que la realidad de lo que acabábamos de hacer calara en mí. Evren apartó la mano de mi cuerpo, me dio un beso suave en la nuca y yo me tensé bajo su tacto.

Lo notó, por supuesto que lo notó, y como si fuera posible, la habitación pareció oscurecerse aún más.

—Adara —me llamó por mi nombre, pero me aparté de su cuerpo antes de perderme en él de nuevo.

Él soltó una risa suave pero ensordecedora, y parpadeé cuando el velo de oscuridad se disipó y mi habitación apareció como si la luz hubiera estado allí todo el tiempo.

Miré hacia la puerta y supe que mis siguientes palabras eran las equivocadas en el momento en que salieron de mis labios.

—Deberías irte.

—Por supuesto, Astraluz. —Evren hizo una profunda reverencia, se enderezó y se llevó dos de sus oscuros dedos a la boca. Los dos dedos que acababan de estar enterrados dentro de mí. Observé cómo su lengua lamía el rastro que había dejado en su piel, y no pude apartar la vista de sus colmillos, que brillaban a los lados de sus dedos.

—Tu magia oscura tiene un precio. —Señalé con la cabeza hacia sus manos, que estaban mucho más oscuras, justo cuando se sacaba los dedos de la boca.

—Así es. —Asintió y se metió las manos en los bolsillos—. Al parecer, tu fidelidad también.

—Evren, por favor. —Negué con la cabeza, pero no sabía muy bien qué decir. Me sentía tan confundida, tan perdida entre lo que quería y lo que se me exigía...

—No hace falta que supliques, princesa. —Sonrió, y pude ver la oscuridad que se escondía tras ese gesto—. Ya has conseguido lo

que querías de mí.

—Sabes que esto es peligroso —susurré, pero él ya estaba pasando junto a mí para ir hacia la puerta.

—No te preocupes, Astraluz. Mis dedos manchados de magia no han dejado ni un solo rastro entre tus muslos. Mi hermano nunca sabrá que acabas de correrte entre mis dedos sin pensar ni una sola vez en él.

—¿Esto es un juego para ti? —Mi pregunta lo hizo detenerse, con la mano ya apoyada en el pomo de mi puerta. No se volvió para mirarme, y aborrecí que no lo hiciera. Habló como si lo que acababa de pasar no importara en absoluto.

—Por supuesto que es un puto juego. Ahora quizá deberías pensártelo dos veces antes de decirle a la reina lo pura que eres para mi hermano.

Abrió la puerta y desapareció antes de que tuviera oportunidad de responder. Antes incluso de que pudiera recuperar el aliento tras el impacto de sus palabras.

9

Habían pasado tres días desde la última vez que había visto a Evren. Se había marchado de mi habitación a toda prisa tras sus crueles palabras, y no habíamos coincidido desde entonces.

Todo mi ser anhelaba verlo, sentirlo, aunque cuando estaba frente a Gavril y la reina no debía pensar en Evren y en la forma pecaminosa en que me había tocado.

—El baile es dentro de dos días —le espetó la reina a la costurera que me estaba sujetando la tela con alfileres. Le temblaban las manos mientras trabajaba, y no la culpaba. Apenas había sido capaz de mirar a la reina a los ojos por miedo a que supiera lo que había hecho—. Todos los que importan en nuestro reino estarán aquí, y la Astraluz debe ser la persona más deseable de la sala. Queremos que todos deseen lo que nos pertenece y sepan que nuestra familia será la encargada de fortalecer nuestro reino.

Mi mirada se cruzó con la de Gavril en el espejo, pero él no dijo ni una palabra. Solo me contemplaba como si supiera que lo que decía su madre era cierto. Dudaba que Gavril se hubiera atrevido a llevarle la contraria a aquella mujer aunque solo fuera una vez.

Yo tampoco lo habría hecho de no ser por la falta de tela del vestido.

—¿No podríamos añadir un poco más de tela? — pregunté a la reina sin apartar la vista de Gavril—. Aunque el vestido es precioso, me siento completamente expuesta.

El vestido se ceñía a mi cuerpo con seda blanca pura que dejaba poco a la imaginación. Unos tirantes finos acariciaban mis hombros y se deslizaban por mi espalda hasta encontrarse con la tela que colgaba justo por encima de la curva de mi trasero. Una pieza de gasa cubierta de pequeñas piedras preciosas transparentes se enrollaba alrededor de mi pecho y caía sobre la parte superior de mis brazos y mi espalda.

Apenas tapaba nada y solo parecía llamar más la atención sobre la parte de mi cuerpo que quedaba al descubierto.

Y sabía que eso era exactamente lo que quería la reina.

—Eso no es una opción, Astraluz. Es imprescindible que todos vean tus marcas. —Ni siquiera me miró mientras hablaba. Tenía la vista clavada en mi espalda.

Asentí una vez y apreté los puños a los costados. Daba igual lo que dijera o lo que pensara. Solo estaba allí para ser exhibida y para que me utilizaran por un poder que ni siquiera estaba segura de poseer.

—¿Podemos descansar un momento, por favor? — Busqué a Gavril en el espejo.

—Hay que terminar el vestido. —La reina seguía preocupándose por la tela, pero se detuvo cuando Gavril volvió a hablar.

—Mi prometida y yo necesitamos un momento a solas. —Por fin apartó la mirada de mí para centrarse en su madre—. Seguro que el vestido puede esperar unos minutos.

Vi cómo la ira se reflejaba en su rostro, pero la ocultó rápidamente.

—Por supuesto. —Se dirigió hacia la puerta con la costurera detrás de ella, y contuve el aliento hasta que el clic de la puerta demostró que Gavril y yo estábamos solos. E incluso entonces, me costaba respirar.

—Lo siento. —El príncipe vuelto a buscar mi reflejo en el espejo mientras hablaba—. Sé que mi madre puede resultar agobiante.

—No pasa nada. —Me volví hacia la puerta—. Pero para ser sincera, todo esto me resulta abrumador.

Se puso de pie y se acercó lentamente hasta mi espalda, y me puse tensa cuando llegó a un palmo de mí. Se dio cuenta del gesto de inmediato.

—No voy a hacerte daño, Adara. —Me miró por encima de mi hombro antes de levantar lentamente la mano y posar los dedos sobre mi piel desnuda. Mi marca cobró vida bajo su tacto, pero la sensación fue sosa en comparación con lo que había experimentado con Evren. Me pregunté si él lo sabría, si podría sentir el tacto de su hermano sobre mi piel, que se suponía que le pertenecía a él y solo

a él—. ¿Confías en mí? —Su hermano me había preguntado lo mismo hacía solo unos días, y me dolía el pecho al pensar en que confiaba en Evren mucho más. Sus ojos azul oscuro eran suaves y suplicantes, y sabía que, en otra vida, me habría enamorado fácilmente de ese hombre. Pero el destino era cruel, y yo anhelaba a otro.

—No confío en nadie, Gavril. —Contempló mi espalda durante un largo rato y deslizó la mano desde mi hombro hacia abajo, por mi columna vertebral. Sentí como si estuviera evaluando cada centímetro de mi cuerpo mientras me acariciaba.

—Eres increíble. —Su tacto era un susurro, una promesa de lo que iba a suceder entre nosotros, y no pude evitar el temor que me invadió cuando los pensamientos sobre su hermano cruzaron mi mente.

—Solo soy una chica que nació con una marca en la piel que todo el mundo adora. No he hecho nada para que me digan que soy increíble.

Apartó la mano de mi piel.

—No estoy de acuerdo. —Se movió lentamente a mi alrededor, y contuve la respiración hasta que el príncipe heredero se plantó justo delante de mí, y esperé a que soltara lo que tenía que decir—. No es tu marca lo que te hace tan exquisita, Adara. Hay algo en ti que no puedo dejar de admirar. —Tragué saliva y dejé que me calaran sus palabras; sentí un nudo en el estómago cuando su mirada se deslizó hacia mis labios. El hombre que tenía delante era muy diferente al príncipe heredero en el que se había convertido bajo el yugo de su madre. No sabía cuál de las dos versiones de él era la verdadera. No quería que me gustara ninguna de las dos—. Cuando me dijeron que estaba prometido a la Astraluz no esperaba a alguien como tú. —Levantó un mechón de mi cabello entre sus dedos y miró cómo se deslizaba por su mano.

—¿Qué esperabas?

—A alguien con quien solo estaría unido por la ley y la sangre. No imaginaba que te desearía de la forma en que lo hago.

—Deseas lo que se supone que mi sangre te conseguirá. —Enderecé los hombros e intenté que sus palabras no me afectaran.

Era el futuro rey y mi futuro marido, pero, aunque su confesión me provocaba un cosquilleo en el vientre, deseaba que fuera Evren quien estuviera ante mí.

—No, Adara. —Sacudió la cabeza suavemente antes de que sus ojos se encontraran con los míos—. Te quiero a ti. Me acuesto en mi habitación por las noches pensando en ti y solo en ti. Fantaseo con cómo será tocarte de verdad, que grites mi nombre ante los dioses.

—Gavril —susurré su nombre, y sonó demasiado íntimo.

Quería decirle que se detuviera, pero vi el deseo en su rostro. Dio un paso hacia mí, eliminando cualquier atisbo de cordura al que me hubiera estado aferrando, y su pecho se pegó al mío. Mi respiración entraba y salía apresurada, y mis pechos rozaban contra él con cada profunda inspiración.

—Dioses, no deseo dejar ni un centímetro de tu cuerpo sin descubrir. Será mío para que yo lo adore, y te adoraré, Adara. —Levantó la mano y hundió los dedos en mi cabello, en la base de la cabeza—. No te faltará de nada una vez que me pertenezcas.

Puso su nariz contra mi mandíbula e inspiró profundamente. Me aparté de él e intenté recuperar el aliento, reprendiéndome por no haberlo empujado. No tenía otra opción, pero también había una parte de mí que no quería hacerlo.

Sentía una desesperada necesidad de desear a Gavril de la misma forma en que ansiaba tener a su hermano. Si así hubiera sido, los pensamientos de huir se me habrían escapado de las manos. El abrumador anhelo de hacerles daño a las personas que habían destruido a mi familia se habría desvanecido y habría sido sustituido por mi culpa, por desear a mi enemigo.

Pero no sentí ninguna de esas cosas cuando me dio un suave beso en el cuello. Su piel contra la mía solo parecía reforzar mi determinación de que esa no era la vida para la que estaba destinada. Aunque Gavril fuera guapo y su aroma, seductor. Había una gran diferencia entre cómo me hacía sentir en ese momento y el dolor que notaba en el pecho por la inquietud.

Quizá Gavril quisiera mi carne y mi sangre, pero seguía siendo el hijo de la reina. Seguía dispuesto a mantenerme ahí, en una prisión,

mientras me quitaba lo que quería. Me lo había dicho con sus propias palabras, y no era tan tonta como para olvidarlo.

—¿Es eso lo que quieres, Astraluz? —Su mano se hundió más en mi cabello; odiaba ese nombre con toda mi alma.

Pero no iba a permitir que Gavril se enterara de ninguna de mis verdades.

—Sí. —Asentí y el tirón de su mano en mi cabello me provocó un ligero pinchazo de dolor—. Por supuesto, eso es lo que quiero.

Dejó escapar un pequeño y profundo suspiro contra mi piel, y su mano se ciñó aún más contra mí. Podía sentir la tensión que irradiaba de su cuerpo mientras me sostenía entre sus manos, y sabía que si no lo detenía, iba a besarme. Sabía que quería hacer más que eso, y aunque yo había permitido de buen grado que su hermano me tocara solo unos días antes, él era el único que lo había hecho. La idea de que Gavril hiciera lo mismo me revolvió el estómago.

Un fuerte golpe en la puerta hizo que Gavril se volviera hacia el sonido, pero no me soltó cuando se abrió la puerta.

—¿Sí, hermano? —Gavril apretó los dientes, y yo enderecé la espalda cuando mi mirada se cruzó con la de Evren en el espejo.

Podía ver claramente todo lo que estaba sucediendo frente a él. La forma en que el cuerpo de Gavril se pegaba al mío, su mano en mi cabello, la curva de mi cuello, que parecía preparada para su boca.

Estaba a punto de decirle que no era lo que parecía, pero lo era. Gavril iba a ser mi marido, y la forma en que me abrazaba era el recordatorio exacto que necesitaba de que era suya.

Era suya, y las únicas opciones que tenía para cambiar eso también significaban que nunca iba a ser de Evren.

—Padre te llama. —Evren evitó mirarme a los ojos, y yo agaché la cabeza.

Intenté recordarme las crueles palabras que me había dicho al salir de mi habitación con restos de mí aún en sus dedos, pero fue en vano. A mi cuerpo no le importaba lo que hubiera dicho. En el momento en que entró en la estancia, todo cobró vida de una forma que Gavril nunca habría logrado.

—¿Qué quiere? —Su mano se tensó de nuevo y esa vez no pude evitar hacer una mueca al sentir una punzada de dolor en el cuero cabelludo.

Evren se dio cuenta. Por supuesto que sí. Su mirada oscura finalmente se cruzó con la mía en el espejo, y parecía absolutamente asesina.

—Hay rumores de una nueva amenaza procedente de la Corte de la Sangre. Ha reunido a su consejo para discutir nuestras opciones.

—¿Y son ciertos esos rumores? —Evren se volvió hacia su hermano y no supe interpretar la expresión que se dibujó en su rostro.

—Proviene de fuentes fidedignas, pero no estoy en mi puesto, así que no sé la validez de lo que se ha dicho. Pero esto no es algo que debemos discutir delante de la Astraluz. —Me señaló sin mirarme—. Dejemos que termine de elegir un vestido para el baile mientras nos reunimos con el rey.

Gavril me echó un vistazo como si casi hubiera olvidado que yo seguía pegada a su cuerpo, en un abrazo del que aún no me había liberado. Aflojó la mano que tenía en mi cabello y dio un paso atrás.

—Disculpa, Adara. —Hizo una ligera reverencia—. El deber me llama, pero terminaremos esta conversación más tarde. —Sonrió con dulzura y yo hice todo lo posible por corresponderle. Pero podía sentir la mirada de Evren sobre mí. No alcé la vista, pero no importaba: lo sentía más profundamente que cualquier caricia de Gavril. El príncipe heredero pasó junto a mí para dirigirse hacia su hermano, y yo contuve el aliento—. Voy a la sala del consejo. —Ya no me hablaba a mí, sino a Evren; se estiró la camisa—. Por favor, asegúrate de que Adara regrese a su habitación antes de que te unas a nosotros.

—Por supuesto. —Evren bajó la cabeza ante su hermano menor, y la imagen me inquietó. Se me encogió el corazón porque sabía que Evren no había nacido para agacharse ante nadie.

Me aparté del espejo, me quité el chifón enojado de los hombros y lo dejé sobre la mesa junto al resto de las pertenencias de la costurera.

—Necesito un momento para cambiarme. —Me metí detrás del pequeño biombo que había en una esquina de la sala y me quité la tela de la piel, con cuidado de no estropear el trabajo que había hecho la costurera. Había alfileres y pequeñas marcas de tiza a lo largo de todo el vestido, donde ella tenía intención de ajustarlo más.

—No hay necesidad de que te escondas detrás del biombo —dijo Evren con voz tranquila y despreocupada, y yo aborrecí el tono de su voz—. Me parece que ya no te queda mucho que ocultarnos a ninguno de los dos.

Dejé que la tela cayera al suelo hasta que formó un montón a mis pies y me tapé el pecho con el brazo, intentando calmar los latidos de mi corazón.

—Créeme, príncipe. Tengo mucho que ocultaros. —Él resopló, y me apresuré a subirme el vestido por las caderas. La tela cayó sobre mis brazos y a lo largo de mis pechos, y acentuó partes de mi cuerpo que no estaba acostumbrada a mostrar. Eché la mano hacia atrás, buscando la cinta que sujetaba el vestido, pero estaba fuera de mi alcance—. ¿Podrías llamar a Eletta? —refunfuñé mientras seguía intentando agarrar la tela.

—¿Para qué demonios necesitas a tu doncella? —Se rio sin una pizca de humor—. De verdad te estás acostumbrando a la vida en palacio, ¿no?

Maldije entre dientes y me sujeté el vestido contra el pecho.

—Por si quieres saberlo, idiota, no puedo atarme el vestido. Es imposible. Lo he intentado.

Permaneció en silencio durante un largo rato hasta que oí que se movía. Solté un suspiro. Me alegré de que fuera a buscarla. Con Eletta aquí, eso significaba que él iba a marcharse y que yo iba a poder hacer lo que fuera para distraerme y dejar de pensar en él.

—Déjame ayudarte. —Evren apareció detrás del biombo y yo retrocedí rápidamente.

—Esto no es apropiado. Deberías llamar a Eletta.

Esbozó una sonrisa burlona, y esa pequeña mirada hizo que el estómago me diera un vuelco de una forma que Gavril ni siquiera podía intentar. Me agarró del brazo con la mano y me obligó a girarme para que le diera la espalda.

—Hace unos días metí los dedos dentro de ti. Creo que puedo encargarme de atarte el vestido. —Me quedé sin aliento ante sus palabras, y él se acercó más a mí—. A menos que prefieras que te ayude a quitártelo. La puerta sigue abierta, pero, por los dioses, ¿te imaginas la emoción de intentar que no te pillen mientras el hijo bastardo del rey está profundamente enterrado dentro de ti?

Me aparté bruscamente de su tacto y lo miré por encima del hombro.

—No puedes decirme cosas así.

—¿Por qué no? —Se pasó el pulgar por el labio inferior mientras devoraba mi piel con la mirada—. ¿Preferirías que llamara a mi hermano y dejara que él te susurrara esas palabras en mi lugar? ¿Era eso lo que estaba haciendo cuando entré? ¿Te estaba prometiendo que iba a hacer cosas con tu cuerpo que te harían desear que el resto del mundo desapareciera?

—¿Por qué te importa lo que tu hermano me estaba susurrando? Soy su prometida, y harías bien en recordarlo.

Eso solo hizo que su sonrisa se ampliara y esa vez, cuando se acercó a mí, mi marca vibró de placer y mis piernas amenazaron con ceder. Me rodeó el pecho con un brazo y pegó mi espalda a su cuerpo.

—¿Tú te acuerdas de eso, princesa? —Rozó mi nuca con la nariz y cerré los ojos—. Puedo oler lo mucho que me deseas. No creo que mi querido hermano pudiera decir lo mismo. Pobre príncipe heredero de Citlali, destinado a casarse con una mujer que se moja al pensar en la polla de su hermano.

Intenté zafarme de él y alejarme de sus duras palabras, pero se negó a soltarme. Su brazo se tensó a mi alrededor y su aliento se deslizó de sus labios con un ritmo áspero contra mi cuello.

—¿Por qué eres tan cruel?

—Esto no es crueldad, princesa. —Se rio entre dientes, y ese sonido pareció una advertencia—. Soy yo haciendo todo lo que está en mi mano para no llevarte lejos de este lugar y poder quedarme contigo para mí solo.

—¿Quieres quedarte conmigo? —Mis palabras eran desesperadas y estaban llenas de anhelo, pero no pude evitar decirlas.

—No —gruñó, pero su brazo me pegó aún más hacia él, y pude sentir lo mucho que me deseaba contra mi espalda—. Quiero librarme de este anhelo que siento por ti. Deseo follar contigo hasta sacarte de mi mente para poder arrodillarme ante ti como el resto del reino, sin fantasear con cómo sabes entre los muslos.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pero me obligué a liberarme de sus manos. No debería haberme excitado con esas palabras. Quería usar mi cuerpo y luego devolverme a su hermano como si nunca me hubiera deseado.

Esa idea era muy sencilla para él, muy cierta, pero aunque sentía un profundo dolor en el pecho al pensarlo, aun así tuve que apretar los muslos para aliviar la tensión que sentía ahí.

—Te he dicho que vayas a buscar a Eletta. —Di un pequeño paso para alejarme de él.

—Pero yo no recibo órdenes de ti. —Se recolocó los pantalones y yo seguí el gesto con la mirada—. Aún no eres mi reina.

—¿Y cuándo lo sea? —Arquee una ceja, y sus ojos oscuros parecieron contener mil años de palabras no dichas.

—¿Qué, princesa?

—¿Entonces vas a acatar mis órdenes? —No sabía por qué le estaba preguntando eso. Quería que se marchara. Que me dejara regresar a mi habitación y sumergirme en la bañera para intentar recrear con mis propios dedos la sensación que me había provocado.

—Lo dudo.

—¿Eso no es traición? —Me ajusté el vestido y su mirada se posó en mis pechos. Se echó hacia delante y deslizó un nudillo por la piel que dejaba al descubierto la costura de mi vestido, pero yo no me atreví a moverme.

—Date la vuelta, princesa. —Su voz era grave y carecía del control habitual que solía tener.

Hice lo que me decía y jadeé cuando sus dedos rozaron mi marca. Tiró con fuerza de los lazos a mi espalda, ciñendo el vestido contra mi cuerpo, y bajé las manos del pecho al sentir que hacía un nudo con los cordones.

—No has respondido a mi pregunta.

—No sé muy bien cómo responder. —Sus dedos se separaron de la cinta y bajaron por mis costados hasta posarse en mis caderas—. Todo lo que pienso sobre ti es traición: la forma en que mis manos ansían tocarte, el engaño... Incluso mis sueños me convierten en un traidor de mi propio reino.

—Entonces, para —susurré enderezando los hombros. Hablaba de mí como si fuera un veneno que estuviera infectando hasta el último rincón de su ser.

—Esa es la cuestión, princesa— susurró, y sus labios se posaron sobre mi hombro desnudo—. No quiero hacerlo.

10

Llegué a mi puerta con Evren tras de mí y pude ver la inquietud en los ojos de Eletta. Ella no confiaba en él, y no podía culparla. Yo tampoco confiaba en él.

Se había quedado a mi lado el resto de la noche. Me había preparado un baño y había echado aceites en el agua para ayudar a que me relajara. Me había desenredado el pelo mientras yo me miraba en el pequeño espejo y pensaba en cómo me había sentido al notar el tacto de Evren sobre mi piel.

Cuando me había preguntado si estaba bien, le había mentido con total naturalidad. Pero la forma en que observaba cada uno de mis movimientos me decía que no se creía ni una sola palabra.

Una parte de mí se preguntaba si ella podía ver lo mucho que deseaba a Evren cuando me miraba. Me observaba con demasiada atención, y yo sabía que Eletta no era tonta. Veía más que la mayoría, y era solo cuestión de tiempo que se diera cuenta de lo intenso que era mi deseo por el príncipe equivocado.

En cuanto salió de mi habitación, me coloqué los pantalones debajo del camión de seda que ella me había ayudado a ponerme. Tuve que buscar las botas, pero finalmente las encontré escondidas debajo de la cama, como si Eletta no quisiera volver a verlas jamás.

Deslicé los pies dentro y moví los dedos contra el cuero gastado, que me resultaba familiar y cómodo. No me quité el camión hasta que el fuego de mi habitación se apagó y no se oía ni un solo ruido procedente del vestíbulo.

No podía hacerlo. No podía quedarme ahí, en ese palacio dorado, prometida a un príncipe que no era bueno para mí, mientras secretamente deseaba a otro que era aún peor.

Había tomado la decisión mientras me sumergía en el agua del baño, y me había quedado allí hasta que mis pulmones casi me

habían estallado: iba a huir.

No estaba segura de hasta dónde iba a llegar, pero sabía que nunca iba a poder perdonármelo si no lo intentaba. Quedarme ahí sentada y aceptar lo que querían de mí me convertía en alguien peor que mi madre.

Y me negaba a ser como ella. Mi padre había muerto tratando de protegerme, y mi madre me había entregado de buen grado a las personas que lo habían asesinado. Me negaba a hacer lo mismo. Me negaba a desperdiciar su sacrificio con una obediencia ciega.

Me puse una de mis camisas a toda prisa y me la metí por dentro de los pantalones, antes de sacar mi daga de debajo de la almohada y guardarla en mi bota. Sentirla contra mi pierna me reconfortó, e inspiré hondo antes de abrir la puerta lentamente y asomarme al pasillo.

No vi a nadie. Ni un solo guardia, ni un simple sirviente. Los pasillos estaban vacíos y en silencio, y cerré suavemente, con cuidado de no perturbar el sueño del palacio.

No me molesté en coger más cosas. Todo lo que llevara habría sido un lastre más que iba a ralentizarme, y no podía permitírmelo. Ya tenía mucho miedo de lo que iban a hacerme si me pillaban, pero tenía que intentarlo.

Avancé por el largo pasillo hacia la biblioteca y busqué la puerta que sabía que se ocultaba junto a la pared de piedra más allá de la luz de una lámpara. La había visto hacía unos días y sabía que era la forma más fácil de escapar.

La puerta se abrió sin esfuerzo y el aire fresco de la noche acarició mi piel en un abrazo de bienvenida. Miré hacia el vestíbulo por última vez antes de salir del palacio. Debería haber estado buscando a cualquiera que pudiera verme, pero en el fondo sabía que solo lo estaba buscando a él.

Lo estaba buscando, y eso hizo que me diera cuenta de lo mucho que necesitaba marcharme.

Salí a hurtadillas, abriendo apenas un resquicio para que nadie se diera cuenta de lo que hacía, y sentí que el corazón estaba a punto de salirseme del pecho cuando la puerta se cerró suavemente tras de mí. La parte trasera del palacio estaba a oscuras, pero sabía que

aún habría guardias reales protegiendo todos los flancos del castillo. Solo tenía que pasar a escondidas entre ellos y conseguir esconderme el tiempo suficiente hasta que pudiera averiguar cómo atravesar el muro de piedra.

Nada era impenetrable. Podía escalar si fuera necesario, pero eso no era lo ideal. Tenía que causar el menor alboroto posible.

Avancé junto al muro y eché un vistazo a la esquina. Había dos guardias allí: uno se reía de algo que había dicho el otro. Ninguno de los dos se fijó en mí. Dos guardias reales y ninguno se había percatado de mi presencia.

Atravesé rápidamente el pequeño patio, mirando a mis espaldas a cada paso, y una vez que llegué a la escasa hilera de árboles, solté un suspiro.

Avancé entre los árboles hasta que apoyé la mano contra la fría piedra de la muralla. Era imponente y sofocante, y sabía que, si no había aberturas en la piedra, iba a tener que usar los árboles para ayudarme a escalar ese muro que me mantenía atrapada en el interior.

Recorrí la pared despacio, con cuidado, en busca de cualquier cambio en la estructura.

Oí el crujido de una ramita y me agaché contra el muro mientras escudriñaba los árboles. No vi ningún movimiento, pero estaba demasiado oscuro como para asegurarlo. Me quedé así durante un largo rato, rezando para que lo que había oído no fuera más que un animal o mi miedo.

Me temblaban los dedos al pasarlos por mi daga. Estaba a punto de desenvainarla cuando oí otro movimiento a mi derecha. Un hombre al que no reconocí se abalanzó sobre mí; ni siquiera llegué a dar un grito antes de que su mano sudorosa me tapara la boca y me estampara la cabeza contra el suelo rocoso.

Sentí un dolor agudo atravesándome el cráneo y se me nubló la vista; intenté apartar su cuerpo del mío de una patada, pero era demasiado pesado y fuerte.

—Quédate quieta, joder, bruja de las estrellas —me espetó; se bajó los pantalones, y todo mi cuerpo se paralizó de miedo. No tenía ni idea de quién era ese hombre ni de qué quería, pero sabía que iba

a hacerme daño de una forma u otra. Mantuvo la mano sobre mi boca y su cuerpo sobre el mío mientras yo forcejeaba debajo de él; el grito que solté quedó amortiguado bajo sus dedos cuando lo vi levantar una pequeña daga. Su mano titubeó al levantar el arma sobre mi pecho, y yo pataleé con fuerza para intentar quitármelo de encima. No esperaba ese movimiento y conseguí empujarlo. Grité con todas mis fuerzas cuando sus dedos dejaron de taparme la boca—. Joder —maldijo, y su mano se abatió con fuerza sobre la parte superior de mi muslo. No me di cuenta de lo que había pasado hasta que un dolor ardiente me atravesó la pierna. Dejó caer la daga y contempló el corte que acababa de hacerme en la carne, y entonces supe lo que quería: estaba mirando cómo la sangre brotaba de mi piel como si fuera un regalo de los dioses. Puso los dedos contra el corte y yo siseé de dolor, y cuando levantó su mano ensangrentada a la luz de la luna, supe que esa era mi única oportunidad. Levanté la otra pierna y le di una patada en el pecho con las pocas fuerzas que me quedaban. Él gimió con un sonido profundo y fuerte y cayó de costado, y yo gateé a toda prisa para apartarme de él, buscando cualquier cosa que pudiera ayudarme a escapar—. ¡Zorra! —Su expresión era asesina; se llevó los dedos a la boca y lamió mi sangre de su piel—. Vas a pagar por esto.

Me puse de rodillas antes de que pudiera abalanzarse sobre mí de nuevo, pero el sonido de un movimiento procedente del castillo captó mi atención. Y la suya también.

Se puso en pie antes de que pudiera gritar de nuevo y desapareció entre los árboles tan rápido como había llegado. El dolor se extendió por mi pierna cuando intenté ponerme en pie, y oí maldecir a uno de los guardias.

—Traed al príncipe —ordenó uno de ellos antes de ponerse frente a mí—. ¿Estás bien, Astraluz?

Vi por encima de su hombro cómo otros dos guardias partían en la dirección en la que acababa de marcharse mi agresor.

—Está aturdida.

—Estoy bien —refunfuñé, y apoyé la mano contra un árbol para aliviar un poco la presión de la pierna—. Lo único que quiero es llegar a mi habitación.

Los guardias se miraron entre sí.

—Estás sangrando.

—Soy muy consciente de ello. —Puse la mano contra mi muslo y usé el árbol como apoyo para estabilizarme y así poder regresar al palacio. No sabía en qué estaba pensando. Ahí estaba yo, lista para huir, lista para intentar sobrevivir en el mundo por mi cuenta, y me habían atacado antes incluso de que pudiera salir de los muros.

Tenía un recordatorio muy evidente de quién era en la cara y en la espalda, y fuera donde fuese, la gente iba a saber quién era yo, lo que tenía, e iban a querer quitármelo a su antojo.

Uno de los guardias me agarró del brazo cuando intentaba pasar junto a él y, aunque quería rechazar su ayuda, no pude. La pierna me dolía más y más con cada paso y sentía un horrible latido en la cabeza. Sabía que iba a empeorar hasta que llegara a mi habitación y evaluara los daños que me había hecho alguien que en ese momento se encontraba en los terrenos del castillo. No había reconocido al hombre que me había atacado, pero sabía que era un noble. No llevaba el uniforme de la guardia y las telas que vestía eran demasiado finas para ser las de un sirviente.

Lo que significaba que era un miembro de confianza de la corte de Gavril.

—Ya casi hemos llegado —dijo el guardia en voz baja, y supe que podía ver el dolor que sentía en mi rostro—. Puedo llevarte en brazos.

—No. —Negué con la cabeza y seguí adelante, hacia la puerta por la que había salido.

Intenté no pensar en lo que Gavril iba a hacer o decir en cuanto me viera. No tenía forma de explicarle por qué estaba fuera al caer la noche. Iba a saber la verdad sin que yo dijera una sola palabra.

Sabía que se iba a enfurecerse conmigo, con su futura esposa, y temía lo que esa furia pudiera acarrear.

El guardia abrió la puerta y me ayudó a pasar, y sentí un nudo en el estómago al encontrarme en el vestíbulo. Me quedé sin aliento al instante e intenté calmar el pánico que me invadía.

En lugar de llevarme hacia mi habitación, el guardia pasó por la biblioteca y apoyó la mano contra la pared de piedra. Contuve el

aliento, sorprendida, mientras la pared crujía y la piedra se movía por la pura fuerza de su mano.

Intentó tirar de mí, pero clavé los talones en el suelo.

—Por aquí, Astraluz.

—¿Adónde me llevas? —La voz no se parecía en nada a la mía: estaba demasiado tomada por el pánico; vi cómo la lástima brillaba en los ojos del guardia.

—Junto al príncipe. Por favor, no me obligues a llevarte a rastras hasta allí.

Di un paso adelante, lo seguí al interior del pasadizo y parpadeé cuando la pared se cerró detrás de nosotros y un estrecho túnel se abrió por delante. Estaba oscuro, pero al menos podía ver por dónde pisaba mientras él me guiaba por el pequeño pasillo hacia mi destino.

Podía sentir la sangre cubriendo mis dedos con cada paso que dábamos, y cuando por fin se detuvo y volvió a tocar la pared, estaba desesperada por enfrentarme al príncipe heredero y acabar de una vez con todo eso.

La pared se abrió para revelar la sala del trono, y me acerqué más al guardia mientras me adentraba en la luz. Pero no era el príncipe heredero quien esperaba al otro lado.

Era peor.

—¿Qué coño te ha pasado? —gruñó Evren, dirigiéndose hacia mí; el dolor en la pierna era tan insoportable que ni me importaba.

—Nada. —Negué con la cabeza y me puse la mano contra el muslo. La sangre se me había filtrado entre los dedos, así que los apreté con fuerza para que no pudiera verlo.

—Y una mierda. —Extendió la mano hacia mí y yo retrocedí hasta que mis talones tocaron el borde de la tarima frente a la que nos encontrábamos—. Déjame ver, princesa.

—No. —Di otro paso atrás hacia el estrado que habitualmente elevaba a su familia por encima de todos los demás. El guardia me soltó, y me enfureció que se alejara tan rápido y me dejara a merced del príncipe—. Quiero irme a mi habitación.

—¿Una habitación de la que intentabas escapar? —Avanzó hacia mí; su ira era palpable.

Me miraba con tanta furia que, cuando bajé la vista hacia mis dedos manchados de sangre, recordé que aquel hombre era capaz cualquier cosa. El miedo me martilleaba el pecho, pero aun así me estremecí cuando la parte posterior de mis piernas chocó contra el trono que tenía detrás.

—Por favor, Evren. Déjame ir a mi habitación.

—Siéntate —dijo la palabra como una orden, y yo le obedecí al instante.

El aire a nuestro alrededor crepitó cuando se arrodilló ante mí y me separó las rodillas con más fuerza de la necesaria. Su mirada se oscureció al fijar la vista en mi mano ensangrentada, pero no me atreví a apartarla de la herida—. Has tenido suerte —siseó entre dientes, y yo hice una mueca por lo venenoso que era su tono.

—¿Porque me han atacado?

—Porque sigues viva. —Apartó mis dedos temblorosos de mi pierna y soltó una maldición. Puso su propia mano contra mi herida, llevó la otra hacia atrás y se quitó la camisa oscura por la cabeza—. Tienes suerte de que mis guardias sean leales a su capitán y acudieran a mí en lugar de a la reina.

Estaba arrodillado ante mí con el pecho desnudo, y aunque me hacía daño con la mano que tenía sobre el corte de mi pierna, no pude evitar contemplarlo.

Su cuerpo estaba esculpido de una forma que solo podía lograrse con años de trabajo más allá de los muros del castillo.

—¿Qué estás haciendo?— pregunté con temor cuando desgarró la tela de su camisa; arrancó una tira y sus abdominales se marcaron y se tensaron mientras trabajaba metódicamente en la tarea que tenía entre manos; yo me enderecé en el trono mientras disfrutaba de la visión de sus músculos.

Tenía una larga cicatriz que le atravesaba el pecho, y me pregunté si se la habría hecho defendiendo el trono en el que yo estaba sentada en ese momento.

—Tengo que ponerte esto para detener la hemorragia. Luego te llevaré a mi habitación y limpiaremos la herida. —Deslizó la tela por debajo de mi pierna, la rodeó y la ató con un nudo apretado.

—Eso no va a pasar. —Sus hombros se cuadraron y, cuando me miró, el miedo y la lujuria se mezclaron y me recorrieron el cuerpo entero.

—¿Prefieres que te lleve ante Gavril? ¿Ante la reina? ¿Te gustaría explicarles que has sido tan estúpida como para intentar huir de un palacio lleno de hadas y has conseguido que te hiriera alguien que ansía el poder de tu sangre más que el favor de la Corona?

—No me importa. —Enderecé los hombros.

—Y una mierda que no te importa, Adara. —Se puso de pie, me tendió la mano y me ayudó a levantarme. Estaba enfadado, pero aun así tuvo cuidado de no hacerme daño en la pierna—. Si fueran ellos quienes te hubieran encontrado, no te estarían curando la pierna. Ya te tendrían encerrada, y Gavril estaría lamiendo la sangre que brota de tu herida.

—¿Pero tú no vas a hacerlo? —pregunté, y pude ver cómo la frustración lo carcomía.

—¿Te parece que voy a hacer alguna de esas cosas? Puede que seas una traidora a la Corona, pero sé lo que es sentirse atrapado. No te culpo por intentarlo. —Aparté la vista de él, acongojada. No sabía qué quería que dijera. Podía llamarme traidora todo lo que quisiera, pero estar allí con él me parecía el acto más traicionero de todos—. No vuelvas a hacerlo, joder. —Sacudió la cabeza—. Ya me veo obligado a enfrentarme a que le pertenezcas a mi hermano. Encima no quiero ver cómo te torturan.

Se agachó y deslizó suavemente el brazo por debajo de mis rodillas. Me levantó contra su pecho con facilidad, y rápidamente le rodeé el cuello con mis brazos. Bajó del estrado y yo me aferré más fuerte a él.

—Puedo caminar.

—Será más fácil y más rápido si te llevo en brazos — refunfuñó sin detenerse, y yo hice una mueca cuando mi pierna chocó contra su pecho.

—Puedo caminar.

—Joder, Adara —siseó mi nombre—. ¿No puedes dejar que te cuide?

Le estudié el rostro y supe que era una tontería haber pensado que iba a poder ver la preocupación escondida tras su ira. Una preocupación que hacía que mi propio corazón se acelerara.

—¿Quién era ese hombre que me ha atacado?

Se mordió el labio inferior antes de hablar por fin.

—No lo sé. —Se alejó rápidamente por el pasillo en dirección opuesta a mi habitación, y me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaban las estancias de Evren—. Se ha escapado de mis guardias, pero te lo prometo, princesa: lo encontraré.

Lo creía sin dudarlo. Estaba furioso porque alguien me hubiera hecho daño, y yo no sabía si era por mi bien o por el de la Corona, pero tenía la certeza de que no iba a para hasta tener sus oscuros dedos alrededor del cuello de quienquiera que hubiera intentado herirme.

Fuimos por un largo pasillo, hasta que llegamos a una puerta y vi cómo un humo negro goteaba de los dedos de Evren y se introducía en la intrincada cerradura. Nunca había visto nada parecido a su magia.

Nunca había sentido nada como él.

Mi marca cobró vida bajo su tacto y tan cerca de su magia, y me aferré con más fuerza a él cuando su puerta se abrió con un clic. Atravesó el umbral sin dudar, y yo eché un vistazo a su habitación mientras él la cerraba de una patada: estaba amueblada de forma similar a la mía, aunque era mucho más grande, y me llamó la atención las pocas pertenencias que veía; una camisa oscura colgaba del único sillón que había en la esquina, y su ropa de cama oscura estaba revuelta, como si hubiera prohibido a los sirvientes entrar a hacérsela.

Me sentó en el borde de su cama, con cuidado al apoyar mi pierna contra las suaves telas, y se quedó mirándome fijamente durante un largo rato antes de apartarse de mí y entrar con paso firme en su cuarto de baño.

Me aferré a la ropa de cama, mirando la camisa oscura que me envolvía el muslo. Aun sentía dolor, pero estaba tan nerviosa por encontrarme a solas con Evren en su habitación que eso me distrajo del malestar.

Volvió hacia mí con un cuenco de cobre del que salía vapor por el agua que contenía y con una pila de paños blancos. Yo estaba sentada en su cama, sin aliento, y el culpable no era el dolor, sino por el recuerdo de sus manos sobre mi cuerpo mientras se arrodillaba frente a mí.

Dejó la pequeña palangana a mis pies y desató lentamente su camisa de mi pierna. No me dijo ni una palabra mientras trabajaba, pero no lo necesitaba para saber lo enfadado que estaba. Sus dedos, normalmente controlados, temblaban de furia mientras apartaba la tela manchada de mi piel.

Metió la mano en mi bota y me sorprendió al sacar la daga de su funda; la apartó de mi alcance sin darme la más mínima oportunidad de impedirselo.

—Eso es mío. —Hice un gesto al intentar moverme hacia lo único que aún me hacía sentir como en casa.

—Cálmate, princesa. —Me puso una mano sobre el pecho, desenvainó mi daga y la acercó a mi pierna. Contuve la respiración cuando metió los dedos en el desgarrón de mis pantalones y los separó de mi piel. Luego pasó el arma por el agujero en la ropa y el metal me rozó justo debajo del corte; no aparté la vista mientras Evren usaba el filo que había sido de mi padre para cortarme la pernera de los pantalones—. Lo que has hecho esta noche ha sido una imprudencia, Adara.

—Lo sé —siseé; la daga rasgó la tela a la altura de la cadera hasta que mis pantalones ya solo se sostenían en mi pierna izquierda por un hilo.

Evren negó con la cabeza, dejó la daga a mi lado en la cama y me sacó las botas.

—Levántate. —Su voz era exigente y grosera, y por un momento quise desafiarlo. Quería hacer que por fin me mirara como si yo fuera más que alguien a quien habían herido intentando escapar de su hermano. En cambio, me puse de pie con las piernas temblorosas para quedar frente a él, que miró fijamente hacia el punto donde se unían mis muslos, y aunque no debería haberme fijado en la expresión de su rostro cuando la pierna me estaba doliendo tanto, era imposible no hacerlo—. Agárrate a mis hombros. —Hice lo que

me decía y lentamente me bajó por las piernas lo que quedaba de mis pantalones destrozados antes de ayudarme a sacarlos.

Me volví a sentar en la cama frente a él en cuanto tiró mis pantalones a sus espaldas, y observé cómo sumergía en silencio sus dedos oscuros en el agua humeante. Escurrió un paño antes de levantar la vista hacia mí, y esta vez pude ver la lástima que se escondía tras toda su ira.

Tragué saliva con dificultad y aparté la vista. Su ira era más fácil de soportar.

—Joder —maldije cuando me puso el paño caliente contra el corte. Contoneé las caderas y me levanté sobre los brazos, gritando de dolor, pero Evren me empujó hacia abajo como si yo no pesase nada.

—Tengo que limpiarlo —me gruñó; apartó el paño sucio y cogió otro del agua.

—Puedo hacerlo yo misma. Quiero irme a mi habitación.

Evren se rio, escurriendo el paño.

—¿También te vas a coser la herida tú misma? ¿Qué le vas a decir a Eletta cuando lo vea mañana, o a la reina cuando te acompañe a tu próxima prueba del vestido?

—Les diré que me resbalé y me caí —dije lo primero que había acudido a mi mente, y la mirada de Evren se ensombreció.

—La reina no es tonta, princesa. Si pensara por un momento que intentaste huir, te haría cosas mucho peores de las que jamás le hizo a...

—¿A mi padre? —terminé antes de que él pudiera hacerlo.

Me miró de nuevo con esa misma lástima en los ojos.

—A tu padre o a cualquiera que se atreva a traicionarla. Tú eres todo por lo que ella ha estado trabajando, y no permitirá que se le escape de las manos.

Me puso el otro trapo contra la herida y esa vez me mordí el labio inferior para evitar gritar.

—No quiero estar aquí. —Apreté los puños y los clavé en el colchón, aunque me moría de ganas de alcanzar con ellos a Evren.

—No tienes elección, princesa. —Evren se concentró en limpiarme la herida y la piel enrojecida—. Voy a tener que usar magia para

curarte esto.

—¿Qué? —Mi voz temblaba, y sabía que él podía oír el miedo que rezumaba de ella.

—Mi magia puede curarlo rápidamente. —Deslizó un dedo por la cara interna de mi muslo, justo debajo del corte, y yo me eché a temblar—. O puedo usar aguja e hilo, pero correrás el riesgo de...

—Hazlo y ya está. —Cerré los ojos con fuerza; él me separó aún más las piernas.

—No voy a hacerte daño, Adara. —Su voz era suave y reconfortante, pero no me atreví a abrir los ojos cuando mi marca comenzó a latir con un pulso constante; aun así podía sentir la oscuridad a mi alrededor, una oscuridad inusual e impresionante.

Las sombras me envolvían como una caricia, y no podía distinguir qué era Evren y qué era su magia. Pero sabía que no quería que acabara.

El dolor se desvaneció de mi pierna como si él lo estuviera absorbiendo, y suspiré cuando el último vestigio abandonó mi cuerpo.

Su magia se alejó de mí lentamente, como si le costara tanto dejarme como a mí perder su contacto. Pero cuando se desvaneció de mi piel, abrí los ojos y vi cómo el humo negro que me había curado se filtraba de nuevo en los dedos de Evren y que él hacía una mueca.

—¿Estás bien? —Abrí las manos y las posé contra la suave tela de su ropa de cama.

—No te preocupes por mí, princesa. —Señaló con la cabeza hacia mi muslo—. ¿Te ha pasado esto antes?

—No. —Negué con la cabeza—. Nadie había hecho magia antes conmigo.

—No me refiero a eso. —Levantó la mano y la deslizó por donde acababa de estar el corte, y fue entonces cuando lo vi—. ¿Alguna vez te ha quedado una cicatriz como esta?

Clavé la vista en la luz de las estrellas que atravesaba mi muslo como si intentara ocultar mi piel imperfecta.

—No. —Tragué saliva con dificultad mientras mis dedos se unían a los suyos sobre mi muslo—. Nunca.

La luz de las estrellas que marcaba mi piel había estado ahí desde que nací. Nunca había aparecido una nueva marca, ni siquiera después de todas las heridas que la habían desfigurado.

Y nunca mis marcas de Astraluz habían estado envueltas en la oscuridad como si se hubiera derramado tinta sobre mi muslo.

—Tienes que mentir. —Los dedos de Evren recorrieron los míos, trazó con ellos mi nueva marca y sentí que cobraba vida bajo su tacto como si siempre hubiera formado parte de mí—. Si Gavril o la reina ven esto, tienes que mentirles.

—¿Qué les digo? —Pude ver un atisbo de pánico en su rostro.

—Lo que sea necesario. —Sus dedos me estrecharon la pierna y se incorporó sobre sus rodillas hasta que su cuerpo quedó pegado a mis muslos. Entonces me di cuenta de que estaba sentada en su cama frente a él, vestida solo con mi ropa interior y una camisa, y cuando sus dedos se clavaron en mi piel una vez más, no pude preocuparme por la reina ni por el príncipe heredero—. No deben saber nunca que he usado mi magia contigo.

—¿Qué harán si se enteran?

—Me temo que ninguno de los dos quiere saber la respuesta a eso. —Pasó las manos por mis costados hasta posarlas en mis caderas. Abrí las piernas para él sin pensarlo, y Evren aprovechó la oportunidad para moverme hacia el borde de la cama, contra él.

—¿Y si se enteran de la forma en que te he dejado tocarme? —Mi pregunta hizo sonreír a Evren, y él levantó lentamente la mano, me pasó el pelo por encima del hombro y me acarició el cuello.

—¿Vas a dejar que te toque otra vez?

—No —dije; no había sonado en absoluto convencida y Evren lo sabía. Sonrió aún más y hundió los dedos en la suave carne de mi cadera.

—Dices una cosa, pero tu cuerpo dice otra. —Se echó hacia delante y deslizó los labios por mi mandíbula. No fue un beso, sino como si sus labios intentaran descubrir quién era yo simplemente por la curva de mi rostro—. No tienes por qué avergonzarte de desearme.

Tragué saliva con dificultad mientras asimilaba sus palabras.

—Hace un momento, estabas dispuesto a matarme.

—Sigo dispuesto a matarte, princesa. Esta noche te has puesto en peligro de verdad, y podrían haberte matado. — Sus manos se clavaron en mí con más fuerza, como si intentara controlarse—. Pero mi ira hacia ti no sirve para apagar mi deseo. Si acaso, de alguna manera ahora te deseo aún más. Quiero marcar tu hermosa piel para que todos sepan que me perteneces.

—No le pertenezco a... —Mis palabras se truncaron cuando sus dientes rozaron la sensible piel de mi cuello. Inspiré profundamente, extendí las manos y me agarré a sus antebrazos en busca de apoyo. Mi pecho se agitaba contra el suyo, y podía sentir cómo se le aceleraba el corazón.

—No me digas mierdas como esa esta noche — mascullo—. Ya me ha costado todo lo que tenía no echarte sobre ese trono y follar contigo hasta que a nadie le quedaran dudas de que eres mía. Y no me habría importado nada que nos viera quienquiera que intentara hacerte daño, la reina o mi puto hermano.

Estaba a punto de recordarle que su hermano era precisamente a quien yo pertenecía, pero cuando vi la posesividad con la me miraba, lo único que pude hacer fue intentar apretar los muslos entre los que ya sentía la humedad.

—¿Y ahora? —pregunté, vacilante.

—Y ahora estoy arrodillado entre tus piernas, marcadas por una mezcla de tu magia y la mía, y sigo deseando dejar en ellos la huella de mis dedos con la misma dureza. Pero ya tienes bastantes cosas que ocultar, princesa. —Me apretó una última vez el cuerpo y se puso de pie lentamente ante mí. Levanté la vista, buscando en su rostro qué iba a hacer a continuación—. Necesitas dormir.

Bajé la vista hacia mis muslos desnudos.

—¿Tengo que regresar a mi habitación así o me vas a prestar unos pantalones?

Él soltó una risita baja y suave antes de agacharse y rodearme la cintura con el brazo. Puso una rodilla entre mis muslos, tensó los bíceps, me levantó y me hizo moverme hasta el cabecero de su cama.

Mi cabeza chocó contra su almohada y su aroma me abrumó como si lo estuviera oliendo por primera vez. Evren se tumbó a mi

lado, con la cabeza apoyada en la mano y se quedó mirándome fijamente durante un largo rato antes de taparnos con las sábanas.

—Esta noche dormirás aquí. Mis guardias te traerán ropa para que te cambies y te llevarán a tu habitación antes del amanecer. — Se dejó caer a mi lado y pude sentir su aliento contra mi mejilla.

—Debería regresar a mi habitación esta noche.

—No. —Sacudió la cabeza, levantó los dedos y la luz se desvaneció lentamente—. Esta noche te quedas conmigo. —Evren me rodeó la cintura con el brazo y pegó mi espalda contra su pecho desnudo. Sentí el calor de su piel y, aunque sabía que no debía hacerlo, dejé escapar un profundo suspiro y me acurruqué contra él. Él deslizó la rodilla entre mis muslos y rozó mi nuca con la nariz, como si estuviera inhalando mi aroma—. Duerme, princesa. Todo lo demás puede esperar hasta mañana. —Su petición me pareció imposible, pero envuelta por su calor no tardé en cerrar los ojos; dormí más profundamente que nunca desde que había llegado a ese reino.

11

—Apenas has tocado el pastel —dijo Gavril, y me pasó la trenza por encima del hombro—. ¿No es esto lo que quieres?

Por supuesto que no era lo que quería. Quería estar en la habitación de Evren, rodeada por sus brazos, como lo estaba antes de que los guardias llamaran a su puerta y rompieran la ilusión en la que me había sumergido. De alguna manera, él me había hecho olvidar dónde me encontraba. Había borrado de mi mente cualquier pensamiento acerca de mi deber.

El único sentido de la responsabilidad que podía albergar era el de mis propios deseos. No sentía ninguna obligación hacia el príncipe que estaba sentado a mi lado. En cambio, añoraba a aquel que me había dejado en mi habitación como si le costara mucho hacerlo.

—No pasa nada. —Le sonreí a Gavril y me llevé la taza de té caliente a los labios—. Es solo que no tengo mucha hambre.

—Está bien. —Me recorrió el hombro con los dedos y los deslizó por mi espalda. Gavril acercó mi silla a la suya, y temí que pudiera oler el rastro de su hermano en mi piel—. Hueles de maravilla.

—Gracias. —Aparté la vista de él cuando dos mujeres de mi edad entraron en la estancia. Las dos contemplaban a Gavril como si yo no estuviera allí, y no las culpaba. Era tan guapo como poderoso, y yo debería haberlo deseado.

—Adara, ¿conoces a Quinn y Lydia Etkin? —Gavril las señaló con la cabeza y ellas hicieron rápidamente una reverencia perfecta.

—No he tenido el placer. —Sonreí aunque no tenía ningún interés en conocer a esas mujeres.

La de la larga melena castaña se sentó a mi lado y me sonrió.

—Es un honor conocerte, Astraluz. Hemos oído hablar mucho de ti.

—Sí. —La de cabello color miel se sentó cerca de Gavril, pero su atención estaba concentrada en mí—. Hemos oído muchas historias sobre lo que puedes ofrecerle a nuestro reino y a nuestro futuro rey.

—Quinn... —Gavril pronunció su nombre con tono de exasperación y me estrechó más los hombros—. Quinn y Lydia son hijas del noble Etkin. Todos hemos crecido juntos en el palacio.

Quinn asintió y me estudió de arriba abajo.

—Conocemos al príncipe heredero mejor que nadie, así que, si tienes alguna pregunta, no dudes en recurrir a mí para que te ayude con tu compromiso.

Sus palabras me sorprendieron, pero a Gavril no parecieron molestarle en absoluto. Sus dedos seguían acariciándome el hombro como si la mujer que tenía delante no me estuviera dejando claro que ya se había acostado con mi futuro marido.

—Lo tendré en cuenta. —Apreté los puños sobre mi regazo. No me molestaba que ella hubiera estado con él antes que yo, pero me enfurecía que tuviera el descaro de decírmelo a la cara sin una pizca de incomodidad.

—¿Y Evren? —preguntó Quinn con naturalidad.

—¿Qué pasa con él?

Su mirada regresó a mí tras mi pregunta.

—Solo quería saber si el príncipe lo había visto. Me encantaría pasar un rato con él antes de que se marche una vez más.

Rechiné los dientes, se me aceleró el pulso y empezó a dolerme la cabeza. Esa mujer no solo había tenido sus manos sobre el príncipe heredero, sino que también me la imaginaba tocando a mi príncipe. Y el segundo pensamiento me enfurecía mucho más que el primero.

—¿Así que conoces bien a los dos príncipes?

—Sí. —Asintió, y su sonrisa se hizo más amplia—. Si no fuera por ti, estaría en la lista para casarme con Gavril.

Casi podía saborear el veneno en sus palabras.

—Entonces, apuesto a que me odias.

Gavril se echó a reír y Quinn puso cara de decepción. Quizá no esperaba que yo tuviera carácter.

—No creo que haya mucha gente en nuestro reino a quien le gustes, Astraluz.

—Quinn... —Gavril se enderezó y la reprendió por sus palabras, pero yo quería escucharlas.

—No. No pasa nada. De hecho, me gustaría escuchar lo que tiene que decir. —Me eché hacia delante y apoyé los codos en la mesa—. Me encantaría saber por qué voy a renunciar a toda mi vida por un reino que no me quiere. —Mis palabras retumbaron en la sala y todos guardaron silencio; la mano de Gavril se quedó inmóvil sobre mi hombro—. Por favor, Quinn. —Hice un gesto con la mano en su dirección—. No te muerdas la lengua ahora.

Ella se limitó a mirarme sin decir una palabra. Creía que podía intimidarme con su profundo conocimiento de un hombre del que se suponía que debía enamorarme, pero lo único que había conseguido había sido avivar mi odio.

—¿Interrumpo? —Todos miraron hacia la puerta, donde sabía que se encontraba Evren, pero yo mantuve la vista clavada en Quinn y en cómo se arreglaba el pelo al volverse hacia él.

—Príncipe Evren. —Ella y su hermana se levantaron rápidamente e hicieron una reverencia que no fue ni de lejos tan profunda como la que habían hecho ante Gavril, pero igual de respetuosa—. Esperaba verte antes de que te fueras.

—No me iré hasta después del baile. —Evren se dirigió hacia la mesa; yo alcé por fin la cabeza cuando se detuvo justo frente a mí y se llevó una fresa a la boca antes de asentir en mi dirección—. Astraluz...

—Evren... —Mordió la baya y me quedé paralizada cuando se lamió el jugo de los labios.

¿Cómo podía ese simple gesto excitarme mucho más que su hermano acariciándome la piel?

—Príncipe Evren, ¿vas a asistir al baile solo o llevarás a alguien? —Me tensé contra Gavril al oír la pregunta. Ni siquiera se me había ocurrido que Evren pudiera ir con alguien al baile. No había pensado en cómo sería verlo con otra persona; ni en que él iba a verse obligado a verme a mí con su hermano.

—Solo seremos mi espada y yo. —Evren le sonrió y sentí una dolorosa punzada de celos—. Soy miembro de la guardia, recuérdalo.

—Y miembro de la Corte. —Quinn le sonrió con picardía—. Recuerdo varias cosas que has hecho que no tenían nada que ver con tu deber como guardia.

—Muy bien, muy bien... —Gavril se rio entre dientes y levantó la copa de vino, y yo me volví hacia él para no ver la expresión de Evren hacia ella.

Gavril me sonrió y me acarició con los dedos la trenza.

—Deber y placer.

—¿Así es como lo llamáis la Astraluz y tú? —preguntó Evren, con una risa que sonó como una maldición—. Se os ve muy unidos...

—Formamos una pareja preciosa, ¿no es así? —Gavril se volvió hacia su hermano, pero yo no.

—Eso sí que es cierto. Adara será la reina más encantadora que hayamos visto jamás. ¿No estás de acuerdo, Quinn?

Quinn nos miró a los dos rápidamente, de uno a otro.

—Lo será. Absolutamente encantadora. —La mano de Gavril se deslizó por mi cabello y se detuvo en la parte baja de mi espalda. La dejó ahí, atrayendo mi atención de nuevo hacia él mientras su tacto vibraba a través de mi marca; levantó la otra mano para recorrerme la mandíbula.

—Y es toda mía. —Me sonrió, pero pude ver la posesividad reflejada en su rostro. Gavril estaba siendo amable conmigo, pero me parecía algo calculado.

—Bueno, y del reino. —Evren se rio entre dientes y tomó asiento a la mesa—. Después de todo, ella está aquí para salvarnos.

—Es cierto —asintió Gavril sin apartar la vista de mí—. Pero los demás solo pueden contemplarla. Pueden soñar con cómo se sentiría su marca bajo sus dedos y corriendo por sus venas. Ninguno de ellos podrá experimentar eso de verdad. Ninguno salvo yo. —Alcé la cabeza justo a tiempo para ver cómo Evren tensaba la mandíbula. Eso era lo que Gavril quería. Fueran hermanos o no, Gavril estaba dejando claro cómo estaban las cosas—. ¿Te imaginas la envidia en sus ojos? —bromeó Gavril, y desliz lentamente la mano por mi brazo. Se me puso la piel de gallina, pero no era porque me gustara lo que estaba haciendo: quería que dejara de tocarme, y más delante de Evren. Pero puso la mano en mi antebrazo, me lo

levantó, enlazó mis dedos y le dio la vuelta para dejar mi muñeca al descubierto. Entonces volvió a mirar a su hermano, justo cuando bajaba la boca hacia mi piel—. Yo me volvería loco de celos si no pudiera saborearla. —Me tensé, pero no se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado esperando una reacción por parte de su hermano, una reacción que Evren se negó a darle.

—Te queda bien, hermano. Aunque no te imagino atado a una sola mujer. Va a ser un cambio de ritmo para ti, ¿no?

Gavril se rio, aunque no había ni una pizca de humor en ello.

—Estoy más que dispuesto a cederte a todas las demás a ti. A darte tu parte justa del protagonismo.

Quinn y Lydia se rieron por lo bajo y yo quise exigirles que pararan. En lugar de eso, me levanté, empujando la silla hacia atrás con las rodillas, y Gavril por fin se volvió a mirarme.

—Me voy a la biblioteca. —No le estaba pidiendo permiso ni esperando su aprobación. Quizá fuera su prometida, pero no iba a quedarme allí sentada escuchando aquello. Sobre todo cuando me moría por mirar a su hermano y no apartar nunca mis ojos de él.

—¿Estás bien? —preguntó como si no pudiera entender por qué quería marcharme.

—Por supuesto —asentí—. Solo estoy cansada y me gustaría leer un rato.

—De acuerdo. —Se levantó y me dio un suave beso en la frente. Mi mirada se cruzó con la de Evren en cuanto los labios de Gavril se posaron sobre mi piel, y él parecía dispuesto a saltar sobre la mesa para alcanzarme—. ¿Me acompañas a cenar esta noche?

Asentí porque no confiaba en mi voz cuando Evren me miraba así.

Gavril me sujetó los dedos hasta que me alejé y lo obligué a soltarlos. No miré atrás mientras salía de la sala ni dije ni una sola de los millones de cosas que se me pasaban por la cabeza.

Y no dejé que los susurros de Quinn se repitieran una y otra vez en mi cabeza. No me gustaba esa chica. No era por cómo se había comportado allí dentro ni por el hecho de que me hubiera dejado claro que había estado con mi prometido, sino porque no podía dejar de imaginar las formas en que había tocado a Evren. Me senté en la biblioteca y cogí un libro.

Lo cerré de golpe, frustrada, y me acerqué de nuevo a la estantería para coger otro. No sabía qué estaba buscando mientras mi mano recorría los lomos de cuero.

Solo necesitaba algo, cualquier cosa, para dejar de pensar en él.

Mi mano se detuvo junto a un libro negro y compacto sin ninguna inscripción en el lomo. Lo saqué de la estantería y la portada tenía el mismo aspecto: ni un título ni una marca en ninguna parte del cuero.

Volví a mi asiento con el libro en la mano y miré hacia la puerta antes de sentarme. Mis dedos recorrieron el cuero negro; sentí la suave textura de un material que debía de ser mucho más antiguo que yo y abrí lentamente la cubierta.

Me recibieron unas páginas amarillentas con tinta negra, escritas a mano. No era un libro cualquiera: era un diario. Hojeé las páginas mientras echaba un vistazo a la escritura. Había notas sobre el palacio y un mapa del recinto dibujado a mano.

Pasé esas páginas rápidamente y solo me detuve de nuevo cuando vi las palabras «*La maldición de las estrellas*» mirándome fijamente. Las palabras parecían haber sido garabateadas tan rápido que apenas podía leerlas, pero debajo había un boceto de una mujer con puntos esparcidos por el pecho y que bajaban por su cuerpo.

Una flecha apuntaba hacia las marcas y junto a ella estaban escritas las palabras «*Marca de las estrellas*».

Recorrí la página en busca de más información, pero solo había cosas básicas. Cosas que ya sabía. Pasé rápidamente a la página siguiente, devorando la información y buscando más.

No fue hasta que llegué a la última página del libro cuando encontré lo que buscaba.

«Los Astraluces son una bendición y una maldición para nuestro mundo. Su poder puede ser extraordinario, pero también perverso. Un Astraluz vinculado equivale a una amenaza».

Leí las palabras una y otra vez, pero estaba confundida. Nunca había oído hablar de un Astraluz vinculado. Solo los fae se

vinculaban, e incluso eso era raro. Era otra cosa de la que solo había oído hablar en las historias que me habían transmitido los habitantes de mi pueblo.

—¿Ya has leído lo suficiente? —Cerré de golpe el libro que tenía en el regazo y levanté la cabeza para mirar a Evren. Estaba exactamente en el mismo lugar que la primera vez que me había encontrado en la biblioteca, pero percibía algo diferente en él, algo peligroso.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No lo sé, princesa. ¿Puedes? —Se pasó la mano por la mandíbula y me sentí como si me devorara con la mirada.

—No lo sé. —Estreché el libro contra mi pecho, observando cada uno de sus movimientos—. Pareces molesto.

Se apartó de la pared y dio dos pequeños pasos hacia mí. —Solo estoy frustrado.

—¿Por qué? —Me miró de la cabeza a los pies sin ningún disimulo.

—Porque mi hermano puede tocarte y hablar de ti como si fueras suya.

—Soy suya, Evren. Nos casaremos muy pronto.

Su rostro se oscureció al acercarse, y pude ver la furia apenas contenida que se escondía en él.

—Nunca serás suya, princesa. Me da igual si tu mano lleva su anillo o si tu cabeza lleva su corona. Aun así, no le pertenecerás.

Tragué saliva con dificultad mientras se acercaba. Deseé con todo mi ser que sus palabras fueran ciertas, pero sabía que no eran más que una fantasía. No podía estar casada con un hombre y pertenecerle a otro.

Mi corazón no me lo habría permitido. Y Gavril me habría matado. No le hacía ninguna falta que lo amara para ser su prometida, pero sabía que el futuro rey no iba a permitir que la mujer que estaba destinada a ser suya cayera en los brazos de otro. Y menos aún de otro que compartiera su sangre.

—Este libro... —Lo levanté entre nosotros—. Dice que los Astraluces pueden vincularse. ¿Es cierto?

Frunció el ceño, confundido, y eso ya fue suficiente respuesta.

—Nunca lo he visto, pero eso no significa que no pueda pasar. ¿Qué más dice?

Dudé en enseñárselo, pero aun así pasé las páginas hasta el final del libro y se lo tendí.

—Extraordinaria, pero perversa. —Leyó las palabras en voz alta, divertido—. Te pega mucho.

Un rubor se apoderó de mis mejillas al pensar en las formas en que él me había vuelto perversa.

Él y nadie más.

—No soy perversa.

—Ah, ¿no? —Ladeó la cabeza y cerró el libro—. Eres la criaturita más perversa que he conocido jamás. —Negué con la cabeza, aunque sentí una opresión en el pecho—. Solo una mujer perversa podría conseguir que quisiera arrodillarme ante ella y jurarle lealtad con mi lengua. Y al infierno con mi familia.

—No te he pedido tu lealtad, Evren.

—¿No? —Se acercó aún más a mí y me acarició la mano con los nudillos—. Yo creo que me la has exigido con cada aliento. Puede que no me la hayas pedido, princesa, pero, por los dioses, la tienes de todos modos.

—¿Y si no la quiero? —Levanté la barbilla y sentí un vuelco en el estómago. Dioses, la quería. Quería cualquier cosa que él estuviera dispuesto a darme.

—Los dos sabemos que eso es mentira. —Levantó el libro que tenía en la mano y deslizó el flexible lomo contra mi muñeca antes de subirlo lentamente por mi brazo. Dondequiera que me tocaba, se me ponía la piel de gallina, y me parecía imposible que fuera capaz de excitarme sin siquiera tocarme—. Los dos sabemos que te mueres por cosas que no deberías desear. —Puso el borde del libro contra mi clavícula y lo paseó por esa piel sensible hasta llegar a mi cuello. No se detuvo ahí. Su mirada marcó el camino antes de que el libro bajara lentamente entre mis pechos y por encima de mi ombligo. Mi estómago se tensó bajo su tacto, y él aminoró el ritmo. Apenas se movía cuando clavó la vista entre mis muslos—. Creo que lo deseas ahora mismo. Creo que darías casi cualquier cosa por eso. —Movié el libro a un ritmo agonizante, bajando cada vez más, y

aunque sabía que no debía hacerlo, abrí las piernas. Muy poco. Pero, por supuesto, él se dio cuenta. Una sonrisa se dibujó en sus labios, pero no apartó la mirada de mis muslos—. Buena chica, princesa. — Pegó el lomo del libro contra la parte baja de mi vientre y yo jadeé en busca de aire—. Ábrete para mí.

—Evren —susurré su nombre.

—¿Sí, princesa?

—No podemos hacerlo. —Negué con la cabeza, pero mis piernas se separaron un poco más. Mi mente y mi cuerpo estaban en desacuerdo.

—¿Por qué no? —El libro bajó más y más, hasta solo podía sentirlo a él y ese lomo contra el lugar donde más lo necesitaba.

—Ya has oído lo que ha dicho tu hermano antes.

—¿El qué? —Ladeó la cabeza y me escudriñó el rostro cuando mis labios se entreabrieron con un suspiro.

—Que nadie más puede tocarme. —Lo pegó con más fuerza contra mí y enderecé la espalda de golpe contra el respaldo de la silla.

—Técnicamente, no te estoy poniendo ni un dedo encima. — Movié la esquina del lomo en pequeños círculos contra mi sexo como si intentara demostrar su argumento. Un gemido se escapó de mis labios, desesperada por más de lo que me estaba dando. Él siguió con su ritmo provocador; ni un centímetro de su piel tocaba la mía, pero podía sentirlo por todas partes—. No podría sentirse amenazado por un libro, ¿verdad? —Evren se humedeció los labios mientras observaba el trabajo que estaba haciendo conmigo y con el libro. Me aferré los brazos de la silla y mis nudillos se pusieron blancos mientras intentaba evitar gritar su nombre—. Ya te lo he dicho, princesa: eres una cosita perversa. —La humedad se acumuló entre mis muslos y moví las caderas, persiguiendo la sensación que me estaba provocando—. Eso es— me animó, y me mordí el labio inferior sin dejar de contonearme—. Toma de mí lo que sabes que él nunca podrá darte. —Extendí la mano hacia él, pero se apartó y negó con la cabeza—. Sin tocar, princesa. Eso sería romper las reglas.

—Creo que ya las hemos roto, ¿no?— le respondí sin aliento; cerré los ojos y recosté la cabeza contra el respaldo de la silla. Sentí un nudo en el estómago mientras el placer crecía dentro de mí. Una oleada de calor me recorrió y mis marcas ardieron. Ni siquiera me estaba tocando y, aun así, mi marca lo reconocía.

Mi cuerpo lo habría reconocido sin una sola palabra ni una sola mirada. Había algo en él que lo diferenciaba de todos los demás.

—Mírame, princesa —me ordenó, y abrí los ojos de golpe—. Quiero verte cuando te derritas. Déjate llevar. Déjame verte entera. —Me desmoroné en cuanto pronunció esas palabras. Apretó el libro con más fuerza contra mí mientras yo lo rodeaba con mis muslos. Gemí su nombre en voz baja, desesperada por saborearlo en mi lengua—. Buena chica. Derrúmbate para mí aquí mismo, en la biblioteca, donde cualquiera podría pillarnos.

—Por favor, Evren. —Eché la cabeza hacia atrás cuando me atravesaron una oleada de placer tras otra. —Por fin, Evren me tocó: su pulgar acarició con rudeza mi labio inferior y en su rostro había tanta lujuria que casi habría podido ahogarme en ella—. Abre. —Empujó con su pulgar entre mis labios y yo obedecí; lo deslizó dentro de mi boca, trazando mi lengua con la punta de su dedo mientras ralentizaba el movimiento con el libro—. Chúpamelo, princesa. Quiero imaginarte con la boca abierta y mi pene deslizándose por tus labios perfectos cuando me masturbe más tarde. —Cerré los labios alrededor de él y ahuequé las mejillas mientras le chupaba el dedo. Deslicé la lengua por la parte inferior, y él gimió antes de sacarlo lentamente y volver a meterlo. Lo hizo una y otra vez, y yo me eché hacia delante porque estaba desesperada por que fuera otra cosa. Quería verlo, tocarlo, saborearlo tanto como me permitiera. Mis manos se posaron en sus muslos, y él soltó un gruñido bajo y profundo—. Eres perfecta, joder. —Retiró el pulgar con un chasquido y la saliva cayó de mis labios.

—Quiero tocarte. —Mis manos se clavaron en sus pantalones y él me acarició la mandíbula.

Su mano era áspera y frenética contra mi rostro, y supe que el príncipe estaba a punto de perder hasta el último atisbo de control que aún le quedaba.

—Esta noche no. —Sacudió la cabeza suavemente, pero yo no quería hacerle caso. Me había llevado al límite, y yo aún no había tenido su piel bajo mis dedos.

—Por favor, Evren —le supliqué a ese hombre que tenía delante y del que debería haberme alejado.

—Esta noche me has dado más de ti de lo que jamás debería haberte pedido, princesa. Déjame acompañarte a tu habitación. — Me tendió la mano, pero en lugar de cogerla, me arrodillé ante él—. Joder. —Se pasó la mano por la boca y miró hacia la puerta de la biblioteca.

No estaba preparada para su poder ni para el efecto que tenía en mí, y me aferré a sus muslos cuando una nube de magia negra cayó de sus dedos y llenó la sala a nuestro alrededor. Envolvió la biblioteca por entero salvo el lugar donde estábamos nosotros.

Me tensé cuando su magia tocó mi piel, y sentí esa descarga hasta lo más profundo de mi ser. Levanté mis dedos temblorosos hasta la parte superior de sus pantalones, y aunque no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, estaba desesperada por intentarlo. Quería darle placer como él me lo había dado a mí. Quería borrar de su mente a cualquiera que hubiera estado con él antes que yo.

—¿Puedo? —Mis manos vacilaron ante los botones de sus pantalones, y cuando levanté la vista, Evren me miraba con tanto deseo que me hizo apretar los muslos con necesidad.

—Puedes hacer lo que quieras conmigo, princesa. Soy tuyo. —Me acarició el pelo con ternura, y yo concentré mi atención en desabrocharle los botones con mis dedos torpes.

Evren no me metió prisa. Se quedó en silencio mientras yo le bajaba los pantalones lo suficiente como para verlo. Tragué saliva al contemplar por primera vez su miembro y entonces llevé esos mismos dedos temblorosos a su piel.

Era suave, mucho más suave de lo que había imaginado. No sabía qué esperar, pero sentía una necesidad desesperada de descubrirlo por entero. Envolví mi mano alrededor de su grosor, apretando con fuerza mientras intentaba juntar el índice con el pulgar, y él siseó.

Deslicé mi puño arriba y abajo por su pene, probando cómo se sentía en mi mano, y él se aferró a mi pelo.

—¿Puedo saborearte? —le pregunté, y Evren cerró los ojos con fuerza antes de abrirlos de nuevo rápidamente.

—Por los dioses, por favor, princesa. —Hundió los dedos en mi cuero cabelludo—. He estado soñando con lo que esa boca tuya puede hacer desde la primera vez que te vi. — Volví a mirar su pene y me sentí intimidada por su tamaño. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero sabía que quería sentirlo en mi boca de la misma forma en que acababa de sentir su pulgar. Quería provocarle esa misma reacción. Me lamí los labios y me acerqué a él, y le eché un vistazo justo cuando pasaba la lengua por su glande—. Joder —gruñó él, y su mano se aferró aún más a mi pelo. Sentí un pinchazo de dolor, pero me pareció que estaba directamente conectado con lo que tenía entre los muslos. Pasé la lengua por la parte inferior de su pene, saboreando toda su longitud, y sus muslos temblaron bajo mi mano—. ¿Lo estoy haciendo bien?

Evren se rio entre dientes y dejó escapar un suspiro entrecortado.

—No hay nada que puedas hacer que esté mal, princesa. Que me toques como tú quieras es más de lo que jamás podría pedir a los dioses. —Tomé sus palabras como un estímulo y envolví con mis labios la punta de su miembro. Me llenó la boca al deslizarlo lentamente dentro de mí, y pasé la lengua por debajo. Hice exactamente lo mismo que con su pulgar, y ahuequé las mejillas mientras lo llevaba más adentro. Lo metí hasta que chocó con la parte posterior de la garganta y me dio una arcada. Evren me echó la cabeza hacia atrás, agarrándose del pelo, y me penetró la boca de nuevo. Lo hizo una y otra vez hasta que perdió el control.

Entonces empezó a moverse de verdad: llegaba hasta el fondo antes de retirarse casi por completo de mi boca. Nunca en mi vida me había excitado tanto.

Evren siempre era guapo, pero fuera de control era una visión impresionante.

Me agarré a sus muslos mientras él se estrellaba contra mi boca una y otra vez. Mi cuerpo temblaba de placer al ver cómo me miraba.

Casi me parecía mal verlo desmoronarse, como si ese fuera el Evren más vulnerable que jamás hubiera permitido mostrar ante

nadie, pero no podía apartar la mirada. Incluso cuando me levanté la falda del vestido y metí la mano por debajo, seguía mirándolo.

Mis dedos encontraron el punto exacto donde él había estado restregando el libro contra mí solo unos instantes antes y me temblaron las piernas al instante. Ya estaba a punto de caer al abismo; la sensación de tener a Evren en mi boca era más de lo que podía soportar.

Me metí los dedos para empaparlos de mi humedad y luego los llevé de nuevo hasta el manojito de nervios y lo acaricié con pequeños círculos. Intenté seguir el ritmo que marcaba Evren, pero en cuanto vio lo que hacía mi mano, se volvió casi brutal.

Se aferró a mi mandíbula y su pulgar me acarició la piel mientras yo seguía tomándolo; supe que él estaba a punto de llegar al límite cuando sus embestidas se volvieron despiadadas.

—Me voy a correr, princesa —me advirtió, y yo gemí alrededor de él, persiguiendo ese éxtasis que solo él había sido capaz de darme. Lo chupé con más fuerza en mi boca mientras su magia parecía surgir y arremolinarse a nuestro alrededor. Mis marcas ardían contra mi piel. Sentí que me tocaba por entero; incluso la mano que estaba enterrada entre mis muslos no parecía la mía. Sentí la primera oleada de su placer al fondo de mi boca y solté un gemido; mis dedos apenas podían seguir el ritmo. Me estaba desmoronando, con más intensidad que antes, y bebía su placer con el mismo entusiasmo con el que perseguía el mío. Él rugió y mostró los dientes; las puntas afiladas de sus caninos parecían más prominentes que antes. Debería haber tenido miedo, pero el éxtasis seguía recorriendo mi cuerpo. Evren ralentizó sus movimientos y me agarró con menos fuerza. Se retiró de mi boca antes de pasarme suavemente el pulgar por los labios hinchados—. ¿Estás bien, princesa?

Asentí porque no podía articular palabra. La magia de Evren aún se arremolinaba a nuestro alrededor, y no sabía si era por elección propia o si simplemente había perdido el control sobre ella. Pero, en cualquier caso, lo agradecí cuando me cogió por debajo de los brazos e hizo que me levantara con las piernas temblorosas.

—Lo que yo decía: una cosita perversa. —Se echó hacia delante y me besó.

No quería separarme nunca de él ni de su magia.

12

Escuché un golpe firme y fuerte en mi puerta e inspiré hondo antes de acercarme a ella. El vestido se arremolinó a mi alrededor mientras andaba, y supe que eso era exactamente lo que la reina quería: que llamara la atención. Y estaba segura de que iba a ser así. Abrí la puerta y me sorprendió ver a Evren al otro lado, en lugar de a uno de los guardias.

La sonrisa de su rostro se desvaneció mientras recorría la tela ceñida que realzaba mi cuerpo y vi cómo apretaba los puños al fijarse en la larga abertura que recorría mi muslo.

—Princesa. —Carraspeó y buscó mis ojos—. He venido a acompañarte a tu primer baile.

—¿No debería ser Gavril quien lo hiciera? —pregunté, aunque me alegraba mucho que fuera Evren en lugar de su hermano.

—El príncipe heredero ya está en el baile. Su Alteza ha acompañado a la reina y al rey.

—¿Pero tú no?

—Yo no. —Sonrió de nuevo, esa vez con un gesto que parecía sincero.

Llevaba su característico atuendo negro, pero sus pantalones oscuros estaban perfectamente planchados y metidos en unas botas de cuero, y su camisa se amoldaba a su cuerpo como una segunda piel. Y, por primera vez desde que lo conocía, el príncipe llevaba un broche con el escudo real de su padre en el pecho—. Estás... —Vaciló un momento y su mirada se posó en mi corpiño de satén blanco y tela transparente adornada con joyas—. Increíble. —Sacudió la cabeza.

Noté cómo el calor me subía al pecho y aparté la vista. Solo podía pensar en cómo me había arrodillado ante él la noche anterior.

—Tú también estás guapísimo.

—No hay comparación posible, princesa. —Se pasó la mano por la parte delantera de los pantalones—. Esté como esté, no me puedo comparar contigo.

Intenté que no viera lo mucho que me afectaban sus palabras, pero era imposible: me habían cambiado por completo y de forma irrevocable.

—Gracias, Evren. —Me tendió la mano y yo la tomé sin dudar. Mis marcas estelares cobraron vida al primer contacto de su piel con la mía, y fue extraño sentirlas en el muslo, además de en la espalda y las mejillas.

Apenas lo había notado la noche anterior porque lo había sentido por todas partes.

Me cogió de la mano y la puso en el hueco de su brazo; cerró la puerta detrás de nosotros y me guio por el pasillo hacia el baile. Un baile que se celebraba en mi honor, aunque yo no tenía ningún interés en asistir.

—No quiero hacer esto. —Clavé los dedos en el bíceps de Evren y él se frenó en seco.

El pasillo estaba en silencio y vacío, y aunque sabía que el palacio estaba lleno de gente esperando para verme, cuando alcé la vista hacia él, me sentí como si estuviéramos solos.

—Estaré ahí todo el tiempo, princesa. Nadie va a hacerte daño. —Sus ojos oscuros me recorrieron todo el cuerpo—. Ya te han hecho daño una vez bajo mi vigilancia, y no voy a permitir que vuelva a suceder.

Pero que me hicieran daño físicamente no era lo que más temía. No quería que me exhibieran por su salón de baile como a ganado que no era más que un trofeo antes de ser sacrificado. No quería sentir sus miradas ni sus manos sobre mí.

Sentía una desesperada necesidad de esconderme. De huir. Pero con Evren a mi lado supe que eso no era una opción. Me había jurado que nadie iba a hacerme daño, pero iba a sufrir a manos de su familia.

Levantó la mano y me recorrió la mandíbula y el labio inferior con el pulgar. Podía oler un ligero aroma a cuero en su piel y, aunque

sabía que no debía hacerlo, pasé la lengua por la punta de su pulgar antes de que pudiera retirarlo.

Su mirada se oscureció y me levantó la barbilla para mirarme a los ojos.

—Estás jugando a un juego peligroso, princesa.

—¿Y qué juego es ese? —lo provoqué. Quería una discusión, cualquier cosa que me alejara del destino que se presentaba ante mí.

—El juego en el que te llevo de regreso a tu habitación y follo contigo en lugar de ir a ese baile absurdo. —Se acercó más a mí y no me atreví a retroceder. Estaba desesperada por sentir lo mucho que me deseaba—. En lugar de esta puta versión perfecta de la Astraluz que han creado, llegarás ante ellos mancillada y saciada. —Se echó hacia delante, muy cerca de mis labios—. Mi hermano te mirará, y se dará perfecta cuenta de qué es lo que deseas. No tendrá más remedio que ver lo mucho que me necesitas, lo fácil que me ha resultado enseñarte las cosas con las que he soñado desde que te vi por primera vez.

Sentí un nudo en el estómago y noté cómo se acumulaba la humedad entre mis piernas.

—¿Y si eso no es lo que quiero?

Se rio con un sonido suave y grave.

—Los dos sabemos que sí lo es, princesa. Puedo oler lo mucho que me deseas ahora mismo. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de ti de rodillas ante mí. Aún recuerdo tu sabor en mis dedos. Me muero por ver si es diferente cuando tenga la cabeza hundida entre tus muslos y tú me jures lealtad con un grito de placer.

—Evren —susurré su nombre a modo de advertencia, pero sonó como si le estuviera suplicando que hiciera exactamente lo que había prometido.

Me rodeó con un brazo y clavó sus dedos callosos en mi espalda.

—Dioses, Adara. —Deslizó la nariz por mi mandíbula y mi pecho se elevó y bajó rápidamente contra el suyo—. Me derrites cada vez que mi nombre sale de tus labios.

Arqueé la espalda, su poder me recorrió y sentí un profundo dolor entre las piernas. El mismo que llevaba sintiendo desde que lo había conocido.

—Se supone que deberíamos estar en el baile...

—Deberíamos... —Hundió la cabeza en mi cuello, inhalando profundamente mi aroma—. Mucha gente espera ver a la futura reina de Citlali. —Pronunció esas palabras, pero no se apartó de mí. Más bien al contrario, me ciñó más contra él y supe que iba a arrugarme el vestido—. Pero, por los dioses, debo saborearte antes de que ellos sacien su curiosidad. —Evren anduvo de espaldas, tirando de mí, y casi tropecé con las faldas de mi vestido mientras él buscaba a tientas la pared de piedra y recorría con las manos la superficie lisa.

Por un momento, me pregunté qué estaba haciendo, pero entonces la piedra se movió, igual que lo había hecho con el guardia, y Evren me empujó al interior del oscuro pasillo que esa noche estaba iluminado por unos cuantos candiles que colgaban de la pared. La piedra apenas se había cerrado cuando él me rodeó el cuello con la mano y me pegó a su cuerpo.

—¿Qué es este lugar? —Era tan pequeño que, al estar los dos juntos, nos veíamos obligados a estar muy cerca, pero el pasillo se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—Es el pasadizo de los guardias. —Me empujó contra la pared y recorrió mi cuello con los labios—. Lo usamos para llegar rápidamente a donde necesitamos ir en el palacio.

—¿Y la reina lo sabe? —Sus dientes rozaron mi clavícula y cerré los ojos ante la sensación.

—Hay muy pocas cosas que la reina no sepa, princesa. Pero esta noche está demasiado ocupada como para preguntarse qué está pasando en los pasadizos de su castillo. —Entonces acercó su boca a la mía y me besó con rudeza, como si le costara todo su autocontrol no devorarme. Y yo correspondí al beso con la misma descarada indiferencia. Él gimió cuando mi lengua se encontró con la suya, y pude saborear el regusto a cerveza en su lengua—. Pon las manos en la pared, princesa. —Me giró y me empujó hasta que me vi obligada a obedecer, y apoyé las manos en la piedra justo por

encima de mi cabeza mientras Evren me sujetaba por las caderas—. Joder, eres preciosa. —Deslizó la mano desde la parte superior de mis hombros por mi columna vertebral, y yo contuve el aliento cuando sentí que se arrodillaba detrás de mí. Me apartó la falda; la abertura en el muslo le facilitó pasar los dedos por mi ropa interior con un roce casi imperceptible. Me estremecí cuando presionó con más firmeza contra mi sexo, y oí su suave risa detrás de mí—. Estás lista para mí. ¿Verdad? —Apartó la ropa interior y tocó mi piel—. Estás empapada. —Cerré los ojos con fuerza mientras él recogía mi humedad con los dedos antes de hundirlos lentamente en mi interior. Abrí las piernas para darle mejor acceso a mi cuerpo, y él me dio un suave beso en la parte posterior del muslo—. ¿Quieres que baje la boca, princesa? ¿Quieres que saboree lo que hay entre tus putos muslos perfectos? —Asentí y lo miré por encima del hombro; estaba de rodillas y su expresión mostraba tal intensidad que supe que nunca iba a volver a vivir algo así. Pasara lo que pasase en mi vida, nunca iba a tener un amante tan posesivo como Evren—. ¿Alguien te ha probado antes, o ese honor me corresponde a mí? —Me mordisqueó el muslo y las piernas me fallaron.

—Solo a ti— susurré y llevé la mano hacia atrás para tocarlo. Deslicé los dedos por su nuca para acariciarle el pelo.

Me levantó más la falda y su lengua acarició la curva inferior de mi trasero. Eché las caderas hacia atrás, buscando su boca, desesperada por sentir su lengua donde la necesitaba.

Evren apartó la mano de mi sexo y me agarró con fuerza por las caderas antes de rasgar el delicado encaje de mi ropa interior.

—Joder, sabes aún mejor de lo que imaginaba.

—Ah, dioses. —Apoyé la frente contra mi brazo, él tiró de mis caderas hacia atrás y mi trasero quedó en una postura incómoda.

No estaba preparada para lo que estaba haciendo, y cuando el primer roce de su lengua tocó mi sexo, grité contra mi brazo.

—Eso es, princesa —dijo Evren contra mi piel—. Déjame oír cuánto te gusta lo que te estoy haciendo.

Me chupó la carne y luego la lamió con suavidad; yo estaba demasiado excitada como para siquiera pensar en sentir vergüenza

por el hecho de que el príncipe me estuviera devorando como un hombre hambriento.

Su lengua me acariciaba lentamente antes de acelerarse; cambiaba constantemente de ritmo y me estaba volviendo loca, y justo cuando estaba a punto de gritar de frustración, Evren me hizo volverme para quedar frente a él y me estrelló la espalda contra la piedra.

Me levantó el muslo, aquel que ahora lucía una marca que, de alguna manera, era a partes iguales mía y suya, su lengua recorrió la luz de las estrellas y las sombras, y se lo echó sobre su hombro.

El movimiento me provocó una punzada en el sexo, y rápidamente bajé la mano para perseguir esa sensación.

—Eso no va a pasar, princesa. —Evren apartó rápidamente mis dedos de mi centro antes de metérselos en la boca y lamer las pruebas de lo que acababa de hacer—. Tu placer es mío y solo mío.

No hubo más provocaciones después de eso. Me abrió las piernas y se metió mi sensible clítoris en la boca de un solo movimiento, y rápidamente me aferré a su pelo para evitar caerme. El placer fue explosivo y obsceno, y grité su nombre cuando me recorrió todo el cuerpo.

Sentí como si todo mi interior se tensara, y supe que iba a llegar al clímax antes de poder evitarlo.

—Evren, por favor.

Deslizó dos dedos dentro de mí de forma inesperada y los curvó mientras chupaba con más fuerza mi clítoris.

—Eres mía, Adara. Da igual con quién bailes esta noche o como te presenten. Me perteneces. Cualquiera que venga después de esto te tendrá con rastros del príncipe bastardo en tu piel. —Tensó los dedos que tenía en mis caderas y me derrumbé con un grito, cabalgando sobre su rostro hasta exprimir hasta la última gota de placer—. Eso es, princesa. Grita mi nombre mientras te esperan ansiosos. Eres su salvadora, pero también mi perdición. Vas a destrozarme. — Me dio un suave beso entre los muslos, luego otro a lo largo de la nueva marca en mi pierna y se aseguró de que me mantuviera firme sobre mis pies. Seguía de rodillas ante mí, y al mirarlo, aún podía ver mi humedad en sus labios. Me bajó la falda, la

colocó bien y se levantó. Yo seguía apoyada de espaldas contra la pared y él sonrió como si supiera lo que estaba pensando—. ¿Te gustaría saberlo, princesa?

—¿Saber qué?

—Cómo es tu sabor en mis labios. Me parece injusto que yo haya saboreado mi propio sabor en los tuyos, pero tú no hayas tenido el placer de saber lo dulce que eres. —Se echó hacia delante antes de que pudiera responder y me besó. Deslizó la lengua contra la mía a la fuerza antes de que pudiera objetar nada, y gimió cuando sentí mi sabor mezclado con el suyo—. No quiero llevarte a ese maldito baile —gruñó antes de dar un paso atrás, alejándose de mí.

—¿Pero? —Volvió a apoyar la mano en la pared y esa vez se abrió con mucha más facilidad que la anterior.

—Pero debo hacerlo, princesa. —Extendió la mano hacia mí y se la cogí; me llevó al pasillo donde todo había empezado, y apreté las piernas al darme cuenta de que ya no llevaba ropa interior—. Por desgracia, todo el mundo se dará cuenta si no apareces. —Volvió a colocar mi mano en el hueco de su brazo, se pasó la suya por el cabello y luego se puso en marcha como si no acabara de desarmarme por completo. Si antes no estaba preparada para enfrentarme a todos en el baile, en ese momento estaba totalmente indefensa. Cuanto más nos acercábamos al salón, más y más fuerte sonaba la música, hasta que el estruendoso crescendo parecía burlarse de los latidos acelerados de mi corazón en el pecho—. Estaré aquí todo el tiempo— susurró Evren, y me dio un beso discreto en la coronilla.

Unos cuantos guardias de Evren montaban guardia a las puertas. Los tres se agacharon al acercarnos y yo me retoqué el vestido para asegurarme de que todo estuviera en su lugar.

¿Podían ver los invitados el lugar donde las manos de Evren habían fruncido la tela y la habían apartado de su camino para hundirse entre mis piernas, o iban a verme como la reina esperaba?

—Astraluz. Capitán. —Uno de los guardias de más edad se acercó a nosotros—. La reina os está esperando.

Evren asintió una vez en su dirección antes de conducirme hacia ella, y yo inspiré hondo y cerré los ojos antes de tener que

enfrentarme a la realidad de la noche que me esperaba.

—Respira. —La voz de Evren era una súplica, y cuando volví a abrir los ojos, estábamos entrando en el salón de baile rodeados de cientos de rostros de gente que no conocía.

Todos dejaron lo que estaban haciendo para mirarme mientras nos abríamos paso entre ellos. Podía oír sus susurros y sus exclamaciones de sorpresa al ver mi marca. Todos habían vuelto la cabeza para fijarse en esa marca que tenía en la espalda.

Casi me había olvidado de ella cuando estaba con Evren. Era casi como si no importara cuando estaba con él. Pero eso era absurdo, porque importaba más que mi propia vida. Era todo lo que yo era y todo lo que ese reino quería de mí. Y esa noche estaba ahí para lucirla.

La multitud se apartaba a nuestro paso, abriendo un camino para la Astraluz que iba escoltada por el príncipe bastardo, y yo sabía que así era como todos nos veían. Ninguno de los dos era más que nuestra etiqueta, y cuando Gavril apareció a la vista, ni siquiera se fijó en su hermano, que iba a mi lado.

Era un error por su parte, porque su hermano era lo único que yo podía ver. Se dirigió hacia nosotros con una sonrisa en el rostro e hizo una profunda reverencia se detuvo frente a mí.

—Adara —suspiró, y me tendió la mano—. Estás impresionante.

—Gracias. —Estreché el brazo de Evren antes de reunir el valor para soltarlo y permitir que su hermano me apartara de él.

Gavril hizo que me acercara ignorando a su hermano, y me condujo hacia el estrado donde esperaban el rey y la reina.

—Dioses, qué hermosa estás. —Gavril deslizó los dedos por mi espalda y sentí un escalofrío.

Aún estaba muy afectada por lo de su hermano, muy nerviosa. La necesidad de hacerle una reverencia a la reina era abrumadora, pero de alguna manera logré mantener la cabeza alta, como si no acabara de dejar que el otro príncipe de su reino me devorara.

—Pareces diferente, Astraluz. —Esas fueron las primeras palabras que pronunció; me sentí consumida por el miedo y el aliento se me escapó de golpe.

—¿Qué? —No había forma de que ella lo supiera. No era posible que pudiera ver cómo Evren había marcado mi alma con sus caricias.

—Tu muslo. —Señaló con la cabeza hacia el corte de mi vestido—. Esa marca de las estrellas no siempre ha estado ahí. —Entrecerró los ojos mientras la estudiaba—. Y es diferente a las demás.

—Ah. —Puse los dedos sobre la nueva marca que Evren me había hecho y bajé la mirada hacia la cicatriz con el corazón acelerado—. No, Su Majestad. Es nueva.

Sonrió, aunque en ese gesto no había ni rastro de humor y nos miró primero a su hijo y luego a mí.

—Al parecer este compromiso sacará lo mejor de los dos. —Hizo una larga pausa y volvió a contemplar mi muslo—. Por favor, bailad. Dejad que nuestros invitados contemplen la magia que adorna tu piel.

Su mirada severa se posó en Evren antes de volverse lentamente hacia mí; se me hizo un nudo en el estómago ante su evaluación. Entrecerró los ojos, con la vista clavada en mi nueva marca y sentí el temblor de mis manos a los costados. Fuera lo que fuese lo que estaba viendo, tenía que convencerla de que estaba equivocada.

Me volví hacia Gavril y le sonreí con toda la alegría que pude reunir.

—Entonces, bailemos.

Me llevó hacia el centro de la pista, donde otros ya estaban bailando, y por primera vez desde que había entrado, me di cuenta de lo guapo que era. Llevaba el cabello castaño apartado de su rostro y la ropa ceñida a su cuerpo de una forma muy atractiva.

—Pensaba que no ibas a llegar nunca. —Se rio, me levantó las manos y se las puso sobre los hombros. Deslizó lentamente los dedos por mis brazos, y yo intenté no tensarme bajo su tacto.

—Me ha costado mucho ponerme este vestido. —Volvió a reírse con suavidad y su mirada se posó en mi pecho.

—Me lo imagino. ¿Te he dicho lo guapa que estás con él?

—Sí. —Sonreí y aparté la vista de él al recordar lo expuestos que estábamos.

Todos en la sala nos observaban, evaluando a su futuro rey y a mí, y podía ver que esperaban a que cometiera un error.

—Habrá algunos nobles que querrán bailar contigo esta noche. —Levanté la cabeza—. La reina ha pedido que aceptes.

—¿Lo ha pedido o lo ha exigido? —Mi corazón se aceleró al pensar en tener que bailar con cualquier otra persona. En que me tocaran.

Gavril me dedicó una sonrisa forzada.

—Supongo que es lo mismo. —Asentí porque sabía de sobra lo que eso significaba. No tenía otra opción—. Pero confía en mí, Adara. La idea me vuelve loco. —Sus manos se ciñeron alrededor de mi cintura mientras dábamos vueltas por la pista de baile. —No quiero ver a ningún otro hombre poner las manos sobre lo que es mío.

Sus palabras me helaban la sangre porque temía lo que iba a hacerme si alguna vez se enterara de cómo me había tocado su hermano. De cómo se había quedado con lo que era suyo delante de sus narices.

—Haré lo que tenga que hacer. —Miré hacia la reina: estaba hablando con unos cuantos hombres, pero sus ojos estaban clavados en mí, observando cada uno de mis movimientos.

Iba a hacer lo que fuera necesario para que no sospechara de mí ni del hijo que no era de su sangre. Lo busqué entre la multitud y por fin lo encontré cerca de la puerta con algunos de sus guardias. Estaban hablando entre ellos, los tres con muecas en el rostro, pero los ojos de Evren me seguían.

La música se ralentizó, las últimas notas flotaron por la sala, y Gavril me pegó más a él cuando nuestros pasos se detuvieron al mismo tiempo que el sonido.

—Vamos. —Me sonrió juguetonamente, y sentí un nudo en el pecho—. Vamos a por un poco de vino antes de que te obliguen a ir a la pista con unos hombres que no bailan ni de lejos tan bien como yo.

—¿Tú crees que bailas bien? —le tomé el pelo, y odiaba esa tensión que sentía en el pecho. Gavril estaba siendo amable

conmigo, y yo no hacía más que traicionarlo cada vez que él apartaba la vista.

—Me lo han dicho un par de veces —se rio entre dientes y me cogió la mano—. ¿Crees que necesito más entrenamiento?

—Quizá. —Me reí cuando hizo un mohín—. Pero estoy segura de que los dos tendremos más entrenamiento del que nos corresponde esta noche.

—Eso es cierto. —Me soltó la mano el tiempo justo para coger una copa de vino de una mesa alargada llena de alcohol y comida, y me la tendió antes de coger una para él—. Y esto debería ayudar.

Le di un largo sorbo al vino para intentar calmarme los nervios. Necesitaba mucho más que una sola copa, pero agradecí ese pequeño descanso.

Me terminé la copa rápidamente, y Gavril no dijo ni palabra: me la quitó de la mano y me dio otra. Solo sonrió, como si supiera lo mucho que esa noche me iba a exigir, como si no fuera el príncipe que me estaba obligando a casarme porque me quería por mi marca y no por mí.

Y, por un momento, me di cuenta de que Evren probablemente quería lo mismo. No me cabía duda de que aquel príncipe bastardo me deseaba de una forma indescriptible. Quería mi cuerpo y yo lo deseaba con la misma intensidad, pero ¿me habría ansiado de esa manera si yo no hubiera sido la chica predestinada?

Lo busqué de nuevo, sabiendo exactamente dónde encontrarlo, y él nos observaba con tanta intensidad como si yo estuviera junto al enemigo y no a su familia.

—Disculpe, Su Alteza. —Me pilló desprevenida un hombre mayor que hizo una profunda reverencia ante Gavril, desviando mi atención hacia él—. ¿Puedo pedirle a la Astraluz que baile conmigo?

Él se enderezó y a mí me faltó el aliento. Había algo familiar en aquel hombre, algo que no lograba identificar, pero sabía que lo conocía.

—Por supuesto. —Gavril le dio una palmada en el hombro antes de volverse hacia mí con una sonrisa—. Adara, este es el noble Etkin.

—Es un placer conocerte, Astraluz. —Me sonrió amablemente, pero yo mantenía la espalda recta y los músculos de las piernas tensos, lista para huir.

—Igualmente. —Fue la única palabra que pude articular.

Me tendió su mano, marcada por el paso del tiempo, y yo miré a Gavril, dudosa, pero él le sonreía al hombre como si no pudiera imaginar a nadie mejor con quien pudiera bailar.

No iba a detenerlo por mucho que se lo suplicara con la mirada.

Deslicé mi mano en la del noble y dejé que me alejara de Gavril y me llevara a la pista de baile.

Él me sujetó una de las manos y yo levanté la otra para apoyarla en su hombro. Miré a cualquier parte menos a él cuando empezó a guiarme por la pista, pero le daba la espalda a Evren. Solo necesitaba mirarlo una vez.

—¿Qué tal lo estás pasando en el reino de Citlali hasta ahora, Astraluz?

Me vi obligada a levantar la vista y estudié rápidamente sus ojos

—Está siendo maravilloso.

—Bien. —Asintió una vez, sin que su cabello gris se moviera apenas de su sitio—. ¿Y todo el mundo ha sido amable contigo?

Se me hizo un nudo en el estómago al escuchar sus palabras. Conocía a ese hombre. Lo conocía, pero no sabía de dónde. No recordaba haberlo visto en el castillo, pero tenía que estar equivocada.

—¿Nos hemos visto antes? —Lo miré a los ojos y vi cómo un destello de miedo se apoderaba de ellos ante mi pregunta.

—No, Astraluz. Acabo de llegar a la capital hace solo unos días. —Entonces caí en la cuenta de quién era, y todo mi cuerpo se tensó cuando intentó hacerme dar una vuelta—. ¿Estás bien, Astraluz? —Asentí, aunque el corazón me latía a toda velocidad, y miré por encima de su hombro, rezando para que Evren siguiera donde lo había dejado la última vez que lo había buscado. Sus ojos se encontraron con los míos al instante, y suspiré aliviada. Ahí estaba yo, bailando en los brazos del hombre que me había atacado hacía solo unas noches, y lo único que necesitaba era ver a Evren. Él se movió en cuanto vio la expresión de mi rostro. Un simple gesto y ya

se dirigía hacia nosotros con determinación—. Mis hijas me han dicho que ayer tuvieron el placer de conocerte. Se sintieron honradas de pasar un rato con la Astraluz.

Esas palabras volvieron a centrar rápidamente mi atención en él.

—¿Quinn y Lydia son tus hijas?

—Así es. —Sonrió como un padre orgulloso y no como el hombre que me había clavado un cuchillo en la pierna sin remordimientos—. Crecieron en este palacio con Gavril. Para ellas es como su hogar.

—Disculpe, noble Etkin. —Evren se detuvo a mi lado, lo bastante cerca como para que no tuviéramos más remedio que interrumpir nuestro baile—. Me encantaría bailar con la Astraluz, si me permite interrumpir. Ella me prometió reservarme un baile.

—Por supuesto —dijo rápidamente, aunque su rostro se contorsionó por el fastidio—. Hablaremos más tarde. —Me hizo un gesto con la cabeza al que yo correspondí rápidamente.

Evren no dudó en quitarme la mano del hombre y pegar mi cuerpo hacia el suyo. Me abrazó con más fuerza incluso que Gavril, e intenté poner algo de distancia entre nosotros, pero él no me lo permitió. Nos movimos por la pista sin esfuerzo, perdiéndonos entre la multitud, y solo entonces abrió la boca.

—¿Qué te pasa? —Escudriñó rápidamente mi cara.

—No sé... —Negué con la cabeza porque no sabía cómo expresar con palabras lo que creía que era la verdad.

—¿Qué te pasa, princesa? —Pronunció las palabras entre dientes, articulando cada una de ellas con cuidado.

—¿Quién era ese hombre? —Señalé con la cabeza hacia donde acababa de estar bailando con él.

—¿Te ha dicho algo? —Su expresión se volvió asesina y yo negué rápidamente.

—No. ¿Quién es?

—Es el padre de Quinn. —Me señaló a la chica, que bailaba con otra persona—. Ha formado parte de la corte de mi padre desde que tengo memoria.

—¿Pero no vive en el palacio?

—Ya no. —Sus manos se ciñeron más a mi espalda—. ¿Por qué lo preguntas? —No quería decírselo. ¿Y si me equivocaba? ¿Y si no era

el hombre que había visto aquella noche?—. Joder, princesa, dímelo de una vez —masculó, y mi pulso se aceleró aún más.

—Es solo que... —Miré sobre mi hombro en busca del hombre, pero no estaba por ninguna parte—. Creo que es quien me atacó. —El cuerpo de Evren se tensó bajo mis manos, y supe que no debería haber dicho nada—. Lo siento. Debo de estar equivocada. No debería haber dicho eso. —Pude ver la ira ardiendo en su mirada. Lo solté un poco y, por primera vez desde que lo conocía, sentí verdadero miedo del hombre que tenía delante—. Lo siento.

—No te disculpes. —Sacudió la cabeza antes de mirar por encima de mi hombro con la misma ferocidad que acababa de dirigirme a mí—. No te atrevas a pedir perdón por ese cobarde.

—Pero ¿y si me equivoco? —Negué con la cabeza e intenté separarme de él, pero me estrechó más contra su cuerpo—. Es parte de la corte de tu padre.

—Me da igual si fuera el propio padre, princesa. Nadie te hará daño sin acabar bajo mi espada.

Me sorprendieron sus palabras, pero me estaba mirando con absoluta sinceridad. Deseaba a Evren desesperadamente, pero seguía siendo mi enemigo. La sangre que corría por sus venas era la misma que me mantenía atrapada ahí, pero él también era algo más.

Habría acabado con cualquiera que me hiciera daño, pero ¿habría hecho lo mismo si se tratara de su hermano?

—Nunca tengas miedo de decirme la verdad sobre lo que te preocupa. —Levantó la mano y apartó un mechón de pelo de mi cara, y el impulso de echarme hacia delante y besarlo fue abrumador. Acababa de tener la cabeza hundida entre mis piernas, pero no había sido suficiente. Si acaso, eso solo había hecho que lo deseara aún más.

—Evren. —Susurré su nombre y apoyé la cara en su mano, y fue entonces cuando recordé dónde estábamos. Rostros que no conocía me miraban fijamente, pero reconocí la expresión que mostraban mientras pasaban la vista de su príncipe bastardo a mí.

Podían ver todo lo que había estado tratando de ocultar.

—La reina nos está mirando. —Evren apartó la mano de mi rostro antes de poner una mínima distancia entre nosotros. A todos los demás no les habría parecido nada, pero yo me sentí como si estuviera a una enorme distancia—. Luego te busco.

Hizo una reverencia cuando sonaron las últimas notas de la canción, y no pude apartar la vista de él cuando se incorporó y se alejó de mí. Me dejó sola en medio de la pista de baile y todos seguían mirándome.

Cuando me volví hacia la reina, comprobé que Evren tenía razón. Me estudiaba con un gesto frío y astuto, y no pude apartar la mirada de ella, y menos cuando Gavril volvió a aparecer ante mí con una sonrisa encantadora en el rostro; me rodeó la cintura con los brazos y me llevó de nuevo a bailar.

La reina me observó durante todo el tiempo, y supe que estaba analizando la forma en que me aferraba a Gavril en comparación con el modo en que abrazaba a Evren. Y, aunque lo sabía, era consciente de que no iba a poder convencerla de que estaba equivocada.

—Me gustaría enseñarte algo. —Aparté la mirada de la reina el tiempo suficiente para volverme a mi prometido, que mostraba una sonrisa tensa.

—De acuerdo. —Asentí, aunque lo único que quería era regresar a mi habitación. Quería encontrar a Evren y desaparecer en su oscuridad solo unos momentos más.

Pero eso no iba a suceder.

Gavril tomó mi mano entre las suyas y depositó un suave beso en mis nudillos antes de pegarme a él. Lo seguí fuera del salón de baile, y todas las miradas se posaron en nosotros. Eso era lo que necesitaba que vieran. Necesitaba que sintieran lo enamorada que estaba de su príncipe heredero. Necesitaba que creyeran algo que nunca iba a ser verdad.

Gavril me llevó al pasillo y, por fin, inspiré hondo mientras me esforzaba para seguirle el ritmo. Me llevó por el pasillo donde sabía que estaba la habitación de Evren y siguió adelante después de que pasáramos por delante de su puerta.

No dijo ni una palabra, solo me llevó con él, y cuanto más nos alejábamos del salón de baile, más se aceleraba mi corazón en el

pecho.

—¿Adónde vamos, Gavril? —Podía oír el miedo en mi voz, y él también. Su mano me agarró con más fuerza, como si temiera que fuera a huir.

—A mis habitaciones. —No se detuvo ni siquiera cuando el miedo se apoderó de mi pecho y amenazó con desbordarse en un grito.

No había nada en la habitación de Gavril que no me diera miedo.

Se detuvo frente a unas grandes puertas dobles, y yo les supliqué con la mirada a los guardias que la custodiaban que hicieran algo, lo que fuera, pero los dos me ignoraron. Se limitaron a agachar la cabeza ante su futuro rey cuando abrió la puerta y me llevó a rastras detrás de él.

Su habitación era enorme y estaba iluminada por docenas de velas y candiles repartidos por todo el espacio. Una chimenea crepitaba en una esquina y su calor hizo que una gota de sudor resbalara por mi espalda desnuda a los pocos segundos de entrar.

Había otros dos guardias dentro, cerca de la cama de Gavril, y cuando los vi, me detuve y retiré bruscamente la mano de la de Gavril.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —Retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la puerta con un fuerte golpe, y Gavril se volvió hacia mí con una expresión cargada de desconfianza.

—¿Cómo te has hecho esa nueva marca, Adara? —Su mirada se deslizó hacia mi pierna y rápidamente intenté cubrirla con los faldones de mi vestido.

—No lo sé. Ya le he dicho a tu madre...

—La reina no confía en ti —me interrumpió—. No cree ni una palabra de lo que sale de tu boca.

—¿Y tú? —Sacudió la cabeza, y supe que Gavril no había tenido la oportunidad de formarse su propia opinión. Lo que fuera que pensara de mí estaba alimentado por su madre.

—Creo que esta unión va a salvar nuestro reino. Tú y yo vamos a ser aquello por lo que nuestro pueblo ha suplicado y por lo que ha rezado. No importa de dónde hayas sacado esa nueva marca, siempre y cuando nos lleve a ser el rey y la reina más fuertes que esta Corte haya visto jamás.

Estaba a punto de preguntarle si le importaba lo que había hecho con su hermano. ¿Le importaba que estuviera prometida con él, pero desesperada por alguien que debería haber sido el más leal de su Corte?

—¿Qué hacemos aquí, Gavril? —La puerta se abrió detrás de mí y me aparté rápidamente. Quería salir corriendo antes de que alguno de ellos me detuviera, pero no pude hacer nada cuando la reina entró en la habitación.

—Bien. Aún no has empezado.

—¿Empezado qué? —Di otro paso atrás, hacia el fuego del que sentía una desesperada necesidad de alejarme, y los miré. Pero ya sabía la respuesta. Sabía lo que querían de mí desde el primer momento, pero no estaba preparada para que me lo quitaran.

No podían quitármelo sin más.

—Gavril, llévala a la cama. —La reina señaló hacia su enorme cama, situada en el centro de la estancia, y yo di un respingo cuando Gavril extendió la mano hacia mí.

—Por favor, no lo hagáis. No estoy preparada.

No había compasión en su rostro cuando me agarró la muñeca. Intenté zafarme, luchar contra su presa, pero fue en vano. Me pegó a su pecho y me rodeó la espalda con un brazo. Me levantó contra él como si yo no pesara nada, y una lágrima resbaló por mi mejilla mientras se dirigía hacia la cama.

—Por favor, Gavril.

—Calla, Adara —me ordenó—. Esto será placentero para los dos.

Planté las manos en su pecho mientras me llevaba en volandas, y cuando mi mirada se cruzó con la de la reina por encima de su hombro, me puse a dar patadas en un intento por escapar. Alguien me agarró del brazo y solté un grito al ver que uno de los guardias intentaba inmovilizarme.

—Ponla en la silla —le ordenó Gavril, y me dejó en los brazos del guardia.

Eché la cabeza hacia atrás para darle un cabezazo en la cara y solté una maldición; otro compañero se unió a él para sujetarme. Sus manos se clavaron en mi piel y el dolor aguzó mi miedo; aunque

apenas podía moverme no dejé de luchar contra ellos; aun así, me llevaron a la silla, me sentaron ella y me inmovilizaron.

Vi cómo Gavril levantaba una daga en su mano y la desenvainaba ante mí. Iba a usar esa daga conmigo. Iba a rajarme la piel contra mi voluntad y a quitarme algo.

Y yo no podía quedarme ahí sentada y permitir que eso sucediera.

—Dijiste que esto no iba a pasar hasta que nos casáramos. — Pataleé e hice todo lo posible por librarme de la presa del guardia—. Me lo prometiste.

—Te había subestimado, Astraluz. —La reina se acercó a mí, y yo me quedé inmóvil—. Esa marca en tu pierna no ha aparecido por casualidad. Es el resultado de la magia. No soy tonta. —Apreté los labios con fuerza, mirándola fijamente. De ninguna manera iba a contarle la verdad sobre lo que había pasado. No iba a confesar jamás que Evren era el causante de esa hermosa cicatriz en mi piel—. Si no nos dices de dónde viene esa marca, Gavril saboreará tu sangre. Veremos hasta qué punto haces poderoso a mi hijo antes de que quede atado para siempre a una chica que no dice más que mentiras.

Gavril volvió a aparecer ante mi vista con la daga en alto y expresión decidida. Nada de lo que dijera iba a detenerlo.

—Gavril, por favor —le supliqué a ese hombre que sabía que en realidad no se preocupaba por mí, pero se negó a mirarme a los ojos.

—Esto solo te dolerá un momento, Adara. —Se arrodilló frente a mí y, cuando le di una patada, me inmovilizó las rodillas y pegó su torso contra mis piernas—. Sujetadla.

Los dos guardias me inmovilizaron los brazos contra la silla; no tenía la más mínima posibilidad de escapar de ellos. Gemí al intentar liberarme de nuevo, pero no conseguí moverme en absoluto. Detestaba mostrar tanta debilidad delante de Gavril y de la reina, pero no podía apagar el pánico que se había apoderado de mí. Mi marca ardía contra mi piel, como si me advirtiera de lo que estaba por llegar. Sabía que aquello no estaba bien. No era lo que quería, pero no tenía otra opción. Se iba a beber mi sangre a pesar de mis deseos.

Gavril levantó su daga, sin mirarme a los ojos ni una sola vez, pero yo no aparté la vista de él mientras ponía el metal contra la parte interior de mi muñeca; el dolor me atravesó la piel y mi sangre brotó del corte en mi brazo y goteó por mi muñeca hasta manchar mi vestido inmaculado.

—Lo siento, Astraluz. —Gavril dejó caer la daga al suelo, se echó hacia delante y acercó su boca a mi muñeca. No sabía qué esperar, pero me sentí violada cuando contempló mi sangre con más admiración de la que jamás me había mostrado a mí.

—Por favor, Gavril —le supliqué de nuevo, con el miedo impregnando todas mis palabras—. Por favor, no hagas esto. Esta noche no.

Pero él seguía sin escucharme. Acortó la distancia entre su boca y mi sangre, y cuando sacó la lengua y la lamió de mi piel, grité.

Cerré los ojos mientras me desgañitaba, orando para que alguien me oyera, para que alguien se atreviera a ir en contra de la reina para salvarme, y odié que solo hubiera un nombre en mis labios. Un nombre que no debería haberme atrevido ni a susurrar.

Evren.

Grité su nombre mientras Gavril ponía su boca en el corte y comenzaba a chupar la sangre de mis venas. Me quedé sin aliento cuando la sensación me abrumó, y abrí los ojos para mirar a mi prometido mientras el calor recorría mi cuerpo y mi marca ardía contra mi piel.

Solo había sentido así la marca cuando Evren me había tocado, pero eso era diferente. Eso era... Me sentía... Un suave gemido se escapó de mis labios.

Lo miré mientras se alimentaba de mí y, aunque quería apartar el brazo, estaba paralizada justo donde él quería que estuviera. Una oleada de placer me atravesó cuando chupó más profundamente, y puse los ojos en blanco, sin comprender lo que estaba pasando.

No quería que lo hiciera, pero mi cuerpo temblaba de deseo.

—Por favor... —La palabra se escapó de mis labios, anhelante, y ni siquiera yo sabía lo que estaba pidiendo. Mi estómago se tensó con una necesidad que no entendía, pero incluso a través del placer, podía sentir cómo perdía una parte de mí a manos de él.

Esa parte se escapó de mí despacio, moviéndose perezosamente por mis venas hasta la boca expectante de Gavril.

—Ya basta por esta noche —ladró la reina, pero apenas pude oír sus palabras. Me parecieron amortiguadas y lejanas. Tampoco podía sentir apenas las manos de los guardias sobre mí. Todo parecía girar en torno a Gavril y a lo que me estaba quitando—. ¡Gavril! —Él levantó la cabeza, pasándose la lengua por los labios, y yo parpadeé para intentar salir del hechizo en el que me sentía atrapada—. ¿Cómo te sientes? —Miré hacia la reina cuando oí la pregunta salir de sus labios, pero ella no me estaba hablando a mí, sino a su hijo, que se estaba poniendo de pie delante de mí.

Pero no podía concentrarme en ninguno de los dos porque mi vista nublada se topó con Evren. Estaba ahí, en el umbral de la puerta, y su expresión era abiertamente hostil. Intenté levantar la mano para alcanzarlo, pero me sentía tan pesada que mi brazo cayó de nuevo contra la silla.

Volví a mirar la herida; la sangre de un rojo brillante cubría mi muñeca y goteaba del corte que Gavril me acababa de hacer contra mi voluntad. Evren tenía los ojos clavados en el mismo punto.

¿Lo había visto? ¿Sabía lo que su hermano había planeado para esta noche mientras bailábamos y me confesaba lo que iba a hacer si alguien me lastimaba?

Por supuesto que sí. Evren no me pertenecía. Pertenecía a esa Corte. Ellos eran su familia, la Corte a la que servía, y su lealtad estaba con ellos y solo con ellos.

Acababa de dejar que me hiciera cosas en ese pasillo que nunca le había permitido a nadie, y durante todo ese tiempo él sabía lo que su hermano tenía planeado para mí al final de la noche.

Le había suplicado que se alimentara entre mis muslos poco antes de que yo le suplicara a su hermano que no se alimentara de mi sangre. ¿Pensaba en eso mientras me daba placer? ¿Sabía que iba a odiarlo al final de la velada? Porque eso era lo único en lo que podía pensar. Había confiado en él, y aborrecía haberme permitido hacerlo. Era el enemigo, y había depositado demasiadas esperanzas en quien creía que era.

Pero no era diferente al resto de ellos. Era el capitán de su guardia, el hijo del rey, y yo era una tonta.

—Por los dioses, puedo sentirla corriendo por mis venas. —Gavril apretó los puños y luego relajó las manos lentamente—. Nunca me había sentido así antes. —Antes. Cuando se había alimentado de otros Astraluces. ¿Lo había hecho también contra su voluntad, o habían estado más que dispuestos a servir a su futuro rey? Gavril me miró cuando la reina se acercó a su lado, y pude sentir cómo la niebla de lo que había hecho se disipaba lentamente. Mi sangre aún cubría sus labios, pero sus ojos brillaban intensamente—. ¿Estás bien, Adara? —No le respondí y, cuando se acercó como si fuera a tocarme de nuevo, me encogí en la silla.

—Creo que ya ha tenido suficiente por esta noche —le gruñó Evren a su hermano, pero no me atreví a volverme en su dirección.

Gavril, sin embargo, sí lo hizo, y yo me tensé al ver el veneno en sus ojos.

—No voy a alimentarme de ella otra vez esta noche. — Gavril me levantó la muñeca y yo hice una mueca de dolor. Echó la otra mano hacia atrás y uno de los guardias le tendió un rollo de tela. Quería apartarme de Gavril, pero ya no me quedaban fuerzas en el cuerpo. Aunque mi mente parecía estar aclarándose, me sentía como si me hubiera pasado horas trabajando bajo el sol. Gavril envolvió lentamente la gasa alrededor de mi muñeca, por encima y por debajo, cubriendo meticulosamente el corte antes de atarla—. Pero Adara es mi prometida, Evren. —Me apretó suavemente la muñeca—. Me alimentaré de ella cuando me parezca. —Lo miré fijamente y esperé que pudiera ver el miedo y el odio en mis ojos. Me había ablandado con el príncipe en los últimos días, pero ese sentimiento ya se había desvanecido. Al darme cuenta de que ese era el hombre con el que me iba a casar, con el que iba a pasar el resto de mi vida, me sentí mal. Gavril se llevó mi muñeca a la boca y, una vez más, me debatí en sus manos. Pero él puso sus labios contra la gasa con delicadeza y su expresión se suavizó—. Lo siento, Adara —susurró, y me soltó por fin. Yo me llevé la muñeca contra mi pecho.

—Me la llevo a su habitación. —Evren se dirigió hacia mí, pero se detuvo de repente como si le hubieran golpeado en el pecho,

aunque no había nadie a su alcance.

—Aprende cuál es tu sitio, hermano —dijo Gavril con rabia; levantó una mano y una expresión de dolor apareció en el apuesto rostro de Evren—. Soy perfectamente capaz de llevar a mi prometida a su habitación para pasar la noche. —Bajó la mano y Evren dio un respingo—. Más que capaz. —Gavril bajó la mirada hacia su mano y la giró una y otra vez, como maravillado de lo que acababa de hacer.

—Soy el capitán de la Guardia, hermano, y como tal, es mi deber proteger a la Astraluz.

—¿De mí? —Gavril se rio, pero Evren ya se dirigía hacia mí una vez más.

—De cualquiera. —Miró a Gavril y luego a la reina—. Sirvo a nuestro padre, y él exige que ella sea protegida. — Sus palabras me sonaron como una bofetada, y no pude evitar que el corazón se me acelerara en el pecho. Las palabras que le había dicho a su hermano y las que me había susurrado antes eran tan diferentes...—. Ven, Astraluz. — Me tendió la mano, pero me negué a cogerla. En su lugar, me apoyé en los brazos de la silla y me puse de pie con las piernas temblorosas.

Me di cuenta de lo molesto que estaba Evren, pero no abrió la boca para discutir conmigo. ¿Qué podía decir?

—Quiero irme a mi habitación. —Mi voz sonaba tan débil como me sentía—. Me gustaría estar sola.

Sin embargo, nadie me respondió. Se oyó un fuerte golpe contra las puertas dobles de la habitación de Gavril y entró un guardia al que no reconocí. Miró frenéticamente a todos los que estábamos ahí; el ambiente se cargó de inquietud mientras esperábamos a que hablara.

—Capitán. —Agachó la cabeza como saludo hacia Evren, y yo me quedé paralizada en mi sitio—. Tengo que hablar contigo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gavril antes de que Evren pudiera dar un paso en su dirección. El guardia miró a Evren, buscando permiso, y Gavril resopló, frustrado—. Soy tu futuro rey. Dime qué está pasando.

La reina se acercó al guardia, pero Evren se limitó a asentir. Un simple gesto y el guardia habló de nuevo.

—Hay rumores, Alteza.

—¿Rumores de qué? —preguntó la reina.

—Vampiros en la capital. —Se me revolvió el estómago; sus palabras retumbaron contra las paredes de la sala, y pude sentir cómo la magia se agitaba a nuestro alrededor. No sabía de dónde venía, pero por la sensación que produjo en mi marca, sospechaba que de Evren.

—Eso es imposible. —La reina negó con la cabeza, se agarró el bajo del vestido y se acercó aún más al guardia—. No hemos sufrido ningún ataque en siglos.

El guardia miró a Evren y después a la reina, y pude ver que luchaba por encontrar las palabras para expresarse.

—¿De cuántos estamos hablando? —preguntó Evren, ignorando por completo a la reina.

—Dentro de la capital, según nuestros datos, se calcula que cerca de cincuenta. No estamos seguros de lo que nos espera fuera de los límites de la ciudad.

La reina se volvió hacia Evren y, por primera vez desde que la conocía, pude ver el pánico en su rostro.

—Creía que habías dicho que nuestras fronteras estaban protegidas.

—Lo estaban cuando me fui. —Evren miró fijamente a la reina, sin una pizca de miedo—. Pero hace bastante tiempo que no estoy en la frontera. No sé qué ha pasado desde entonces.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gavril, y me di cuenta de lo poco preparado que estaba para ser rey. Quizá fuera a quien la reina quería, pero Evren era mucho más adecuado para gobernar.

Evren miró a la reina y a su hermano, y supe que probablemente estaba pensando lo mismo que yo.

—Protegeremos la capital. Enviemos a todos los guardias de los que podamos prescindir en palacio para ayudar a nuestro pueblo.

—No— respondió rápidamente la reina—. Debemos mantener a salvo el palacio y a los Astraluces.

—Si los vampiros llegan al palacio, los Astraluces ya no serán asunto tuyo. Nos aniquilarán a todos con un ansia de venganza que no puedes ni imaginar.

—Llévatela. —Gavril se dirigió hacia su hermano sin siquiera mirar en mi dirección—. Necesitamos a la Astraluz. Debe ser protegida. Ahora que me he alimentado de ella, llévatela. Llévatela a Nabál hasta que sepamos que la amenaza ha pasado.

Evren negó con la cabeza.

—Es una mala idea. Saben que está aquí y la van a buscar. ¿Sabes lo que la Corte de la Sangre podría hacer con una Astraluz tan poderosa en sus manos? No tenemos guardias lo bastante capaces como para mantenerla a salvo.

—Ve tú. —Gavril asintió—. Y llévate a tus mejores hombres. No sé de qué soy capaz ahora que su sangre corre por mis venas, pero puedo encargarme del palacio.

—¿Y nuestra gente? —gruñó Evren.

—Son la menor de nuestras preocupaciones. Debemos proteger a Adara y nuestro hogar.

Sentí un dolor indescriptible en el pecho cuando Gavril volvió a demostrar cómo era en realidad.

—Esa gente confía en nosotros —dijo Evren señalando la muralla, más allá de la cual se extendía la ciudad—. No puedes dejarlos indefensos ante la Corte de la Sangre. Será una masacre.

—No es decisión tuya, capitán. —Gavril miró fijamente a Evren, y la magia se intensificó en la sala—. Ya tienes tus órdenes. Obedece.

—Por supuesto. —Evren hizo una pequeña reverencia, pero con la mandíbula tensa—. Partiremos a primera hora de la mañana, cuando menos se lo esperen.

Evren por fin se volvió hacia mí y pude ver que tenía dudas. A él no le gustaba ese plan más que a mí. No tenía ningún interés en quedarme en el palacio, pero tampoco quería que me llevaran a otro lugar donde iba a seguir siendo su preciada prisionera.

Y no quería que él me llevara a ninguna parte después de lo que acababa de permitir que hiciera su hermano.

—Ven, Adara. Te llevaré a tus aposentos hasta que estemos listos para partir. —Me tendió la mano, pero pasé de largo sin tocarla. No quería que nadie me tocara. Todos habían hecho ya suficiente.

Me dirigí hacia la puerta y la abrí; inspiré hondo al salir de los aposentos de Gavril. Iba a marcharme de ese palacio esa misma

noche, y no tenía intención de regresar.

13

No le dirigí la palabra a Evren mientras regresaba a mi habitación despacio, apoyando la mano contra el muro de piedra del pasillo. Me daba igual que él se acercara para ayudarme o que intentara una y una y otra vez hablar conmigo. No quería oír ni una sola palabra de lo que tuviera que decir. Y para cuando llegamos, ya había recuperado las fuerzas que Gavril me había quitado. Cerré de un portazo en las narices de Evren, para sorpresa de Eletta, y empecé a recoger mis cosas.

Eletta se quedó atónita y paralizada de miedo cuando le conté lo que acababa de descubrir, pero rápidamente se recompuso y me ayudó a bañarme y a vestirme con la ropa que había llevado conmigo.

Era lo más cómoda que me había sentido desde que había llegado a Citlali, y me tumbé en la cama completamente vestida, con las botas puestas y la daga en su sitio. Sabía que debía intentar descansar un poco, pero mi mente no me lo permitía.

Me quedé mirando al techo mientras pasaba los dedos por el vendaje de la muñeca, que Eletta me había vuelto a poner. No dijo ni una palabra al ver el profundo corte; las dos sabíamos de dónde procedía. Ella era leal a las personas que acababan de robarme, y no se atrevía a decir ni una palabra en su contra.

Me levanté de un salto cuando se abrió la puerta y desenvainé la daga. Solo era Eletta que regresaba con una cálida capa y una pequeña bolsa llena de comida y agua. Le di las gracias antes de volver a tumbarme con el corazón a mil por hora. No creía que fuera a calmarse nunca, pero al final, me pesaron los ojos y la llamada del sueño fue demasiado fuerte como para resistirla.

No sé cuánto tiempo dormí, pero cuando me desperté con una mano suave sacudiéndome el hombro, el miedo a la amenaza se

había desvanecido en mis sueños.

—Evren —susurré su nombre en la oscuridad al encontrarlo junto a mí, pero cuando vi la expresión sombría de su rostro, la realidad de esa noche regresó al instante a mi mente.

—Debemos irnos, princesa. —Evren miró hacia mi puerta—. La amenaza es mayor de lo que temía.

Extendió la mano hacia mí, pero se la aparté y me puse de pie; comprobé que mi daga seguía en su sitio, me puse la capa y cogí mi bolsa. Evren me observó en silencio, fue hacia la puerta y me la abrió.

Lo seguí por los pasillos, en la dirección en la que había intentado escapar antes, y el aire fresco de la noche me azotó el rostro en cuanto salimos.

Jorah montaba una yegua gris, vestido completamente de negro, y otros dos guardias que había visto por el palacio cabalgaban a su lado. Un caballo negro estaba junto a él, con las riendas en la mano de Jorah.

Evren montó rápidamente en la bestia antes de agacharse para indicarme que montara con él.

—¿Dónde está mi caballo? —Di un paso atrás, y a Evren se le dibujó una sonrisa sombría en el rostro, aunque intentó ocultarla.

—Vas a venir conmigo, princesa. No podemos arriesgarnos a que vayas sola.

—Soy más que capaz de montar mi propio caballo.

—No he dicho que no lo seas, pero si nos atacan, necesito tenerte a mi lado. No podremos escapar de ellos si no estás conmigo.

Aunque sabía que intentaba protegerme, no confiaba en él.

—Quiero ir con Jorah. —Uno de los guardias soltó una risita burlona, pero no me atreví a apartar la vista de Evren.

—Eso no va a pasar, princesa. Ahora monta a caballo antes de que tenga que bajar para subirme yo. Tenemos que irnos. —Gruñí de frustración porque sabía que decía la verdad. Alargué la mano hacia el pomo de la silla de montar e intenté subirme, pero Evren se agachó, me cogió por debajo de los brazos y me ayudó. Me acomodó delante de él, con mi espalda pegada a su pecho, y yo me

tensé sobre la silla—. Vamos. —Arreó al caballo y el animal salió disparado a toda velocidad a través de la noche oscura.

Atravesamos los terrenos del palacio y nos dirigimos hacia la puerta, que ya estaba abierta cuando llegamos. Miré por encima del hombro una última vez hacia el palacio oscuro que dejábamos atrás, y el caballo pareció correr aún más rápido.

No fue hasta que atravesamos la puerta cuando me fijé en lo que colgaba de unas estacas en los muros del palacio: tres cabezas, cada una separada de su cuerpo con un filo certero. Pasamos junto a ellas rápidamente, pero aun así reconocí los rostros de los tres hombres: dos guardias cuyos nombres desconocía colgaban uno al lado del otro. Los dos guardias que me habían sujetado mientras Gavril se había alimentado de mí. Sus manos me habían tocado hacía solo unos minutos, pero estaban ahí colgados, con la sangre aún goteando de lo que quedaba de ellos.

Me costó más reconocer al tercero, pero en cuanto vi la mueca fría y endurecida que aún desfiguraba su rostro, supe que se trataba de un miembro de la Corte.

El noble Etkin.

Aparté la vista tan rápido como pude.

Tres hombres colgaban de esas estacas. Tres hombres que habían contribuido a hacerme daño, y yo sabía en lo más profundo de mí ser que el responsable era el que cabalgaba detrás de mí, aunque no dijo ni media palabra; espoleó aún más al caballo y dejamos atrás a esos hombres y al palacio. Pero yo no necesitaba que lo confirmara: sabía que había sido él.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que había hecho, en lo mucho que se había arriesgado, pero me negué a bajar la guardia con él.

Jorah nos condujo rápidamente por las calles de la capital, tomando giros bruscos que yo nunca habría podido hacer por mi cuenta, y antes de que me diera cuenta, estábamos fuera de la ciudad y galopando a toda velocidad por los campos que la rodeaban.

Mis muslos se aferraron a los flancos del caballo para mantenerme lo más lejos posible de Evren, pero ya habían

empezado a dolerme a pesar de que acabábamos de comenzar nuestro viaje.

Cabalgamos con rapidez durante un buen rato hasta que por fin llegamos al límite del Bosque de Ónix. Redujimos la velocidad como si los caballos estuvieran tan asustados como los jinetes al acercarnos a los árboles oscuros.

—¿Vamos a entrar ahí?

—Sí. —Evren asintió detrás de mí—. No tenemos otra opción a menos que atravesemos las tierras de los humanos. —Entonces hagámoslo.—Miré a mi alrededor y me di cuenta de lo inquietantemente quieto que parecía todo.

—Eso alargará nuestro viaje varios días, y no nos lo podemos permitir. Tenemos que ponerte a salvo lo antes posible.

—¿De verdad crees que los vampiros intentarán capturarme? —Evren gruñó detrás de mí y su pecho se pegó más a mi espalda. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no desplomarme contra él y dejar que su cuerpo soportara el peso del mío.

—Eres la Astraluz del futuro rey. Eres la futura reina de Citlali. Para la Corte de la Sangre, lo eres todo.

Mi corazón se aceleró cuando sus palabras calaron en mí. No era más que una pieza de ajedrez que podían usar como les pareciera oportuno.

—El Bosque de Ónix es peligroso para nosotros, pero también lo es para ellos. Todos nos enfrentaremos en estos árboles a cosas que preferiríamos evitar, y esperamos usar eso a nuestro favor. Mis guardias y yo hemos atravesado este bosque más veces de las que podemos contar. —No estaba convencida de que eso me hiciera sentir más segura, pero a pesar de todo lo que había pasado en el palacio, seguía confiando en Evren más que en cualquiera de los demás. Si había alguien que creía que podía sacarme con vida del Bosque de Ónix, era él. Pero no lo dije. Mantuve la boca cerrada mientras nos adentrábamos en el bosque y una magia como nunca antes había sentido me invadió. Mis marcas vibraban con un sordo latido, pero el nuevo corte en mi muñeca ardía como el fuego. Apreté la mano contra el vendaje, y Evren bajó la vista al ver el movimiento—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Me ceñí más la capa porque el aire frío soplaba entre los árboles, y que había arreciado, a pesar de que acabábamos de adentrarnos bajo el manto de oscuridad que proporcionaban los árboles.

Continuamos por el bosque en silencio. Estaba en alerta máxima, atenta a cada movimiento que creía ver entre los árboles, pero al cabo de un rato, el trote rítmico del caballo hizo que se me cerraran los ojos por la falta de sueño.

Pero volví a abrirlos de golpe, y miré hacia delante, hacia Jorah, que seguía avanzando como si no hubiera ninguna amenaza a nuestro alrededor, y mis ojos se cerraron una vez más.

Cuando por fin desperté fue porque nuestro caballo había reducido la marcha hasta casi detenerse, y mi cabeza se había ladeado. Desorientada por el sueño, inhalé el aroma de Evren, con la nariz hundida en su pecho.

Gemí suavemente cuando me puso una mano sobre el vientre para sujetarme y me acurruqué contra él. Su cuerpo se amoldaba al mío, sosteniéndome sobre el caballo, y no quería alejarme de su calor.

—Princesa.

—¿Hmm? —Volví a inhalar su aroma. ¿Cómo era posible que siempre oliera tan bien?

—Princesa, tienes que despertar. Vamos a montar el campamento. —Pegó su mano con más fuerza contra mi estómago y mis muslos se tensaron alrededor del caballo. Solté un nuevo gemido. Necesitaba que su mano bajara solo unos centímetros y se ocupara de la tensión que palpitaba entre mis muslos—. Princesa, lo juro por los dioses. — Evren agachó la cabeza hacia mí y me habló en voz baja al oído—. Voy a bajarte del caballo y a follar contigo aquí mismo, delante de mis hombres, si no dejas de hacer esos putos ruiditos.

Entonces abrí los ojos y levanté la cabeza de su hombro. Evren tenía razón. Sus hombres estaban atando sus caballos a los árboles, pero los tres no dejaban de mirar en nuestra dirección. Me aparté de Evren, poniendo toda la distancia que pude entre nosotros, y él se

rio a mis espaldas antes de deslizar suavemente la mano desde mi vientre hasta mi cintura.

Evren desmontó; se bajó del caballo como si nada y me tendió los brazos. Quería negarme, hacerlo por mi cuenta, pero me dolían los muslos por algo más que por mi deseo por él. Estaba cansada y, cuando levanté la pierna derecha para pasarla por encima del caballo, no pude hacerlo.

Evren puso las manos a mis costados, se sacó de la silla y me pegó a su cuerpo. Me bajó lentamente hasta que mis pies tocaron el suelo delante de él, y pude sentirlo a través de sus pantalones: me deseaba tanto como yo a él.

Y cómo me habría gustado que no fuera así. Todo habría sido mucho más fácil si no lo hubiera deseado en absoluto. Pero mientras estaba allí, mirándolo, apenas podía obligarme a apartarme de él.

—Tenemos que montar el campamento y descansar un poco antes de seguir cabalgando.

Alcé la vista hacia el sol, que intentaba asomarse entre los árboles.

—Pero aún es de día.

—Es el único momento en el que se debe dormir en el Bosque de Ónix. Tenemos que estar completamente alerta al caer la noche.

—De acuerdo. —Asentí; Evren extendió la mano y me apartó un mechón de pelo de la cara.

—Acampa conmigo. —Sus palabras me sacaron de quicio. Después de todo lo pasado, ahí estaba él, dándome órdenes como si nada hubiera cambiado.

—¿Mataste a esos hombres?

—¿Qué? —Me miró fijamente a la cara, pero no había ni una pizca de sorpresa en su expresión ante mi pregunta.

—Los hombres que estaban colgados a las puertas. Los hombres que me sujetaron y el noble Etkin. ¿Los mataste? —Necesitaba saberlo. Aunque en el fondo ya conocía la verdad, tenía que oírla de su boca.

—Te dije que nadie te haría daño sin acabar bajo mi espada.

—¿Excepto tu hermano? —Levanté mi muñeca vendada entre nosotros y le obligué a mirarla. Le obligué a enfrentarse a lo que

había permitido—. ¿Es él el único al que se le permite hacerme daño?

Evren tensó la mandíbula y me agarró suavemente la muñeca. Intenté apartarla de él, pero se la llevó a los labios y me dio un suave beso sobre el vendaje. Mantuvo la boca allí mientras me miraba fijamente, y entre nosotros flotaron las palabras no pronunciadas. Las palabras que no se permitía decirme.

—Puedo curarte.

—No. —Negué con la cabeza y me llevé la mano al pecho. Esa vez me soltó—. No quiero perder el recuerdo de lo que me hicieron. De lo que tú permitiste que me hicieran.

Su mirada se ensombreció y se acercó a mí de una forma casi imposible.

—Yo no lo permití.

—Claro que sí. —Di un paso atrás y casi choqué con nuestro caballo—. Eres tan malo como tu hermano.

No esperé su respuesta y me dirigí hacia donde estaban los guardias, dando heno a sus caballos.

—Jorah, ¿hay algún lugar donde pueda tener un poco de intimidad?

Levantó la vista hacia mí y supe que no esperaba que acudiera a él.

—Puedes ir justo detrás de estos árboles, pero tendremos que montar guardia, Astraluz. Es demasiado peligroso.

—Está bien —resoplé y fui en esa dirección—. Pero me gustaría que fueras tú quien lo hiciera.

Miró hacia atrás, hacia Evren, antes de volverse hacia mí.

—De acuerdo.

Pasé junto a él y me adentré entre los árboles, y pude sentir sus pasos a mi espalda.

—Además, Jorah, por favor, deja de llamarme Astraluz. Me llamo Adara.

—Lo siento, Adara. —Me detuve junto a un árbol lo bastante alejado del resto del grupo y giré un dedo en el aire para indicarle a Jorah que se diera la vuelta; obedeció con una sonrisa.

Ninguno de los dos habló mientras yo hacía mis necesidades y Jorah se quedó inmóvil como una estatua hasta que regresé a su lado.

—Siento que hayas acabado en este trabajo. —Me enderecé la capa y Jorah me miró por fin.

—No lo sientas. —Sacudió la cabeza—. Siempre estaré del lado de Evren.

—¿Por qué? —Evren estaba junto al caballo para sacar las cosas de las alforjas—. ¿Por qué le eres tan leal?

Jorah me miró durante un largo rato antes de hablar por fin.

—Evren se ha ganado mi lealtad una y otra vez. Soy leal a él y solo a él.

—¿Pero a la Corona no?

—Solo si es ahí donde Evren quiere mi lealtad.

Me sorprendió su respuesta y me volví para mirarlo de frente. Jorah era guapo, aunque su rostro solía mostrarse severo, con el ceño fruncido.

—¿Naciste en Citlali?

Enderezó la espalda y, durante un largo rato, pensé que no me iba a responder.

—No. No nací ahí.

—¿Dónde naciste?

—Jorah —lo llamó Evren—. Te necesito un momento.

Jorah se alejó de mi lado sin dudarlo y se dirigió hacia su capitán. Charlaron en voz baja, muy cerca el uno del otro, y me pregunté de qué estarían hablando. A ninguno de los otros guardias parecía importarles tender sus sacos de dormir sobre el duro suelo.

Me senté junto a ellos y los tres miraron en mi dirección.

—¿No hay fuego?

—No. —El de cabello rubio claro negó con la cabeza—

. Llama demasiado la atención.

Un escalofrío me recorrió la espalda y no pude evitar mirar por encima del hombro. No vi nada acechando entre los árboles, pero sabía que eso no significaba nada. Las cosas que vigilaban en la oscuridad sabían cómo pasar desapercibidas.

Me re Coloqué la capa para ceñirla más. El aire parecía haberse enfriado aún más, pero podía arreglármelas, igual que el resto de ellos.

—¿Cómo os llamáis? —Me miraron con curiosidad, como si no esperaran que les hablara.

—Ese es Landry. —Evren dejó caer un saco de dormir a mi lado mientras señalaba al guardia que acababa de hablarme—. Ese es Achar. —Señaló al apuesto guardia que llevaba el pelo hasta los hombros, recogido con una cuerda de cuero—. Y ese rompecorazones de ahí es Caelum. — Señaló al último hombre del grupo, cuya barba era tan grande que le cubría casi toda la cara. Sonrió, una sonrisa amplia y sincera, y en ese mismo instante decidí que me caía bien.

—Encantada de conoceros a todos. —Asentí en su dirección—. Yo soy Adara.

Evren se rio entre dientes antes de dejar caer otro saco de dormir junto al que acababa de colocar.

—Saben quién eres, princesa.

—No me llames así. —Evren no respondió; se sentó en el saco de dormir y se volvió hacia sus guardias.

—Dormid un poco. Jorah se encargará de la primera guardia.

Los tres obedecieron de inmediato, y no podía culparlos. Debían de estar agotados de cabalgar toda la mañana. Probablemente Jorah también lo estuviera.

—Puedo hacer la primera guardia para que Jorah pueda dormir.

—Eso no va a pasar, princesa. —Evren dio una palmadita al saco de dormir a su lado—. Necesitas descansar. Nos espera una larga noche.

—No voy a dormir a tu lado.

—Lo harás. —Se tumbó y apoyó la cabeza en el brazo—

. O duermes a mi lado por voluntad propia o te ato a un árbol y duermo a tu lado ahí. Tú eliges.

—Menudas opciones— resoplé y levanté la vista para ver que Jorah nos observaba.

—Métete de una vez en tu saco de dormir, princesa. No voy a poder descansar ni un momento a menos que estés a mi lado.

Quería discutir con él, decirle lo poco que me importaba que él descansara, pero la verdad era que él era el responsable de llevarme sana y salva a lugar dónde íbamos. Si quería salir viva del Bosque de Ónix, lo necesitaba. Lo necesitaba a todos.

Me desaté la capa de los hombros y me deslicé en el saco de dormir que Evren me había proporcionado. Él observó cada uno de mis movimientos mientras me tumbaba de espaldas a él y me tapaba con la capa.

—¿Cuánto tiempo falta para que lleguemos a Nabál?

—Unos días en el mejor de los casos —dijo Evren en voz baja antes de que pudiera oír cómo se daba la vuelta detrás de mí.

No me estaba tocando, su piel ni siquiera rozaba la mía, pero aun así podía sentirlo en cada parte de mi cuerpo. Estaba muy cerca. Si me hubiera echado aunque solo fuera un poco hacia atrás, mi cuerpo habría chocado con el suyo.

Y sentía una desesperada necesidad de que lo hiciera.

—¿Y en el peor de los casos?

—No lo sé —suspiró—. No quiero pensar en lo peor.

—¿Y cuando la amenaza haya pasado? —susurré mi mayor temor. Me aterrorizaba la Corte de la Sangre y lo que podía significar para nuestro mundo, pero me daba más miedo regresar a ese palacio.

No quería ser la prometida de Gavril. No quería que se alimentara de mí mientras su hermano miraba.

—No lo sé, Adara. —Sus dedos recorrieron mi espalda y yo me estremecí al sentir su contacto—. No tengo ni idea de qué va a ser de nosotros.

Se refería a nosotros como a su reino, a su familia, pero esas palabras hicieron que me diera un vuelco en el estómago, como si estuviera hablando solo de nosotros dos.

—No voy a volver —susurré, solo lo bastante alto como para que yo pudiera oírme, pero la mano de Evren se detuvo sobre mi espalda.

—Descansa un poco, princesa. —Cerré los ojos, él me subió la capa hasta los hombros y, con mi enemigo a mi espalda, caí en un sueño reparador.

14

Me desperté con el sonido de las voces de unos hombres hablando y gemí. No había dormido lo suficiente. Me acurruqué más en mi saco de dormir y me regodeé en su calor. Me dolía el cuerpo de dormir en el suelo, pero al hundir la cara en el saco, suspiré.

—Buenas noches, princesa. —La voz ronca de Evren retumbó bajo mi cabeza y me aparté de un salto. Pero Evren me rodeó con más fuerza con el brazo y me obligó a volver a acurrucarme contra él—. Todavía no.

—Déjame ir —refunfuñé, aunque mi cuerpo deseaba desesperadamente pegarse a él y dejar que me abrazara hasta que me olvidara de nuestra realidad.

—Tú eres la que se ha acurrucado contra mí, princesa, y voy a disfrutarlo unos momentos más.

—Te he dicho que me sueltes. —Evren se rio entre dientes y apartó el brazo. Me incorporé y eché un vistazo al campamento—. Todos los demás ya han recogido y están listos.

—Lo sé. —Asintió y se apoyó en el codo—. Pero necesitabas descansar después de todo lo que pasó anoche.

Los recuerdos me invadieron rápidamente, e intenté apartarlos de mi mente, aunque la muñeca me ardía a modo de recordatorio.

—Deberías haberme despertado. —Me levanté y me agaché para coger la capa. Evren me la tendió con una suave sonrisa en el rostro, y eso me repugnó. Odiaba lo fácil que le resultaba fingir que entre nosotros todo era normal.

Pero mientras se ponía en pie y volvía a meter nuestras cosas en las alforjas, me pareció más normal que cualquier cosa que hubiera hecho desde que llegué al reino de las hadas. Huir con Evren me parecía un sueño con el que había fantaseado cientos de veces.

—¿Estás lista? —Evren se subió a su caballo y se acomodó en la silla antes de tenderme la mano. Dudé solo un instante, pero él se dio cuenta. Su mirada se ensombreció y la suave sonrisa desapareció de su rostro—. ¿Princesa?

—Sí. —Asentí y puse mi mano en la suya. Me ayudó a subir y, en cuanto pasé la pierna por encima del caballo pegó su pecho contra mi espalda.

—Llegaremos pronto —murmuró contra mi nuca; al parecer había confundido mi indecisión hacia él con vacilación ante el duro viaje.

—Estoy bien, Evren. —Me tensé contra él cuando me puso la mano contra el vientre e hizo que me echara más hacia atrás en la silla de montar. Cabalgamos así durante mucho tiempo, en silencio. El cielo se había oscurecido sobre nosotros y la única luz que nos guiaba era la de la luna.

Jorah se había adelantado hacía unos momentos, y yo escudriñaba los árboles mientras esperábamos su regreso.

—Estará bien, princesa. Jorah es el soldado más hábil que conozco.

—No estoy preocupada. —Aparté la vista de la línea de árboles, y los muslos de Evren se apretaron contra los míos.

—Casi me lo creo. —Me rozó la nuca con la nariz y me erguí de golpe—. Pareces muy preocupada por las cosas que dices odiar.

Tensé la mandíbula y le di vueltas a sus palabras en mi mente.

—Nunca he dicho que te odie.

—Ah, ¿no? —murmuró con sus labios contra mi piel—. Desde que salimos del palacio solo he visto odio en tus ojos.

Tenía razón. Estaba demasiado confundida sobre cómo podía sentir tanta animadversión y deseo al mismo tiempo; las dos emociones luchaban dentro de mí como los enemigos que estaban a las puertas de nuestra casa lo hacían con nuestros soldados.

Jorah salió de entre los árboles y agradecí la distracción cuando llegó junto a nosotros.

—Está despejado.

—De acuerdo. —Evren asintió y tiró de las riendas—. Descansaremos aquí unas horas.

—¿Qué? ¿Por qué? No llevamos tanto tiempo cabalgando.

Even tiró de las riendas y desmontó, y yo me di cuenta de lo mucho que me dolían las piernas.

—Necesitas descansar, y mis hombres también. —Jorah desmontó y pude ver el cansancio en sus ojos—. Jorah necesita descansar. —Evren habló lo bastante alto como para que él pudiera oírlo.

Desmonté sin hacerle más preguntas y me abracé a mí misma en cuanto mis pies tocaron el suelo. No esperé a Evren: me aparté de él y miré a mi alrededor, hacia el bosque. Para ser un lugar del que se rumoreaba que era tan siniestro, parecía muy tranquilo.

Deslicé los dedos por la oscura corteza de uno de los árboles y sentí cómo la tranquilidad se apoderaba de mí. Era como si me llamara, suplicándome que me adentrara más en la espesura.

Aparté la mano del árbol y pasé al siguiente. La corteza me arañó las yemas de los dedos, pero la sensación era la misma. Era como si me estuvieran dando la bienvenida.

Miré por encima del hombro y ni Evren ni Jorah me estaban prestando atención. Estaban atando sus monturas, hablando en voz baja, y los otros tres guardias aún se estaban bajando de sus caballos.

Di un paso más hacia el bosque. Evren no me había creído cuando le había dicho que no iba a regresar al palacio de su hermano, o quizá sí. Quizá le importaba tan poco lo que yo quería como a su hermano.

Pero yo no tenía pensado pedirle permiso. Creía que le debía decirle la verdad, pero independientemente de cómo se sintiera él, yo no podía volver.

Y su lealtad a la Corona iba a obligarme a regresar. Di un paso más hacia el bosque oscuro, y los árboles me abrieron paso. Había una ligera brisa en el aire, invitándome a seguir adelante, y así lo hice.

Mis pasos eran silenciosos entre la maleza, y solté un suspiro apresurado cuando me deslicé detrás de un árbol grande, fuera de la vista de Evren.

—¡Princesa! —me llamó de inmediato, y mis marcas cobraron vida. Me suplicaban que regresara junto a él, que dejara de escuchar a los árboles y me volviera hacia el hombre en quien sabía que no

podía confiar. Pero me negué. Di otro paso adelante y mis botas se hundieron en la tierra blanda, alejándome de él; oí una vez más cómo me llamaba. Pero por mucho que no quisiera escaparme de Evren, todo mi ser sabía que debía huir de su hermano. Debía correr y no mirar atrás, y no sabía si iba a tener otra oportunidad—. Adara, ¿dónde coño estás? —La voz de Evren retumbó entre los árboles y el corazón me latió con fuerza en el pecho. Corrí cada vez más rápido, con cuidado de que mis pasos fueran ligeros, y los árboles parecían empujarme hacia adelante, como si supieran que necesitaba su protección. Me atreví a echar un vistazo por encima de mi hombro, pero lo único que vi fue la oscuridad que me rodeaba. El pánico se apoderó de mí, pero lo reprimí. No podía permitirme sentir miedo cuando necesitaba todas mis fuerzas. El miedo y la determinación tenían que coexistir, pero la decisión de cuál animar era mía. Y no podía tener miedo de un bosque cuando huía de mi enemigo—. ¡Por los dioses, princesa! — Apenas podía distinguir la voz de Evren, pero sabía que me estaba siguiendo. Me estaba buscando, y tenía claro que no iba a detenerse.

Pero cuanto más me alejara del palacio, mejor. Gavril tenía un plan para mí, y yo debía frustrarlo.

Me topé con un pequeño arroyo, y hasta el agua que lo atravesaba parecía tan oscura como el cielo nocturno. Me agaché para contemplar aquellas profundidades negras, pero lo único que veía era mi propio reflejo y la luz de las estrellas sobre mis mejillas como único resplandor.

Bajé la mano para hundir los dedos en el agua, pero algo en mi interior me advirtió que no lo hiciera. Apreté los puños, me incorporé y salté por encima del agua hasta una gran roca que sobresalía en el centro. Un salto más y había cruzado el arroyo.

Eché a correr sin volver la vista atrás. Mis pies me llevaban rápidamente a través del bosque, y me daba igual no tener ni idea de adónde iba. Nada importaba en ese momento, salvo la lucha entre las demandas de todo mi ser, que me suplicaba que regresara con Evren, y la voluntad que encontré para no hacerlo.

Era mi enemigo, quisiera yo o no, y esas eran las palabras que me repetía una y otra vez en mi cabeza mientras obligaba a mis pies a

llevarme más lejos de él.

15

Habían pasado horas desde que había escapado. Horas en las que mis pies me habían llevado más y más lejos, y el dolor que sentía en todos los músculos no dejaba de recordármelo.

A estas alturas ya debería haber amanecido; el sol debería haberse asomado entre los árboles y haberme saludado como un viejo amigo, pero la oscuridad era lo único que alcanzaba a ver.

Me detuve y giré sobre mí misma. Cada árbol que pasaba se parecía inquietantemente al que acababa de dejar atrás, y no lograba entender hacia dónde me dirigía. La voz de Evren se había desvanecido a medida que los árboles me acogían entre ellos, y ya solo podía oír el susurro de las hojas.

El miedo me recorrió la espalda y, aunque había temido que Evren me alcanzara, el pánico ante la idea de que no lo hiciera me encogió el corazón en el pecho porque estaba completamente perdida.

Me apoyé contra uno de los árboles oscuros para intentar acallar el pánico que me invadía. Mis marcas ardían en mi piel, una advertencia a la que debería haber prestado atención antes; una advertencia que me revolvía el estómago y me hacía sobresaltarme ante el más mínimo ruido.

Miré hacia atrás y pensé en regresar por donde había llegado, pero estaba demasiado desorientada. No había huellas de mis pies por donde acababa de pasar: el bosque las había borrado como si nunca hubiera estado allí.

Eso era mi salvación, pero también mi condena. El bosque me había ayudado a escapar, pero ya no sabía qué hacer.

Apreté con fuerza el vendaje de mi muñeca e inspiré hondo para reforzar mi determinación. El bosque me daba miedo, pero nada me asustaba más que volver a estar bajo el control de Gavril.

Avanza, me repetí una y otra vez en mi cabeza mientras me alejaba del árbol. Estaba cansada, pero no podía permitirme parar. Evren temía lo que se escondía en este bosque, lo que significaba que yo también debía hacerlo.

No podía bajar la guardia, aunque mi cuerpo me suplicara que me tumbara solo un momento.

Había dado tres pasos cuando oí un susurro delante de mí. Me temblaron las piernas mientras escudriñaba el bosque y recé a los dioses para que estuviera sola. Busqué mi daga justo cuando una voz femenina grave y áspera retumbó entre los árboles.

—Aquí no necesitas eso, hechicera. —La voz me envolvió como si la transportara un viento fantasmal.

Seguía sin ver a nadie; me volví lentamente y afiancé la daga en mi mano.

—¿Quién eres?

—Osiris. Aunque hace mucho tiempo que nadie me llama por mi nombre. —Su voz hizo que enderezara la espalda y mis marcas vibraron sobre mi piel a modo de advertencia.

Ni siquiera podía ver a la propietaria de la voz, pero tenía claro que era una amenaza.

—¿Por qué no puedo verte? —Una risa se oyó a mi alrededor como una canción, y entonces percibí un movimiento cerca de uno de los grandes árboles. Allí estaba, saliendo de entre las sombras; jadeé, me tambaleé sobre mis pies vacilaban y casi caí al suelo húmedo.

Parecía que formaba parte de los árboles, o tal vez ellos formaran parte de ella. El musgo y la corteza crecían a lo largo de su torso como si fueran su piel, y una larga falda vaporosa caía sobre sus piernas y se arrastraba por el suelo.

Pero no fue eso lo que me llamó la atención: fueron sus ojos negros y profundos los que me dejaron sin aliento y me obligaron a quedarme donde estaba.

—Podría curarte esa herida. —Ladeó la cabeza y estudió el vendaje de mi muñeca con esos extraños ojos. Lo apreté contra mí y lo metí bajo mi capa. Ella esbozó una sonrisa lenta y siniestra—. Eres la Astraluz, ¿pero para qué? —El miedo me recorrió por entero

cuando me observó con una quietud tan antinatural—. Estás destinada a mucho más de lo que ellos creen.

—No lo entiendo. —Negué con la cabeza y di un paso hacia ella—. ¿Para qué estoy destinada?

—Tu alma —dijo lentamente, sin apartar la vista de mí—. Está irrevocablemente unida a otra. —Su mirada volvió a posarse en mi muñeca, y yo temblé bajo su escrutinio, orando para que esas palabras fueran falsas.

—¿Y si no quiero que sea así? —Dioses, me negaba a estar atada a Gavril por toda la eternidad. ¿Era porque se había alimentado de mí?

—No tienes elección, hechicera. —Lo dijo con absoluta certeza, pero me negué a creerla.

—Deja de llamarme así. —Mi voz temblaba con una audacia que parecía vacilante incluso a mis propios oídos—. No soy una hechicera.

—¿No lo eres? —Entrecerró los ojos y mis marcas ardieron con más intensidad—. Puedo sentir tu magia desde aquí, pero también puedo sentir la de él.

Un escalofrío me recorrió la piel como si estuviera bajo una lluvia torrencial. Todo en aquella mujer me advertía que me alejara, pero necesitaba saberlo, necesitaba oír lo que ella sabía.

—¿Y por qué dicen eso de que voy a salvar el reino?

Me estudió durante un largo rato antes de volver a hablar.

—¿Qué reino es el que te gustaría salvar?

Hablaba con acertijos, y mi ira empezó a superar a mi miedo.

—No lo entiendo.

—La sangre y la magia se han entrelazado en nuestra tierra durante siglos, pero tú eres la espada con la que las separarán.

—No tiene ningún sentido. —Di un paso hacia ella de nuevo, y su sonrisa se amplió.

—Tus estrellas brillan más en las sombras, hechicera. Pero eres tú quien debe decidir a qué oscuridad te aferras. —Dio un paso atrás y parte de su cuerpo quedó oculto tras los árboles.

No quería que se fuera. Me lancé hacia delante, desesperada por que se quedara, y sus ojos siguieron cada uno de mis movimientos.

—No me estás diciendo nada —rezongué, frustrada—. ¿Qué oscuridad? ¿Qué significa eso?

Ella dio otro paso atrás, y mis marcas gritaron de frustración contra mi piel mientras intentaba alcanzarla.

—Por favor —rugí, y el poder brotó de mis dedos al extender la mano.

—Hechicera. —Pronunció esa palabra como una maldición cuando mi magia cayó sobre ella.

Un terror y una ira como nunca había conocido clavaron sus garras en mí. Me temblaron las manos al mirar el lugar donde la magia acababa de caer de mis dedos. No sabía de quién era el poder que poseía, si era mío o del príncipe, pero una familiaridad que no debería haber reconocido envolvió mi mano y acarició mis brazos.

—Lo siento. Yo... —Ella se estaba retirando, huyendo de mí cuando debería haber sido yo quien le tuviera miedo.

—¡Princesa! —Mi magia se retiró hacia mi interior, suplicándome que me volviera hacia la voz de Evren.

—Elige tu oscuridad. —La mujer miró sobre su hombro, hacia donde sabía que Evren se estaba acercando—. Elige sabiamente.

No sabía si se trataba de una advertencia contra el príncipe que me había encontrado o contra el príncipe que me había secuestrado, pero, en cualquier caso, mi magia seguía llevándolo hacia mí, y yo me giré poco a poco, hasta que me aparté de la mujer y me volví hacia él.

Tenía los ojos muy abiertos, inundados de rabia y terror, e incluso desde donde yo estaba, podía ver cómo el sudor le perlaba la piel.

—¿Qué coño estás haciendo? —Se abalanzó sobre mí, me agarró del brazo y me dio un tirón. Miró por encima de mi cabeza y supe a quién estaba viendo. Un humo negro brotó de sus dedos y me di cuenta de lo parecida que era mi magia a la suya.

—¡No la hagas daño! —grité mientras me llevaba a rastras detrás de él.

—¿Qué? —Se volvió para mirarme, rabioso.

—Por favor, no la hagas daño.

—No voy a hacerle daño, princesa, pero tienes suerte de que ella no te lo haya hecho a ti. —Sus dedos se clavaron en mí carne y temblaban con un poder apenas controlado—. Tienes suerte de que no te azote hasta hacerte gritar, joder. Usaste mis sentimientos hacia ti en mi contra. Está claro que he depositado mi confianza donde no debía.

Intenté zafarme de su presa, pero no me soltó, y supe en ese momento que jamás iba a perderme de vista de nuevo.

Él había confiado en mí, y yo había acabado con esa confianza al huir.

—No dejaré que me azotes. —Me temblaba la voz, aunque me había enfrentado a él con todo el valor que me quedaba. Las palabras de la mujer sonaban una y otra vez en mi mente: *«Tú decides a qué oscuridad te aferras»*.

—Como si tuvieras elección, Adara... —Me pegó a él, mi pecho chocó contra el suyo y su rostro se acercó al mío. Lo miré a los ojos, tensando la mandíbula—. Si decidiera hacerlo, no podrías detenerme.

—Eres cruel.

Se rio, y ese sonido me recorrió la piel como el beso de un amante.

—No tienes ni idea de lo cruel que puedo ser, princesa. Lo único que has probado es el placer que mi cuerpo puede proporcionarte. No te atreverías a conocer mi malicia.

Intenté deshacer el nudo que se me había atascado en la garganta, pero no fui capaz. Sentía pánico. Un terror puro que recorrió mis venas al pensar en lo que Evren podía hacerme.

—Por favor, Evren. —Su mano se aferró a mí y su expresión se suavizó.

—Nunca había tenido tanto miedo. He recorrido estos bosques para encontrarte y habría seguido sin descanso si no te tuviera aquí conmigo. —Levantó las manos y me acarició el pelo, pegándome más a él—. Estoy enfadado porque no debería sentir nada por ti, princesa. Pero me habría enfrentado al mundo entero para recuperarte.

—No puedo regresar a ese palacio, Evren. —Negué con la cabeza; mi corazón latía con fuerza por sus palabras—. No dejaré que me quiten sangre de nuevo.

—Lo sé. Joder, ya lo sé. —Me echó la cabeza hacia atrás y su mirada se posó en mis labios—. Pero no puedo protegerte a menos que me lo permitas. Tienes que dejar que te proteja, maldita sea.

Estaba en guerra conmigo misma: quería que me besara, que hiciera desaparecer el mundo a nuestro alrededor y que solo quedáramos nosotros dos, pero había otra parte de mí que se aferraba a la desconfianza que sentía hacia él.

—¿Capitán?! —clamó la voz de Jorah entre los árboles; Evren suspiró contra mis labios antes de mirar en su dirección.

—¡Aquí! —gritó él—. La tengo.

Jorah apareció ante nuestra vista, y la ira que sentía hacia mí brillaba en sus ojos.

—¿Estás bien, Astraluz?

—Sí. —Asentí, aunque no estaba segura de estarlo.

—La he encontrado con una ninfa —explicó Evren, y volví la vista hacia los árboles, hacia el lugar por donde Osiris acababa de irse. No vi rastro alguno de ella, pero aún podía sentir que me observaba—. Tenemos que salir de este bosque.

—De acuerdo. —Jorah se acercó a nosotros y por fin me fijé en los otros tres guardias que estaban a su espalda. Todos parecían agotados, y yo había sido la causa—. Deberíamos partir de inmediato.

16

Llevábamos horas cabalgando, me dolían los muslos y estaba ansiosa por bajarme del caballo.

—Aguanta solo un poco más —dijo Evren a mi espalda—. En breve pararemos para acampar. —Asentí, aunque no estaba segura de poder aguantar ni un instante más. Mi cuerpo estaba agotado, y yo era la única culpable—. Lo has hecho muy bien hasta ahora.

Rechiné los dientes ante su cumplido. Me había encontrado, pero aun así no me interesaban sus palabras amables. Solo quería bajarme de ese maldito caballo.

—¡Capitán! —Escuché la llamada cuando me masajeaba los muslos y levanté la vista hacia Jorah—. ¡Evren!

Oí su nombre justo cuando una flecha silbaba a mi lado.

—Joder —gruñó Evren; me rodeó la cintura con el brazo y me hizo bajar del caballo con él. Aterrizamos con fuerza contra el suelo y mi cabeza se estrelló contra su pecho—. Quédate agachada, princesa. —Evren se apartó y observé horrorizada cómo alcanzaba la flecha que se le había clavado en el hombro izquierdo y la partía justo donde le atravesaba la carne.

—Evren —lo llamé; pero él había sacado una daga negra de la vaina que llevaba a la cadera y ya se había puesto en marcha.

Retrocedí a toda prisa en dirección opuesta a la suya, y las piedras y las ramas me arañaron las manos. Choqué de espaldas contra un árbol; el caballo se asustó y se levantó sobre sus patas traseras. Dispararon otra flecha en mi dirección, y rápidamente busqué mi propia daga.

Pude oír los gritos antes incluso de ver a los cinco hombres que nos rodeaban. Uno de ellos estaba sacando su espada del cuello de Caelum; jadeé al ver cómo el guardia que había conocido hacía solo unos días caía al suelo.

Evren lanzó su daga contra un hombre que vestía un uniforme completamente negro y dio en el blanco; al soldado se le salieron los ojos de las órbitas cuando su mano se topó con la daga que se le había clavado en el cuello.

Evren se abalanzó sobre el hombre, ajeno a los demás que luchaban a su alrededor, arrancó la daga de la carne del soldado, le dio una patada en el pecho y lo derribó.

Pasó al siguiente enemigo; lanzó la daga a la espalda del soldado que en ese momento se enfrentaba a Jorah. El hombre cayó de rodillas al instante mientras una mancha de la sangre se extendía por su uniforme oscuro, y Jorah levantó su espada y lo remató antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando.

Otro soldado se abalanzó hacia Evren, con la espada en alto por encima de la cabeza. El príncipe aún no había recuperado su daga, pero embistió al soldado antes de que pudiera bajar la espada y los dos cayeron a tierra.

—¡No! —exclamé, pero no podía ver con claridad lo que estaba pasando.

Landry yacía en el suelo detrás de Jorah, pero no podía ver su pecho lo bastante bien como para saber si aún respiraba. Tenía que estar respirando. Eso no podía estar pasando.

Intenté localizar a Evren mientras los dos luchaban en el suelo, pero me tiraron del pelo y me echaron la cabeza hacia atrás con un gesto cruel. Grité al sentir el dolor y levanté la mano para detener al hombre, pero fue en vano. Tiró una vez más de mí y me hizo perder el equilibrio; caí y él me arrastró por el suelo del bosque mientras yo intentaba liberarme de su presa.

Eché la otra mano hacia atrás, intentando apuñalar a ciegas al hombre, pero la forma en que me sujetaba lo hacía imposible.

—Vamos, puta de las estrellas. —Me tiró más del pelo, hasta obligarme a ponerme en pie, y yo gemí—. Quiero ver a qué viene tanto escándalo contigo.

Luché contra él, dando patadas y sacudiendo los brazos, pero su espada fue rápida y me cortó la capa en cuestión de segundos.

—Por favor, no. —Busqué a Evren con la mirada, pero el hombre que tenía detrás me había llevado al interior del bosque y lo único

que oía eran los gruñidos de los hombres que luchaban y el sonido del metal chocando entre sí.

—Quédate quieta. —Tiró con más fuerza y sentí su hoja contra la nuca. El frío metal me provocó un miedo atroz; grité el nombre de Evren cuando el filo me rasgó la camisa y siguió hasta alcanzarme los pantalones. Se me puso la carne de gallina cuando el aire frío acarició mi piel y mi marca, y la mano del hombre se aferró con más fuerza a mi cabello. Intenté hacer aparecer mi poder como había hecho antes, pero nada salió de mis dedos temblorosos—. Por todos los dioses —murmuró, y yo aferré con fuerza la daga de mi padre—. La reina de la Corte de la Sangre no tiene ni idea...

No le dejé terminar la frase: le clavé la daga en el muslo. Gritó de dolor, tan sorprendido que me soltó el cabello. Caí de rodillas frente a él, me apoyé a toda prisa en las manos para levantarme e intenté escapar tan rápido como pudiera.

El hombre se abalanzó sobre mí y me agarró del tobillo, y yo volví a caer de bruces al suelo. Gemí de dolor, clavando las uñas en la tierra para evitar que me arrastrara.

—Quítale las manos de encima ahora mismo. —Alcé la vista para encontrarme a Evren, que se abría paso entre los árboles y se dirigía hacia mí. La expresión de su rostro era asesina, la sangre le resbalaba por la sien y le bajaba por la mejilla.

El hombre no aflojó su presa.

—Mi príncipe. —Solo le dio tiempo a pronunciar esas dos palabras antes de que el humo de Evren se elevara por el aire y se clavara en su pecho.

Su mano se soltó de mi tobillo y un gemido gutural escapó de su garganta. Miré hacia atrás y vi cómo se llevaba la otra mano al pecho y se rasgaba la camisa como si pudiera luchar contra el poder de Evren.

Grité cuando cayó sobre mí, aplastándome contra la tierra, e intenté escabullirme de debajo de él. Sentí un dolor agónico en los dedos cuando los hundí con más fuerza y las lágrimas corrieron por mis mejillas; y entonces Evren estaba ahí, a mi lado.

Soltó un fuerte gemido al apartar al hombre de encima de mí, me levanté a toda prisapara abalanzarme contra su pecho y rodearle los

hombros con los brazos.

—Shhh. —Me acarició el pelo y yo hice un gesto de dolor, pero no lo detuve—. Ya se ha acabado.

—¿Los demás? —Apenas reconocí mi voz mientras me aferraba a él con más fuerza.

—Están muertos.

—¿Qué? —Me aparté rápidamente de Evren, y él hizo una mueca.

—Los soldados de la Corte de la Sangre están muertos.

—¿Y los nuestros? —pregunté aunque no quería saber la verdad. No estaba segura de poder soportarlo.

—Jorah es el único que sigue vivo. —Extendí la mano, toqué con los dedos la sien de Evren, y él se echó hacia atrás. La herida parecía relativamente leve, pero la sangre brotaba de ella y le resbalaba por su hermoso rostro.

—Necesitas cuidados.

—Estoy bien, princesa. —Levantó las manos y las pasó por mi rostro, deslizando los dedos con delicadeza por mi piel—. ¿Estás herida?

—No. —Negué con la cabeza—. En realidad, no. —Pero mentía. Podía sentir cómo la sangre ya se estaba secando en las zonas donde me habían arrancado el pelo del cuero cabelludo, y me dolía todo el cuerpo con cada movimiento que hacía.

—Princesa, yo... —Su mirada recorrió mi rostro mientras buscaba las palabras adecuadas—. Nunca había tenido tanto miedo en toda mi vida. He pensado que iba a matarte.

Tragó saliva con dificultad, y yo intenté recuperar el aliento, aturdida por su tono.

—Pero me has salvado.

—He dejado que te hicieran daño. —Sacudió la cabeza, y un nubarrón de culpa nubló sus ojos.

—Evren...

—Vamos a buscar a Jorah. —Me pasó una mano por debajo de los brazos y me ayudó a incorporarme. Apenas habíamos dado un paso cuando oí un profundo gemido y se derrumbó de rodillas.

—¡Evren! —Me eché hacia él, que se encorvaba hacia delante y se presionaba el abdomen con la mano. La sangre le cubrió los dedos al

instante; no sabía cómo no me había dado cuenta antes—. ¡Jorah! —grité cuando Evren cayó de costado con un suspiro.

—Ya te he dicho que estoy bien, princesa. —Hizo una mueca de dolor; le levanté lentamente la mano y se la aparté de la herida.

—Estás muy lejos de estar bien. —Le desabroché rápidamente la camisa negra, se la separé de la piel y jadeé al ver el tamaño de su herida. Tenía un corte limpio en el estómago, más largo que mi daga, y la sangre brotaba a borbotones de la herida.

—Joder. —Jorah cayó de rodillas a mi lado; pude ver el miedo en los ojos del guardia, normalmente estoico—. Joder, joder, joder.

—¿Qué hacemos? —Acerqué mis dedos temblorosos a la herida de Evren, pero no tenía ni idea de cómo ayudarlo.

Parte de una flecha aún sobresalía de su hombro, pero no podía concentrarme en eso con lo que veía en su vientre.

—Llévatela. —Evren se movió con un nuevo gemido—. Sácala de aquí, Jorah.

Jorah asintió una vez a su capitán.

Se habían vuelto completamente locos si pensaban que iba a permitirlo.

—No te voy a dejar. —Evren no me miró; se dirigió directamente a Jorah.

—Átala al maldito caballo si hace falta, pero sácala de aquí. No te detengas hasta que hayáis llegado a nuestro destino.

—No me voy —gruñí, y por fin él me miró—. Lucharé contra Jorah a cada paso del camino. No te vamos a dejar aquí.

—No puedo montar así, princesa. —Evren señaló su herida.

—Tienes magia. Usa tu magia. —Me pasé las manos por los pantalones—. Por favor.

—No funciona así. —Sacudió la cabeza suavemente, y ese pequeño movimiento pareció costarle todas sus fuerzas—. Quizá podría detener la hemorragia, pero no puedo... No puedo curar esto. Es demasiado.

Negué con la cabeza mientras miraba fijamente sus heridas. Sabía que decía la verdad, pero no quería creerle. No podía dejarlo ahí para que muriera.

—Aliméntate de mí. —Me subí la manga de la camisa y dejé al descubierto la muñeca de la que Gavril se había alimentado hacía solo unos días—. Toma mi sangre.

—¿Qué?

—Toma mi sangre, Evren. —Mi voz se quebró mientras me acercaba a él.

—¿No dijiste que nunca volverías a dejar que nadie se alimentara de ti? —Parecía demasiado sereno, dadas las circunstancias—. Yo no soy como mi hermano, princesa. No te quitaré nada que no quieras darme.

—¡Quiero hacerlo! —casi grité para hacerlo entrar en razón—. Quiero salvarte.

—Estaré bien, Adara, pero tienes que salir de aquí. — Volvió a mirar a Jorah. —Esos hombres no se dieron cuenta de que era yo, no hasta el final, pero a ella sí la conocían. No dejes que la vuelvan a ver.

—¡Para!— grité de nuevo y levanté mi daga. Estaba a punto de pasarla sobre mi propia muñeca cuando Evren puso la mano sobre mi cicatriz.

—No lo hagas, princesa.

—Entonces, aliméntate de mí —le supliqué—. Te ruego que te alimentes de mí.

Evren me miró durante un largo rato, y supe que estaba sopesando qué debía hacer. Pero la decisión era sencilla: Evren no iba a sobrevivir en ese bosque sin mi sangre, y yo temía no sobrevivir sin él.

Sus dedos se cerraron suavemente alrededor de mi muñeca, y no estaba segura de si intentaba tener cuidado conmigo o si esas eran todas las fuerza que le quedaban.

—No quiero hacerte daño.

—No me importa. —Negué con la cabeza y volví a acercar la daga a la cicatriz—. No dejaré que mueras.

—Tiene razón, Evren —le dijo Jorah a su amigo y capitán, pero Evren tardó en decidirse.

—No necesito tu daga. —Tiró de mi muñeca hacia él y acortó la distancia entre mi muñeca y su boca—. Ya te he dicho lo que soy.

Evren abrió la boca y contuve la respiración mientras deslizaba suavemente los dientes por mi sensible piel antes de hundirlos más profundamente. Jadeé cuando un dolor me atravesó el brazo, un dolor como nunca había sentido, y la mano de Evren se ciñó a mi alrededor como si temiera que me apartara.

Sus dientes se hundieron más y más, hasta que temí que llegara al hueso. Cerró los ojos y sentí que una parte de mí se escurría de mis venas hacia él. Pero era diferente. Aunque el dolor seguía irradiando por mi brazo, sabía que lo que estaba pasando con Evren era muy diferente a lo que había pasado con Gavril.

Mis marcas cobraron vida sobre mi piel cuando los labios de Evren se posaron sobre mi muñeca, y sentí como si ardieran con un dolor exquisito. Era como si hasta ese momento no hubieran formado parte de mí, pero en ese instante se estaban grabando en mi piel.

Las ganas de gritar eran abrumadoras, pero no iba a permitirme esa debilidad. Evren se habría detenido. Y además, el placer y el dolor se mezclaban hasta que ya no podía distinguirlos.

Así que no le permití que se apartara. Mi muñeca temblaba contra su boca mientras se alimentaba, y me preocupaba lo que iba a quedar de mí cuando hubiera terminado. Me habían dicho cientos de veces que Gavril era mi destino, pero ¿y si todos se equivocaban? ¿Y si, en cambio, yo era el destino de Evren?

¿Y si yo era una Astraluz que no estaba destinada a salvar un reino, sino a salvar a un príncipe bastardo?

El dolor se intensificó en mi interior, alcanzando nuevas cotas, hasta que pensé que no iba a soportarlo ni un momento más, y entonces cambió. Una oleada de calor me invadió y recubrió todo mi cuerpo hasta que sentí que se me cerraban los ojos.

La sensación no cesó: siguió creciendo, incendiando a su paso toda mi piel, y mi estómago se tensó cuando esa insistente oleada se centró entre mis muslos. Jadeé, desesperada por una calma que parecía no poder atrapar, pero eso no sirvió para aliviar la necesidad que crecía dentro de mí.

Con cada gota de sangre que Evren extraía de mi cuerpo me devolvía algo. Algo a lo que no podía aferrarme por mucho que persiguiera desesperadamente esa sensación por todo mi cuerpo.

Él tomaba y tomaba, pero, por los dioses, eso me hacía sentir frenética por mi propia hambre.

—Evren —dije su nombre en voz baja, pero el sonido fue poco más que un gemido. Lo deseaba. Más de lo que había deseado nada antes en mi vida. Deseaba a Evren más de lo que ansiaba mi propia libertad.

Y no era algo solo físico. Cada fibra de mi ser gritaba por él. Mis marcas ardían profundamente, anhelando su tacto.

Quería abrir los ojos para mirarlo, para ver al hombre por el que me sentía tan desesperada, pero no podía. Mientras cada partícula de lo que me daba recorría mi cuerpo, no era capaz de hacer nada más que soportarlo.

Y era una dulce tortura. Evren se movió a mi lado y yo gemí cuando apartó perezosamente la boca de mi muñeca. Posó sus labios contra la nueva herida que sin duda iba a tapar la anterior, y sentí ese pequeño movimiento hasta lo más profundo de mi ser.

—Por favor —supliqué, apretando los muslos. Algo se había roto dentro de mí. Algo que no comprendía, aunque sabía que no iba a volver a ser la misma después de ese día. Cuando Gavril se había alimentado de mí, me había hecho sentir como un cascarón de la persona que había sido hasta entonces, pero Evren había logrado que me sintiese más yo misma que nunca.

—Se acabó, princesa— susurró Evren, pero sus palabras parecían estrellarse contra mi piel en oleadas. Todo era demasiado y, a la vez, insuficiente.

—Evren. —Su mano se cerró alrededor de mi nuca y posó su frente sobre la mía.

—Abre los ojos, Adara.

Obedecí como si me lo hubiera ordenado. Parpadeé y abrí los ojos para mirar al hombre que tenía delante. Sus ojos oscuros estaban llenos de calor y poder, y sentí cómo vibraba en él como si fuera tangible.

—Me estoy quemando —dije; era lo único en lo que podía pensar. Quería tocarlo, asegurarme de que estaba bien, pero solo podía concentrarme en la necesidad ardiente que recorría mis venas.

—Joder. —Evren cruzó la vista con Jorah antes de volverse de nuevo hacia mí—. ¿Te he hecho daño?

Negué con la cabeza rápidamente, pero no sabía cómo explicarle lo que sentía. No podía expresar con palabras la presión en mi pecho ni la forma en que mi cuerpo me suplicaba que lo tocara.

—Te necesito.

—Dime qué necesitas, princesa. —La mano de Evren se posó sobre mis mejillas como si intentara averiguar qué me pasaba. Pero todo lo que tocaban sus manos ardía como el fuego. La necesidad que había en mi interior se avivaba bajo sus dedos.

—No lo sé. —Negué con la cabeza mientras intentaba aclarar mis pensamientos, mientras intentaba dar sentido a lo que estaba sucediendo dentro de mí—. Solo te necesito.

Sus dedos se hundieron en mi piel; yo apreté más los muslos; su mirada oscura se clavó en mí y sus labios se separaron. No necesitaba que pusiera en palabras lo que ocurría: podía notarlo más de lo que jamás había sentido antes su magia: su poder, la esencia de quién era. Recorría cada fibra de mi ser como si intentara conocerme.

Todo él parecía diferente. Parecía real.

No tenía ni idea de si Jorah seguía allí, pero no me importaba, y menos cuando cada parte de mí percibía que iba a estallar si él no me tocaba. Nunca había tenido una sed como esa en toda mi vida. Era como si algo dentro de mí se estuviera transformando, cambiando, suplicando convertirse en suyo.

La magia negra se derramaba de sus dedos y la noté como un suave roce contra mi piel. Me envolvió lentamente, atándome con su magia, y gemí cuando me puso la mano en la espalda.

—Te tengo, princesa —dijo Evren, y sus palabras se hicieron eco de su magia. Se puso de rodillas frente a mí y me apartó el cabello del rostro con la punta de los dedos—. Sea lo que sea que necesites de mí, es tuyo.

—Tócame —le supliqué, echándome hacia delante para intentar acortar la distancia entre nosotros—. Por favor, tócame.

—Princesa —suspiró, y pude ver en su expresión que iba a negarme lo que le pedía. Tenía todas las razones del mundo para

hacerlo. Estaba siendo irracional y absurda, pero no podía explicarlo. No podía controlar el impulso que me recorría el cuerpo.

—Siento que voy a morir si no me tocas. —Su mirada se clavó en la mía. Apenas había querido estar cerca de Evren solo unos instantes antes de que todo eso sucediera, pero en ese momento ni me atrevía a pensar en apartarme de él.

Su magia se deslizó por mi cuello y eché la cabeza hacia atrás al sentir su poder sobre mí. Sus manos bajaron por mis hombros, se detuvieron en mis pechos y sus nudillos rozaron mi sensible piel. Incluso a través de mi camisa, su tacto era abrumador.

—Eres tan perfecta, princesa... —Su mano se pegó a mi pecho y pasó el pulgar por mi sensible pezón—. Siempre estaré en deuda contigo por lo que has hecho.

—No ha sido nada. —El aliento se me escapó de golpe y eché el pecho hacia delante, suplicándole en silencio que siguiera.

—Ha sido más de lo que nadie debería pedirte jamás. — Sentí una lenta caricia bajando por mi columna vertebral, y no supe distinguir si era su mano o su magia—. Ha sido mucho más de lo que nadie debería haberte quitado nunca. —No quería pensar en eso. No quería recordar cómo me lo había quitado Gavril ni cómo Evren se había quedado mirando. Recordarlo me hacía odiarlo, y en ese momento era lo último que quería hacer—. Debí matar a mi hermano por lo que te hizo. Quería clavar su cabeza en una pica, igual que hice con la de todos los demás que te habían hecho daño.

Abrí los ojos justo cuando su mano me apretaba el pecho con más fuerza, y se me escapó un suave gemido.

—Eres leal a tu hermano.

—No soy leal a nadie que te haga daño, princesa. Mi lealtad se rompió en el momento en que entré en esa habitación y lo vi limpiándose tu sangre de su boca mentirosa. —Sus palabras retumbaron en mi interior e intenté darles vueltas en mi mente, pero solo podía concentrarme en cómo su mano se deslizaba lentamente por mi abdomen hasta llegar a la cintura de mis pantalones—. Mi lealtad hacia mi hermano desapareció en el momento en que él le hizo daño a algo que es mío. —Metió los dedos en mis pantalones y

yo jadeé al sentir mi humedad—. Maldita sea, princesa —maldijo y hundió la cabeza en mi cuello—. Me vuelves loco.

Sus dedos comenzaron a moverse sobre mi sensible clítoris, empapado por mi humedad. Ya estaba a punto de desmoronarme antes de que él me hubiera tocado, y la sensación de su magia envolviéndome, descubriendo hasta el último resquicio de mi cuerpo, era más de lo que podía soportar.

Me lamió el cuello y sus dientes rozaron mi piel ya sensible; moví las caderas para pegarme más a su mano.

—Por favor, Evren.

—Déjate llevar, princesa. —Me besó el cuello una y otra vez, y luego subió hasta mi boca—. Deja que la magia que fluye a través de ti te dé todo lo que necesitas.

Solté un grito, con el cuerpo temblando de puro deseo, sintiendo una presión abrumadora, y cuando me pellizcó el clítoris me derrumbé con un alarido.

La magia de Evren acarició mis labios, amortiguando el sonido, y enseguida fue su boca la que estuvo ahí; me calmó lentamente con sus dedos y sus labios contra los míos. Me sentía pesada, increíblemente pesada, y me apoyé en él mientras intentaba entender lo que acababa de pasar.

Incluso a pesar de estar saciada seguía anhelándolo con todo mi ser.

—Vamos, princesa. —Me dio un beso en la frente—. El bosque no es seguro.

17

Habían pasado horas desde que habíamos montado en nuestros caballos, dejando los cuerpos de los guardias tirados en el bosque. A Evren le enfurecía hacerlo, pero tanto él como Jorah habían decidido que no teníamos tiempo para enterrarlos si queríamos salir de allí sin sufrir otro ataque.

Nadie hablaba mientras cabalgábamos. Evren seguía detrás de mí, agarrándome con mucha más fuerza que antes, y yo no me resistía, aunque seguía oteando las sombras entre los árboles, en alerta máxima; las palabras susurradas de Evren asegurándome que estábamos bien no servían para calmarme.

No me serené hasta que la línea de árboles se clareó y pude ver los rayos de sol justo más allá del borde del bosque. Atravesamos esa línea y un peso se me quitó de encima cuando el sol me calentó la piel. Al instante sentí más calor, pero seguí apoyándome contra Evren mientras intentaba entender lo que estaba por llegar.

—Hay un pequeño pueblo justo delante —me dijo Evren al oído—. Pararemos allí para pasar la noche y descansar.

Asentí; aunque no estaba segura de que parar fuera la mejor idea del mundo. Una comida y una cama de verdad sonaban maravillosas, y no era tan tonta como para dejarlo pasar. Y aunque Evren dijera que estaba curado, sabía que el príncipe necesitaba descansar.

Y yo necesitaba un poco de tiempo para procesarlo todo.

A las afueras del pueblo, bajé la vista hasta mi muñeca: la cicatriz que me había hecho Gavril estaba cubierta por una nueva marca. La luz de las estrellas y las sombras me devolvía la mirada y me recordaba lo que habíamos hecho. La diferencia entre una marca debida a lo que se había tomado y otra causada por lo que se había dado voluntariamente era abismal.

Solo distinguí dos edificios en el pueblo al acercarnos. Una taberna de la que salía un hilo de humo ondulante por una pequeña chimenea y lo que supuse que era una herrería al otro lado del camino de tierra. No había gente en la calle, aunque podía distinguir pequeñas casas en los campos lejanos.

—Esto es Iladonia —dijo Evren, señalando con la cabeza hacia la pequeña aldea—. Llevan siglos vigilando la frontera del bosque.

—¿Qué es lo que vigilan exactamente?

—Cualquier amenaza para el reino.

Jorah condujo su caballo directamente frente a la taberna, y Evren hizo lo mismo. Nos detuvimos allí, y Jorah desmontó y cogió las riendas del caballo de Evren.

—Buscaré un lugar donde alojar a las monturas.

Evren asintió.

—Nosotros buscaremos una habitación. —Evren desmontó y me ayudó a hacer lo mismo; sacudí mis miembros entumecidos—. Vamos, princesa. Sé que este lugar tiene una cerveza decente. —Me tomó de la mano y sentí el cosquilleo de su poder en ella. Me llevó dentro y la gran chimenea que ocupaba la mayor parte de la pared del fondo me templó con su calor. Solo entonces me di cuenta del frío que tenía—. Ven. —Evren me guio a la parte trasera de la taberna, donde había unos pocos clientes. Ninguno de ellos nos prestó atención mientras él me apartaba la silla en la mesa más cercana al fuego—. Ahora mismo vuelvo.

Me froté las manos mientras él se dirigía hacia la larga barra que ocupaba todo un lado de la taberna. Había una joven trabajando detrás de ella que sonrió amablemente a Evren cuando este se acercó. Los celos florecieron en mi pecho, pero los reprimí.

Ella asintió a lo que fuera que el príncipe le estuviera diciendo antes de abrir la única puerta que había detrás de ella. Desapareció por un momento antes de regresar y volver a hablar con Evren, mientras cogía tres vasos y los llenaba de cerveza.

Un niño pequeño se abrió paso por la puerta por la que ella acababa de salir llevando tres cuencos de madera en equilibrio en las manos. Parpadeó al acercarse a mí, y el olor a estofado hizo que mi estómago rugiera.

Tampoco me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba.

—Señora. —Agachó la cabeza antes de deslizar uno de los cuencos delante de mí.

—Adara. —Agarré la cuchara rápidamente y me la llevé a la boca llena del guiso caliente. El chico me observó mientras colocaba los otros dos cuencos a mis lados.

—Me llamo Ren.

—Encantada de conocerte, Ren. —Observé al chico, que estaba cubierto de mugre y hollín. Estaba sucio, pero parecía sano. Los músculos de su pequeño cuerpo delataban la vida que llevaba.

—Lo mismo digo. —Miró por encima del hombro hacia donde Evren estaba cogiendo una llave de manos de la mujer—. ¿Estás con el capitán?

—Sí. —Asentí y di otro bocado. El sabor era divino y la carne, tierna—. Está delicioso.

—Gracias. —Ren se sonrojó—. Puedo traerte otro plato. Lo he hecho yo mismo.

—Es muy amable por tu parte, Ren, pero no debería. — Di otro gran bocado y cerré los ojos al sentir cómo el guiso me calentaba el estómago.

—Hola, Ren. —La voz de Jorah captó mi atención y abrí los ojos justo a tiempo para verlo sentarse a mi lado—. ¿Cuál es el plato del día?

—Guiso de conejo con tubérculos. —Ren sonrió, orgulloso.

—Está increíble. —Señalé mi plato ya casi vacío con la cuchara.

—Eso parece —rio Jorah antes de coger su propio cubierto—. Pero suele estarlo.

—¿Adónde vais, capitán? —Ren se movió, inquieto, cuando Evren se acercó a la mesa y dejó los grandes vasos en el centro.

—No puedo contarte todos mis secretos, Ren. ¿Qué clase de capitán sería entonces?

—No lo había pensado. —Ren se rascó la barbilla y sus ojos brillaron de admiración mientras miraba a Evren.

Evren le revolvió el pelo a Ren con la mano antes de apartar la silla.

—Sigue entrenando. Algún día serás un gran capitán.

Evren le lanzó una moneda y Ren la atrapó y esbozó una amplia sonrisa. Corrió detrás de la barra y habló con la mujer que supuse que era su madre.

—Ha sido un detalle.

—Él es amable con nosotros. —Evren le tendió a Jorah una cerveza y deslizó la otra hacia mí—. ¿Por qué no iba a corresponderle?

—Hay muchos hombres en este mundo que no corresponden a la amabilidad.

—Bueno, yo no soy uno de esos hombres. —Se encogió de hombros como si su respuesta fuera así de sencilla, pero no lo era. Evren lo había dicho con mucha sencillez, pero significaba mucho más de lo que él se daba cuenta. Formaba parte de la familia real que yo odiaba, pero había empezado a confiar en él más de lo que había confiado en nadie en toda mi vida—. Bebe un poco de cerveza. —Me la acercó más antes de dejar una llave delante de Jorah—. Después nos iremos todos a dormir un rato.

—¿Dónde está mi llave? —Extendí la mano y Jorah se atragantó con la cerveza.

—Aquí. —Evren sostenía la llave en la mano, pero la retiró cuando intenté cogerla—. Ni hablar, princesa. Compartimos habitación.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensarlo y me obligué a no recordar el deseo que sentía por él. Necesitaba pensar, intentar darle sentido a lo que ocurría, y no podía hacerlo con él en la misma habitación.

—Quiero mi propia habitación. —Apreté las manos contra los muslos mientras hablaba.

—Solo hay dos disponibles, y ya las he cogido.

—Entonces, te quedarás con Jorah. —Señalé con la cabeza al guardia, que estaba comiendo su guiso en silencio.

—Eso no va a pasar. —Evren negó con la cabeza y le dio un bocado a su comida.

—¿Por qué no?

—Porque acaban de atacarnos, joder, y no voy a perderte de vista ni un solo instante, princesa. Puedes quedarte conmigo, o podemos quedarnos los tres juntos. Esas son las dos únicas opciones.

Me miró fijamente y yo no aparté la vista de él. Sabía que estaba siendo razonable, pero yo no quería serlo. Quería exigirle que me dejara en paz aunque todo mi cuerpo me gritaba para que me quedara con él.

Me llevé la cerveza a la boca y le di un largo trago; me limpié los labios con el dorso de la mano.

—¿Puedo al menos irme a la habitación mientras vosotros dos termináis de comer, o eso también va en contra de las normas del gran capitán?

Jorah se echó a reír, pero lo disimuló rápidamente con una tos.

—Ve derecha a la habitación. —Evren me tendió la llave—. Y recuerda, si intentas huir, te encontraré.

La tentación de decirle que no podía huir de nuevo aunque quisiera era abrumadora, pero no iba a confesar tal cosa cuando él ya tenía más de mí de lo que jamás había tenido intención de dar.

—Entendido. —Le arrebaté la llave de la mano antes de levantarme. Observó cada uno de mis movimientos mientras empujaba la silla hacia atrás y rodeaba la mesa.

—Arriba. —Señaló hacia las escaleras—. La segunda puerta a la derecha.

Asentí y subí rápidamente por la vieja escalera de madera. Crujió bajo mi peso, pero aguantó hasta que por fin llegué arriba. Había cuatro puertas en el pasillo. Dos a la derecha y dos a la izquierda. Todas parecían idénticas, salvo por los distintos grados de desgaste; introduje la llave de latón en la cerradura de la segunda y empujé para abrirla.

La habitación era pequeña y la mayor parte del espacio lo ocupaban una cama diminuta y una bañera de cobre. Fui junto a la bañera y me quedé mirándola, con todo el cuerpo dolorido.

Me quité las botas, las coloqué al pie de la cama, saqué la daga y la dejé sobre la colcha. Mi ropa estaba sucia y rasgada, y tenía restos de mi sangre y de la de Evren.

Sentí una necesidad desesperada de quitármela y meterme en la cama desnuda, pero eso no era posible. A menos que lograra de alguna manera bloquear la entrada con la bañera.

Se oyó un suave golpe en la puerta y di un respingo. Me puse la mano contra el pecho, entreabrí la puerta y vi a la mujer de abajo.

—He pensado que quizá te apetecería cambiarte de ropa. —Sostenía en las manos un vestido blanco de algodón y una toalla—. Y Evren me ha dicho que te gustaría que te preparara un baño.

—Eso sería estupendo. —Abrí la puerta más y ella agachó la cabeza al entrar—. Gracias.

—De nada. —Se sonrojó y dejó las prendas sobre la cama—. Si dejas la ropa sucia fuera, la mandaré limpiar y remendar, y la tendrás lista antes de que te despiertes.

—No tienes por qué hacerlo. —Negué con la cabeza.

Ella levantó una mano y el agua brotó de la pared como una cascada.

—No es molestia. El capitán nos paga más de lo que nos corresponde cuando se aloja aquí. Es un honor para mí cuidar de su invitada.

—Bueno, gracias. —Me crucé de brazos—. No tengo dinero, pero sí puedo ofrecerte mi gratitud.

La mujer me miró fijamente un momento, como si intentara descifrarme, luego su rostro se suavizó antes de volver a concentrarse en la bañera. El agua del interior echó vapor cuando vertió un aceite que sacó del bolsillo de su delantal.

—Esto debería aliviarte los músculos. —Volvió a tapar el frasco antes de sacar otro lleno de lo que parecían hierbas y flores—. Y esto debería ayudar con el capitán.

—¿Ayudar cómo? —me reí, y ella me sonrió por encima del hombro.

—Como tú quieras. —El aroma se extendió por la pequeña habitación; el vapor se arremolinó por todo el espacio, y yo inspiré hondo para relajarme.

—Estoy prometida al príncipe heredero de Citlali —le dije, y ellaladeó la cabeza.

—Sin embargo, él no es quien tiene tu corazón. —No era una pregunta, pero aun así sentí la necesidad de responderle.

—Mi corazón me pertenece a mí y solo a mí.

—Eres una chica valiente, pero tonta. —Guardó su último frasco en el delantal antes de hacer desaparecer el chorro de agua con un

gesto. Este se desvaneció al instante, como si nunca hubiera estado allí—. El amor nos vuelve tontos.

No le respondí porque no sabía qué decir. ¿Amor? No estaba enamorada del hombre que estaba sentado abajo bebiendo cerveza. Lo deseaba más de lo que había deseado a nadie antes, pero eso no era amor.

—No estoy enamorada. —Me aparté para dejarle sitio cuando se dispuso a pasar a mi lado.

Ella dudó con la mano en la puerta.

—Deja la ropa fuera. El jabón está junto a la bañera. — Luego abrió y salió sin decir nada más.

Me desvestí lentamente, con cuidado de mantenerme a cubierto por si acaso tenía más visitas, y luego metí un dedo del pie en la bañera. Estaba deliciosamente caliente, y suspiré al sumergirme en ella; tiré la camisa al montón de ropa que ya había en el suelo.

El vapor se elevaba de la superficie del agua; cogí aire y me sumergí lentamente. Cerré los cuando el agua me envolvió e intenté despejarme la mente. Pero ya me ardían los pulmones y seguía pensando solo en Evren y en lo que estaba haciendo en ese bar en ese momento. ¿De qué hablaban Jorah y él? ¿Estaban trazando una estrategia? ¿Estaban hablando de mí? ¿Había visto Jorah cómo le suplicaba a Evren que me tocara en medio del bosque?

Salí disparada del agua y jadeé en busca de aire. Me pasé las manos por la cara, me quité el agua de los ojos y miré mi cuerpo. Tenía moratones por toda la piel, y no sabía cuántos de ellos eran de mi noche con Gavril y cuántos eran nuevos, del ataque.

Froté suavemente la suciedad de mi piel con los dedos, hasta que la marca de la muñeca captó mi atención; la saqué del agua para verla mejor. Siete puntos de luz estelar bailaban sobre la piel oscura. Ya no podía distinguir la cicatriz de Gavril que había debajo, pero seguía ahí, solo que oculta bajo la marca de Evren.

Recorrí la luz de las estrellas con los dedos, uniéndolas a lo largo de mi piel como si fueran pecas. Mi madre había hecho eso una vez con las marcas de mi cara. El pensamiento me enfureció y me entristeció a la vez.

—¿En qué estás pensando? —El agua salpicó fuera de la bañera cuando grité, y Evren se rio entre dientes, levantando las manos en señal de rendición—. Joder, no era mi intención asustarte. —Estaba tumbado en la cama con la espalda apoyada en el cabecero de madera, y parecía muy a gusto ahí, mirándome.

—¿Cuándo has entrado aquí? —Me tapé los pechos con el brazo, lo que le hizo sonreír—. ¿Has usado tu magia para hacerlo?

—No. —Movié en el aire sus dedos manchados de negro—. He usado estas manos para abrir esa puerta mientras tú, al parecer, disfrutabas de un momento bajo el agua. No es culpa mía que no miraras a tu alrededor.

—Vete.

—Prefiero quedarme a mirar. —Sonrió con aire burlón y se pasó un brazo por detrás de la cabeza—. La vista es perfecta desde aquí. —Me moví en la bañera para darle la espalda, y oí cómo inspiraba profundamente—. Dioses. —Se levantó de la cama y se acercó a mí.

—¿Qué estás haciendo? —Apreté el brazo con más fuerza contra mis pechos y junté los muslos. Él todavía llevaba puestos sus pantalones negros, pero se había quitado las botas y se había desabrochado los botones superiores de la camisa.

—Tu espalda. —Me tocó el hombro y me puse tensa—. Tiene muy mal aspecto.

—Gracias.

—No me refiero a eso. —Se arrodilló junto a la bañera y me rozó el hombro con la punta de los dedos—. Eres impresionante, pero estás magullada. Si pudiera volver atrás y matarlo de nuevo, lo haría.

—¿Quieres decir que mi marca es impresionante? — pregunté; cogí un poco de agua con las manos y la dejé caer por mis rodillas.

—No, princesa. Me refiero a ti. Con o sin esas marcas, eres lo más hermoso que he visto en mi vida. —Me volví hacia él, y su expresión era de absoluta sinceridad—. Por favor, déjame cuidar de ti. —No esperó mi respuesta. Se desabrochó las mangas de la camisa y las subió lentamente por sus brazos. Luego cogió el jabón y se lo echó en las manos—. Tengo que cuidar de ti después de haber dejado

que esto pasara. —Mojó las manos en el agua, empapándolas, y las restregó una contra otra.

—No ha sido culpa tuya.

—Sí que lo ha sido. Soy más responsable de estos moretones en tu cuerpo de lo que crees.

No era cierto, pero si necesitaba esto para aliviar su conciencia, iba a concedérselo.

Me aparté el pelo de la espalda para que pudiera pasarme las manos enjabonadas por la piel. Era una sensación divina que me tocara con tanto cuidado y precisión. Se echó más jabón en las manos y las llevó a mi cabello.

Me mordí el labio cuando llegó al punto donde me habían arrancado el pelo del cuero cabelludo, pero hice todo lo posible por no dejarle ver que me había hecho daño.

—¿Has lavado a muchas mujeres antes? —Me reí en voz baja mientras él se desplazaba hacia las puntas de los mechones húmedos y les echaba el jabón.

—No. Tú eres la primera. —Sonrió—. Nunca hasta ahora había querido cuidar de alguien así.

Sentí una punzada en el pecho e intenté no darle más importancia de la que tenía a lo que estaba diciendo.

—Te tomas tu deber muy en serio, capitán. —Me miró a los ojos y me soltó el pelo sobre la espalda; el impulso de echarme hacia atrás y besarlo fue abrumador.

—Así es. —Asintió; su mano se deslizó detrás de mi cuello y volvió a mi pelo. Me hizo echarme más hacia abajo, cogió agua y la dejó caer en cascada sobre mi cabello—. Pero lo que siento por ti no tiene nada que ver con el deber, princesa. —Tragué saliva con dificultad y aparté la vista de él mientras terminaba su trabajo. Odiaba cada palabra que pronunciaba. No podía querer eso entre nosotros. No podía tenerlo. Al final, solo íbamos a conseguir hacernos daño, porque, independientemente de lo que él dijera, yo no era más que la Astraluz y él era el capitán de la guardia real. Se mirara como se mirase, nuestros destinos no iban a encajar. Me levantó la cabeza, hizo que apoyara el cuello contra la parte posterior de la bañera y se echó más jabón en las manos. Bajé los

brazos tímidamente, y me enjabonó los hombros—. ¿Cómo tienes la muñeca? —Me la levantó y pasó suavemente el jabón sobre la nueva cicatriz.

—Está mejor. —Las marcas que había dejado allí cobraron vida cuando sus dedos se deslizaron sobre ellas—. Está mucho mejor que antes.

—La luz de las estrellas te sienta bien. —Cogió agua y me limpió la espuma—. Nunca he conocido a otra Astraluz más digna de llevar estas marcas.

—Me resulta extraño tener unas nuevas. —Levanté la mano y contemplé las marcas de mi muñeca—. Son diferentes a las otras.

—¿En qué sentido? —Me enjabonó el otro brazo, atento a lo que tenía que decir.

—Las marcas de mi espalda y mi cara son parte de mí. No son diferentes de mi piel o mi pelo, a pesar de cómo la gente quiera usarlas, pero estas nuevas marcas, son yo y a la vez no lo son. También son parte de ti.

Sus manos se detuvieron en mi brazo durante un largo momento.

—¿Qué quieres decir con que son parte de mí?

Me mordí el labio, pensando en cómo explicarlo.

—Siempre he podido sentirte a través de las marcas de mi cara y mi espalda. —Me toqué la cara y Evren se puso a enjabonarme el cuello y el pecho—. Cada vez que me tocas o usas tu magia, puedo sentirte a través de mis marcas más que en cualquier otro sitio. Pero las nuevas es como si se encendieran al percibirte, como si te reconocieran antes incluso de que yo tenga la oportunidad de saber que estás ahí.

Evren se quedó mirando fijamente el agua durante mucho tiempo, con las manos inmóviles sobre mi pecho.

—¿Te pasa esto con alguien más?

—Puedo sentir a otros. A otros con magia. —Negué con la cabeza—. Pero no es lo mismo.

—¿Y con mi hermano?

—Puedo sentirlo, pero no es ni parecido. Todos los demás son insípidos en comparación contigo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Evren, que no apartó la vista del agua.

—No puedes decirme cosas así, princesa.

—Es la verdad.

—No importa. —Sacudió la cabeza, bajó la mano y me acarició el pecho desnudo—. Oír eso me hace querer cubrirte con mis marcas. Quiero que todo el maldito mundo sepa que tu piel está adornada por mí y solo por mí. —Jadeé cuando me pellizcó el pezón—. No quiero que nadie te mire y no sepa que eres mía.

—Pero no soy tuya, Evren. —Apoyé la cabeza contra la bañera mientras él me masajeaba el pecho.

—Y una mierda que no lo eres. —Su mano se ahuecó en mi sexo—. Me perteneces por entero. Y que le den al resto del mundo, princesa. —Su dedo se deslizó entre mis pliegues, y yo gemí cuando me rozó el clítoris—. Hasta tu cuerpo lo sabe. Me llama como si entonara una puta plegaria. —Levanté las caderas para perseguir la caricia y él gruñó. Me rodeó el muslo y me sacó de la bañera, goteando agua. Se tumbó de espaldas en el suelo, junto a los pies de la cama, e hizo que me sentara a horcajadas sobre su regazo, con el pecho pegado al suyo, y entre mis muslos pude sentir lo desesperadamente que me deseaba—. Dioses, princesa. Me vuelves loco. —Me metió la mano en el pelo empapado y acercó mi rostro hacia el suyo. Me besó, con fuerza y a fondo, y yo correspondí con igual intensidad. Éramos labios, lengua y dientes, y se hizo imposible distinguir dónde empezaba uno y dónde terminaba el otro. Contoneé mis caderas contra las suyas mientras me besaba; la humedad entre mis muslos no tenía nada que ver con el baño, y Evren gimió. Me echó el pelo hacia atrás y dejó mi cuello completamente expuesto ante él; lo recorrió con la nariz, inhalando mi aroma, y después puso sus labios sobre él y lo saboreó. Con la otra mano me apretó el trasero y me animó a seguir restregándome contra él. Me mordió con tanta fuerza que creí que iba a hacerme sangrar—. No tienes ni idea, Adara... —me susurró en el cuello mientras yo aceleraba el movimiento—. Podría alimentarme de ti ahora mismo y que este sufrimiento acabe para los dos. Podría darte más placer del que eres capaz de imaginar.

—¿Qué? —Me tembló la voz; no entendía lo que estaba diciendo.

—¿Recuerdas esa necesidad que sentiste en el bosque? Solo piensa en lo buena que sería mientras follamos. Piensa en mi magia corriendo por tu sangre mientras estoy profundamente enterrado dentro de ti.

Temblé contra él, persiguiendo el éxtasis. Deseaba sentir todo eso. Lo temía, pero, por los dioses, lo deseaba.

—Te deseo —susurré, y sus manos se aferraron a mi pelo.

—Me tienes, princesa. Para lo que quieras. —Me besó de nuevo y yo llevé mis dedos temblorosos a su camisa. Manoseé los botones, nerviosa, pero muriéndome por quitársela, y Evren no me metió prisa. Me apartó el pelo de la cara y yo desabroché los botones hasta su abdomen y le saqué la tela de los pantalones.

Se la bajé por los hombros, dejando al descubierto su torso, y recorrí lentamente su piel con las manos.

—¿De qué son estas cicatrices? —Deslicé los dedos por la piel marcada y él soltó un suspiro áspero.

—Demasiadas batallas —dijo con naturalidad—. Cada una deja una cicatriz.

Lo miré a los ojos y supe que se refería a algo más que a lo que había quedado en su piel. ¿Qué había pasado? ¿Para qué lo habían utilizado? ¿Qué atormentaba su alma?

—Odio a la reina. —Me eché hacia delante y le besé la cicatriz más grande.

—Yo también.

—Y a tu hermano. —Dije la verdad que ya sabíamos los dos. Evren gimió y sus manos se ciñeron más a mí. Sus ojos me suplicaban, pero su boca se mantuvo en una línea severa—. Sé que es tu familia y que estoy destinada a casarme con él, pero lo odio.

—Lo sé. —Asintió, pero no expresó el mismo sentimiento—. Joder, ya lo sé.

—Pero no quiero pensar en ellos. —Deslicé las manos por su pecho y le rodeé la nuca—. Quiero que me hagas olvidar que existen.

Evren me besó de nuevo, esa vez con más urgencia, y me abrazó. Hundí las manos en sus hombros y me aferré a él cuando se levantó

del suelo llevándome consigo.

Me llevó con facilidad hasta la cama y me dejó caer de espaldas sobre el colchón. Me besó el hombro antes de ir bajando lentamente por mi torso, y yo jadeé cuando puso su boca en mi pezón endurecido.

—Eres mía, princesa. —Su boca rozó mis costillas antes de morderlas suavemente, lo que me hizo retorcerme—. Me perteneces entera.

Asentí, aunque los dos sabíamos que no era cierto. En ese momento no tenía cabida la realidad. Se trataba de nosotros y de todo lo que deseábamos que fuera verdad.

Me besó el vientre, bajó aún más y me recorrió las caderas con la lengua.

—¡Evren! —grité su nombre mientras me retorcía contra él.

Levantó la cabeza y sopló lentamente sobre mi sexo.

—¿Sí, princesa?

—Te necesito.

—Entonces dime que eres mía. —Otro soplido lento y agonizante—. Dime que eres mía y te daré todo lo que quieras.

—Soy tuya. —Le pasé los dedos por el pelo e intenté moverlo hacia donde más lo necesitaba—. Siempre seré tuya. —Evren soltó un gruñido grave y aterrador, puso las manos en mis piernas, hizo que las levantara y me las separó hasta lo imposible, hasta que mis rodillas se pegaron a la cama y quedé completamente expuesta ante él, que no dudó en pasarme la lengua por encima—. Ay, dioses. —Intenté levantar las caderas, pero Evren me mantuvo en mi sitio.

Se metió mi clítoris en la boca sin apartar la vista de mí, y fue lo más erótico que había contemplado en toda mi vida. Ese hombre no era mío. Estaba destinado a no ser nada más que mi guardaespaldas, pero verlo devorándome era más de lo que jamás podría haber deseado.

Mis marcas vibraban en mi piel y la misma sensación se acumulaba en mi vientre, fluyendo a través de ellas, y todo era abrumador.

Evren levantó la mano, la deslizó por mi cuerpo y la tensó alrededor de mi cuello.

—Chupa —me ordenó, llevando dos dedos a mi boca. Obedecí: pasé la lengua por ellos y los chupé profundamente; Evren gimíó contra mi sexo.

Sacó los dedos de mi boca, los volvió a bajar entre mis piernas y los deslizó dentro de mí, sin vacilar. Ya no estaba siendo delicado en absoluto, y yo eché la cabeza hacia atrás contra la cama mientras él los deslizaba dentro y fuera de mí una y otra vez.

No creía que pudiera aguantar mucho más; todo lo que hacía me inundaba de placer. Pero entonces curvó los dedos dentro de mí mientras me lamía el clítoris, y grité lo bastante fuerte como para que cualquiera en la taberna de abajo pudiera oírme, pero me dio igual. El placer que me estaba dando era demasiado.

—Joder. —Evren me mordió el muslo y me dio un beso en la marca de la estrella; otra oleada de placer me atravesó—. Necesito estar dentro de ti, Adara.

—Por favor... —Evren se puso de pie y se quitó los pantalones rápidamente. Se los bajó por las piernas y los tiró al suelo a patadas; me agarró por detrás de las rodillas y me llevó hacia el borde de la cama.

Se agarró la erección y me quedé mirando lo dura que estaba en su propia mano; me dobló la rodilla y la pegó contra su pecho para pasar su pene por la humedad de mi sexo, y yo me retorcí cada vez que la punta rozaba mi clítoris.

—¿Estás segura, princesa? —Me miró a los ojos, tragó saliva y me di cuenta de que apenas conservaba un ápice de control. Asentí y él me tapó la boca con la mano—. Eso no es suficiente. —Pegó su pene más a mí—. Necesito que me lo digas. Necesito que me digas que lo deseas tanto como yo te deseo a ti. Si no, no lo haré.

—Te deseo, Evren. —Extendí la mano hacia él y entrelazó sus dedos con los míos—. Eres lo único que deseo.

La mirada de Evren se oscureció y me dio un beso en los nudillos; se agachó y me dio otro en la parte baja del estómago. Se irguió y puso su erección ante mi entrada.

Se quedó allí apenas un instante que a mí me pareció una eternidad. Podía ver la indecisión en su mirada, o tal vez fuera culpa, pero su deseo por mí se impuso a cualquier otra emoción que

estuviera sintiendo. Se deslizó lentamente dentro de mí y yo jadeé mientras intentaba adaptarme a su tamaño.

Me abrió poco a poco, y fue muy tierno al hacerlo.

—¿Estás bien? —Asentí porque no podía pronunciar palabra; el dolor me atravesaba cada vez que se movía, pero poco a poco fue mudando en placer con sus caricias—. Ya casi estoy. —Gimió mientras empujaba un poco más—. Dioses, qué estrecha eres. —Pegó su frente contra mi cuello cuando estuvo completamente dentro de mí, y nuestras respiraciones aceleradas se mezclaron, así como el placer y el dolor, en una amalgama perfecta. Y aunque todavía me dolía mucho, estaba desesperada por que se moviera. Contoneé las caderas y gemí al sentirlo profundamente en mi interior—. Joder, princesa. —Evren soltó un suspiro, besándome el cuello—. No vuelvas a hacer eso, joder, o no voy a poder ser delicado contigo.

—No quiero que lo seas. —Le tiré del pelo y lo obligué a mirarme—. Por favor, no me trates como si fuera frágil. No soy la Astraluz. Soy tuya.

Evren se deslizó fuera de mí casi hasta la punta y volvió a penetrarme con fuerza. Puse los ojos en blanco, invadida al mismo tiempo por el placer y el dolor.

Evren me agarró la cabeza para acercarla a él y me besó con rudeza mientras me penetraba una vez más.

—¿Te gusta así?

—Sí —jadeé, y le mordí el labio inferior. Evren besó la marca de las estrellas de mi mejilla, que prácticamente ronroneó bajo su tacto, y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Nunca he visto nada más hermoso. —Se incorporó hasta quedar de rodillas al borde de la cama y me sujetó mirando el lugar donde nos uníamos—. Nada más perfecto. —Me penetró con fuerza y me acarició el clítoris; yo levanté las manos para acariciarme los pechos—. Puede que las estrellas te hayan bendecido, princesa, pero, joder, estás hecha para mí. Y a la mierda con el destino.

Evren se retiró completamente de mí y luego hizo que me diera la vuelta y me quedara boca abajo. Apoyé las manos contra la cama, sin saber muy bien qué pretendía hacer, hasta que me agarró de las

caderas y tiró de mí para que quedara de rodillas, con la cara contra la cama.

—Evren. —Sabía que podía oír el ligero pánico en mi voz por la forma en que sus manos me acariciaban suavemente la espalda.

—Estoy contigo, princesa. —Sus palabras sonaron amortiguadas cuando pasó la lengua por mi sexo, y mis rodillas amenazaron con doblarse bajo mi peso—. Sabes a pecado.

Apartó la boca de mí; miré por encima del hombro y vi que se había erguido y estaba pasando las manos por mis nalgas. Me acarició, me abrió, y cerré los ojos cuando sentí su erección deslizándose dentro de mí una vez más. Se empujó dentro de mí con fuerza y levanté las caderas para recibirlo. Me acarició la columna, recorriendo las marcas de las estrellas, y algo dentro de mí se removió; era una sensación más fuerte que jamás había notado, y me mordí el labio mientras intentaba concentrarme en lo que estaba haciendo—. Dios mío, te siento. —Movié las caderas y otra oleada de placer me invadió—. Es como si tu cuerpo me reconociera.

Tenía razón. Desde la primera vez que nos vimos había sido como si mis marcas lo conocieran mejor que yo.

—Evren, estoy a punto. —Me aferré a las sábanas cuando volvió a clavar en mí y otro gemido se escapó de mis labios.

—Lo sé. —Me recorrió la columna con el pulgar y me temblaron las piernas—. Déjate llevar, princesa. Déjame sentir cómo te derrites conmigo dentro. —Hice lo que me ordenó y ahugué mis gritos contra las sábanas mientras me embestía una y otra vez. Podía sentir su semilla llenándose mientras me ceñía a su alrededor. Evren rugió a mi espalda y sus manos se clavaron en mis caderas. Cada caricia me empujaba más allá. Cada gemido arrancaba más placer de mi cuerpo. Me derrumbé sobre la cama y Evren apoyó la frente en mi espalda mientras intentaba recuperar el aliento—. ¿Estás bien? —Me besó la columna vertebral y un nuevo escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Estoy mejor que bien. —Asentí.

—Yo también, princesa. —Se dejó caer a mi lado en la cama y me tapó con las sábanas. Me acarició la cara, mirándome a los ojos, y

yo quise quedarme ahí para siempre. No quería pensar en lo que iba a ocurrir cuando saliéramos de esa habitación—. Yo también.

18

Me desperté con un suave golpe en la puerta y el sonido de unas voces amortiguadas. Me subí la manta y sentí la tela como una caricia sobre mi piel completamente desnuda. Abrí los ojos justo cuando Evren cerraba la puerta. No llevaba puesto nada más que unos pantalones abrochados solo hasta la mitad y tenía el pelo revuelto por el sueño. En sus manos había una bandeja con comida y de sus brazos colgaba mi ropa.

—Buenos días —murmuró al darse cuenta de que lo miraba.

—Buenos días. —Gemí mientras me incorporaba en la cama hasta quedar sentada. Sentía un ligero dolor entre los muslos que me recordaba lo que habíamos hecho la noche anterior, aunque no lo necesitaba: todavía sentía un hormigueo en todo el cuerpo al pensar en cómo me había tocado.

—Gadira te ha traído la ropa. —La dejó caer sobre la cama a mi lado y me tendió una bandeja llena de bollos y carne—. Y el desayuno.

Me llevé un trozo de carne frita a la boca y gemí cuando el sabor inundó mi lengua. Estaba muerta de hambre.

—¿Hoy vamos a seguir el viaje?

—Sí. —Evren asintió, se sentó en el borde de la cama y se calzó las botas—. Tardaremos otros dos días en llegar a Nabál. Jorah ha enviado un mensaje al palacio esta mañana.

—¿A Gavril?

Evren se puso tenso al oír su nombre y tardó un buen rato en responderme.

—Sí, princesa. A Gavril.

Sentí un dolor en el pecho y se me revolvió el estómago al pensarlo. Por supuesto que le había enviado un mensaje a su

hermano. Era el capitán de su guardia, y yo era su trabajo, así que no sabía por qué me parecía una traición.

—¿Y has recibido noticias del ataque a la capital? ¿De lo que está pasando allí?

—No. —Sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo—. Nadie en el pueblo ha oído hablar de ningún ataque.

—Eso es bueno, ¿no?

—O muy malo. —Se puso de pie y se abrochó los pantalones sin mirarme—. En cualquier caso, no tengo forma de saberlo a menos que nos lleguen más noticias. Ahora mismo, estamos a ciegas.

—¿Quieres regresar? —Me subí las mantas hasta el pecho para protegerme de su respuesta.

—¿Qué? —Por fin se volvió para mirarme—. Nos fuimos para protegerte. No puedo llevarte de vuelta.

—No me refería a mí, sino a ti. —Señalé con la cabeza en su dirección—. Jorah puede acompañarme el resto del camino. Veo que te molesta no estar ahí.

Evren me miró fijamente durante un largo rato, y yo me retorcí bajo su escrutinio.

—Crees que preferiría estar allí antes que aquí, contigo.

—Creo que eres el capitán de la guardia real.

Tensó la mandíbula y entrecerró los ojos.

—Soy mucho más que eso, princesa.

—Lo sé.

—¿De verdad? —Ladeó la cabeza, se echó sobre la cama y apartó la bandeja del desayuno—. Pues a mí me parece que necesitas que te lo recuerde. —Metió la mano bajo la manta, me agarró el tobillo y tiró de mí hacia él. Chillé e intenté taparme, pero fue en vano. Evren me quitó la manta y dejó mi cuerpo desnudo a su vista; se pasó la lengua por los labios—. ¿Dónde quieres que te lo recuerde, princesa? —Mojó los dedos en un pequeño tarro de miel que acompañaba a los pasteles, y yo jadeé cuando los puso encima de mí y dejó que la sustancia pegajosa gotease sobre mis pechos—. ¿Aquí?

—¿Qué estás haciendo? —Intenté taparme los pechos, pero él me agarró la mano y la hundió en la cama a mi lado.

—Estoy recordándote las cosas que te dije anoche. Parece que se te han olvidado. —Más miel goteó de sus dedos por mi esternón hasta mi ombligo—. Quiero asegurarme de que lo tienes muy claro antes de que salgamos de esta posada.

—Lo entiendo —refunfuñé, pero Evren no me escuchaba.

—No, princesa. No lo entiendes. —Bajó la mano aún más, y la miel goteó de ella sobre mi sexo—. O no pensarías ni por un momento que podría dejarte. —La miel se deslizó lentamente por mi piel hasta llegar a mi pubis—. Y estaré encantado de dejarte las cosas claras. —Se llevó los dedos cubiertos de miel en la boca y chupó las pruebas de lo que acababa de hacer.

Luego, muy lentamente, se arrodilló ante mí y deslizó los brazos bajo mis muslos.

—Evren, tenemos que prepararnos. —Me temblaba la voz por la anticipación de lo que estaba a punto de hacer.

Me dio un suave beso en la cara interna del muslo y me levantó las caderas. Hundí los dedos en el colchón sin poder apartar la vista de él.

—Lo único que tengo que hacer ahora mismo es averiguar si esta miel sabe aún más dulce en tu sexo. —Pasó la lengua para recoger la miel y yo cerré los ojos con fuerza, poseída por la vergüenza—. Mírame, princesa— gruñó, y obedecí de inmediato—. Quiero que me mires mientras te doy placer con la boca. No quiero que conserves ni un ápice de duda sobre lo que deseo. —Lamió hasta la última gota de miel de mi piel, pero evitó el lugar donde más lo necesitaba. Deslizó los dientes por mi bajo vientre y yo gemí de frustración cuando su boca subió hacia mi estómago—. ¿Qué te pasa, princesa? —Se rio entre dientes contra mi piel, pero me negué a darle lo que quería. No iba a suplicarle por el placer que me estaba negando. Hundí la cabeza en el colchón cuando su lengua se sumergió en mi ombligo—. Dioses, eres tan dulce... —murmuró contra mi piel, y me temblaron las piernas temblaron en sus manos. Bajó la cabeza, justo sobre mi sexo, y mi estómago se tensó de anticipación—. Pídeme lo que quieras, princesa. Dime qué es lo que necesitas.

—A ti —gemí—. Te necesito.

Se sumergió en mi carne con fuerza y rapidez, devorándome como un hombre hambriento, y grité; la tensión se acumulaba entre mis muslos y moví las caderas contra su boca, demasiado desesperada para quedarme quieta.

—Eres una buena chica. Restriégate contra mi cara como si siempre hubieras estado destinada a ser mía.

—Ah, dioses. —Me aferré a las sábanas mientras sus palabras y su boca me consumían. El placer me invadió, rápido y arrollador, y supe que estaba a punto de caer por el precipicio.

—Evren.

—Así, princesa. —Sus palabras vibraron contra mi cuerpo y volvió a chuparme el clítoris—. Que todo el puto reino sepa a quién perteneces. —Apreté mis muslos contra su cabeza mientras el placer me atravesaba, pero él no se detuvo. Me tapé la boca con la mano, tratando de ahogar mis gemidos mientras él seguía prolongando mi placer. Tomó y tomó, hasta que apenas pude respirar, y solo entonces se puso de pie y pasó el pulgar por los labios para llevarse a la boca la humedad que los cubría—. Estás toda pegajosa, princesa. —Pasó ese mismo pulgar a lo largo de la marca en forma de estrella de mi muslo, y yo me estremecí de nuevo—. Voy a prepararte un baño.

Levantó la mano y un humo negro salió disparado de sus dedos en un remolino y rebotó por la habitación; el agua brotó de la pared y Evren miró su mano como si estuviera confundido por su magia.

Las yemas de sus dedos seguían manchadas de negro, y no estaba segura de por qué me gustaba tanto ese aspecto. Él había dicho que era el precio de su magia oscura, pero a mí me parecía que tan solo lo caracterizaba.

—Rara vez usas tu magia —señalé en voz alta, y Evren me miró.

—La uso cuando lo necesito.

—¿La usaste con esos hombres que estaban colgados en las puertas?

—No. —Negó con la cabeza y me tendió la mano. Puse mi mano en la suya sin dudar, y él me ayudó a levantarme de la cama—. Lo que les hice a esos hombres fue con mis propias manos.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero él apenas pareció darse cuenta mientras me llevaba al baño y me ayudaba a entrar en la bañera.

—¿Sabe la reina lo que les hiciste a esos hombres? —Me sumergí en el agua y él se agachó hasta que su rostro quedó muy cerca del mío.

—Creo que a la reina le preocuparía mucho más lo que te he hecho a ti, princesa. —Me besó suavemente antes de separarse—. Pero me importa una mierda lo que piense la reina.

19

Nos habíamos alejado del pueblo tras despedirnos de Ren, pero parecía que de eso habían pasado horas. Con cada paso poníamos más distancia con el palacio, pero de alguna manera sentía que me acercaba a mi perdición. Evren le había enviado un mensaje a Gavril, y yo no tenía ni idea de lo que le había dicho. ¿Gavril iba a ir a buscarnos a Nabál una vez que la amenaza hubiera pasado?

La mano de Evren se tensó a mi alrededor como si pudiera sentir los pensamientos que me rondaban por la mente.

—¿Tenemos que parar?

—No. —Negué con la cabeza rápidamente y apreté las manos en el pomo de la silla de montar para evitar recostarme hacia él. No quería sentirme demasiado cómoda ni acostumbrarme demasiado a lo que estaba pasando entre nosotros.

—¿Estás segura? Se te ha tensado la espalda. ¿Te duele algo?

Sí, y cada vez más con cada paso que dábamos, pero eso no era lo que me preocupaba.

—Estoy bien, Evren. Solo estoy deseando llegar.

Se quedó en silencio durante un largo rato detrás de mí, y pensé que iba a dejarlo correr; miré a Jorah: estaba vigilando la línea de árboles con atención mientras viajábamos; se había tomado el último ataque tan a pecho como Evren.

—¿Estás enfadada por lo que ha pasado en la posada? — Evren carraspeó y un escalofrío me recorrió la espalda—. No era mi intención hacerte daño. No debería haber...

—No me has hecho daño. —Negué con la cabeza y me volví para mirarlo por encima del hombro—. Ya te he dicho que lo deseaba.

—Entonces, ¿qué pasa? —La necesidad de decirle que me moría por marcharnos y no regresar jamás estaba en la punta de mi lengua. Si Evren me lo hubiera pedido lo habría hecho sin dudarlo; lo

habría seguido a dondequiera que estuviera dispuesto a llevarme, siempre que fuera lejos de nuestros deberes y destinos.

—¿Qué papel tendré como reina de Gavril?

Se quedó paralizado por mi pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Gavril está destinado a gobernar tanto el reino de las hadas como el de los humanos, ¿no es así? —Pensé en el hogar que había dejado atrás.

—Así es.

—¿Y yo qué? ¿Tendré el mismo poder?

—Princesa... —Mi apodo salió como un susurro de sus labios.

—Me niego a sentarme en ese castillo rodeada por sirvientes y celebrando banquetes mientras la gente a nuestro alrededor se muere de hambre. ¿Alguna vez has visto a alguien que se muera literalmente de hambre, Evren? ¿Has sido testigo de cómo es eso?

Vaciló, y me preocupó haber cruzado una línea. Estaba a punto de decirle que olvidara lo que había dicho justo cuando él volvió a hablar.

—He sido testigo de más de lo que me atrevo a contar. No son solo tus tierras humanas las que se mueren de hambre, princesa. —No había pensado en eso. No había considerado que los fae que poseían magia pudieran llegar a ese punto—. Ren era poco más que piel y huesos la primera vez que Jorah y yo paramos en Iladonia. —Su voz era ronca y estaba teñida de ira—. Ahora nos aseguramos de parar allí cada vez que viajamos. Sin mi dinero, apenas sobrevivirían.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en el rostro sonriente de Ren. No podía imaginarlo de otra manera. No podía verlo como lo describía Evren.

—¿Y por qué tu padre no hace nada al respecto?

—Los reyes rara vez se preocupan por aquello que no llena sus arcas, princesa. Un hombre podría estar muriéndose de hambre delante de mi padre y dudo que le ofreciera ni un trozo de pan.

—¿No te molesta eso? —Negué con la cabeza—. ¿No te molesta servir a un hombre tan cruel?

—Es mi padre.

—Y mató al mío. Que alguien sea de tu sangre no significa que merezca tu lealtad.

Evren suspiró, y supe que había más cosas que quería decirme, que había mucho más que no estaba dispuesto a contarme.

—Princesa, yo...

—¿Sí? Por favor, habla conmigo.

—Ojalá el mundo fuera diferente. Sueño con un lugar donde estas cargas no existan.

—¿Y qué hay de tu madre?

—¿A qué te refieres? —Su mano se tensó contra mi vientre y supe que no quería hablar de ella.

—¿Cómo es el mundo en el que ella vive?

—Yo... no lo sé. —Mi marca ardió sobre mi piel mientras hablaba de ella—. Pero no quiero imaginar que sea igual que Citlali. —Lo dijo con mucha decisión, pero las marcas en mi piel ardían en señal de advertencia. ¿Estaba mintiendo?

—¿La echas de menos?

—¿Tú echas de menos a la tuya? —replicó rápidamente.

—A veces. —Me encogí de hombros—. Cuando estoy con Gavril o con la reina. Cuando añoro un hogar que apenas conocí.

—¿Y cuando estás conmigo?

—No pienso en ella en absoluto. —Su aliento me rozó la nuca y temí haber hablado demasiado—. Habrías sido un gran rey, Evren. —La mirada de Jorah se clavó en mí mientras hablaba, y temí que pudiera oír cada palabra que decíamos.

—Deberíamos parar aquí —dijo Jorah, señalando con un gesto un bosquecillo que se extendía junto a un pequeño arroyo—. Pronto caerá la noche.

Evren asintió y nos condujo hasta los árboles. Desmontó, me ayudó a bajar, y yo me abracé a mí misma mientras pensaba en lo que nos esperaba. Una noche más. Solo nos quedaba una noche más antes de llegar a Nabál.

—¿Llegaremos mañana?

—Sí. —Jorah asintió mientras ataba a su yegua cerca del agua—. Solo es un día más de camino.

Evren sacó cosas de las alforjas, mirándome de reojo. Él también sabía lo que significaba el mañana. Lo sentía como un mal presagio contra mis marcas.

No estaba preparada para enfrentarme a ello, y él tampoco.

—¿Qué le dijiste a Gavril?

—¿Qué? —preguntó Evren, poniendo el saco de dormir en el suelo.

—Me has contado que habías enviado un mensaje al palacio. ¿Qué decía?

—¿Qué más da, princesa? —Ladeó la cabeza—. ¿Qué querías que dijera?

—No lo sé. —Negué, y Evren se acercó a mí.

—¿Querías que les dijera que te habían capturado los vampiros? ¿Que debería ir a la Corte de la Sangre a luchar por ti? ¿Que quizá nunca más te volverían a ver?

El corazón me latía con más fuerza cuanto más se acercaba a mí.

—No lo sé.

Me pasó la mano por el pelo y me levantó la cabeza hasta que no tuve más remedio que mirarlo.

—¿Querías que les dijera que estoy más que dispuesto a traicionar a mi familia por ti? ¿Que lo dejaría todo por la chica que se supone que es el futuro de mi hermano? —Tragué saliva con dificultad. Su mirada se posó en mi boca, se echó hacia delante y deslizó su nariz por mi mandíbula. Podía sentir su aliento acariciándome el cuello, y me derretí contra él—. Podría decirle todas esas cosas, pero no van a detenerlo. Nos perseguiría hasta los confines del mundo para recuperarte.

—A Gavril no le importo.

—No. —Sacudió la cabeza—. Pero le interesa tu poder, y nada es más importante para él. Nada es más importante para la reina. Preferirían matarte antes que dejar que te tuviera. Me mordí el labio, dándole vueltas a lo que acababa de decir, y me estremecí al darme cuenta de que tenía razón. No iban a detenerse, y prefería no pensar en lo que habrían hecho al encontrarme. Al encontrarnos...—. Descansemos un poco. —Evren se apartó de mí lentamente, y oí la forma en que evitó mirarme al hacerlo—. Yo haré la primera guardia —le dijo a Jorah—. Descansad los dos.

Me dejó allí y regresó junto a su caballo para llevarlo al agua. Rápidamente cogí el saco de dormir que había dejado y lo desenrollé para meterme dentro. Jorah se acercó a mí y se puso a apilar leña para hacer una pequeña hoguera. Cerré los ojos con fuerza para que no pudiera ver el dolor y el miedo que había en ellos.

Escuché los sonidos que hacía mientras encendía el fuego y luego colocaba su saco de dormir al otro lado de las llamas, frente al mío. Temblé mientras me abrazaba a mí misma a pesar del calor del fuego.

—¿Estás bien? —El sonido de la voz de Jorah me sobresaltó unos instantes después, pero me mantuve completamente inmóvil para escuchar cómo hablaba con Evren.

—No lo sé. —Evren sonaba mucho más cerca que antes—. No va a regresar, Jorah. Antes de eso intentará huir de nuevo.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —Jorah dudó durante un largo rato—. ¿Se lo contamos?

Se quedaron en silencio durante tanto tiempo tras su pregunta que casi me quedé dormida.

—Todavía no. Me da miedo lo que pueda hacer cuando se entere. Me da miedo que quizá ya lo sepa.

¿Saber qué? Aún podía oír sus voces amortiguadas, pero la tentación de dormir era demasiado fuerte como para resistirla.

Me quedé dormida con sus palabras dando vueltas una y otra vez en mi mente. Me atormentaron hasta que me asaltaron las pesadillas. Lo que podía ocurrir cuando por fin llegáramos me acosaban en sueños, y me desperté con un grito ahogado, sintiendo la boca de Gavril contra mi nueva marca y la quemazón en la muñeca.

Me incorporé de un salto en mi saco de dormir y me llevé la mano al pecho. Me había parecido que solo había dormido unos instantes, pero la oscuridad se había apoderado de nosotros y las únicas luces que quedaban eran la del fuego y la de las lunas gemelas en el cielo.

—¿Estás bien? —Evren salió de entre los árboles a mi lado y yo di un respingo.

—Sí. —Asentí, aunque no podía despegar los dedos de mi muñeca. Miré hacia Jorah: su pecho subía y bajaba tranquilamente

mientras yacía en su saco de dormir.

—¿Estás segura? —Evren se agachó a mi lado y me permití levantar la vista para mirarlo.

—Solo he tenido una pesadilla.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. —Negué con la cabeza. No quería hablar de ello; ni siquiera quería pensarlo.

—De acuerdo. —Se echó hacia delante, me cogió la mano y se la llevó a la boca. No apartó la vista de mí cuando me besó la cara interna de la muñeca, justo sobre la marca—. Intenta dormir un poco más. Solo tenemos unas horas antes de ponernos en camino otra vez.

—¿No deberías estar durmiendo tú también? —Evren sonrió ante mi preocupación.

—Jorah necesita descansar. Yo me siento... —Vaciló—. Me siento fuerte.

—¿Porque te has alimentado de mí?

—Creo que sí. No me he cansado tanto como de costumbre.

—Aún necesitas descansar. —Moví el brazo y él me lo soltó a regañadientes—. Yo puedo hacer guardia un rato.

Él se rio entre dientes.

—¿Nos vas a proteger si nos atacan?

—Podría. —Saqué la daga de la bota y se la puse en el cuello antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo—. No soy una completa inútil, ¿sabes?

—No creo que nadie pueda considerarte inútil, princesa. —Evren sonrió a pesar de tener mi cuchillo contra su cuello—. Se me ocurren muchas maneras de usar esa daga.

—¿Qué? —Se movió tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Me quitó la daga de la mano y deslizó lentamente la punta por mi clavícula.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—No. —Me temblaba la voz por culpa de la evidente mentira.

—Ojalá hubieras traído más ropa contigo. —Con mucho cuidado, deslizó la daga por mi pecho hasta llegar al botón superior de mi camisa—. Así podría hacer pedazos hasta el último trozo de tela que

se interpone entre nosotros. — Deslizó la daga hacia abajo y cortó el primer botón—. Rasgaría el mundo entero para evitar que se interponga entre nosotros.

—Me confundes. —Negué con la cabeza y puse mi mano contra la suya para detener el avance de la daga—. Dices cosas así, pero estás dispuesto a entregarme a ellos.

—¿Y qué quieres que haga, princesa? —Dejó caer la daga al suelo—. Dime lo que quieres y será tuyo.

—No lo sé. —Negué con la cabeza porque estaba más confundida que nunca. No sabía qué le estaba pidiendo a Evren, pero, en cualquier caso, sabía que no era justo. Gavril era su familia. Citlali, su reino.

Y yo no era más que la Astraluz a la que él debía proteger.

Evren puso su mano contra mi pecho, clavándome los dedos en la piel, como si estuviera intentando controlarse porque se sentía tan desesperado por dentro como yo.

—Si supiera cómo hacerlo, lo haría. Si supiera cómo amarte sin que te hicieran daño, nunca permitiría que volvieran a tocarte.

—¿Tu familia?

—Tus enemigos. —Su mano se deslizó por mi pecho y me rodeó el cuello. Se me aceleró el pulso bajo las yemas de sus dedos, y supe que podía sentir el miedo que corría por mis venas.

—No quiero regresar. —Se me quebró la voz y aborrecí lo fácil que era que el miedo se apoderara de mí. Me había pasado toda la vida sabiendo lo que me esperaba, preparándome para ello, pero aun así no había sido suficiente.

—Lo sé. —Asintió y apoyó su frente contra la mía—. Y no voy a obligarte a hacerlo.

—¿Qué? —Me aparté bruscamente para mirarlo, pero sus manos me sujetaban con firmeza.

—Prefiero abandonar este mundo antes que ver cómo mi hermano te arrebatara algo otra vez. Lo dejaría todo por ti, princesa.

Busqué su mirada y pude ver la verdad que había en ella.

—¿Y qué hacemos? —Me puse de rodillas para acercarme más a él y sentí su contra mis labios.

—No lo sé. —Sacudió la cabeza—. Pero ya lo resolveremos cuando salga el sol. Esta noche necesitas descansar.

Estuvo a punto de apartarse, pero se lo impedí. No podía dejarlo ir; ni en ese momento ni nunca.

—Esta noche te necesito a ti. —Evren miró hacia donde dormía Jorah, cerca de nosotros, pero a mí me daba igual. No podía aguantar ni un momento más sin tocarlo, sin sentirme viva como solo él podía conseguir—. Por favor, Evren. —Lo besé y no se resistió; al contrario, gimió en mi boca y me chupó el labio inferior. Me mordió suavemente, de forma provocativa, y el placer me recorrió todo el cuerpo. Me eché hacia delante antes de que pudiera detenerme y le saqué la camisa de los pantalones; trasteé con los botones y solo había llegado a la mitad cuando él se llevó la mano a la espalda y se quitó la prenda sin más.

Me puso la mano en la nuca y volvió a besarme con desesperación. Esa noche había algo diferente, algo... más. Más de lo que jamás nos habíamos permitido sentir el uno por el otro. Más de lo que jamás me habría permitido admitir.

Evren me besó con fuerza, acariciándome el pecho sobre la fina tela de mi camisa. Gemí contra él cuando me mordió la lengua antes de chuparla despacio.

—Dioses, me tienes embrujado. —Se apartó para quitarme la camisa—. Me vuelves loco.

—No es verdad. —Negué con la cabeza, pero en realidad yo sentía lo mismo. No podía pensar con claridad cuando estaba cerca de él. No podía respirar.

—Claro que sí, joder. —Me agarró las caderas e hizo que me pusiera de rodillas. Sus hábiles dedos se encargaron rápidamente de mis pantalones, y me estremecí a pesar del calor de la hoguera a mi espalda—. Eres una tentación, princesa, y necesito saborearte. Necesito sentirte en mi lengua mientras cabalgas sobre mi cara.

Gemí cuando Evren me empujó sobre el saco de dormir y me arrancó las botas de los pies y después los pantalones. Me quedé completamente desnuda ante él. Levantó los dedos, los posó en mis labios y los deslizó lentamente por mi cuerpo. Me acarició el cuello y puso la palma de la mano sobre mi esternón con ademanes lentos y

calculadores. Bajó más y más hasta que deslizó un dedo por mi sexo y yo dejé escapar un gritito.

Evren se tumbó a mi lado y su pulgar trazó la marca de mi muslo. Temblé al verlo tocarme, y jadeé cuando sus dedos se clavaron en mis muslos y me hizo sentarme sobre su pecho.

—Evren. —Mi voz temblaba por la incertidumbre.

—Te tengo, Adara. —Hizo que subiera más, hasta que mis rodillas quedaron a los dos lados de su cabeza. Clavé las manos en mis muslos y me sostuve en el aire sobre él, pero Evren hundió los dedos en mi trasero y me hizo bajar.

—Evren, no creo que...

—Me muero por saborearte, princesa. —Se echó hacia delante y deslizó la lengua por mi sexo—. Nunca he probado nada más perfecto en toda mi vida. —Me hizo sentarme sobre su cara y gemí cuando suspiró contra mí—. Eso es. Siéntate en mi cara y consigue tu placer con mi boca.

—Ay, dioses. —Cerré los ojos con fuerza; solo con esas palabras ya estaba al borde del éxtasis. Pero entonces utilizó la boca. No fue tierno ni paciente. Se sumergió en mi carne con frenesí, y apenas pude mantenerme erguida mientras usaba su lengua, sus labios y sus dientes.

Apreté las manos contra su abdomen, balanceándome contra él, y cuando lo vi mirándome fijamente se me hizo un nudo en el estómago—. Evren... —Pronuncié su nombre mientras contoneaba las caderas; él murmuró unas palabras ininteligibles contra mi sexo, y yo apreté los muslos contra su cabeza.

El placer me invadió rápidamente, robándome el aliento, y me mordí el labio para ahogar mis gemidos.

Evren no me dio oportunidad de recuperarme. Me agarró el trasero y me deslizó por su cuerpo hasta que mis caderas se encontraron con las suyas.

Entonces me besó y todo el aire abandonó mis pulmones.

—No me canso de ti, princesa. Nunca podré separarme de ti. —Hundió los dedos en mi pelo y me levantó la cabeza para contemplar mi rostro—. Mi hermano luchará por ti, pero yo también. —Me dolía

el corazón, y no sabía si era por lo que me estaba confesando o por el miedo a lo que estaba dispuesto a hacer.

—Yo.... —El impulso de decirle que lo amaba estaba en la punta de mi lengua, pero me mordí los labios para contenerme.

—Lucharé contra el infierno para alejarte de él, Adara. —Su boca era posesiva al recorrer mi cuerpo, provocándome chispazos de placer. Se desabrochó los pantalones y se sacó la erección. Se puso sobre mí y me tensé, con las manos sobre sus hombros—. Quiero verte. —Apoyó su miembro contra mi entrada y me guio hasta que, lentamente, me empujó contra él. Cerré los ojos con fuerza cuando su plenitud me abrumó, y Evren me mordisqueó el esternón—. Muévete, princesa. Has pasado demasiado tiempo de tu vida dejando que te dijeran lo que querías, pero yo quiero verlo en tus ojos. Muéstrame qué es lo que más deseas.

A ti.

Era lo único en lo que podía pensar mientras movía las caderas contra él. Solía soñar con cómo iba a ser la vida si huyera, si pudiera ser cualquier otra persona que no fuera yo, pero ese sueño había cambiado y se había centrado en un hombre al que no debería desear, al que no debería necesitar, pero al que deseaba y necesitaba de todos modos. Hizo que nos girásemos hasta que volví a quedar encima, deslizó los dedos por mi columna vertebral, animándome, y algo se removió dentro de mí. Algo que parec  haber estado dormido durante mucho tiempo, y me levant  sobre las rodillas antes de volver a dejarme caer contra él.

Una y otra vez, la sensación se intensificó con cada movimiento de mi cuerpo. Persegu  esa emoción que fluía a través de m  y, de alguna manera, más allá.

Mir  cómo me contemplaba Evren. Sus manos acariciaban mi cuerpo, pero no eran exigentes. Yo tenía el control, y sent  un cosquilleo en el estómago al pensar en lo fácil que le había resultado saber lo que necesitaba.

Yo era la Astraluz, la salvadora de su reino, pero también era Adara. Y en ese momento también era mucho más que quien estaba destinada a ser.

—Mira, Adara. —Evren me acarició el muslo y yo seguí el movimiento con la vista. Mi marca estelar bailaba sobre mi piel y de ella emanaba un resplandor sutil, diferente a todo lo que había visto antes.

—¿Qué...? —Negué con la cabeza mientras intentaba entender lo que estaba pasando, pero Evren pegó su pulgar con fuerza contra mi marca, y mi sexo se contrajo a su alrededor.

—Estabas destinada a mí, joder. —Me rodeó la espalda con los brazos y me ayudó a moverme, a levantarme y a dejarme caer sobre él. Sus brazos soportaban mi peso mientras se deslizaba con fuerza dentro de mí—. Tu destino está equivocado.

El placer recorrió mi cuerpo como si persiguiera sus palabras como un juramento.

—Eres el primogénito del rey Riven —gemí mientras me penetraba con fuerza una vez más. Su frente se apoyó contra mi cuello y su respiración entrecortada me rozó la piel—. Estaba destinada a ti, Evren. —Mi columna vertebral ardía como un millón de fuegos a lo largo de mi piel, y supe que no podría aguantar mucho más.

Evren me estrechó contra su cuerpo como si temiera que fuera a desvanecerme, y cuando sus dedos se pasearon por mi columna vertebral una vez más, me derrumbé con un grito ahogado en los labios.

Me aferré a él mientras me penetraba de nuevo, disfrutando de su propio clímax, y vi cómo la luz de las estrellas a lo largo de mi muñeca brillaba contra su piel.

No estaba segura de casi nada en la vida, pero una cosa sí sabía con certeza: Evren era mi destino.

20

Me agaché junto al arroyo y sumergí los dedos en el agua fría. y Evren y Jorah estaban recogiendo nuestro campamento y apagando lo que quedaba de las brasas de la hoguera.

Me pasé las manos mojadas por la cara e intenté aclarar mis pensamientos acelerados. El agua me goteaba por el cuello y me pasé los dedos por la piel sensible mientras los recuerdos de lo que Evren me había hecho la noche anterior me daban vueltas en la mente.

Hubo un movimiento repentino al otro lado del arroyo, y abrí los ojos de golpe para escudriñar entre los árboles con las marcas quemándome la piel. No vi nada, pero de alguna manera sabía que había algo allí.

—Evren —dije su nombre en voz baja mientras me ponía de pie, pero no aparté la vista de los árboles.

—¿Sí? — me preguntó sonriendo por algo que Jorah le había dicho—. ¿Qué pasa, princesa?

Una daga voló por el aire antes de que pudiera responderle, y grité de dolor cuando me rasgó la piel del brazo izquierdo antes de clavarse en el árbol que tenía detrás.

—¡Princesa! —Evren gritó mi nombre, pero yo estaba demasiado ocupada mirando al frente. Un grupo de diez hombres apareció entre los árboles, todos con las armas en ristre.

—Princesa suena bien, ¿verdad? —El que había lanzado la dagaladeó la cabeza, y yo no supe si se estaba dirigiendo a mí o a otra persona. Di un paso atrás, me agaché y saqué la daga de la bota—. Una princesa luchadora, además. Mejor aún.

—¿Qué coño estás haciendo? —rugió Evren a mis espaldas; tiró de mí e hizo que me pusiera detrás de él para protegerme con su propio cuerpo.

—A la reina le gustaría conocerla.

—Eso no va a pasar, joder. —Evren negó con la cabeza y yo fijé la vista en el humo negro que se arremolinaba alrededor de sus dedos—. Hoy no.

—No respondo ante ti, príncipe. —El hombre miró por encima del hombro de Evren, hacia mí—. Me la llevaré, sea por voluntad propia o no.

Yo eché un vistazo tras de mí en busca de Jorah, pero no lo encontré por ninguna parte. No conocía a esos hombres, pero no vestían los colores de la guardia de Citlali: iban vestidos de forma similar a Evren. Oscuros, discretos, letales.

—¿Era eso lo que estaban haciendo tus hombres en el Bosque de Ónix? ¿Habían ido a llevarse a la Astraluz?

Entonces, eran de la Corte de la Sangre. La misma Corte que la de la madre de Evren.

—¿Mis hombres? —El hombre se echó a reír y pasó los dedos por la hoja que tenía en la mano—. Si esos fueran mis hombres, no estaríamos teniendo esta conversación ahora mismo.

—No dejaré que te la lleves, Calix. —Evren enderezó los hombros como si se preparara para un ataque, y yo di un pequeño paso atrás. —No tienes elección. —Calix no levantó la espada; en vez de eso, el poder brotó de sus dedos. Un poder como el de Evren. Negro como la noche y teñido de fatalidad; se abalanzó sobre Evren antes de que pudiera pestañear, pero él lo contrarrestó con el suyo.

Sus poderes chocaron entre sí y un estruendo retumbó a nuestro alrededor.

Di un paso atrás, sobresaltada por el poder que fluía de los dos, y vi a Jorah moverse entre los árboles frente a nosotros. Levantó la espada y echó a correr hacia uno de los hombres que miraba el espectáculo. Jadeé cuando le cortó el cuello como si nada.

Eso captó la atención de Calix, que se distrajo momentáneamente, y el poder de Evren se abalanzó sobre él.

—Jorah —lo reprendió Calix, aunque su voz sonaba ahora entrecortada—. Ya veo dónde radica tu lealtad.

Jorah se rio entre dientes, con un sonido enloquecido y cruel.

—Mi lealtad siempre ha estado con el príncipe, Calix. Que lo pongas en duda solo es una prueba de tu propia falta de criterio.

Calix seguía mirando a Jorah cuando su poder volvió a dispararse, aunque esa vez Evren no estaba preparado. La magia lo golpeó salvajemente, como si su objetivo fuera matarlo, y Evren gimió de dolor.

—Atrapad a Jorah —ordenó Calix a los demás guardias, que se abalanzaron sobre él tan rápido que no tuvo ninguna oportunidad. Levantó la espada ante sí, pero se encontraba en clara inferioridad numérica.

—¡Jorah! —La voz de Evren retumbó por el bosque, y Calix aprovechó la oportunidad para lanzar otra ráfaga en su dirección. Evren la detuvo con el suyo, y mis marcas ardieron como fuego contra mi piel.

—Sabes que ella va a irse con nosotros, Evren. Solo estás retrasando lo inevitable.

—Te mataré antes de permitir que te la lleves. —Evren mostró los dientes y el miedo recorrió mis venas.

—Te has vuelto blando, príncipe. —Calix dirigió su poder hacia mí y Evren se puso delante para interceptarlo. El pánico se apoderó de sus ojos cuando la ráfaga de magia le golpeó en la espalda y lo dejó sin aliento.

—¡Evren! —Corrí hacia él al ver que la sangre le goteaba de los labios, pero Calix fue más rápido.

Pude ver la derrota en los ojos de Evren mientras intentaba ponerse de rodillas. Mis marcas ardían en mi piel, más que nunca, y sentí que una parte de mí se quebraba en mil pedazos.

—Este es tu compañero —rio Calix; agarró a Evren por la nuca y lo obligó a mirarme—. El príncipe bastardo atrapado entre dos reinos.

Él seguía hablando, pero lo único en lo que podía concentrarme era en la palabra «compañero», que retumbaba en mi mente, cabalgando mis venas; cuando miré los ojos cansados de Evren supe que era cierto.

Este hombre que estaba de rodillas ante mí, el que luchaba por mi vida con la suya, era mi compañero. Unas llamas se formaron en

mis entrañas y sentí como si mis marcas estuvieran carbonizando mi piel.

—Déjalo ir —le exigí con un gruñido.

Calix se rio de nuevo y apretó con más fuerza el cuello de Evren.

—Lo llevaremos ante mi reina, igual que a ti, princesa. — Escupió el título como si fuera un insulto.

No conocía a su reina ni sabía qué quería de ninguno de las dos, pero tenía claro que no iba a permitir que se lo llevaran.

Busqué en mi interior y me aferré a ese fuego que ardía con furia en mis entrañas.

—Te he dicho que lo sueltas.

Evren negó con la cabeza, aunque apenas podía moverse por culpa de la presa de Calix sobre su cuello, pero yo ya no estaba dispuesta a acatar órdenes de nadie.

El poder se despertó dentro de mí, la ira y la rabia crecieron y crecieron hasta que pude sentirlos en la punta de mis dedos.

—Tienes suerte de que no vaya a matar a este cabrón — se burló Calix, y la magia brotó de mi interior.

No sabía de dónde salía, y no tenía control sobre ella, pero golpeó a Calix de forma inesperada. El aire se le escapó del pecho y aflojó la mano que tenía sobre la cabeza de Evren. Yo liberé el poder una vez más; cuando golpeó a Calix estaba más preparado, pero aun así lo tiró de espaldas. Sus hombres se movieron a su alrededor, pero ni uno solo se acercó a mí.

—No vuelvas a tocarlo. —Me acerqué a Evren y vi el miedo en los ojos de Calix.

—La reina quiere que vuelva a la Corte de la Sangre.

—Me importa un comino tu reina —le gruñí, y otra oleada de brujería brotó de mí. Algunos de sus hombres cayeron al suelo, pero yo mantuve mi atención en él.

—Debería importarte. —Levanté la vista de golpe al oír la voz de una mujer y me interpose entre ella y Evren. Ella rodeó el árbol tras el que se ocultaba y sus largas uñas rozaron perezosamente la corteza. Era hermosa, con unos ojos que me recordaban al mar y a mi padre. Llevaba unas botas negras hasta las rodillas, por fuera de los pantalones.

No parecía una reina, pero sabía en lo más profundo de mi ser que sí lo era.

Evren gimió al intentar alcanzarme y le tembló la mano al rodearme la espinilla.

—La reina Veda, supongo...

—En persona. —Ladeó la cabeza al ver cómo Evren se acercaba a mí—. Y yo que pensaba que te importaba un comino.

—Y no me importas. —Mis dedos vibraban con mi poder y apreté los dientes para intentar controlarlo.

—Sin embargo, proteges a mi hijo como si te importara muchísimo.

Sus palabras me ahogaron y me robaron el aliento; la mano de Evren se ciñó contra mí; mis marcas me suplicaban que dejara que la magia fluyera a través de mí.

—¿Qué? —Fue la única palabra que pude articular mientras intentaba entender lo que estaba diciendo.

—Puede que sea el hijo bastardo del rey Riven, pero es el primogénito de la Corte de la Sangre. Es nuestro futuro y nuestro destino. —Me zafé de la mano de Evren y trastabillé—. Es un excelente espía y un traidor a la corona de las hadas. Al parecer, también se ha convertido en un excelente traidor para su compañera.

—Adara —susurró mi nombre; me volví para mirar al hombre al que creía amar y la realidad me cayó encima.

—Me mentiste.

—No lo hice. —Sacudió la cabeza frenéticamente mientras intentaba ponerse de rodillas—. Te dije que había nacido de la magia y de la sangre. Te dije que mi madre era una vampira.

—¡Pero no me dijiste que era la reina! —grité, y mi magia se desató en mi interior.

Todas las miradas se posaron en mí mientras un tenue resplandor brotaba de mis marcas estelares.

—No podía decirte la verdad, princesa. No sabía a quién le debías lealtad.

Las lágrimas inundaron mis ojos y un sollozo se escapó de mi garganta.

—¿Es eso lo que te repetías a ti mismo cuando estabas entre mis muslos? ¿Qué estabas buscando dónde estaba mi lealtad?

Evren se levantó con las piernas temblorosas, pero cuando dio un paso hacia mí, yo di otro hacia atrás.

—Adara, por favor.

—No. —Extendí la mano y los sortilegios gotearon de mis dedos en un humo oscuro que encajaba a la perfección con el suyo—. No te atrevas a tocarme.

La reina Veda se echó a reír; ese sonido me hizo estremecer, y rechiné los dientes con tanta fuerza que temí que se me rompieran.

—Me parece que vosotros dos tenéis un par de cosas que resolver... Pero aun así la Astraluz será una reina maravillosa.

Me sobresalté ante sus palabras y me volví de nuevo hacia Evren. En su rostro había una expresión suplicante y nos quedamos quietos, midiéndonos con la mirada mientras los demás nos observaban.

—Princesa —susurró, y eso casi me rompió el corazón.

—Nunca me casaré contigo, Evren —dije con brusquedad, y esas palabras se deslizaron entre nosotros con la fuerza de una promesa.

Él dio un pequeño paso hacia delante y, de alguna manera, eso pareció succionar todo el aire de mis pulmones. Su mirada ya no era suplicante, ya no me rogaba que lo entendiera. Al contrario: sus ojos se oscurecieron y su mueca me abrumó.

—Claro que lo harás.

—Tendrás que atarme. Tendrás que obligarme, igual que hizo tu hermano.

El poder de Evren manó de él y un humo negro me envolvió como la caricia de un amante. No estaba preparada ni tenía la destreza suficiente para defenderme con mis propios embrujos, pero aun así brillé, más intensa y reluciente con cada centímetro que él tocaba.

Entonces se acercó a mí y, cuando ya no tenía ninguna posibilidad de escapar, se cernió sobre mí y su poder vibró contra mi piel.

—Eso se puede arreglar, princesa.

Su magia me recorrió la muñeca y cerré los ojos con fuerza para obligarme a ignorar el placer que sentía bajo su tacto.

No. Evren no era el hombre que creía conocer. Era tan enemigo mío como me había convencido de que lo era su hermano, y lamenté lo estúpida que había sido.

—¡Calix, levántate! —le gritó la reina Veda a su guardia, y este se puso en pie con un gemido mientras se pasaba la mano por el pecho. Justo donde mi ataque lo había golpeado—. Debemos irnos antes de que la reina Kaida descubra la traición de Evren.

—Gavril se alimentó de ella —le dijo Evren a su madre, y mi espalda se tensó ante sus palabras—. Antes de ordenarle que se marchara, se alimentó.

—¿Y qué hay de sus poderes?

—No lo sé. —Evren negó con la cabeza, y su magia tembló a mi alrededor, inmovilizándome los brazos a los costados.

—¿Y tú? —La reina lo señaló con la cabeza—. ¿Te has alimentado de tu compañera?

Evren dudó durante un largo momento; me horrorizaba la facilidad con la que hablaban de algo que había sido tan íntimo entre nosotros.

—Sí.

—¿Y?

—Es poderosa. —Evren se volvió hacia mí y, por primera vez desde que lo encontré en Sinluz, parecía que no veía nada más que mi marca—. Pude sentir su poder en el momento en que probé su sangre en mi lengua.

—Traed a la Astraluz. —La reina les hizo una señal a sus guardias y dos de ellos se dirigieron hacia mí. Luché contra el hechizo de Evren, que ni siquiera pareció darse cuenta—. Debemos mantenerla a salvo hasta que crucemos la frontera.

Los guardias se acercaron; el corazón me latió con fuerza en mi pecho al volverme hacia Jorah para descubrir que me observaba con tanta atención como cualquier otro guardia de la reina de la Corte de la Sangre. Era uno de ellos tanto como lo era Evren.

—No la toquéis, joder —gruñó Evren, y sentí la fuerza de su magia—. La Astraluz me pertenece.

Pero el príncipe que pertenecía a los dos reinos se equivocaba: yo no le pertenecía a nadie.

AGRADECIMIENTOS

¡Muchísimas gracias por darle una oportunidad a *Estrellas y sombras*! Espero que os haya encantado este mundo tanto como a mí me gustó crearlo.

¡Me encantaría que te unieras a mi grupo de lectores, Hollywood, para que podamos conectar y hablar de todo lo que piensas sobre *Estrellas y sombras*! ¡Este grupo es el mejor lugar para enterarte de los avances de portadas, las novedades sobre el libro y los nuevos lanzamientos!

Una vez más, gracias por acompañarme en este viaje.

Sinceramente, me cuesta escribir los agradecimientos porque este libro ha sido un verdadero trabajo de amor y humo mucha gente que creyó en mí cuando yo no estaba segura de poder aventurarme en este mundo.

Gracias a mi marido, Hubie. Nadie me apoyará ni me querrá más que tú. Gracias por demostrarme siempre que el amor verdadero existe.

Gracias a todos los lectores y blogueros por darle una oportunidad a este libro. He puesto todo mi corazón en estas páginas y estoy más que agradecida de que hayáis decidido dedicar vuestro tiempo a leerlo. Nunca podré mostraros mi gratitud como se merece.

Gracias a Christina, por creer siempre en mí, sin importar la locura que se me ocurra.

Gracias a todo mi equipo, sin el cual no habría podido hacer esto. Amanda, Ellie, Rumi, Cynthia, Becca y Savannah: gracias, gracias, gracias.